

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES

GRAN

PROYECTOR

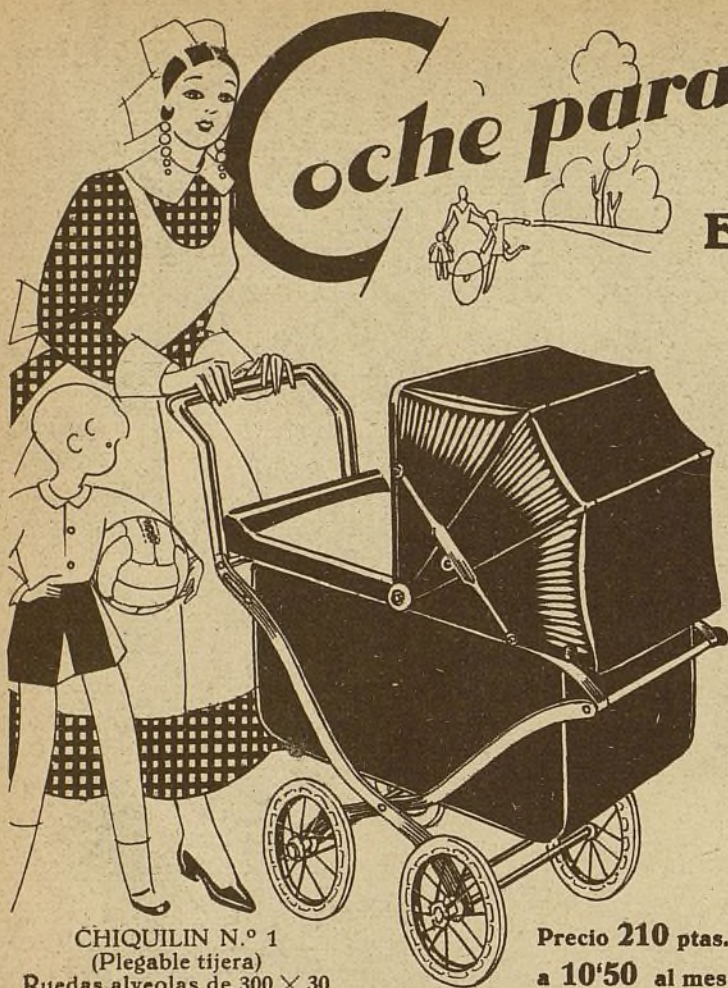
MENSUAL



*PROCESOS
REPORTAJES
DETECTIVISMO*

Ayuntamiento de Madrid





Coche para niños marca **CHIQUILIN**

El descanso y la tranquilidad para la madre

El reposo y la salud para el niño

¡MADRES! Desde hoy, ya no más tener a vuestros hijitos en brazos, en posturas inverosímiles, e incómodas, que provocan su llanto con la consiguiente alteración de vuestros nervios, y al esposo que llega del trabajo ansioso de paz y descanso, le produce desazón encontrarse ante un cuadro tan lamentable, que en muchos casos, ha sido por desgracia, la causa original de discordias matrimoniales!

Además, cuantas enfermedades de los niños, como la desviación de la columna vertebral, provienen de no saber llevarles en brazos, y de obligarles tercamente a ir rígidos, cuando la posición que necesitan es la horizontal.

En el extranjero, el uso del cochecito para niños, no es ni mucho menos, privilegio de la gente adinerada, pues cualquier ciudadano, por modesta que sea su condición social, sabe destinar unos céntimos diarios para ofrecer este desahogo a su mujer y velar por el normal y sano desarrollo de su retoño.

CHIQUILIN N.º 1
(Plegable tijera)
Ruedas alveolas de 300 x 30

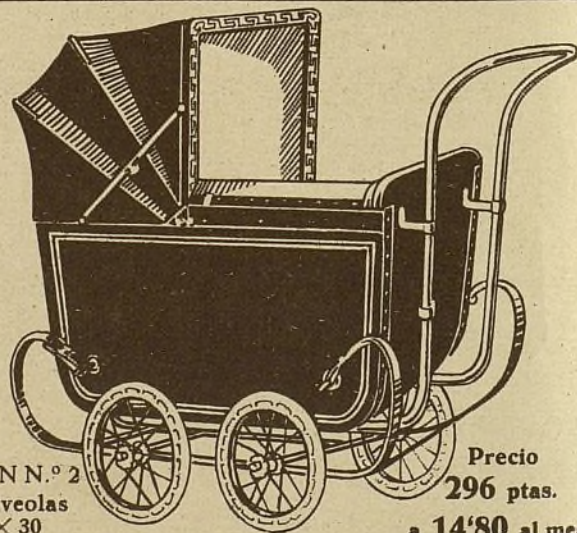
Precio 210 ptas.
a 10'50 al mes

20 meses de crédito

Contrariamente en España han sido hasta hoy, pocos los niños que han tenido la fortuna de ser paseados en cochecito por parques y paseos, provocando un suspiro a la humilde madre que se cruzaba a su paso, pensando que también quisiera AQUELLO para su nene...

Pero desde este instante, ya está este simpático vehículo al alcance de todas las fortunas, pues gracias a nuestra ORGANIZACION (la más perfecta, en su género) hemos logrado poder satisfacer este antiguo deseo de las madres españolas, proporcionándoles por 10'50 Ptas. al mes un soberbio cochecito, comodamente estudiado, de fabricación inglesa, sólido, esbelto de líneas, de suspensión suave, (acero puro templado) para conseguir la máxima comodidad del niño, y de un acabado tal, que solo una casa como CREDITO LOINAZ, S. A. contando con una clientela tan numerosa como selecta, es capaz de vender a estos precios sin competencia.

10'50 al mes



CHIQUILIN N.º 2
Ruedas alveolas
de 300 x 30

Precio 296 ptas.
a 14'80 al mes

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a CREDITO LOINAZ, S. A., un Coche para niños marca CHIQUILIN, Modelo N.º conforme a su descripción y por el precio de ptas. a plazos de Plaz. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Plaz. a la recepción y los restantes, de Plaz. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Nombre y dos apellidos Edad Profesión
Dirección del empleo Calle Población
Provincia Estación Al contado 10 % de descuento.
Cuando la expedición se hace por f. c. cargamos 6 Ptas. por el embalaje que se cobran con el primer plazo.

FIRMA

Móvil de
15 céntimos

CREDITO S. LOINAZ, S. A., Miguel Imaz, 5 - SAN SEBASTIAN

Antigua casa A. Canals Pons

Fundada en el año 1900

NUEVOS TALLERES MECÁNICOS

AMERICAN



CONFORT

URGEL, 118, entre Consejo de Ciento y Aragón. - Teléfono 31028. - BARCELONA



Tresillo confortable, forrado con damasco o pana

PESETAS, 700

Sillón solo

PESETAS, 200

TODA CLASE DE TRABAJOS RELACIONADOS CON LA TAPICERÍA

EXTENSO SURTIDO EN SILLONES CONFORTABLES, MARQUESAS, SILLONES-CAMA, ETC.-MODELOS ORIGINALES. - COLOCACIÓN DE CORTINAJES. - TRANSFORMACIÓN DE SILLERÍAS. - TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA AL SERVICIO DEL HOGAR CONFORTABLE. INSTALACIONES COM-



Sillón dormitorio, reclamo, forrado con pana o damasco, colores a elegir,

PESETAS, 75, PAREJA

PLETAS PARA CASINOS, HOTELES, DESPACHOS Y SALAS DE ESPECTÁCULOS.

Remita catálogo **gratis** a

Nombre

Calle

Población

Prov.

Pida presupuestos gratis a **American Confort**, URGEL, 118, entre Consejo de Ciento y Aragón

Ayuntamiento de Madrid

La
panta-
lla Es-
paño-
la.



Rece-
tas y
Secre-
tos de
Belle-
za.



La
Moda
en el
Cine.



Lo
que
va
de
cru-
er
a
hoy

Los
Grandes



Espectácu-
los.

Los Mejores



La gracia



en el Cine.

Las
Artis-
tas.



en
la
Inti-
midad.

Argumentos

todo esto se lo refleja el cine

todo esto se lo reflejará a usted

films selectos

semanario cinematográfico ilustrado

la mejor revista de cine
editada hasta la fecha

el primer número **aparecerá el día
4 de octubre** y, luego, **cada sábado**

30 cénts.

adquiéralo usted

suscríbase usted

Emo-
ción.
Intriga.



Miste-
rio!!!

El
Amor
en
el
Cine.



FILMS
SELECTOS

Diputación, 219
BARCELONA

BOLETIN DE SUSCRIPCION
Trimestre, 3'75 ptas. - Semestre, 7'50 - Año, 15

Nombre
Calle núm. Población
Provincia ¿Pesea suscribirse a **Films Selectos**, por un trimestre
semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º
El importe se lo remito por giro postal núm. impuesto en
o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)
(Firma del suscriptor) de de 193..

Ayuntamiento de Madrid



GRAN PROYECTOR MENSUAL

Año I

OCTUBRE 1930

Núm. 5

SUMARIO

Delitos Españoles que España Desconoce (Editorial de «Gran Proyector».)	5
Cómo murió el «Solitario Lobo Negro», por P. O'Donnell (Un ladrón mata a otro ladrón, pero ¿por qué?)	6
Casos y Cosas (Algo de lo que sucede en todo el mundo.)	10
Los Ladrones de Pisos, por Segundo Holmes (Aspectos de la gente del hampa.)	11
Venganza de Mujer, por Michel F. Rocroi (¿Puede calificarse de poco airoso la actuación del detective en este caso?)	15
Misteriosa Desaparición de Teresa Escandell, por Enrique Fernández de la Cruz..... (Sensacional relato de un caso misterioso ocurrido hace poco en Barcelona.)	17
Once Campanadas, por F. V..... (Descubrimiento de un crimen que parece un cuento de hadas.)	21
La Vida de los Obreros Españoles en Francia, por M. Rodríguez Carrasco..... (Cómo se trata en Francia a los emigrados españoles.)	25
Delitos Tragicómicos, por Don Justo (Comentarios cómicos.)	28
Fotografía de Conrad Nagel, en Guantes de piel Fotografía de Fred Kohler, en Caras olvidadas	29 30
Fotografía de una escena de Picadilly	31
Fotografía de Charles Murray, en una interesante actitud	32
Por el Collar de un Chino (I), por Roswell Bailey (Por él se origina una muerte, pero el collar robado no aparece.)	33
Hazañas del Detective Tim Yesyés, historieta por Moreno (V. Una sombra en la noche.)	38
El Capitán Drummond (Novela cinematográfica de «Artistas Asociados».)	39
Encuentro Angustioso, por Tomás Hyde (Una anécdota en que habla una navaja de afeitar.)	43
El Proceso Veronet, por Octavio Luxemburgo..... (Reivindicó Veronet a un inocente y se cubrió a sí mismo de gloria.)	44
La Horca (El instrumento de muerte de más tétrica silueta.)	48
Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro (II), por Miguel Delaney..... (Un triunfo de la actuación detectivesca.)	49
Cómo se Defiende la Mujer (Información gráfica de Londres.)	52
Los Ladrones de Niños, por Irene Polo (El fantasma de Enriqueta Martí revive en Barcelona.)	53
¿Cómo Sucedió?..... (Segundo concurso de «Gran Proyector».)	55
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart (Novela en folletín encuadernable.)	57
El Cuerpo de Seguridad y la Seguridad del Cuerpo, por Manuel Abril..... (Un invento de la Ciencia para ayudar a la Justicia.)	65
Libros Detectivescos (Obras recientemente publicadas.)	95

Ejemplar suelto.... 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año . . . 15 ptas.
AMÉRICA: Un año . . . 19 ptas.
OTROS PAÍSES: Un año . 25 ptas.

REDACCIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

Valverde, 21 dup. - MADRID

Administración de Publicidad en esta Revista

PUBLICITAS, S. A.

ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9. 1.º
Teléfono 16406. - Apartado 228

MADRID: Gran Vía, 13
Teléfono 16375. - Apartado 911



DETALLE

Armario con departamento para sombreros, aparato extensor con perchas para trajes y abrigos; soportes de madera con varillas para el calzado; íd. íd. para corbatas.

Cómoda con tres cajones de $40 \times 48 \frac{1}{2}$ cm. luz interior, uno de ellos con divisiones para cuellos, puños, pañuelos etc.

4 MUEBLES EN 1

PRECIO: 550 PTAS.
a plazos de **27'50** al mes
Al contado: **490** ptas.

No es éste un mueble más, sino una verdadera novedad en el ramo. Es el armario indispensable para el soltero, para el estudiante, para el empleado que vive en puplaje. Todo cabe en él: ropa interior y exterior, sombreros, zapatos, corbatas, enseres de tocador, papeles y libros, y todo tiene en él lugar cómodo y adecuado. Es imposible almacenar más cosas en menos sitio. El armario-cómoda-escritorio y tocador resuelve uno de los grandes problemas de la habitación moderna: el del espacio, cada vez más reducido y cada vez más necesario.

ARMARIO de soltero

QUILLET

**Armario
Cómoda
Escritorio
Tocador**

De construcción sólida y esmerada en maderas finas; con chapas de fantasía, pulido y barnizado para su entrega, en colores caoba o nogal.

MEDIDAS

altura total 1.95 metros
ancho total 1.17 »
fondo total 0.50 »

27'50 al mes
20 meses de crédito
PTAS

Escritorio con estantes verticales y horizontales para papel, sobres, libros, tintero, etc.

Tocador con estante de 57×50 cm. con moldura en el borde, para cepillos, objetos de aseo, utensilios de afeitar etc. y luna biselada de 60×40 cm. en el fondo.

El nombre "Quillet" denota distinción, crédito, seriedad y buen gusto. ¡No lo olvide! Es, en su género, la casa más antigua de España.

Se remite montado y perfectamente embalado. El precio del embalaje, de ptas. 20, se carga en el primer plazo.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ARMARIO de soltero "QUILLET" conforme a su descripción y por el precio de 550 ptas., a plazos de 27'50 Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Ptas., a la recepción, y los restantes, de 27'50 Ptas. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Al contado 490 ptas.

FIRMA

Nombre y dos apellidos
Edad
Profesión
Dirección del empleo
Calle
Población
Provincia
Estación

Móvil de
25 céntimos

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis; Apartado 476 - BARCELONA



DELITOS ESPAÑOLES que España desconoce

Desde que empezamos a publicar GRAN PROYECTOR, nuestro constante interés ha sido buscar por todos los medios posibles la colaboración de elementos españoles para tratar, como es natural, de casos delictuosos auténticamente sucedidos en España.

Las dificultades que en ello hemos encontrado no han sido pocas ni fáciles de vencer por razones perfectamente comprensibles. Por una parte, los casos importantes que ocurren en España son siempre tratados por la prensa diaria con la extensión que requieren, resultando así punto menos que inútil reproducirlos aquí, si no es con un motivo de reconocido interés para el público; y, por otra parte, los casos dramáticos o misteriosos menos comentados por la prensa, ¿quién los conoce en toda su trágica realidad para darlos a conocer a nuestros lectores con la suficiente garantía de veracidad y emoción?

Aquí es precisamente donde hemos tenido que allanar inconvenientes y dificultades hasta dar con las personas competentes que nos convenían para nuestro objeto. Y creemos haberlo conseguido en parte, pudiendo ofrecer ya en este número el primer trabajo de colaboración española — el titulado *Misteriosa desaparición de Teresa Escandell* — tratando de un caso ocurrido no hace mucho tiempo en Barcelona.

Lo mismo que la misteriosa narración que hoy publicamos, las que en adelante publiquemos sobre el delito en España serán completamente desconocidos del público en general o conocidos, a lo sumo, en la forma fragmentaria de las gacetillas que publican los diarios.

Sin que el público lo sospeche, en cada demanda que llega al Juzgado, en cada servicio que prestan los agentes de la Ley, se esconde un verdadero drama, con frecuencia más intenso y sorprendente que los mismos creados por la literatura universal.

Y esos casos trágicos que apenas han trascendido al público son, precisamente, los que hemos ido a buscar, por ser ellos los que encierran más emoción y misterio y ofrecen, por tanto, mayor interés en el mundo de la psiquiatría del delito.

CÓMO MURIÓ el

Una vez muerto el temible negro en el mismo piso que iba a desvalijar, la gran preocupación del detective fué descubrir por todos los medios imaginables quién le mató.

A fines de 1911, el barrio aristocrático de Baltimore estaba consternado ante una serie de robos audaces. En el radio comprendido por quince o veinte manzanas de casas se produjeron los robos a razón de tres por semana durante unas diez semanas por lo menos.

En cinco casos diferentes, los habitantes de las casas robadas consiguieron ver al ladrón y así pudieron dar una descripción completa de su persona.

— Es un negro — decían todos sin excepción. — Un negro alto que camina encogido. Lleva un sombrero gacho obscuro, americana larga y ancha, de un color azul obscuro, y pantalones grises claros. Su estatura probable es de 1,85 metros y ha de pesar unos 115 kilos.

En cada una de las treinta y pico de casas robadas encontré una colilla de cigarrillo de la clase más ordinaria, lo cual demostraba que el ladrón era un fumador empedernido. Todas sus fechorías las realizaba hacia las siete de la noche, cuando los inquilinos estaban cenando.

Desde que se cometieron los dos primeros robos, indiqué al vecindario la conveniencia de que cerraran las ventanas, especialmente las de los pisos segundos, pues observé que el ladrón trabajaba con preferencia por estas alturas.

Los vecinos siguieron, desde luego, mis instrucciones, pero todo fué completamente inútil, porque el ladrón recurrió al empleo de la palanqueta. Es más, en una ocasión en que no pudo abrir una ventana cortó sencillamente el cristal y penetró por el agujero.

Durante tres semanas, el detective de guardia en el teléfono recibía invariablemente, noche por otra, el aviso de siempre: «Acaba de entrar el negro en casa y nos ha robado mientras cenábamos.»

Por mi parte, recorrí de noche las calles asediadas por el ladrón y nunca pude ni verlo.

Y lo más sorprendente es que, al recibir luego las denuncias que daban cuenta de la hora del robo, pude comprobar que, en varias ocasiones, pasé tres y cuatro veces por delante mismo de las casas desvalijadas en los precisos instantes en que ocurría el hecho.

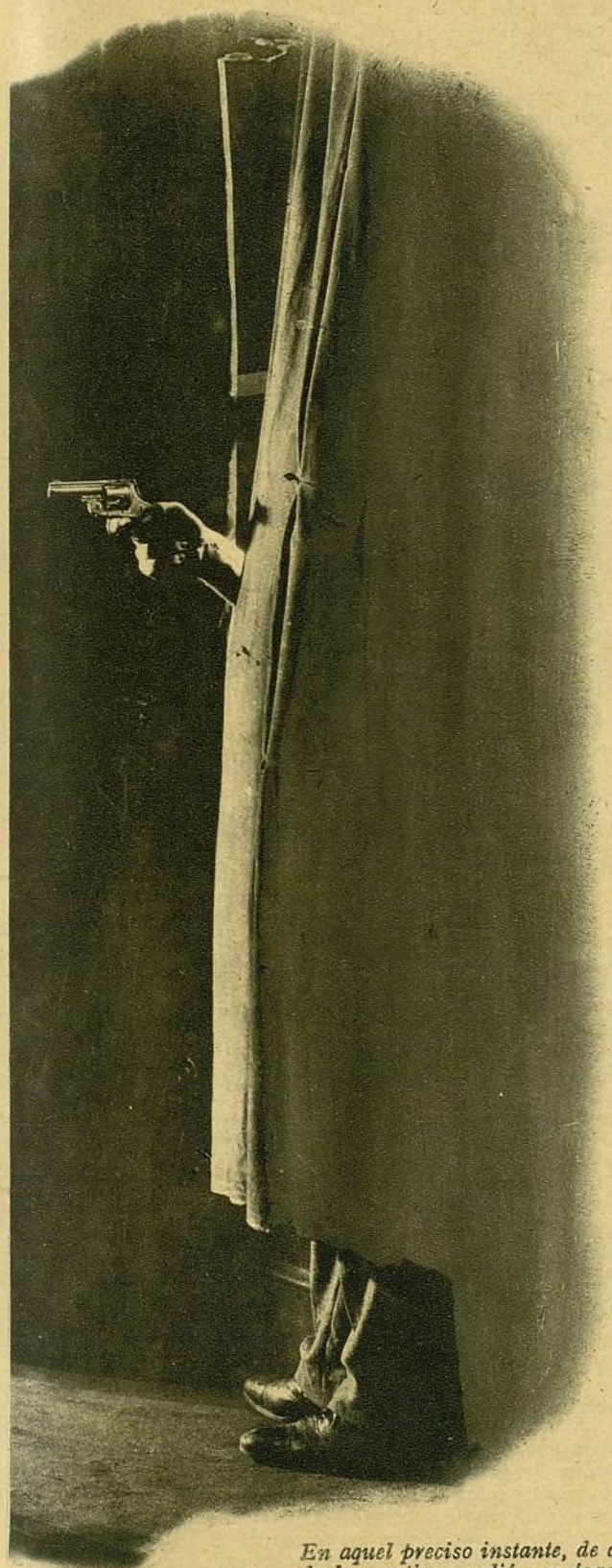
Por fin, en vista del resultado nulo de este procedimiento, decidí cambiar de táctica. Dejé, pues, de caminar y me escondí en los puntos estratégicos en espera de que un momento u otro sorprendería al temible negro, que desde entonces empezó a llamarse el Solitario Lobo Negro.

Para andar más sobre seguro, escogí un punto que aun no había sido visitado por el negro, y a la tercera noche de seguir esta táctica le pude ver. Por lo menos así lo supuse, pues en un informe de aquel día se daba cuenta de un



"Solitario Lobo Negro"

por el detective P. O'DONNELL



En aquel preciso instante, de detrás de las cortinas salió un foganazo.

robo cometido, por donde yo estaba, unos tres minutos después que yo había visto al negro.

Salió de detrás de unos arbustos que había entre dos hermosas casas. Miró hacia atrás y, al verme, desapareció en la obscuridad producida por dos casas situadas más allá de los arbustos. Me dirigí inmediatamente hacia aquel lugar, pero había desaparecido ya.

No quise decir nada a nadie por temor de que los periódicos me descubrieran. Como es natural, de haberlo sabido, lo habrían contado y el Solitario Lobo Negro se hubiera marchado de Baltimore, privándome a mí de la ocasión de prenderle. Tenía grandes deseos de echarle el guante encima para resarcirme de los malos ratos que me había hecho pasar.

DE pronto, cesaron los robos. Transcurrieron diez días sin que se recibiera noticia alguna en las oficinas de la policía.

Todo el mundo creyó que el negro había marchado a cometer sus robos a otra ciudad; pero a mí se me antojó que no se había movido de Baltimore y que únicamente estaba descansando unos días para emprender otra campaña en cuanto los periódicos cesaran sus diatribas contra policías y detectives.

Convencido de que, cuando menos lo esperásemos, volvería a las andadas, no abandoné ni un solo día la zona que el negro había escogido como teatro de sus fechorías. Todas las noches acudía a mi escondite, a pesar de que no se tenían noticias del Lobo, y, además, destaqué a algunos de mis ayudantes en los barrios bajos de Baltimore, dando a cada uno de ellos una descripción completa del individuo por si le veían merodear por los tugurios del hampa.

Una noche, por fin, apareció cuando menos se le esperaba.

Estaba yo escondido en la sombra del portal de una casa, temporalmente desalquilada, cuando vi venir de calle arriba a un individuo cuyas señas coincidían con las del Solitario Lobo Negro.

Mi propósito era prenderle con las manos en la masa, pues el hacerlo sólo por sospechas no era motivo suficiente para darle el castigo que se merecía. Por eso decidí jugarle el todo por el todo.

Me acurruqué lo mejor que pude en la obscuridad de la entrada y esperé.

De pronto, el negro se detuvo como si oyese pasos y se escondió en la obscuridad producida entre dos casas. A los pocos momentos apareció el policía de ronda.

En cuanto éste se hubo marchado, el Solitario Lobo Negro se echó sobre el césped y le fué vigilando hasta que hubo dado la vuelta a la esquina. Luego, cautelosamente, se levantó y siguió calle abajo, sin darse cuenta de que yo le seguía a unos cincuenta pasos de distancia.

Por fin se detuvo delante de una casa, de aspecto acomodado, y, después de echarle una rápida ojeada para comprobar que los inquilinos estaban cenando, se dirigió hacia la parte posterior del edificio.

Como supuse que era aquella la casa que había escogido para dar el golpe aquella noche, me dirigí también hacia la parte de atrás de la misma, pero no pude ver ya al negro por ninguna parte.

Esto me puso fuera de tino, sin saber qué partido tomar. Si para dominar mejor la situación salía de la sombra que me protegía, era muy posible que el negro me viese desde la ventana del segundo piso y escapase inmediatamente por la parte delantera de la casa. Por el contrario, si no me movía de la sombra, me quedaba sin saber a ciencia cierta si era o no era aquella la casa que el negro había asaltado, y, por tanto también se me escapaba. La duda me atormentaba por momentos. Finalmente,

puesto que no podía tomar ninguna determinación que me permitiera hacer caer al ladrón en mis manos, decidí esperar los acontecimientos.

Desde donde yo estaba podía ver perfectamente las calles adyacentes. Si él cruzaba cualquiera de ellas, indudablemente le vería. No obstante, seguía en mi idea de que había penetrado en la casa que yo me tenía y, por lo mismo, continué vigilando, seguro de que de un momento a otro le vería deslizarse por la pared desde la ventana del segundo piso.

De pronto oí dos tiros de pistola automática seguidos de un espantoso chillido que me heló la sangre en las venas. Me levanté inmediatamente y corriendo me dirigí al portal de la casa. Los chillidos de los inquilinos y los gritos de «¡Socorro!», «¡Asesinos!», «¡Ladrones!», me indicaron el lugar donde acababan de sonar los disparos.

Me presenté como detective y me introduje en la casa, pistola en mano, convencido de que había llegado el momento en que el Solitario Lobo Negro caería en mis manos.

En la parte superior de la escalera, un caballero, gritando, pedía agua. Subí las escaleras tan deprisa como me lo permitieron las piernas.

— ¡Está muerto! — dijo el caballero. — ¡Allí está!

Penetré en la habitación que me indicaba el caballero y, tendido en el suelo, en un mar de sangre, vi el cadáver del temible Lobo Negro.

— ¡Muy bien hecho! — le dije al caballero, que asistía a una señora desmayada.

— No fui yo quien le mató — respondió.

— ¿Quién ha sido?

— Tal vez mi esposa — repuso.

Hice una rápida inspección de la sala, y por ningún lado apareció el revólver que debió de hacer los disparos. Entre tanto, se presentó un médico, que asistió a la señora. En cuanto ésta reaccionó me apresuré a felicitarla.

— ¡Señora, es usted una excelente tiradora!

— ¿Qué quiere usted decir? — exclamó. — ¿Que yo le maté? No, señor. Usted se equivoca. ¡Yo no disparé!

Aquello se me hizo un misterio. Uno por uno fui interrogando a los sirvientes. Todos y cada uno de ellos juró y perjuró que se hallaba en la planta baja cuando sonaron los disparos. El señor Brent — el dueño de la casa — me dijo que la única persona que había subido al piso alto era su esposa y, sin embargo, ésta aseguraba no haber sido ella quien disparó sobre el Solitario Lobo Negro.

«¿Qué será esto?», me preguntaba a mí mismo.

DESPUES que la ambulancia hubo retirado el cadáver del negro y los ánimos estuvieron más calmados, pregunté serenamente a la señora Brent:

— ¿Quiere usted hacerme el favor de explicarme lo que ha pasado?

— Estando cenando — me dijo — sentí fresco y fui a buscar-me una echarpe; pero, como yo sabía exactamente el lugar donde la tenía, no quise encender la luz. Al entrar en la habitación me dió la impresión de que había alguien en ella. Oí pasos. Me sobrecogió un escalofrío, y una mano caliente, grasosa, me agarró por el cuello. Intenté gritar, pero no pude. ¡Me estaba ahogando! Quise luchar, mas, en aquel preciso instante, de detrás de esas cortinas salió un fogonazo. La mano me soltó, y entonces fué cuando pude chillar. Repito que no fui yo quien disparó, ni nunca he tenido arma alguna en las manos. Puedo asegurar que quien disparó estaba escondido detrás de esas cortinas. A partir de este momento ya no sé lo que sucedió, porque me sentí caer desvanecida.

Realmente, aunque no había motivo suficiente para creer que esta señora se inventaba semejante historia, saqué la impresión de que no decía la pura verdad.

Examiné cuidadosamente las ventanas, puertas y muebles a fin de encontrar alguna impresión digital y con este propósito pedí a la Jefatura de policía que me mandara el mejor perito en dactiloscopia. Mientras esperaba su llegada, interro-

gué de nuevo al señor Brent y a los criados, y todos confirmaron que la única persona que había subido al segundo piso era la señora Brent, a quien pregunté igual ante de nuevo.

— Este hombre — le dije — ha sido muerto mientras comía un robo. Por lo tanto, si usted le mató, estaba en su perfecto derecho de hacerlo. En consecuencia, no tenga ningún reparo en decirme claramente la verdad. Tenga usted en cuenta que no se le puede procesar por haber muerto a un ladrón que robaba en su casa.

La señora Brent ya no estaba tan excitada; se había calmado completamente y me respondió:

— Lo sé perfectamente y, no obstante, le he de manifestarle que en mi vida he tenido una arma en las manos. ¿Qué necesidad tendría de negarlo? Ya le he dicho a usted que los disparos salieron de detrás de esas cortinas.

Por fin, se presentó el perito y fotografió las huellas digitales que había en la ventana y en el marco de la habitación que ocultaban las cortinas. Luego las reveló y mandó sacar varias copias. Con gran sorpresa a la supe, por teléfono, que eran dos los hombres que habían penetrado en la casa, la noche del golpe.

— Las impresiones corresponden a dos hombres diferentes — me comunicó el perito. — Las del marco del cuarto pertenecen a uno y las de la ventana pertenecen a otro.

No creía que el Lobo Solitario tuviera cómplices, pues todo el mundo le había visto solo en la calle. Tampoco podía imaginarme que dos ladrones se hubieran presentado separadamente, pues les hubiera visto encaramarse. Y, además, aunque hubieran sido dos los ladrones que habían penetrado al mismo tiempo, ¿qué motivos podían haber inducido a que uno matara al otro sin provocación?

Ya no tenía nada más que hacer en aquella casa. En cuanto a lo que a mi gestión se refería, me encontraba frente a un misterio inexplicable. El jefe de los detectives estaba tan desconcertado como yo mismo. No había ningún detective que se viera capaz de dar una solución a este misterio. El caso de la señora Brent nos tenía confundidos.

Tomamos la determinación de mandar copia de las huellas digitales a todas las jefaturas de policía

de los Estados Unidos, lo mismo que a todas las cárceles. Antes de los sesenta días recibíamos noticias acerca del negro y su historia completa. Se le conocía con el nombre de «Betún de Louisville» (Louisville Shine) y había estado sufriendo condena en la Prisión del Estado de Kentucky, en la de San Quintín (California) y en la de Stillwater (Minnesota). Su biografía como desvalijador de pisos era sumamente interesante.

Poco tiempo después llegaron detalles de que su matador era otro desvalijador de pisos a las horas de cenar y se llamaba «Skinny Freeman» (El ciudadano flaco). No había, pues, ya por qué dudar, puesto que se recibieron cinco informes a la vez: uno de la Jefatura de policía de Chicago, otro de San Luis, otro de Filadelfia, otro de la prisión del Estado de Illinois en Joliet, y el último de Portland (Oregón).

«¿Pero por qué habrá matado Skinny Freeman a Louisville Shine? — me pregunté a mí mismo. — ¿Cómo pudo penetrar en la casa sin que yo le viera? ¿Y cómo se las compuso para escapar sin que tampoco pudieran verle los demás? Y si, como parecía, él mató a Louisville Shine, ¿qué motivos tuvo para hacerlo?

El misterio continuaba tan impenetrable como antes.

DESDE entonces comenzamos una campaña para detener a Skinny Freeman. Se ofreció una recompensa por su busca y captura o por cualquier informe que pudiera facilitar una pista.

A los seis meses de consumado el asesinato en la persona de Louisville Shine, recibimos un oficio de la Prisión de Folsom (California), comunicándonos que Skinny Freeman se había escapado de dicha prisión antes de haber recibido nuestra cir-

cular. Desde este momento se encendieron nuestros deseos de cogerle, no tanto porque mató al negro ni por los innumerables robos que había cometido, sino muy principalmente para aclarar el misterio.

Tan pronto estaba convencido como inseguro de que las huellas digitales fueran realmente las de Freeman. Por eso me propuse no descansar hasta saber las razones que indujeron a Skinny a matar a Louisville Shine y oír de sus propios labios la historia completa.

Pedí permiso a mi jefe para seguir la pista y continuar las pesquisas hasta hallar a Skinny Freeman. Hice la maleta y lancéme hacia Chicago, con el propósito de consultar al gran detective Miguel Mullins, una de las principales autoridades en la materia, conocedor de casi todos los rateros de pisos que pululan por los Estados Unidos y, por tanto, muy bien informado acerca de la vida y costumbres de Freeman.

— Es un matón de Chicago — me dijo Miguel. — Nació y se crió en el distrito sur. Es hijo de buena familia, y personalmente conozco a sus padres y hermanos, pero él ha salido una mala perdida.

En general los rateros escriben a sus familiares, pero por lo visto Skinny era una excepción a esta regla, pues estuvimos vigilando la casa de sus padres cerca de dos meses y no llegó ni una sola carta de él. Entretanto, mandé vigilar los barrios bajos de Kansas, San Luis, Minneapolis, Duluth y otras ciudades del Centro occidental, por si aparecía por allí el famoso Skinny. Por mi parte, en cuanto tenía noticias de una serie de asaltos de pisos, allí me dirigía a saber si en ellos había intervenido Freeman. Estaba más que convencido de que para cogerle en la trampa sólo era cuestión de tiempo y paciencia.

Después de haber perdido seis semanas sin resultado satisfactorio decidí marcharme a California y hacer averiguaciones en aquella región, puesto que la última cárcel en donde había estado Skinny era la de Folsom. Me parecía imposible que un granuja como Freeman permaneciese tanto tiempo quieto sin hacer alguna de las suyas.

Estuvo preso tres años en la cárcel de Folsom, por varios robos con escalo cometidos en los barrios aristocráticos de Pasadena (California). El jefe de los detectives de esta ciudad me informó que tenía como auxiliar en sus robos a una muchacha, la cual no fué encarcelada entonces con él porque una dama rica se había compadecido de ella y había obtenido el perdón.

Esta muchacha era la amante de Skinny. Su modo de trabajar consistía en emplearse en las casas aristocráticas como señorita de compañía de alguna viuda. Conseguida la plaza, averiguaba dónde guardaba la dama las joyas, cubiertos, etcétera, y dejaba la colocación.

Poco después Skinny se encargaba de desvalijar la casa. Comprendiendo que si podía encontrar a la joven cómplice hallaría también a Skinny, me fui a ver al director de la cárcel de Folsom, a quien expuse francamente el asunto que me obligaba a visitarle.

— Es un tipo muy listo ese Freeman — me informó. — Dudo de que caiga de nuevo en mis manos. Y crea que tendría en ello una gran satisfacción, pues hasta la fecha nadie ha conseguido averiguar cómo se escapó de esta cárcel.

— Pues si usted no tienen inconveniente en darme los informes que necesito — le contesté. — casi me atrevo a asegurarle que se lo entregaré a usted dentro de poco.

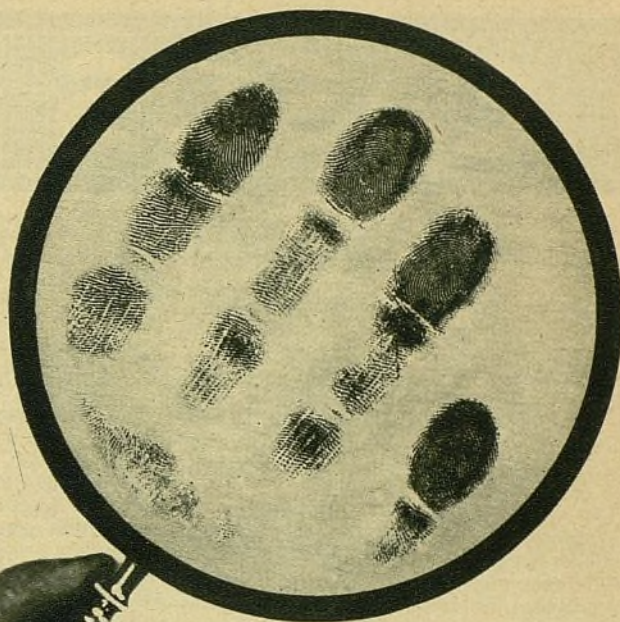
Principié preguntando el nombre y las señas de las personas con quienes Skinny había mantenido correspondencia mientras permaneció en Folsom.

— Si mal no recuerdo — contestóme el director de la cárcel — es muy poco amante de las letras. Creo que sólo llegó a escribir dos o tres cartas durante los dos meses que estuvo aquí encerrado, antes de escaparse. Es fácil comprobarlo.

Tocó un timbre eléctrico y se presentó el empleado encargado de registrar la correspondencia de los presos.

— Haga el favor de averiguar el nombre de las personas con quienes ha mantenido correspondencia Skinny Freeman — le ordenó.

El director de la cárcel estaba en lo cierto: Skinny sólo había escrito dos cartas durante los dos meses que permaneció en la cárcel de Folsom. Una de ellas iba dirigida a la señorita Ana Hamilton, de Pomona (California), y la otra a un tal James Callahan, de Toledo (Ohio).



Las impresiones digitales del marco de la puerta eran diferentes de las que se encontraron en la ventana.

— Por lo visto, esta Ana Hamilton es la cómplice que ha ayudado a Freeman en los robos de estos tres o cuatro últimos años — me informó el director — y, lo que es más, sospecho que entre esta joven y el James de Toledo le prepararon su famosa escapatoria. Por eso le he dicho que ya me contentaría con saber cómo consiguió escapar de aquí.

Pocos informes más pudo darme el jefe de la cárcel, pero los pocos que me dió me parecieron valiosísimos, y, sospechando yo también que Ana no era otra que la amante de Skinny, me puse a trabajar como si en efecto fuera así.

SEGUIDAMENTE marché a Pomona, donde comprobé que la dirección de la carta dirigida a Ana Hamilton correspondía a una casa de huéspedes. Pedí una habitación y la conseguí, haciéndome pasar por novelista.

La dueña de la casa — Elena Carver — era una mujer muy charlatana y coqueta. Esto me decidió a conquistarla para sonsacarle los informes que necesitaba. Sin embargo, pronto me convencí de que sabía «escurrirse» y evitaba las ocasiones de hablar de cosas que no fueran de sí misma. Evidentemente, era también una mujer de cuidado.

La llevé al cine y al teatro; la convidé cientos de veces a helados y refrescos; la llevé a dar paseos en taxi, al baile y a cuantas diversiones se presentaban; pero Elena contestaba sólo a mis preguntas lo que a ella le interesaba que yo supiese. Lo demás sabía callárselo muy ladinamente.

Haría cosa de quince días que estaba a su lado, cuando me citó por primera vez el nombre de Ana Hamilton, hablando de ella como si fuesen buenas amigas.

— Con frecuencia salíamos juntas — me dijo. — Por eso me supo mal su marcha.

— ¡Qué lástima, Elena, que ahora no esté a nuestro lado!

— Ya quería ella quedarse aquí, pero no tuvo más remedio que irse a Nueva York, al lado de su novio.

— Si quieres, para cuando me marche hacia allá, podrás darme su dirección, y pasaré a visitarles en tu nombre. Nueva York es una mala ciudad para el que no tiene una buena compañía que le guarde.

A pesar de mis disimuladas peticiones, Elena no me quiso dar la dirección que tanto me interesaba, y hube de esperar dos semanas más para averiguarla por mí mismo. Tuve que robarla. Penetré en el cuarto de Elena, una tarde que se fué de compras, y descerrajé el cajón de su escritorio, donde encontré tres cartas de Ana Hamilton, la cual vivía en la calle Oeste, esquina a la Noventa y Cinco.

En cuanto tuve en mi poder estas señas, sin pérdida de

(Continúa en la página 67)

CASOS Y COSAS

Contrabandistas moralizadores

YA es sabido que en Norteamérica, — donde impera la ley Welstead, más conocida por *ley seca* — el único medio de procurarse un poco de vino es acudir a los contrabandistas y pagarlo a peso de oro, de donde resulta que media botella de jerez cuesta más dólares que un Ford y pescar una merluza es más difícil que construirse un rascacielo.

En vista de ello, los aficionados al morapio — que en Norteamérica forman legión, — cansados ya de buscar sitios donde esconderse los frascos de licor de las miradas de los agentes prohibicionistas, han emprendido una intensa propaganda para convencer a sus paisanos de que si siempre beben agua acabarán hidrópicos o criando ranas en el estómago. Y esta campaña empieza a dar sus frutos porque el número de *húmedos*, es decir, de partidarios de la derogación de la ley seca, aumenta constantemente.

Esto, como es natural, ha alarmado a los contrabandistas, que comprenden que, si se deroga la ley seca, no habrá prohibición, y sin prohibición no se concibe el contrabando, y sin contrabando ¡adiós su negocio!

Por lo cual, reunidos los magnates de la profesión, han acordado subvencionar una fuerte campaña por toda la Federación contrabandista, encaminada a demostrar los grandes beneficios que obtiene el país (¿el país o su bolsillo?) manteniendo la famosa prohibición de bebidas alcohólicas.

Por meterse a redentor

LA Prensa, de San Salvador, refiere un suceso, ocurrido en un pueblo mejicano, que demuestra claramente que nunca segundas partes fueron buenas.

Se trata sencillamente de la vida, pasión y casi muerte, no del Señor, sino de un señor italiano que se llama Giusepp D'Gabrielli.

En vista, sin duda, de que en Palestina las cosas se están materializando en exceso debido a la influencia inglesa, nuestro hombre se fué a Méjico, a un pueblo llamado Tequisistlán, y allí se dedicó a predicar entre los lugareños, ni más ni menos que lo hacía Jesús por tierras de judíos.

D'Gabrielli tiene mucha facilidad de palabra, y, gracias a eso, pudo fascinar a aquellas gentes sin tener que recurrir a los milagros.

Llegó el día de Jueves Santo y entonces D'Gabrielli reunió al pueblo entero y le puso los pelos de punta con un discurso que, de pronunciarlo en una cámara de diputados o senadores, le habría valido una cartera. El discurso fué de lo más patético que se ha pronunciado, y, mediante él, D'Gabrielli logró convencer al auditorio de que al día siguiente hicieran con él lo que los judíos hicieron con

Jesús después de que Pilatos se lavara las manos.

El día, pues, de Viernes Santo los indígenas construyeron una pesada cruz y el herrero del pueblo forjó tres clavos del tamaño de mangos de sartén.

El italiano se vistió una túnica morada, se puso una corona de espinas y se echó la cruz auestas. Como la cruz pesaba lo suyo, D'Gabrielli hizo muchas más caídas que el Salvador al dirigirse, a falta de mejor Gólgota, a una pequeña eminencia que hay en las afueras del poblado.

Y entonces vino lo espeluznante. El italiano se colocó en posición adecuada sobre la cruz y un muchacho robusto, que sabía manejar el martillo, le clavó las manos y los pies.

Como los clavos no eran precisamente agujas de inyecciones, D'Gabrielli advirtió, con el consiguiente desagrado, que el papel de Redentor tenía sus inconvenientes. De buena gana hubiera empezado a pedir socorro, pero pensó sin duda que con ello sólo lograría hacer ver a aquellos bárbaros que les había engañado y que él no venía del cielo, sino de Italia, y, temiendo una venganza acaso más cruel que los clavos, aguantó marea.

Pero cuando le izaron en la cruz ya no pudo más y comenzó a dar unos gritos

que debieron de oírse desde Nueva York y a pedir por los clavos de Cristo verdadero que le desclavaran inmediatamente.

Los lugareños, aterrados por aquellos gritos espantosos, le desclavaron y le transportaron al hospital de la ciudad más cercana, donde se aclaró todo lo ocurrido por causa del fanatismo de unos y otros.

Las autoridades intervienen para depurar responsabilidades, y dicen que el italiano, cuando le preguntan si todavía se cree un nuevo hijo de Dios y si volverá a intentar lo de la cruz, exclama, horrorizado: «¡No! Esto se acabó. ¡Cruz... y raya!»

Las bravías

NUESTROS lectores habrán visto con frecuencia en los periódicos el título que encabeza estas líneas, seguido de la descripción de una pintoresca batalla que, para liquidar sus resentimientos y sin más armas que las uñas, han librado dos irascibles hijas de Eva, después de haberse mutuamente obsequiado con los más rebuscados y floridos insultos del diccionario y de lo que no es diccionario.

Pues bien, estas típicas escenas — que generalmente acaban en la Delegación, a donde son conducidas las enfurecidas contrincantes, ostentando en las manos a modo de trofeo algún que otro mechón de pelos arrancado del cuero cabelludo de la adversaria — resultan una inocente discusión al lado del espectacular combate que han sostenido dos mujeres cerca de la capital de Méjico.

Se llamaban las protagonistas de esta historia Dorotea Mancilla y Melquiades Luna, las cuales, a consecuencia de antiguas rivalidades amorosas, se profesaban un odio africano. Una tarde se encontraron casualmente en la carretera de Toluca y se desarrolló la tragedia: Dorotea, que llevaba un machete, desafió a Melquiades, que montaba un caballo y tenía por toda arma un lazo.

Equiparadas así las fuerzas, la Dorotea comenzó por dirigir a su aborrecida rival y a todos sus parientes unos insultos capaces de hacer perder la cabeza no diremos a la misma Luna, sino a todo el firmamento.

Indignada ésta porque las palabras de la Mancilla mancillaban sin duda el buen nombre de la familia, la atajó enviándole el machete a modo de flecha, pero Dorotea esquivó hábilmente el arma, al propio tiempo que arrojaba el lazo y capturaba con él a su rival, arrastrándola luego un centenar de metros.

Ínutil decir que la pobre Luna quedó hecha cuartos en mitad de la carretera.

Si este espectáculo se repite con frecuencia, será cuestión de ir pensando en poblar nuevamente a Méjico, porque, entre las revoluciones que arman los hombres y los desafíos que se buscan las mujeres, pronto acabarán con los habitantes del país.



«Después de la refriega» podríamos poner como epígrafe a esta foto, ya que se trata de la primera cura hecha a un policía que, junto con otros compañeros, fué herido por unos bandidos que intentaban asaltar un banco de Chicago. Ahora contempla cómo le curan la pantorrilla y, a juzgar por la impasibilidad de su rostro, si le preguntáramos qué le ha sucedido, seguramente se limitaría a encogerse de hombros diciendo: «Nada, gajes del oficio».

Los LADRONES de PISOS

Espadistas, topistas y palquistas; alcantarilleros, minadores o ratoneros

por SEGUNDO HOLMES



EN el mundo del delito viven unos hampones fríos y calculadores, metódicos y enérgicos, que cometen sus terribles hechos sin reparar en que con ellos pueden poner una pistola en la mano de su víctima, o conducir al deshonor y a la ruina al hombre probo y trabajador que montó una industria, o quitar el pan para siempre a unos niños que heredaron unas riquezas ganadas honradamente.

Los espadistas

ESTE tipo del hampa es el *espadista*, que estudia hasta el último extremo todos los detalles de sus latrocinios, buscando siempre el triunfo, sin reparar en verter sangre humana.

El *espadista*, para robar los pisos o viviendas, se vale previamente de la *espada*, o sea la llave falsa en el lenguaje del hampa, de cuya palabra se deriva la que da nombre al ladrón.

Es éste el más peligroso tipo de la fauna criminal, porque, teniendo estudiado con toda minuciosidad el golpe de mano, si surge algún obstáculo que pueda malograrlo, no repara en cometer un asesinato, aunque la víctima sea una débil mujer o un niño.

El nombre de *espada* también se aplica por extensión a la *ganzúa*, un instrumento de que se vale el hampón para abrir la puerta del piso que trata de robar, sin necesidad de saltar la cerradura. La *ganzúa* es una varilla de hierro o alambre grueso, con uno de sus extremos doblado en ángulo recto, que, introducido por el ojo de la cerradura, engancha el pestillo y lo descorre. Por este motivo, los profesionales del robo

sólo pueden emplear la *ganzúa* en las cerraduras de llave con mango macizo. Las restantes, como las inglesas y las fabricadas con mecanismo especial, sólo pueden abrirse por medio de la *espada* o sea la llave falsa, o valiéndose de la *palanqueta*, para hacerlas saltar de su sitio en caso de no conseguir resultado con aquélla. Los *espadistas* dan a las *palanquetas*, según su forma y dimensiones, los nombres de *escopeta*, *alzaporta*, *llisca*, *brava*, *fuerza*, *peu de porc*, *pusca*, etc.

Cuando penetran en un piso empleando la *espada*, la *ganzúa* o la *palanqueta*, van provistos, como los cerrajeros, de distintas llaves falsas, que les sirven para los cajones de las mesas, los armarios, escritorios, etc., violentando los que no pueden abrir con ellas, operación desastrosa que estropea de mala manera los muebles.

La *espada* y la *ganzúa* reciben también los nombres de *flauta languelichi* y *ruiseñor*.

Para sacar los moldes se usa un hierro redondo con el mango de una llave o un trozo igual de madera o caña, llamado *banderilla* o *estrella*, en cuya punta se pone extendida un poco de masilla, compuesta de cera o sebo y harina. Se mete como una llave por el ojo de la cerradura y quedan marcados sobre la cera los engarces, impresión que sirve como de plantilla para sacar los dientes de la llave falsa.

Pero la manera más usual y corriente que los *espadistas* emplean para sacar moldes con éxito seguro es valerse de una masilla dúctil y blanda, compuesta de cera virgen y de cirio, que no se resquebraja ni se quiebra. La introducen con los dedos poco a poco por el ojo de la cerradura hasta llenar completamente su interior; con sumo cuidado la sacan después, siendo una reproducción exacta de toda la parte oculta, por

lo que sirve de molde perfecto para fabricar la llave. A esta reproducción o molde le dan algunos *espadistas* el nombre jergal de *ñapa*, así como el de *banderilla* a la llave falsa.

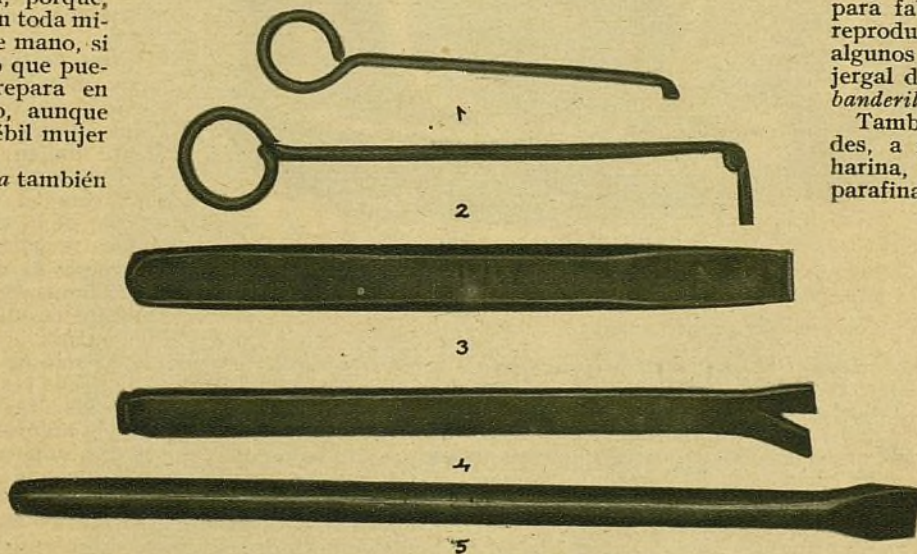
También para sacar los moldes, a falta de cera, utilizan harina, miga de pan mascada, parafina o cualquier otra materia blanda, dúctil y maleable.

El ladrón que va por el cuento, es decir, el que saca los moldes, se llama, en general, *estampero*, de *estampa*, molde, pues el que entra en un piso con cualquier pretexto y a un descuido ejecuta aquella operación, se conoce generalmente con el nombre de *trapista*.

Los *espadistas* llevan a cabo sus robos tras un estudio acabado del lu-

gar y de las costumbres de sus inquilinos, teniendo casi siempre un conocimiento exacto de la importancia del botín. Para ello, generalmente, cuentan con la cooperación de cómplices, llamados *santeros*, nombre derivado del *santo* y *seña*. Los *santeros* sirven de criados, enamoran a las sirvientas obteniendo con halagos cuantos datos necesitan, o bien logran colocar como doncella o criada a alguna de sus amantes, por cuya complicidad recibe ésta el nombre de *marca*.

Una vez obtenidos los moldes de las puertas de entrada, o sea de las *burdas*, y si es posible las de los muebles, uno de los ladrones, llamado *espadero*, fabrica las llaves de puertas y muebles que han de *expandarse*, abrirse. Y cuando por el *santero* conocen el momento en que el piso se halla sin moradores, se reúnen los *espadistas* ante la casa y se distribuyen los papeles.



He aquí los instrumentos con que trabajan los topistas y espadistas: 1 y 2, ganzúas; 3, palanqueta; 4, peu de porc, y 5, escopeta.

Gran Proyector



Los espadistas emplean un potentísimo soplete de oxiacetileno que funde rápidamente el acero de las cajas de caudales.

Uno de ellos, el *avizor*, se sitúa en la calle; otro, el que *guarda la bronca*, se coloca en la puerta para transmitir el aviso si llega alguien, y los restantes proceden a la apertura del piso utilizando las llaves falsas, la *ganzúa* y si es preciso la *escopeta*, la *palanqueta* o el *alzaporta*, introduciéndolos por las juntas o por debajo de la puerta para hacer saltar la cerradura, a cuyo ruido, en jerga catalana, se le da el nombre de *chisde*.

Ya dentro de la vivienda, si no pueden abrir con la *ganzúa* los muebles que juzgan pueden guardar algo de valor, los fracturan empleando potentísimos aparatos, tales como los *peus de porc*, en argot catalán, sutilísimas limas y barras de acero muy delgadas para desencajar las portezuelas de los armarios y los cajones; perfectos taladros con brocas de distintos tamaños; máquinas eléctricas para destemplan el acero y otros muchos útiles donde están encarnados los últimos adelantos de la mecánica.

Pero el aparato principal que tiene todo buen ladrón de pisos para abrir las *leonas* o *marías* (cajas de caudales, casi todas de acero templado), es un soplete potentísimo en forma de tubo, de dos cuerpos, con la punta de platino, al que se enchufa una goma que está sujeta a un bidón cónico de oxígeno y otro de acetileno. Se da suelta a estos cuerpos químicos por medio de un tornillo que tiene el soplete, se enciende y la llama que sale es tan poderosa y terrible, que, al tocar sobre el acero templado, lo funde rápidamente. De esta forma, sin ruido y en pocos momentos, se cortan trozos de acero, por cuyos huecos opera el ladrón metiendo el brazo y sacando las alhajas y los valores.

Cuando los *espadistas* van a robar algún establecimiento, siempre en las altas horas de la noche, como trabajo preliminar del golpe, ya obtenidos previamente cuantos detalles íntimos le son necesarios, uno de ellos logra distraer la atención del sereno o vigilante, llamándole a palmadas al extremo opuesto de la calle, y entablan un diálogo con cualquier pretexto, que termina en un convite en el bar o taberna más próximos, con el fin de apartar de la calle al agente de la autoridad el mayor espacio de tiempo posible. En otros casos, dos de los *hampones*, en el punto más lejano al de la casa que tratan de robar, fingen una violenta discusión, que atrae al sereno con el fin indicado.

Conseguido esto — trabajo preliminar de mucha importancia en la consecución del golpe de mano que van a llevar a cabo — los restantes ladrones violentan el candado que tiene el cierre metálico de la puerta de la tienda, al que llaman en su jerga *burda de rastrea*, lo alzan y penetran dentro, excepto uno de ellos que se queda fuera y vuelve a echar el cierre, poniendo un candado nuevo para que, si vuelve el sereno o vigilante, no note nada. Cuando los ladrones han hecho el alijo dentro, metiendo lo robado en sacos, a una señal convenida, el ladrón que se quedó fuera, burlando la vigilancia del sereno o cuando ya éste se ha retirado de su servicio, vuelve a abrir el candado, alza con cuidado el cierre metálico y salen todos al exterior para cargar lo robado, regularmente en un carro que tienen preparado en las inmediaciones.

Antes de huir, vuelven a echar el cierre metálico y lo sujetan con el candado nuevo, para que no se note señal alguna del robo, y tranquilamente toman las de Villadiego. El robo nocturno de establecimientos se suele cometer con mucha frecuencia, a pesar de la vigilancia de las autoridades, revistiendo algunos verdaderos golpes de mano.

Las horas en que estos ladrones manobran con más libertad son aquellas que siguen al final del servicio de

serenos y vigilantes; pero éstas sólo las emplean regularmente en invierno, cuando aun es de noche y pueden operar con libertad. Por eso en verano buscan las altas horas de la noche, distrayendo por cualquier medio la atención de serenos y vigilantes, como ya he dicho, para dar, mientras, el golpe preparado.

Otro de los procedimientos de que se valen los *espadistas* para robar los establecimientos es el del *encalomado*. Uno de los pícaros, el de más baja estatura o más joven, en las últimas horas de la tarde se introduce subrepticamente, aprovechando un descuido, en el establecimiento que tratan de robar, y se esconden a las miradas de todos con objeto de quedar encerrado al marcharse el dueño y la dependencia. Si al entrar es descubierto, da una excusa y huye a esperar mejor ocasión para su objeto.

Si logra *encalomarse*, o sea esconderse, hace durante la noche los paquetes del género y violenta armarios y cajones, apoderándose del dinero que encuentra, como en los casos anteriores.

A la hora concertada con sus cómplices, que suele ser después de retirarse serenos y vigilantes, desliza un papel por debajo de la puerta, que en su argot recibe el nombre de *soldado*, para dar a conocer que la operación se realiza sin novedad, pues algunas veces, después de encerrados los ladrones, son descubiertos por los dependientes o los vigilantes que hacen requisas durante la noche.

Si no hay candados por fuera, el mismo *encalomado* destronilla la cerradura por dentro y abre la puerta. Si hay candados, los cómplices los fracturan por fuera o abren con llaves falsas. Con toda tranquilidad, ya de día, transportan los paquetes de

género a un carro de antemano preparado, realizando esta operación como si fueran dependientes, lo que aleja las sospechas hasta de las porteras por la temeridad con que llevan a cabo el golpe de mano, siempre poco antes de la apertura normal de los establecimientos.

También los *espadistas* roban de una a tres de la tarde, durante las horas de la comida, abriendo por fuera con llaves falsas o fracturando los candados y procediendo al transporte de los géneros como en el caso anterior, cínicos y temerarios, sin miedo a la presencia de las porteras y transeúntes, que los juzgan dependientes de la casa por la tranquilidad con que recorren los cierres metálicos y luego cargan lo robado.

El trozo de papel a que dan el nombre de *soldado* suelen utilizarlo también para averiguar la hora en que no hay nadie en un piso o tienda. Lo colocan en las junturas de las puertas y pasan diferentes veces durante el día, comprobando, al notar su desaparición, la hora exacta de la estancia habitual de los inquilinos y, por lo tanto, el momento más propicio para dar el golpe con toda tranquilidad.

Los *espadistas* llevan a cabo sus robos cuando tienen la firme seguridad de que no hay nadie en la casa que tratan de desvalijar; pero si, a pesar de ello, ya dentro, se encontraran frente a frente con alguna persona, llegarían, en caso necesario, hasta al asesinato o a la agresión, si fueran sorprendidos por los agentes de la autoridad.

Un robo de los espadistas

VOY a contar a mis amables lectores un suceso sobre estos especialistas del robo.

En cierta ocasión, unos terribles *espadistas* se propusieron robar el palacio de unos nobles que estaban ausentes breves días, y en el cual sabían, por una criada cómplice, que se guardaban valiosas joyas en una caja de caudales, junto con una fuerte cantidad de dinero.

El palacio era una espléndida posesión situada en las afueras de la capital, en uno de los barrios aristocráticos.

Los ladrones penetraron silenciosamente por la puerta principal, que abrieron con la *espada*, pues previamente habían adquirido los moldes de la cerradura. Pero como la puerta daba paso a unos amplios jardines, tuvieron que escalar el edificio por un balcón, cuyas maderas forzaron con una potente palanqueta, penetrando en su interior como verdaderos felinos, alumbrándose con lámparas eléctricas de bolsillo.

Nuestros *espadistas* pudieron operar impunemente durante la noche, sin ser sentidos por nadie, ya que sólo un guarda estaba al cuidado del palacio, el cual dormía en un pequeño pabellón, situado en un extremo del jardín.

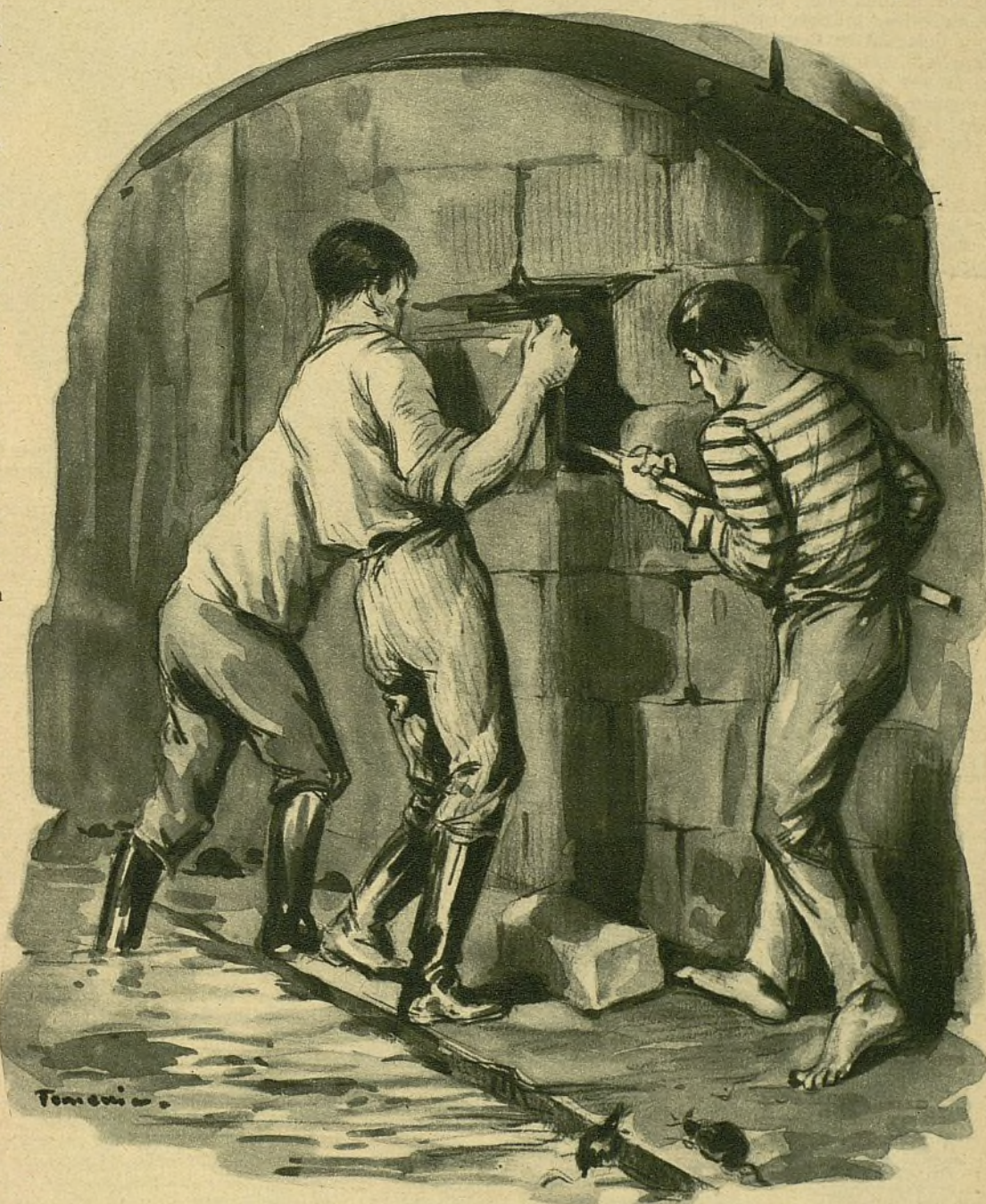
Los ladrones, valiéndose del soplete de oxiacetileno, horadaron la caja de caudales y consiguieron apoderarse de todas las alhajas y dinero de los nobles; saltaron también, con palanquetas o *ruiseñores*, vitrinas valiosas con colecciones de monedas y objetos antiguos de gran valor. Fué un verdadero

golpe de mano, pues pasaba de trescientas mil pesetas lo robado.

Los periódicos, al día siguiente, describieron minuciosamente el robo, de cuyos autores no se tenía la menor noticia. La policía trabajó incansable, pero infructuosamente. Sólo existía una pista y en ésta fundó sus ilusiones la policía. Sobre la caja de caudales habían quedado algunas huellas digitales de los ladrones, impresas muy débilmente. Los funcionarios del Gabinete de Identificación lograron por medio de procedimientos especiales dar vigor, revelándolas, a aquellas huellas de los dedos de los ladrones, consiguiendo obtener de ellas intensas ampliaciones fotográficas.

Como ya sabrán mis queridos lectores, los dibujos que presenta la piel en las yemas de los dedos, no varían en el transcurso de la vida de las personas, y, además, no hay uno igual a otro en el mundo. Basado en esto, existe una ciencia, llamada dactiloscopia, por medio de la cual se clasifican las impresiones digitales, que previamente se obtienen de la gente del hampa al ser fichada.

Pues bien, obtenidas científicamente reproducciones de las huellas que dejaron los *espadistas* en la caja de caudales de los nobles mencionados, ya fué tarea fácil descubrir a quién per-



Los alcantarilleros, trabajando siempre en las tinieblas del subsuelo, son los ladrones más crueles y sanguinarios.

tenecían, analizando las fichas del archivo policial, y se dió el nombre exacto de los autores, que fueron detenidos al día siguiente en su guarida, que era una pequeña casita aislada del resto de las de la calle de un barrio extremo, donde no sólo se recobró lo robado, sino que fueron encontrados alhajas y objetos valiosos procedentes de otros robos.

Una nota dramática hubo, sin embargo, en la captura. Cuando la policía, después de sostener un tiroteo con los ladrones desde su guarida, logró penetrar y apresar a los cinco *espadistas* de que se componía la banda, dos de ellos estaban gravemente heridos, pues ambos, achacándose mutuamente a una delación la llegada de la policía, habían reñido disparándose sus pistolas, como venganza al verse descubiertos.

Por una vez más, gracias a la ciencia y a la habilidad de la policía, no había quedado impune un delito que tuvo gran resonancia por la cuantía del robo y la calidad de las víctimas de él.

Los topistas

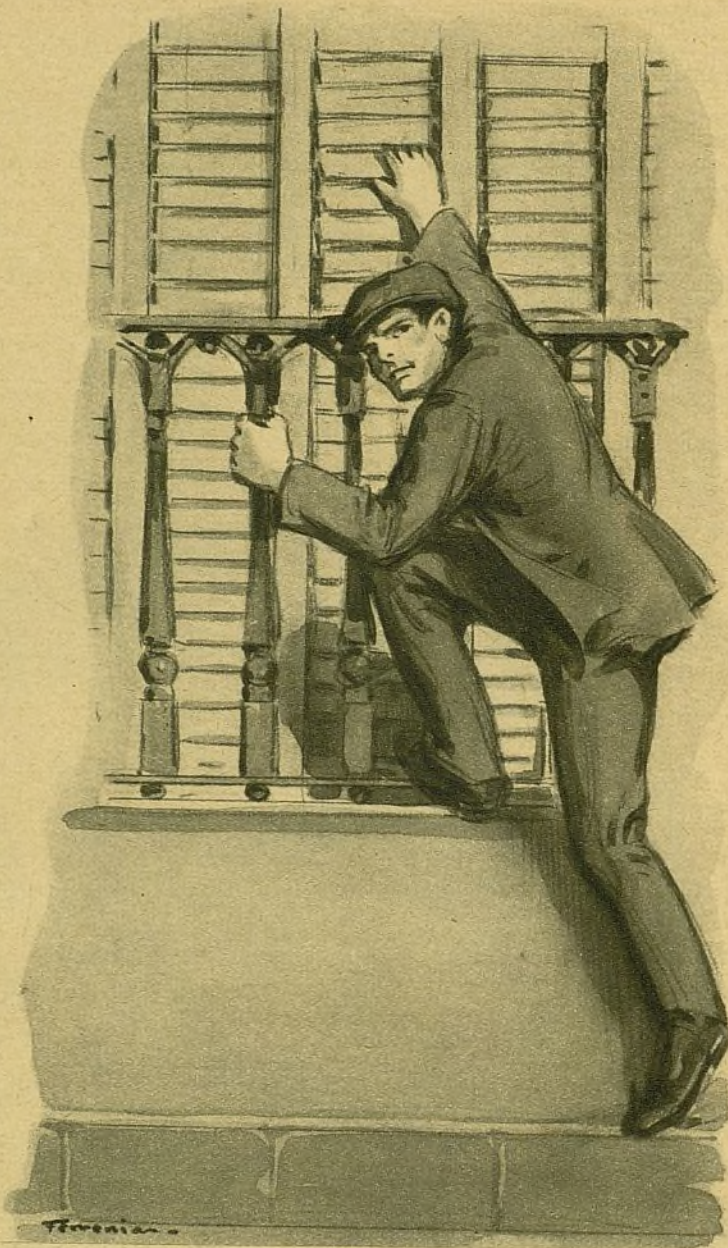
HAY una clase de ladrones — denominados *topistas* — que pueden confundirse con los *espadistas*, porque ambos practican el robo de pisos. Pero los primeros se diferencian de los segundos en que sólo roban al azar, *al tope*, de donde proviene su nombre de *topistas*.

Estos van solos o por parejas y penetran en las casas procurando eludir la vigilancia de los porteros. Llamán a los pisos fingiéndose mendigos, repartidores de entregas, recaderos, frailes mendicantes, empleados de telégrafos, carboneros, traperos u obreros de cualquier otra industria. Si les abren la puerta, piden una limosna o se excusan con la profesión que representan, demandando un nombre imaginario. Si nadie contesta, vuelven a llamar y, cerciorados de que no hay personas en el piso, emplean la palanqueta o la *fuerza*, que es una palanqueta más corta y gruesa que la corriente con uno de sus extremos doblado en forma de dientes, a la cual es raro que resista una cerradura. Fracturada la puerta, uno de los ladrones, si van por parejas, se queda en observación mientras el otro penetra en el piso desvalijándolo, saltando las cerraduras de los cajones, o sean *juncos* o *roncos*, y metiendo objetos y ropa, la *farda*, como ellos la llaman, en grandes sacos, desaparecen con el botín del lugar del hecho.

Desgraciadamente, los *topistas* son planta dañina que abunda en las grandes poblaciones, como lo demuestran los infinitos robos con fractura, por medio del tope, que se llevan a cabo con demasiada frecuencia.

Los palquistas

LOS aprendices de *espadistas* y *topistas* — que ya oficiaron de *descuidados* y recorren fatalmente la senda del delito — reciben el nombre de *palquistas* cuando entran a robar por un balcón, casi siempre de pisos entresuelos, pues éste se denomina *palco*, en el argot del hampa.



El palquista se especializa en robar los pisos entresuelos, penetrando casi siempre por el balcón.

Para evitar ser víctimas de tan terribles ladrones como son estas tres clases descritas, toda prevención es poca. Aparte de los requisitos de seguridad con que hemos de dotar nuestras viviendas, como timbres de alarma, cadenas (*rosarios* en argot), cerraduras inglesas, cerrojos, etc., debemos tomar amplios informes de los criados y criadas, para que no resulten cómplices de los *espadistas*, y no abrir la puerta del piso a personas desconocidas, sin antes cerciorarnos de su personalidad, no atendiendo la demanda de ningún mendigo ni otra clase de personas, a los que se debe hablar a través de las mirillas de las puertas para evitar que, abiertas éstas, empleen la violencia y ejecuten el golpe de mano.

Los alcantarilleros

ESTOS tres tipos descritos de profesionales del robo son los que cometen sus hazañas, como si dijéramos, sobre la faz de la tierra, es decir, que para entrar en los pisos o viviendas se valen de las puertas, ventanas, balcones, o emplean cuantos procedimientos hemos visto. Pero hay otros delincuentes, aun más terribles que aquéllos, que para entrar en las casas se sirven de la vía subterránea. Son éstos los *alcantarilleros*, *minadores* o *ratoneros*, ejemplares de la extensa galería de los profesionales del delito que se destacan con fuerte relieve, firmes y definidos, como enérgicos aguafuertes; tipos llenos de intensa vitalidad, de una reciedumbre trágica que se mueven siempre entre las sombras, que ante nada retroceden y que lo mismo arrebatan una vida que pierden la propia.

Esta variedad de los hampas que se dedican al robo es sumamente interesante, de líneas duras, de rasgos definidos. Su vida está llena de misterios; es una vida aventurera de prismas diversos, de desarrollo novelesco, dignos de ocupar las páginas de un Allan Poe.

A fuerza de vivir una vida intensa son cultos, pero de una cultura nefasta, pues han recorrido toda la escala de la delincuencia. Su audacia es infinita, no reconociendo límites. Son temerarios, sin miedo al peligro, pacientes en grado sumo para ejecutar los rudos trabajos preliminares del robo, y crueles y sanguinarios, ya que viven entre sombras y entre sombras llevan a cabo sus hechos, que les da mayor impunidad.

Muchos de ellos, cuando vuelven a la faz del mundo después de un golpe de mano, viven como personas honradas, presentándose como empleados o rentistas, en barrios hasta pacíficos y de gente de orden. Pero al ejercer su punible profesión, desaparece su fingida personalidad y reaparece la propia, la de ladrón *alcantarillero*, en sus trabajos de ratones o topes, de aspecto miserable y repulsivo.

Cuando tratan de dar un golpe de mano en una joyería u otro establecimiento, alguno de los ladrones, bien vestido y con pretexto de montar una industria, alquila una cochera lejos del punto de su objetivo, a la que llevan un par de caballerías, para mejor cubrir las apariencias. Levantan la piedra

(Continúa en la página 68)

VENGANZA de MUJER

Siguiendo el misterioso anónimo que a impulsos de su despecho escribió una mano femenina, el detective desempeñó un papel poco brillante en este asunto.

por MICHEL F. ROCROI
detective privado francés

A comienzos de la pasada primavera fueron solicitados mis servicios profesionales para desembrollar uno de los asuntos más oscuros en que he intervenido en mi ya larga vida de detective. Juzgue el lector por sí mismo.

Marcelo Duamel, un joven muy conocido en los círculos deportivos y artísticos de París, había sido hallado gravemente herido, tendido en tierra y sin conocimiento, en uno de las carreteras inmediatas a la capital. Conducido a una clínica particular de Auteuil, y, no obstante los solícitos cuidados de un famoso cirujano, no tardó en sucumbir, a consecuencia de la fractura de la base del cráneo. A juzgar por esa herida, y por otras, Marcelo Duamel había sido víctima de un atropello de automóvil. Como murió sin haber recobrado el conocimiento, nada pudo saberse acerca de las circunstancias que habían concurrido en el desgraciado accidente. La policía practicó las indagaciones de costumbre en tales casos, pero, a pesar de su actividad, nada pudo saberse acerca del atropello. Sin duda un chofer poco hábil había alcanzado a Marcelo Duamel, y, al darse cuenta de la gravedad del accidente, había procurado huir del lugar del suceso, dejando abandonado el cadáver. Como casos parecidos a éste se registran con cierta frecuencia desde que se ha aumentado la penalidad impuesta a los automovilistas causantes de atropellos, al de Marcelo Duamel no se le concedió más que una relativa importancia y aun ésta determinada más por la calidad de la víctima, que por el suceso en sí, que pareció a todos ser sólo uno de tantos como ocurren en las carreteras de los alrededores de la capital de Francia.

Entonces, la amiga de Jane, con hábiles razones, le hizo comprender que...

La familia del desgraciado joven comenzaba ya a consolarse de la pérdida de aquél, cuando cierta mañana entre el correo de Mr. Jules Duamel, padre de Marcelo, apareció una carta sin firma, en la que con pocos renglones se le decía que su hijo había sido en realidad asesinado. Mr. Duamel vino con este anónimo a mi despacho.

— ¿Cree usted fácil — me preguntó — averiguar si es cierto lo que se dice en esta carta?

— En principio, desconfío de todos los anónimos — repliqué yo — y de los que tienen letra de mujer, como éste, mucho más — añadí frunciendo el entrecejo, mientras examinaba detenidamente la carta que me había entregado Mr. Duamel. — Vaya usted a saber qué motivos han impulsado a la autora de estas líneas a escribirlo. A lo mejor no pasa de ser una broma pesada con que esta señorita habrá querido liquidar algún resentimiento que tenía con usted o con su hijo. Evidentemente, no se puede hacer mucho caso de este papel.

— Si no se tratase de un hijo mío, y, sobre todo, de una revelación de tanta gravedad, yo no estaría en este instante hablando con usted, y el papel estaría ya roto en el fondo de

ortografía. Tráigame toda la correspondencia de su hijo de usted.

— ¿Para qué?

— Sencilísimo, señor. Para ver si entre las cartas hay alguna cuya letra sea igual a ésta.

— Están ustedes en todo — exclamó con sinceridad el señor Duamel.

— ¡Oh!, no, caballero. Todo esto es lo más elemental en nuestra profesión. Esas deducciones están al alcance de cualquiera. Lo difícil es precisamente no dejarse despistar por ellas, porque, a lo mejor, en lugar de orientarnos, nos hacen seguir un camino muy complicado u opuesto por completo al que deberíamos elegir.

ALGUNOS días después el señor Duamel se presentaba de nuevo en mi despacho con un paquete de cartas.

— Le traigo este paquete de cartas de mi hijo, pero me parece que por ahí nada pondrá usted en claro. Ninguna de las cartas tiene letra igual, ni siquiera parecida a la del anónimo. Me he entretenido en compulсарlas.

El juez, al llamarme, no me ocultó sus dudas.

— Me parece, señor Rocroi, — me dijo — que nos hemos equivocado, lo cual es lamentable para nosotros, que no debíamos equivocarnos nunca.

mi papelería. Me inspiran un profundo desprecio los que no ponen su firma al pie de las cartas que mandan, y convengo con usted en que no hay que tomar en serio lo que dicen. Pero, en este caso... Si mi hijo Marcelo fué asesinado, este asesinato no puede quedar impune, y estoy absolutamente decidido a agotar todos los medios para descubrir al culpable.

— Lo comprendo, caballero. Pero, ¿estoy tan escarmentado en cabeza ajena! ¡He visto ya tantos casos en que los más sagaces detectives han hecho el ridículo por haber querido seguir las indicaciones de una mujer!...

Me detuve un momento reflexionando y en seguida proseguí:

— ¡En fin! Intentaremos descifrar el misterio y veremos si hay algo de verdad en lo que nos dice nuestra incógnita comunicante. ¡Dios quiera que no salgamos con las manos en la cabeza!

Y cambiando de tono, pregunté resueltamente:

— ¿Tiene usted algún motivo para sospechar que pueda ser cierto lo que dice el anónimo comunicante? ¿Intervino su hijo en algún asunto escabroso? ¿Tenía enemigos? ¿Se relacionaba con gente de dudosa moralidad? Es necesario que piense usted con calma acerca de todo esto y que, a la mayor brevedad, me comunique su respuesta. Entretanto, yo iniciaré determinadas gestiones preliminares.

— Supongo que la primera será dar con el auto causante del atropello, porque, asesinado o no, es indudable que hubo atropello de automóvil. El cráneo fracturado y en la piel las señales de los neumáticos de un auto, son prueba de ello, y el cirujano Forest no tiene acerca de este punto duda alguna. Mi hijo fué atropellado por un auto.

— Es posible; pero nada prueba que, antes o después, no pudiese haber sido asesinado por un medio menos contundente.

— ¿Alude usted al veneno?

— ¿Por qué no?

— La autopsia nada reveló que permita creerlo así.

— Hay venenos que no dejan rastro, o por lo menos que dejan un rastro muy difícil de hallar. Y luego hay los estupefactantes y... otra porción de cosas, pero perderíamos el tiempo si tratásemos de hallar el auto causante del atropello. Los asesinos de peatones no dejan rastro casi nunca. Si no ha dado la casualidad de que alguien los haya visto en el momento del atropello, pueden contar con la impunidad. Hay otra pista mucho más segura que el auto que huyó sin dejar huellas y son estas líneas.

— ¿Qué ve usted de particular en ellas?

— Que están trazadas por una mujer de cierta cultura.

— Lo dice usted con una seguridad...

— Fíjese. Letra de la escritura que se enseña en los pensionados de señoritas, redacción impecable, y sin una falta de

— ¿Me permite usted? — repliqué yo.

Y tomando las cartas y el anónimo, me di rápidamente cuenta de que, efectivamente, ninguna de ellas había sido trazada por la misma mano autora de la denuncia.

— Tiene usted razón — añadí — en lo de que no hay entre los autores de esas cartas el del anónimo; pero se equivoca usted en lo de decir que, siguiendo esa pista, nada pondré en claro. Y la prueba es que estoy decidido a no seguir otra. Dejemos a un lado las epístolas firmadas por hombres, que, por ahora, no me interesan. ¿A qué clase social pertenecen las damas, o señoritas, que firman las de mujer?

— Es fácil figurárselo... ¿Un muchacho de veinte años qué relaciones femeninas quiere usted que tenga?...

— Ivonne Doriat — dije, leyendo una de las firmas —. ¿No es una de las vedettes del Alcázar?

— Es posible. El estaba muy bien relacionado en los medios teatrales y los frecuentaba mucho.

— Muy bien. Esta noche me iré a ver la revista del Alcázar. Hace algunos años que no he estado allí. De ordinario los parisienses dejamos esos espectáculos para los provincianos y los extranjeros; pero sospecho que ahora no voy a tener más remedio que figurar entre ellos.

POR la noche fui efectivamente al Alcázar. Antes de adquirir la entrada me cercioré de que la señorita Ivonne Doriat tomaba parte en la revista que allí se daba. Al terminar el primer acto, me apresuré a remitirle un ramo de flores con mi tarjeta. Una de las preciosas tarjetas que yo uso para estos casos, en la que debajo de una corona ducal se lee: «El duque de Prairie», un ducado que sólo existe en mi imaginación, pero que causa siempre un efecto extraordinario, sobre todo cuando la tarjeta va acompañada de un regalo, y quien lo recibe es una mujer más o menos artista. Al terminar el espectáculo, Ivonne Doriat me recibió como yo esperaba, con la más encantadora de sus sonrisas. Era una rubia bellísima, inglesa probablemente, pero que, por llevar ya largos años de actuación en París, había adquirido las maneras inconfundibles de la mujer francesa. Como es natural, me guardé muy bien de hablarle de su amigo el difunto Marcelo Duamel, ni de nada que a él se refiriese. La invité a cenar. Ella se excusó de aceptarme mi oferta diciendo que tenía una fuerte jaqueca y que iba a acostarse en seguida. Había tenido un disgusto con una compañera del teatro.

Fingí interesarme mucho por ese disgusto, pero ella se mostró muy poco explícita acerca del particular. Le pedí permiso para acudir en otras ocasiones a ofrecerle mis respetos, a lo que accedió encantada. La acompañé hasta su coche y nos despedimos amablemente. (Continúa en la página 69.)

MISTERIOSA DESAPARICIÓN de TERESA ESCANDELL

por ENRIQUE FERNÁNDEZ DE LA CRUZ

Investigador privado

ex Agente de la Brigada de Investigación Criminal

Sensacional relato sobre un
caso misterioso ocurrido en
Barcelona hace pocos años



A L pedirme el director de GRAN PROYECTOR unas cuartillas originales para inaugurar la colaboración española en su popular revista, me he visto en un verdadero apuro. Al

recibir tal petición se me antojó que no tuvo en cuenta que mi profesión de investigador privado no me permite intervenir en los casos delictuosos con la misma autoridad que lo hacen los detectives norteamericanos, y, por tanto, son muy pocos — mejor diría ninguno — los casos sensacionales en que yo haya intervenido más o menos directamente. Esto aparte de que mi falta de habilidad en escribir para el público me elimina ipso facto de lo que los técnicos llaman República de las letras.

Sin embargo, las razones que me ha dado el director de esta originalísima revista me han parecido tan convincentes, que, después de mucho cavilar recordando los casos más sensacionales o misteriosos en que he intervenido, me he esforzado en explicar, del mejor modo posible, un caso ocurrido en Barcelona no hace muchos años, caso que — suprimiendo los datos más comprometedores — me ha parecido que podía titularse muy bien «Misteriosa desaparición de Teresa Escandell».

SERÍAN aproximadamente las cinco y media de la tarde de un día del mes de abril, cuando se presentó en mi casa un matrimonio de clase artesana — aunque me pareció acomodado — para darme cuenta de que días atrás les había desaparecido, de un modo misterioso, una hija de veintitrés

años llamada Teresa, soltera, domiciliada con ellos en la calle Cruz de Canteros, de la barriada de Pueblo Seco.

Sin duda acudieron a mí imbuídos por el prejuicio — vulgarmente creído, a causa de algunos desaprensivos — de que en España el investigador privado sólo interviene en asuntos de faldas.

Hice tomar asiento a mis visitantes, que parecían en extremo excitados, y les rogué que me explicasen con todo detalle los pormenores del raro suceso cuyo esclarecimiento venían a encomendarme.

El padre, más dueño de sus nervios que su consternada esposa, me hizo la siguiente relación:

El día 13 de abril de aquel año, un martes por la tarde — día de la desaparición — comió Teresa en casa, como de costumbre, y salió a las dos y media para dirigirse al taller de confecciones en que trabajaba, situado por las inmediaciones de la calle de Trafalgar.

Transcurrieron las horas de la tarde, y a las ocho y media, como vieran que no regresaba, según lo hacía indefectiblemente todos los días, los padres empezaron a alarmarse. A las diez de la noche Teresa no había regresado aún a su domicilio, y entonces los padres decidieron proceder a las indagaciones que aconsejaba el caso.

Preguntaron primero a algunas de las amigas de la joven que vivían en el mismo barrio, y unas dijeron que no la habían visto desde hacía varios días y otras aseguraron que aquella misma



Retrato de Teresa Escandell,
la muchacha desaparecida misteriosamente.

Ayuntamiento de Madrid

tarde fueron con ella en el tranvía, separándose en el sitio de costumbre, por lo cual ignoraban lo que hubiera podido ocurrirle después.

Recorrieron luego las casas de socorro, los hospitales, los domicilios de parientes y amigos, sin resultado alguno.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente telefonearon a la casa donde trabajaba la joven, contestándoseles de allí que la tarde anterior no había ido a trabajar, cosa que no sorprendió en el taller, pues, desde hacía una temporada, Teresa acostumbraba a faltar una o dos tardes por semana. Como la labor que realizaba la joven era a destajo, la gerencia del almacén de confecciones no se opuso jamás a estas faltas, toda vez que el día que no iba, no cobraba.

En cambio, a los padres, este detalle, que desconocían, les sorprendió extraordinariamente, pues Teresa no les había comunicado nunca que hiciese tales fiestas y, además, presentaba siempre el jornal íntegro, como si hubiese trabajado la semana entera.

Obtenidos estos pormenores, los padres de la joven desaparecida creyeron haber hallado por fin la clave del misterio.

Teresa sostenía relaciones amorosas con un joven llamado Antonio Arezzi, de veinticinco años, dependiente de comercio que trabajaba en una tienda de novedades de las Ramblas. Los padres de Teresa desconocían personalmente a este joven, pero como hubiesen obtenido informes poco recomendables

— ¡Luego se despidió normalmente del establecimiento?

— Según han dicho, sí, señor.

— ¿Quieren, pues, que yo me encargue de averiguar el paradero de su hija?

— A eso hemos venido, señor, si usted cree que puede averiguarse algo, pagando, como es natural, lo que sea.

Puestos ya de acuerdo, me levanté para acompañarlos hasta la puerta. Al despedirnos les recomendé:

— Cualquier noticia, cualquier detalle nuevo que obtengan ustedes no dejen de comunicármelo en seguida. A mi vez, yo les tendré al corriente de todas mis gestiones. Sobre todo, no se impacienten, porque con calma lo sabremos todo muy pronto.

MIS primeras gestiones tendieron a puntualizar bien el carácter y la fisonomía moral de la joven, pues todos los actos humanos, aun aquellos que parecen depender únicamente de un medio circunstancial, se realizan siempre de acuerdo con el temperamento del individuo y son en sus detalles el reflejo, la huella, la marca de ese mismo temperamento.

Para conseguir mi objeto no me dirigí a los padres. Los padres son los peores apologistas de sus hijos, especialmente si se trata de sus defectos.

Siguiendo procedimientos semejantes a los que seguía cuando — años atrás — pertenecía a la Brigada de Investigación

VISITADO el café del Paralelo, supe que el individuo sospechoso se llamaba Ernesto Durán y estaba fichado por la policía como complicado en la trata de blancas.

acerca del mismo, hacía tiempo que venían oponiéndose tenazmente a que su hija continuase las relaciones con él, sin tener la certeza de haberlo conseguido.

Al conocer, por la información del taller, aquellas fiestas que Teresa se permitía semanalmente, no sólo adquirieron la convicción de que el noviazgo había continuado, sino que abrigaron la lógica sospecha de que la desaparición de su hija era la consecuencia de un pacto entre ambos.

Con tal certeza, dirigiéronse entonces a la tienda de novedades donde trabajaba el joven Arezzi, y allí se les informó de que éste se había despedido de la casa ocho o diez días antes, ignorándose su paradero.

Semejante noticia acabó por persuadir a los padres de Teresa de que su hija se había fugado con el joven galán, y entonces dieron parte a la policía de lo ocurrido, empezando a practicarse las gestiones de rigor y publicándose al día siguiente en los periódicos la gaceta que ya se tiene compuesta para estos casos:

Don Jaime Escandell denunció ayer a la policía que una hija suya de veintitrés años, llamada Teresa, ha desaparecido del domicilio paterno en la tarde del día 13 del presente mes, sospechando que se haya fugado con su novio, un joven llamado Antonio Arezzi, de veinticinco años de edad.

Al concluir el padre de la joven la deshilvanada enumeración de estos antecedentes, que yo he ido ordenando a posta, le pregunté:

— ¿Cuántos días han transcurrido desde la fecha de la desaparición?

— Unos quince — me respondió. — Ocurrió el día 13 y estamos a 27...

— Bien. ¿Qué noticias les han dado a ustedes en la Jefatura?

— Hasta ahora ninguna; no se ha averiguado nada. Por eso acudimos a usted.

— ¿Han vuelto ustedes por el comercio donde trabajaba el novio de su hija?

— Sí, señor.

— ¿No han tenido noticias de su paradero?

— No, señor — contestaron al unisono los atribulados esposos.

— ¿Les han hablado a ustedes de la conducta observada por ese joven en la casa?

— Sí. Sus informes, a ese respecto, son inmejorables.

Criminal, supe que la joven desaparecida era una muchacha a la moderna, con las consiguientes características: falda de quince centímetros de longitud; maneras desenvueltas y hasta audaces; pelo corto, cejas depiladas, oxígeno en el cabello, *rimmel* o *Kool* en los ojos, carmín en los labios, pasta ocre en el cutis, barniz de plátano en las uñas, siempre pulcramente cuidadas..., etc.

Comía escasamente. La conservación de la línea — preocupación de la época — le aconsejaba esta parquedad como precepto higiénico.

Era bella. (Es difícil encontrar hoy a dos jóvenes que no lo sean. La química, aplicada a la estética, ha sido implacable contra la fealdad).

Respecto a sus hábitos cotidianos, supe que, para ir a trabajar, tomaba todos los días el tranvía 29 (línea de circunvalación) en una de sus paradas de la Ronda de San Pablo, apeándose de él en la Plaza de Urquinaona (final del consabido trayecto de 10 céntimos), para dirigirse seguidamente, a pie y junto con algunas amigas que encontrara en el trayecto, a la calle de Trafalgar, cerca de la cual estaba situado el almacén de confecciones.

El día de la desaparición, estas amigas, con quienes se encontraba ordinariamente, vieron que Teresa se despedía de ellas antes que de costumbre y se detenía a hablar con un desconocido en la esquina de la calle de Méndez Núñez; pero, momentos después, como advirtiera que era observada por sus amigas, se separó bruscamente del tal individuo y echó a andar sola calle abajo, bastante de prisa, hasta que las otras la perdieron de vista, sorprendiéndose, como es natural, de aquel insólito proceder.

Hasta aquí nada me había sorprendido, porque todo ello poco más o menos era una corroboración de lo que ya sabía o sospechaba: las citas con el novio, las faltas al taller, el deseo natural de ocultar todo esto, etcétera.

Por tanto, mi primera sorpresa, esto es, lo que en lenguaje reporteril se llama *detalle sensacional*, lo adquirí cuando averigüé, por las señas que me suministraron las citadas amigas de la joven, que el individuo con quien se había detenido a hablar ésta la tarde de su desaparición, no era el dependiente Antonio Arezzi, sino otro personaje enteramente desconocido, y nuevo, por lo tanto, en la aventura que vengo explicando.

Al principio creí que esto vendría a complicar el asunto;

pero luego, cuando reflexioné, comprendí perfectamente las razones que tendría el joven Arezzi para servirse de un intermediario. Mi conclusión, pues, fué la de que aquel sujeto desconocido era un intermediario del dependiente, utilizado por éste para desviar toda clase de sospechas inmediatas.

Por último, sentí fortalecido este criterio merced a lo que supe inmediatamente acerca de Antonio Arezzi: al despedirse de la tienda, había manifestado que lo hacía con el fin de embarcarse para América, desde donde le llamaba un amigo. En la casa de huéspedes, en cambio, aseguró que se iba de ella porque se casaba dentro de unos días... Conocí asimismo, por abundantes y unánimes referencias, que Arezzi era un muchacho instruido; hablaba varios idiomas, había viajado mucho, sobre todo por América, y en una palabra, conocía perfectamente el mundo. Todo ello autorizaba con bastante fundamento la sospecha de que al tramar su fuga con la novia, lo hizo rodeándose de las más hábiles precauciones, como hombre que conoce el valor que tienen los detalles en determinadas ocasiones.

Habían llegado hasta este punto mis pesquisas, cuando una tarde se presentó en mi casa el padre de Teresa con una carta que acababa de recibir de su hija, fechada en Santa Cruz de Tenerife, y en la cual la joven confirmaba a sus padres todo cuanto habíamos deducido anteriormente. En vista de la oposición que se le hacía a su noviazgo con Antonio — escribía la joven, — había decidido escaparse con él a Méjico, embarcándose la misma tarde en que fué advertida su desaparición. Una vez allí — continuaba — legalizarían su situación, casándose, y se crearían un hogar bajo la ayuda y protección de un tío carnal de ella, hermano de la madre, que residía en la capital mejicana. Añadía algunos pormenores más sin importancia y terminaba pidiendo perdón a sus padres por la falta cometida y recomendándoles que no pasaran el menor cuidado por ella.

Virtualmente ultimado el suceso con este resultado, el padre de Teresa escribió a su cuñado recomendándole la suerte de su hija, y yo, de acuerdo con él, di por terminados mis servicios.

PASÓ un mes y medio, aproximadamente. Una noche en que me hallaba entregado a otras tareas y cuando ya había perdido la memoria de este asunto, volví a mi casa Jaime Escandell (el padre de Teresa) para hacerme conocer algo que venía a reverdecir de nuevo la olvidada aventura.

En contestación a la carta que él había escrito a su cuñado de Méjico, acababa de recibir otra en la que éste le manifestaba concretamente que ni Teresa ni su novio se habían presentado allí en la fecha que le anunciaba, por lo cual se apresuraba a comunicárselo, temeroso de lo que hubiera podido sucederles.

Como es de suponer, semejante noticia puso de nuevo sobre el tapete la cuestión, y entonces decidí informarme en la compañía de vapores sobre si era cierta o no la salida de los dos jóvenes.

La fecha de la desaparición de Teresa era el día 13 de abril; en su carta, la joven había manifestado que embarcaban aquel mismo día con rumbo a Méjico. Por consiguiente, en el vapor que zarpase aquel día de Barcelona con destino a tal punto, debía de tenerse noticia de los fugitivos.

Fuí a averiguarlo, y entonces me enteré, con la consiguiente sorpresa, de que el primer vapor que había salido de Barcelona para Méjico, no zarpó el día 15, ni el 16..., ni el 17, sino ¡seis días después de la fecha indicada por la joven!

El menos avisado hubiera visto en seguida en esta flagrante contradicción la sombra de un nuevo misterio, sobre todo, habiéndose asegurado que en aquel barco no había viajado ninguna pareja cuyas señas correspondiesen a las de ellos. Pedí al padre que volviese a traerme aquella carta expedida por Teresa desde Santa Cruz de Tenerife. La leí otra vez, con

redoblada atención; pero no encontré nada en ella que me indujese a sospechar. Por otra parte, invité al padre a que identificase bien la letra de su hija, por si había habido falsificación. Ni la menor huella de tal cosa. La carta era, efectiva y realmente, de Teresa.

Estaba en un callejón sin salida.

No obstante, existía un hecho innegable: el de que Teresa había escrito aquella carta desde Tenerife.

Repasando mentalmente los episodios y referencias que ya conocía, vino a mi memoria, de improviso, el recuerdo de aquel desconocido con quien hablara Teresa en la calle de Méndez Núñez la tarde de su fuga.

Admitiendo que la joven se hubiese escapado con el novio, la intervención de aquel sujeto no me había parecido extraña, según ya expliqué. Mas ahora, al tener que sentar como indudable que Teresa no embarcó el día que decía en su carta, ni se presentó en casa de su tío de Méjico, era un detalle que me atraía poderosamente.

Pregunté al padre, en virtud de este nuevo criterio, si le había conocido a su hija relaciones con algún otro novio, anteriores a la que sostenía con Arezzi, a lo cual Escandell me respondió afirmativamente, informándome de que un año atrás Teresa fué novia de un individuo apellidado Durán, mozo de café y, al parecer, sujeto de antecedentes no muy claros.

Insistí en que me diese los mayores detalles acerca de este individuo — cuyas señas, al describírmelo, parecían coincidir en sus detalles generales con las del hombre que habló a Teresa la tarde de su desaparición; mas el padre los desconocía. Ignoraba asimismo dónde había prestado sus servicios de camarero; pero esta dificultad la hallamos resuelta en una de las cartas que el tal Durán escribiera a Teresa cuando eran novios, por llevar a la cabeza el membrete del establecimiento, que era precisamente uno de los cafés más populares del Paralelo.

Visitado éste, obtuve detalles elocuentísimos acerca de la vida de tal individuo sospechoso.

Llamábase Ernesto Durán, estaba fichado por la policía, y las causas que determinaron su expulsión del café donde trabajaba hablaban a las claras de su desastrosa conducta. Vivía simultáneamente con dos mujeres extranjeras, de vida equívoca, a las que explotaba inicua-

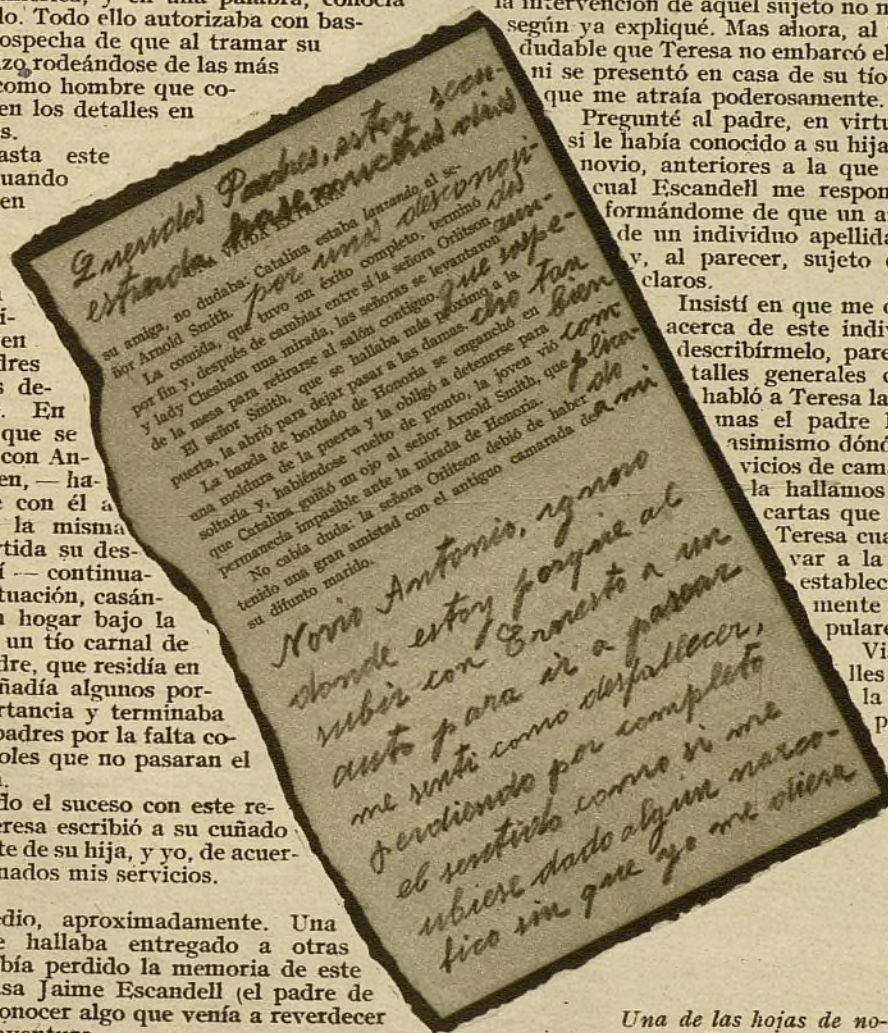
Una de las hojas de novela en que Teresa escribió a sus padres, utilizando como lápiz la barrita de carmín para los labios.

mente. Una noche, en un cabaret, fué interpelado por la policía, y como Durán no pudiera explicar satisfactoriamente sus medios de vida, harto ostentosa para un mozo de café, fué llevado a la cárcel, acusado de dedicarse a la trata de blancas. No se le pudo probar nada, sin embargo, porque sus dos víctimas, como era natural, negaron en absoluto la vida que llevaban, y entonces hubo que ponerle en la calle, aun cuando siguió bajo la secreta vigilancia de la policía. Conocido el incidente, el establecimiento le despidió. Ernesto Durán se vió en este caso doblemente comprometido, pues no ignoraba la asidua fiscalización de que era objeto, y se marchó al extranjero, llevándose a una de las mujeres.

Todo esto había ocurrido un año antes. No obstante, siguiendo mis investigaciones por este lado, llegué a saber, si bien de un modo confuso, que Ernesto Durán había estado en Barcelona en el mes de abril último...

Ahorro al lector las consideraciones a que me condujo la coincidencia de esta fecha con aquella en que desapareció Teresa, porque, cuando me preparaba a tomar pie de ella para orientar mis futuras pesquisas, un nuevo incidente vino a hacerlas innecesarias.

Jaime Escandell recibió cierta mañana un aviso de la estafeta de Correos para que acudiese a retirar una carta, falta de franqueo, que había allí a su nombre.



Corrió el pobre hombre a hacerse cargo de dicha carta y quedó algo sorprendido al ver que el sobre estaba hecho toscamente con papel de envolver y presentaba tres o cuatro manchas de grasa. Además, las junturas de los bordes del papel estaban casi despegadas, como si se hubiese utilizado para unir las alguna pasta — tal vez pan machado — de muy poca fuerza adherente.

Al acabar de abrir el sobre se encontró con una nueva carta de su hija, pero expedida por el correo interior y escrita presurosamente con lápiz rojo — que parecía el carmín de los labios — en el margen blanco de unas hojas arrancadas de una novela.

Esta novela pertenecía al género comúnmente llamado blanco y, según luego se comprobó, era la misma que a ratos perdidos — principalmente en el tranvía — iba leyendo Teresa en la época en que desapareció, siendo por ello seguro que se la llevó consigo al huir de casa.

Vino inmediatamente el padre a mi despacho y pude leer aquel extraño mensaje, que por fin aclaraba el misterio de todo lo ocurrido.

Decía la carta, arreglada ortográficamente por mí:

Queridos padres:

Estoy secuestrada hace muchos días por unos desconocidos, aunque sospecho también complicado a mi novio Antonio.

Ignoro el lugar donde estoy porque al subir con Ernesto a un «auto» para ir a pasear, me senti como desfallecer, perdiendo por completo el sentido, como si me hubiese dado algún narcótico sin que yo me diera cuenta.

Si recibieron otra carta mía diciendo que me había escapado con Antonio, es mentira, pues me obligaron a escribirla a la fuerza y ellos me hicieron escribir lo que quisieron.

Todo esto es porque me parece que me llevarán al extranjero, y quiero que ustedes me busquen en seguida.

No sé el sitio donde estoy, pero sé que no he salido de Barcelona, pues desde un extremo del cuarto en que estoy, por una pequeña ventana situada a bastante altura, cuando me pongo de puntillas, veo una montaña que parece el Tibidabo y luego varias casas que parecen de la barriada de Vallcarca, por allí donde vivía el señor Francisco.

También veo una especie de torre pintada de encarnado que hace ángulos y termina en una barandilla blanca y tiene pararrayos y una especie de casita con cristales que sobresale sobre todas las casas de al lado, y un poco más allá hay unos paletas (1) que trabajan.

No dejen de buscarme en seguida si no me moriré. Esta carta la tiro...

Seguían unas líneas trazadas tan confusamente sobre la letra de molde de las hojas, que nos fué imposible descifrarlas. Sólo entendíanse las palabras *ventana, calle y pronto*.

No hay que decir que inmediatamente de conocer estas noticias, tomé un taxímetro, acompañado por el padre de Teresa, y nos trasladamos a Vallcarca, antes de dar parte a la policía.

(1) *Albañiles*, catalanismo vulgar.



He aquí la ventana de la habitación en que estuvo encerrada Teresa Escandell.



La torre poligonal de ladrillos rojos, situada en Vallcarca (Barcelona), la cual citaba en su carta Teresa, dándola como guía para que la buscasen sus padres.

No describiré nuestra horrible peregrinación por aquella barriada, en los tres o cuatro días de infructuosa búsqueda.

Por fin, en las primeras horas de una tarde nos pareció hallar la casa con la torre encarnada que la joven nos había ofrecido como punto de referencia. Recorrimos todas las calles adyacentes en un radio de doscientos metros. Desde los balcones de una casa de la calle de C., a los cuales subimos, se distinguía perfectamente la torre y, más allá, una pared que parecía hecha recientemente. Era esto un gran dato, pues ello suponía que el inmueble donde se hallaba secuestrada Teresa correspondía al mismo plano que aquella en que nos hallábamos y, por consiguiente, que debía de pertenecer a la misma calle de C., salvo el caso de que nosotros viésemos la casa por distinto costado que la veía la secuestrada.

No era, sin embargo, probable, pues la pared en que indudablemente habían estado trabajando los albañiles a que se refería la carta, seguramente sólo era visible desde aquel plano, ya que estaba situada más allá de la torre encarnada.

Comenzamos por informarnos detalladamente de los vecinos que habitaban las casas de la calle de C. En aquella tarde, en que no tuvimos tiempo de recorrerlas todas, no hallamos ninguna que nos mereciese sospechas. Todas estaban habitadas por sus propietarios, y eran gente conocida.

A la mañana siguiente, al continuar nuestro recorrido, llegamos a una casa situada en la parte alta de la calle que nos pareció ofrecer ciertas probabilidades de que hallásemos la que buscábamos.

El inmueble carecía de portera. A su espalda,

en un solar alejado, había una barraca de aspecto miserable, la cual nos detuvimos a contemplar con curiosidad. Al vernos así, salieron dos muchachas y una mujer de cierta edad preguntándonos amablemente si buscábamos a alguien.

No hay que decir que ocultamos nuestra misión, pero, atentos a no desaprovechar la colaboración de nadie, entablamos conversación con ellas ligeramente encaminada a nuestro propósito y al cabo de un rato de charla vinimos en conocimiento que una de las jóvenes había encontrado una carta cierta mañana en el solar, dirigida a Jaime Escandell, carta que echó en el buzón, sin franquearla, naturalmente.

Sin exteriorizar la impresión que nos había producido este detalle, cuya importancia no se le ocultará al lector, nos despedimos de aquella familia y entramos decididamente en la casa que nos había parecido sospechosa.

Vivían en ella varios vecinos, todos gente humilde. El solar donde había sido recogida la carta, caía bajo las habitaciones

(Continúa en la página 73)

ONCE CAMPANADAS

por F. V., Antiguo Investigador de la Policía,
según su relato a Lyon Mearson

El viejo policía, que, por inexplicable razón, quiere continuar ignorado bajo las iniciales F. V., dejó a un lado la revista que yo le entregué y me miró fijamente.

— ¿Qué le parece a usted? — le pregunté, refiriéndome a lo que acababa de leer.

— Regular — contestó.

— Es decir, malo, ¿verdad?

— No he dicho tanto.

— Ya lo sé. Pero puede decirme lo con franqueza. Ya sabe que soy amigo suyo.

— Pues ya que me habla así, le diré que ha escrito usted un cuento de hadas y no la historia de un crimen. Ustedes, los escritores, no comprenden el significado fundamental de un crimen. Tan sólo ven el sentimentalismo y lo novelesco que pueda haber en él. El crimen es ante todo un error de la sociedad. Si tuviera usted que tratar con criminales se daría perfecta cuenta de esto.

Guardó silencio un instante el viejo policía y repitió:

— Cuentos de hadas, nada más que cuentos de hadas.

— ¿Por qué no? — pregunté. — Puesto que mi oficio es escribir, tanto vale ocuparme de una cosa como de otra.

— Lo peor de lo que usted escribe es que en el fondo no hay ninguna base de verdad y en las aventuras imaginadas hay que cuidar de que haya verosimilitud. Por esta razón, los mejores cuentos de hadas son los que han ocurrido. Sin embargo, tenga usted presente que un cuento de hadas me permitió una vez descubrir la verdad de un caso muy difícil. En realidad, sólo se trataba de otro cuento de hadas, aunque yo no me di cuenta de ello hasta algún tiempo después. Y como veo la curiosidad que siente usted, dispóngase a escuchar la historia, que es como sigue:

El caso empezó con el asesinato del viejo Marcos Waterman, es decir, con la muerte de un coleccionista de objetos de arte. Fué asesinado con un puñal de estilo oriental. El principal testigo que tuvimos o, por lo menos, la única declaración concreta que hubo acerca del particular, fué la de un anciano, llamado Emilio Warren, que no conocía para nada a Waterman, o sea el difunto, ni a ninguna otra persona relacionada con el crimen. Precisamente el detalle de que no conociese a nadie demostraba que no podía moverle otro interés que la justicia, y por esto se prestó fe a sus declaraciones.

El asunto habría tomado seguramente una marcha muy distinta si Emilio Warren no hubiera sufrido de insomnio. Este detalle tuvo entonces suma importancia, porque precisamente la noche del crimen pudo por vez primera dormir un poco después de muchas noches de insomnio. Su sueño no fué profundo. Era el sueño del que un hombre puede despertarse al menor ruido, como, por ejemplo, un bocinazo lejano, el crujido de un escalón o la campanada de un reloj.

En realidad, le despertó un reloj.

En cuanto llegó a la Jefatura la noticia de que Marcos Waterman había sido encontrado muerto en su habitación, el jefe nos encargó a Roger Tomlinson y a mí que nos ocupáramos en la investigación de aquel asunto.

Diez minutos después de llegar al lugar del crimen el caso nos pareció muy sencillo. Waterman era un viejo que vivía de

Antes de descubrir al asesino de Marcos Waterman, la policía tuvo que hallar una hora que se había sumido ya en la eternidad.

sus rentas y tenía la manía de coleccionar porcelanas orientales y otros objetos de arte.

Vivía con Billings, un criado inglés, que estaba a su servicio hacía muchos años; como parientes tan sólo se le conocía a un sobrino que era pintor y que, al parecer, heredó del viejo la manía de coleccionar porcelanas.

Cuando el criado Billings fué a despertar a la hora de costumbre a su amo, le sorprendió no encontrarle en el dormitorio y observó que la cama estaba intacta. En el acto entró en el despacho inmediato y allí, tendido en el suelo, sobre un charco de sangre seca, vió a su amo muerto, con el corazón atravesado por un puñal oriental que el asesino quitó de una panoplia.

Inmediatamente llamó a la policía y al médico. Este se hallaba ya en el lugar del suceso cuando llegamos Roger y yo. Nos acompañaba un agente de uniforme

para contener a los curiosos. Eran entonces las nueve de la mañana.

— ¿A qué hora debió de morir, doctor? — pregunté.

— Es difícil asegurarlo — respondió. — Podemos presumir, sin embargo, que la muerte ocurrió entre diez y doce de la noche.

— Supongamos que fuera hacia las once. ¿Le parece bien?

— Es posible.

Me volví al criado Billings y le pregunté:

— ¿A qué hora vió usted vivo por última vez a su amo? Piense bien antes de contestar y procure hacerlo con exactitud.

Me devolvió la intensa mirada que fijé en él y replicó:

— Puedo asegurar que le vi vivo por última vez a las diez de la noche. Me dijo que no me necesitaría más y que podía acostarme.

— ¿Oyó usted algo después de eso?

— No, señor. Estaba cansado y me dormí en seguida. Tenga usted en cuenta que mi amo era ya viejo y algo molesto, de modo que apenas me dejaba parar en todo el día. Esto explica mi cansancio.

— Bueno, eso no importa ahora — le interrumpí. — ¿Estaba solo cuando usted le dejó?

Entonces advertí cierta turbación en los ojos del criado como si hubiese esperado y temido tal pregunta. Como es natural, yo me dispuse a sacar partido de ello.

— Dígame, Billings. ¿Estaba solo o no?

Me miró asustado y en voz baja replicó:

— Había alguien con él.

— ¿Quién era?

— Pedro Muir.

— ¿Quién es ese señor? — pregunté con suavidad. — Vale más que me diga usted en seguida lo que sepa del asunto, pues de todos modos, tendrá que declararlo y le será perjudicial callarse cosa alguna. ¿Quiere usted que le prenda o que le ocurra algo peor?

Pude darme cuenta de que comprendió la inutilidad de guardar silencio y que más valía confesar todo lo que sabía.

— Pedro Muir — dijo — es el sobrino del señor Waterman.

— ¿De modo que estaba con su sobrino cuando usted se acostó?

— Sí, señor.

— ¿A qué hora llegó?

— A eso de las nueve.

— ¿A qué hora se marchó?

Yo ya sabía cuál sería la respuesta, pero quería darme cuenta de si el criado incurriría en alguna contradicción.

— Lo ignoro. Le dejé aquí al retirarme. No creo que continuase en la casa mucho después, porque, cuando viene, suele retirarse hacia las once.

— ¿Con qué objeto vino?

— Para tratar de la taza de la segunda dinastía Ming, según creo, aunque en realidad lo ignoro. A lo mejor, sólo vino a visitar a su tío.

— Y ¿qué es eso de la taza de la segunda dinastía de Ming?

— pregunté. Comprendió que ya había dicho demasiado para continuar callando y se resolvió a hablar claro de una vez.

— Pues bien, es una taza muy valiosa, perteneciente a la segunda dinastía Ming, de China, un ejemplar muy raro y de mucho precio. Ya sabe usted que el señor Waterman coleccionaba estas cosas, lo mismo que su sobrino. El señor Waterman había comprado esta taza hacía poco tiempo y el señor de Muir...

— ¿Falta algún objeto más? — interrogué a Billings en cuanto me hubo comunicado todo lo que sabía con respecto a Muir.

— Por lo menos no he echado de menos ninguna otra cosa — replicó. — Aquí está el monedero de mi amo con todo el dinero que contenía y lo demás parece hallarse en excelente estado.

— ¿No hay en este edificio un encargado nocturno del ascensor? — pregunté.

— Sí, señor.

— ¿Será el mismo que ayer acompañó al señor Muir en su descenso?

— Seguramente.

— ¿Podría usted encontrarle ahora?

— Creo que sí, porque los encargados del ascensor viven en el último piso de la casa. Es probable que esté durmiendo.

— Vaya usted en busca del portero y hagan venir cuanto antes al encargado del ascensor. Entre tanto, registraremos estas habitaciones.

DESCUBRI muy poca cosa. La posición del cadáver indicaba que apenas hubo lucha. Tenía los ojos abiertos con visible expresión de terror. La habitación se hallaba en orden, pero

— Ya lo sabemos — le interrumpí. — Fué asesinado un poco después de las once, y usted ha confesado que estaba con él en aquellos momentos. Además, sobre esta chimenea veo el objeto de la disputa. El asunto no puede estar más claro.

— Y el señor Muir la quería para sí, ¿verdad? — dije yo terminando su frase.

— Eso es. Por lo menos, me lo figuro. Esa fué la causa de la disputa.

— Ah! ¿Disputaron?

— Sí, señor. Aunque lo hacían con frecuencia. Ya sabe usted cómo son los coleccionistas.

— ¿Estaba usted con ellos cuando empezaron a disputar?

— No, señor. Pero estaban tan excitados, que pude oírles desde mi habitación.

— ¿Disputaban acerca de la taza?

— Sí, señor. El joven quería comprársela a su tío, pero éste se negaba a venderla. La quería en su colección. Aparte de esto, tío y sobrino eran los mejores amigos del mundo. Ya sabe usted que los coleccionistas son así. Es decir, capaces de asesinar a su mejor amigo para añadir un ejemplar a su colección y...

Aquí se interrumpió, al comprender que había hablado demasiado. Dirigió una rápida mirada al cadáver, tapado con una sábana, y se apresuró a añadir:

— Desde luego, hablo en sentido figurado.

— Ya lo sé, Billings — asintió. — ¿Dónde está ahora esa taza de los Ming? Me gustaría verla.

Guardó silencio un instante. Después de echar un vistazo a una vitrina, contestó:

— No está aquí, señor.

— Me lo figuraba — repliqué, y me volví a Roger, que había estado examinando la habitación mientras yo procedía al interrogatorio del criado. — Le suplico, Roger, que recorra usted este edificio y los inmediatos en busca de alguien que pueda darnos alguna noticia de lo ocurrido.

— Muy bien — me contestó, alejándose ya.

Desde luego esta investigación se realizaba por pura fórmula, porque yo estaba convencido ya de quién fué el autor del crimen.

— Ahora dígame usted algo acerca de ese Pedro Muir — añadí, volviéndome al criado.

Este habló del joven del modo más favorable que le fué posible. Todas sus palabras indicaban que sentía gran cariño por el sobrino del difunto.

— Pedro Muir — prosiguió — es pintor bastante conocido. Él y su tío eran muy buenos amigos a pesar de las disputas que sostenían acerca de sus respectivas colecciones. Pedro es un muchacho joven, rubio y guapo y su padre le legó una bonita fortuna.

la bata que llevaba la víctima estaba abierta por la parte del pecho y le faltaba el botón superior. En vista de que no lo encontraba por el suelo, me fijé en este detalle. Además, noté que los botones de aquella prenda eran de procedencia oriental y tenían un complicado dibujo.

Poco después llegó el portero con el encargado nocturno del ascensor, que estaba soñoliento y ni siquiera se había puesto el cuello de la camisa, pues bajó de su habitación en cuanto se lo ordenaron. Era un muchacho de aspecto vulgar, de facciones abultadas y mirada inquieta. Con gran brevedad efectué su interrogatorio.

Según dijo, había acompañado en su descenso al señor Muir durante la noche pasada, a las once y cuarto poco más o menos. Estaba seguro de esta hora, con una diferencia de cinco minutos.

Sin que yo se lo preguntara me confesó que el señor Muir parecía estar algo excitado, como si acabase de tener una disputa violenta. En el bolsillo del gabán llevaba algo abultado. Se fijó en todos estos detalles tanto por no tener gran cosa que hacer a aquella hora, como porque conocía muy bien al señor Muir.

Una vez obtenidas estas noticias del encargado del ascensor, le permití volverse a la cama y el portero se retiró a su vez. Mientras tanto volvió Roger diciéndome que un caballero anciano acababa de presentarse espontáneamente para prestar declaración.

Hice que le condujeran a mi presencia. Era un señor de bastante edad y de rostro bondadoso. Me pareció un comerciante retirado.

— Me llamo Emilio Warren — dijo, — y vivo en la casa de ahí enfrente. Esta mañana al levantarme me he enterado de que se había cometido un asesinato en la persona de un pobre anciano indefenso. Como creo que la obligación de todo ciudadano consciente es ayudar en cuanto pueda a la Justicia, vengo a enterarles de algunos detalles que creo pueden serles útiles en sus pesquisas.

— Perfectamente, caballero — le contesté. — Dígame usted todo cuanto sepa.

— Anoche me despertaron las campanadas de un reloj, pues yo tengo el sueño muy ligero y la ventana de mi habitación estaba abierta. Me quedé despierto unos momentos y me pareció que alguien se movía en la oscura habitación de enfrente. Precisamente creo que es ésta. Déjeme usted observarlo.

Se dirigió a la ventana, levantó la cortina y por un momento miró a través del vidrio.

— Sí; allí está mi casa — dijo, señalando una ventana que se veía delante, y prosiguió: — Un instante después, resonó un grito ahogado. A pesar de que estaba muerto de sueño, quise averiguar lo que ocurría, aunque sin dar, desde luego, mucha importancia al caso.

— ¿Consiguió usted ver algo? — inquirí.

— No mucho. Estaba muy oscuro, pero me pareció ver un cuerpo que se movía. Mas, como la luz era muy escasa, no estoy seguro de ello.

— ¿Qué ocurrió entonces?

— Oí un ruido sordo que no me expliqué al principio, pero que ahora comprendo. Sin duda, se debió a la caída de un

cuerpo al suelo. Luego reinó el silencio y, al parecer, nadie más que yo se enteró de aquello.

— ¿Y usted qué hizo?

— Nada. Estaba muerto de sueño y me quedé dormido al poco rato.

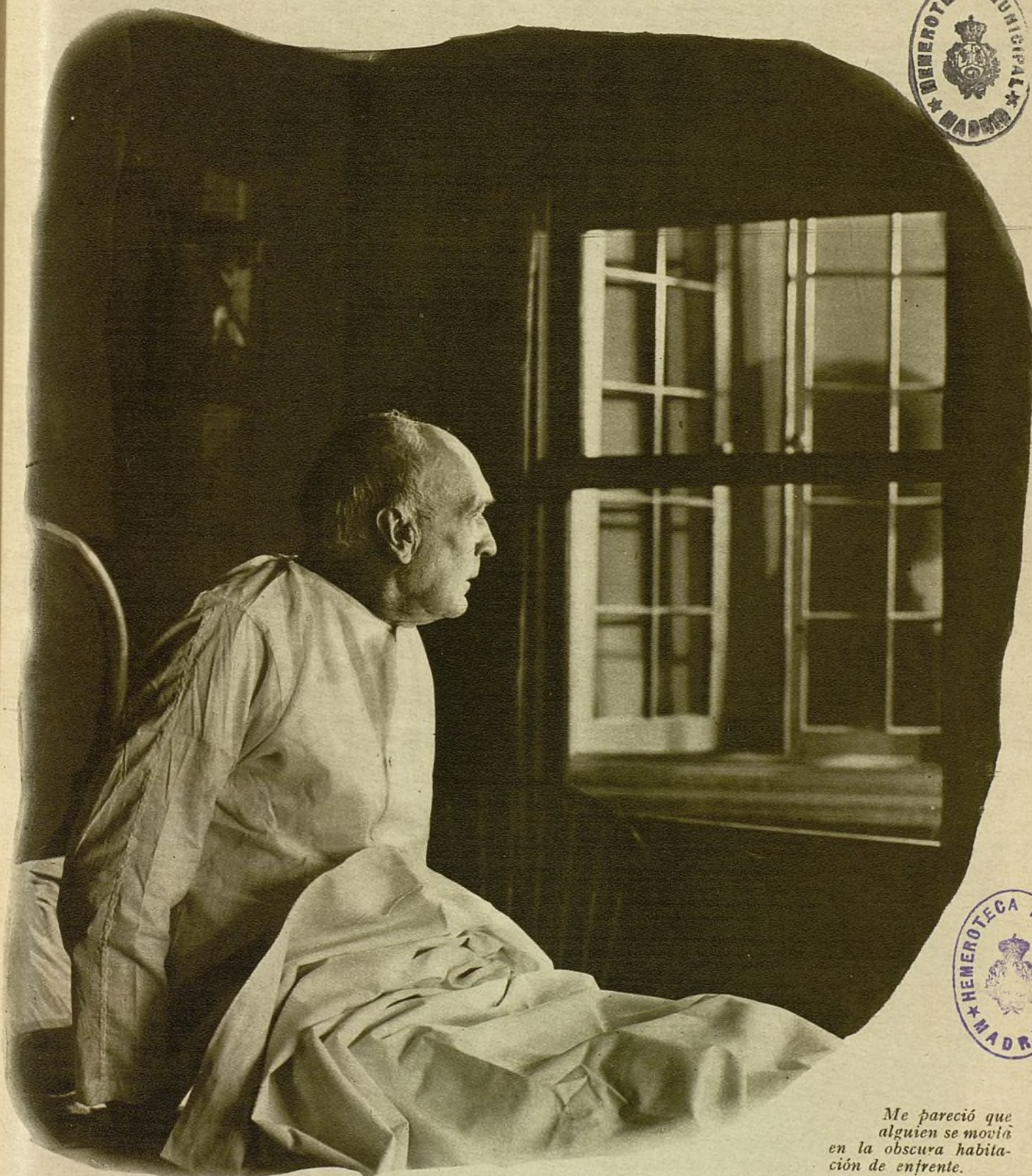
— ¿Y el grito que oyó antes?

— Me figuré que alguien lo habría dado en sueños. Ya sabe usted que muchas personas lo hacen así.

— ¿Y dice usted que se durmió después?

— Sí, señor. Estaba muy cansado, porque durante varias noches anteriores no había podido dormir.

— Comprendido. Ha dicho usted al principio que se desper-



*Me pareció que
alguien se movía
en la oscura habita-
ción de enfrente.*

taron las campanadas de un reloj. ¿Recuerda usted si las campanadas fueron muchas?

— Maquinalmente las conté, según se suele hacer por la noche, cuando ningún otro ruido viene a distraernos.

— ¿Y qué hora era? — pregunté, sospechando la verdad.

— Las once.

— ¿Está usted seguro de que lo ha contado que ocurrió a las once? ¿Lo juraría si de ello dependiese la vida de un hombre?

— Sí, señor. Lo juraría. No tengo ninguna duda de que el reloj dió esa hora. Eran unas campanadas sonoras y, al parecer, propias de un reloj de pared. Procedían también de esta habitación.

Todos miramos a nuestro alrededor buscando el reloj con la mirada. En efecto, había uno de pared junto a la ventana. En aquel momento señalaba también las once y empezó a tocar.

Nos quedamos escuchando en silencio sus campanadas.

— Sí. Eso es — aseguró por fin el señor Warren. — Es el

mismo sonido que oí. Si este reloj marca la hora exacta, a cosa sucedió ayer noche un momento después de dar las once.

Roger y yo consultamos nuestros relojes de bolsillo y vimos que señalaban las once en punto.

— ¿Está usted seguro de que no pudo equivocarse con respecto a la hora? — inquirí de nuevo.

— No es posible — replicó el señor Warren. — Estoy seguro de que el reloj dió las once, pues él mismo me despertó y conté sus campanadas.

— En fin. Creo que no hay nada más que preguntar a usted, señor Warren. Casi con seguridad tendrá que declarar ante el coroner, de modo que vale más que esté preparado.

Roger anotó las señas del señor Warren y mientras tanto yo me volví a Billings para preguntarle:

— ¿Dónde vive el sobrino del señor Waterman?

Me lo indicó y resultó que habitaba a poca distancia.

— ¿Está enterado de lo ocurrido?

— No lo he comunicado a nadie más que a la policía y al médico — contestó Billings. — Precisamente ahora me disponía a avisarlo. Supongo que no tendrá usted ningún inconveniente.

— Sí, señor. Porque deseo hacerlo yo mismo — repliqué. — Usted absténgase de decirle cosa alguna y de utilizar el teléfono para nada.

Cuando me disponía a salir se me ocurrió una idea y, volviéndome, añadí:

— Mejor será, Billings, que venga usted con nosotros. Así no habrá posibilidad de que ocurra nada contra mi deseo.

(Termina en la pág. 74)



Ya sabe usted lo que ocurre. Su tío Marcos Waterman fue asesinado ayer noche.



La Vida de los Obreros Españoles en Francia

(El Infierno de la Pleine Saint-Denis)

por M. RODRIGUEZ CARRASCO

SABIDO es que en Francia la mano de obra nacional escasea. Ese país — en el que no se ama al extranjero y en el que este adjetivo adquiere un sentido deprimente — tiene que recurrir para hacer producir sus campos y mover sus fábricas al concurso de los extranjeros, que ascendían hasta hace poco a la décima parte de su población. Al producirse la última crisis industrial, a raíz de la estabilización del franco, había en Francia alrededor de 800,000 italianos y 400,000 españoles.

En lo que respecta a nuestros connacionales trabajadores, su situación es por demás desastrosa, y creemos un deber de patriotismo divulgarla, en primer lugar para que se les proteja, y en segundo lugar para que se condicione o impida en lo posible la emigración española a Francia.

ESPAÑA tiene establecido con Francia, desde el año 1862, un convenio consular que, desgraciadamente, la vecina república no respeta en lo que concierne a la documentación de los españoles residentes en Francia. Mientras los franceses prosperan y se enriquecen en nuestra tierra — tratados con la excesiva cordialidad que reservamos a todos los

extranjeros, — sin que se les exija para su permanencia o para el ejercicio de sus profesiones, sean cuales sean, ningún documento ni requisito, todos los españoles mayores de quince años deben en Francia estar provistos de una carta de identidad — no prevista, por cierto, en el convenio — cuya adquisición nada les cuesta oficialmente, pero que les obliga a una serie sin cuento de gastos, propinas, coimas, molestias, vejaciones y pérdida de días de labor.

Para un trabajador la obtención de este documento significa un calvario indescriptible. Véalo, si no, el mismo lector. Primera nente tiene que estar provisto de un pasaporte en regla. Luego debe presentar una licencia del ministerio del Trabajo, autorizándole el ejercicio de su profesión, sin cuyo requisito se limitarán a darle la carta de identidad sin indicar profesión y con un sello que dice que el individuo *no puede trabajar en el país*. Como se comprende, con esta carta ningún patrón le dará trabajo.

Ahora bien, para solicitar la autorización del ministerio hace falta al obrero un contrato de trabajo, documento patronal difícil de conseguir, en el cual se le garantiza labor por un mínimo de

un año. Finalmente, obtenido ese contrato, llega la triste realidad de que el 95 por 100 de las peticiones son rechazadas, después de haber originado al obrero un sinfín de idas y venidas, y entonces se le impone al patrón firmante del contrato un trabajador francés, salvo cuando, por la índole del trabajo o por la insuficiencia de la remuneración, ningún francés apetezca el cargo. Esta carta de identidad es, naturalmente, obligatoria y la falta de ella está castigada con fuertes multas o con la expulsión inmediata si no se satisfacen en seguida. Debe renovarse todos los años y el menor retraso, por olvido, enfermedad o ausencia temporal, supone graves sanciones de carácter pecuniario.

Estas multas injustificadas son impuestas a los españoles de la Pleine Saint-Denis por el tribunal inquisitorial del pueblo de Saint-Denis, el cual las impone arbitrariamente, sin admitir apelación, ni oír explicaciones de parte de la víctima, que en este caso es el acusado. Este es colocado entre dos guardias que le impiden hacer uso de la palabra, resultando así que su comparecencia no tiene objeto legal alguno, aparte de comunicarse la cifra que debe pagar. La falta de pago significa la expulsión.



He aquí el barrio español de la Plaine de Saint-Denis, el más miserable de los alrededores de París y de toda Francia.

Este procedimiento judicial sistemático, ejercido sobre personas indigentes y que carecen de toda defensa, da los resultados más inhumanos. Se dan casos como este: a una obrera española que vino a España a atender a su madre moribunda se le impuso a su vuelta a Francia, por renovación tardía de la carta de identidad, cuatrocientos francos de multa. Como no tenía dinero para pagarla, la autoridad se avino a percibir el importe a plazos mensuales de quince francos. ¿Puede concebirse mayor miseria?

Otro caso, aun más doloroso, es el de una niña de quince años, enferma del pecho, con el padre incapacitado para trabajar y sin más recursos para vivir que el mísero jornal ganado por la madre en una fábrica. La enfermedad de la joven, que se hallaba en cama, retardó

Trabajan catorce horas diarias recogiendo trapos de las basuras.



la demanda personal de la carta. En la comisaría, a donde fué la madre a prevenir, por temor a la multa, le dijeron que el retraso carecía de importancia. No obstante, tuvieron que pagar unos francos de multa a la policía y, al poco tiempo, vino una citación del tribunal de Saint-Denis y les multaron nuevamente con cerca de doscientos francos, que debía pagar el padre bajo pena de cárcel. La pobre gente tuvo que empeñarse y pagar algo para ganar tiempo y después, con ayuda del consulado, se volvieron a España.

EL trabajo que ejercen los españoles en París y sus inmediaciones es el más despreciado, el peor retribuido y el más malsano. Son innumerables los hombres y mujeres de nuestra nacionalidad que trabajan recogiendo papeles por las casas; otros se dedican a buscar trapos en las basuras, labor que realizan a destajo, cobrando cinco céntimos franceses por kilogramo y trabajando un promedio diario de catorce horas. A causa del trabajo, están enfermos, raquíticos, des-



Las casas en su mayoría son de madera y lata. No tienen agua y se utilizan los pozos negros.

coloridos y llenos de parásitos. El alcohol acaba generalmente con esta vida de miserias y humillaciones.

Viven en casas horribles, en habitaciones insalubres, por los alrededores de la Bastilla, el canal de la Villette, las inmediaciones de la plaza de Italia y del Temple y en las afueras de la gran ciudad, en Saint-Denis, y en las barracas de la *pleine* del mismo nombre, en Aubervillier, Ivry, la Cornova, Quatre Routes y Clignancourt. Son casas llenas de humedad, sin luz, sin agua, con un agujero en el suelo en lugar de retrete. Por ellas pagan, sin embargo, precios que oscilan entre trescientos y quinientos francos mensuales. Se visten y calzan de desechos, consistiendo su mayor lujo en comprarse alguna prenda en los rastros. Se alimentan de carnes y legumbres de saldo, casi de desperdicios, injiriendo bazofias y mucho pan y, sobre todo, vino, mucho vino...

El barrio español de la Pleine de Saint-Denis es indiscutiblemente el más miserable de los alrededores de París y de toda Francia. Las casas en su mayor parte son de madera, barro y latas; no tienen agua y se utilizan los pozos negros; las aguas servidas son arrojadas a la calle...

Y lo curioso del caso es que esta pobre gente, miserable y abandonada, habla continuamente mal de España, donde dicen siempre que no se puede vivir, que no hay trabajo y se muere uno de hambre. Los sembradores comunistas tienen campo propicio entre ellos.

La mayor parte de estos desgraciados compatriotas nuestros — en su mayoría labradores extremeños, navarros, salmantinos y montañeses — ignoran el francés o lo hablan desastrosamente. Lo que ocurre generalmente es que, al cabo de varios años de permanencia en Francia, terminan olvidando el español y hablando un francés chapurrado, comparable al español de los moros de nuestro protectorado. Dicen, por ejemplo: «la gara»,



También las mujeres, aunque sea dedicándose a faenas impropias de su sexo, procuran ganarse un miserable jornal.



El trabajo que ejercen los españoles es el más despreciado, el peor retribuido y el más malsano.

en lugar de la gare (estación); «la campaña», en lugar del campo; «la curra», por la cour (el patio); «la baturra», por la voiture (el carruaje), etc. Y esto, hablando entre sí, en español...

Esta ignorancia del francés agrava su situación en cualquier asunto con la policía. Los casos de malos tratos, molestias y detenciones arbitrarias de que tenemos conocimiento son numerosos y su descripción nos llevaría demasiado lejos. Citemos, sin embargo, dos, que son, por cierto, los más crueles de cuantos hemos conocido.

Un obrero de Avila, albañil, de sesenta y cuatro años, que hacía un año residía en Francia, de regreso de su trabajo, tomó el tranvía y en vez de apearse en la Pleine Saint-Denis, que es donde residía, se fué hasta el mismo Saint-Denis, unos dos kilómetros más lejos. Al bajar, la cobradora le exigió el pago del suplemento y como no llevaba dinero ni la

entendía, la empleada llamó a un guardia, que le condujo preso. En la comisaría le dieron de palos («pasarle a tabaco», como dicen en argot policíaco). A consecuencia de la paliza, el obrero perdió el conocimiento, y así maltrecho le llevaron al hospital. Ocho días estuvieron los hijos buscándole infructuosamente. Por fin, debido a una casualidad, se supo su paradero; tres días después fallecía el infeliz.

Otro español — también un anciano de más de sesenta años, que tampoco sabía francés — salió de su casa a buscar un cubo de agua y se extravió. Desde ese momento nadie supo más de él. Durante tres meses la familia le buscó por

(Termina en la página 77).

Y por estas casuchas sin luz, sin agua, llenas de humedad, se pagan alquileres de trescientos a quinientos francos mensuales.



DELITOS *Tragicómicos*

UNA TORPEZA

Zaragoza. — La Guardia civil de Ma-llén ha detenido a Martín Aznar, de vein-
titrés años, natural de Ablitas, sin domi-
cilio, como autor de un robo de prendas
en la casa de don Rafael García, vecino
de Viembre. Cuando se le detuvo llevaba
puestos seis pares de pantalones, tres cha-
lecos y una americana. Se le ocuparon
además otras prendas.
(La Voz de Aragón, de Zaragoza.)

El error de Martín salta a la vista. El
infeliz creía que la Guardia civil es lo
mismo que el Cuerpo de Aduanas, sien-
do así que aquella institución es de más
cuerpo y que de nada sirve, ante ella,
echarse muchas cosas al cuerpo, como
hacen esas damas que, al regresar de
Francia, el país de las modas, se ponen
encima todo lo que han comprado para
pasar la frontera sin pagar nada.



NO SOLO DE AMOR VIVE EL HOMBRE

Vigo. — Las hermanas Marina y Pu-
rificación Alonso Marcial, han sido victi-
mas de un timo de 34.500 pesetas, por el
procedimiento del cambio.

En el asunto está complicado el marido
de Purificación. La policía busca a los
timadores.

(La Vanguardia, de Barcelona.)

Salta a la vista que lo más importante
de este suceso es la complicación del ma-
rido de una de las timadas, aunque a ellas
es posible que les parezca más importan-
te las 34.500 pesetas.

Creemos estar viendo lo que ha suce-
dido. No es que el esposo haya olvidado
lo que le recomendó el cura al bendecir
su enlace con Purificación. El sabía muy
bien que, al mismo tiempo que marido,
era consejero, protector y guía de su
esposa; pero esto representa un trabajo
delicadísimo que no hay por qué hacerlo
gratis. ¿Acaso no cobran los preceptores
y las institutrices?

LOS «PECICIDAS»

El Ferrol. — Los jóvenes Ramiro Gon-
zález y Remigio López, con el fin de pes-
car truchas, envenenaron las aguas de los
ríos que atraviesan la parroquia de Cam-
pón.

Los autores de esta hazaña fueron dete-
nidos por la Guardia civil.

(Heraldo de Aragón, de Zaragoza.)

¡Qué locura, amigos Ramiro y Remigio!
¿No comprendéis, hombres de Dios, que
esas matanzas colectivas sólo pueden
hacerse entre los hombres y con gases
asfixiantes o cañones del cuarenta y dos?

¡Pobres truchas! A buen seguro que más
de una noche habrán aparecido a vues-
tros ojos envueltas en sábanas blancas,
con un farolito a la cabeza.



ENTRE DOS QUE BIEN SE QUIERAN...

Bilbao. — Ayer fueron denunciados al
Juzgado, Vicente Azcoaga, de treinta y
ocho años; Martín Iturrioz, de treinta
y tres, e Ignacio Orbe, de treinta y tres,
por haber intentado agredir a Pedro Zubi-
llaga, de treinta y seis años, y, en vista de
que no llevaron a cabo su propósito, la
emprendieron a golpes con su esposa, Ca-
talina Astigarraga, de treinta y cinco
años, causándole heridas, de las que fué
curada en la Casa de Socorro del Ensan-
che.

(El Liberal, de Bilbao.)

La noticia no explica por qué Vicente,
Martín e Ignacio no podían agredir a
Pedro, pero es fácil adivinarlo. Pedro
no estaba en casa nunca, como no suele
estar uno cuando se presenta el sastre
con la factura. En vista de ello, el trío
debió de pensar: «Entre dos que bien se
quieran... da lo mismo que reciba uno
que otro.» Y Catalina sufrió las conse-
cuencias de esta característica del ma-
trimonio.



POR ESOS JUZGADOS

Cáceres. — Está siendo muy comenta-
da la detención del escribiente de la Au-
diencia, Antonio Barra, quien en unión
de un amigo suyo llamado José Mateos,
sustraeron de un legajo cinco billetes fal-
sos de mil pesetas que estaban unidos a
un sumario por falsificación de billetes
de Banco.

Los citados individuos estuvieron co-
miendo opíparamente, y con uno de los
billetes pagaron el importe de la cuenta.
El dueño del establecimiento fué a cam-
biar después el billete a la sucursal del
Banco de España y entonces se descubrió
el hecho. A los detenidos se les han ocupado
los cuatro billetes restantes.

(El Liberal, de Bilbao.)

No pasa nada, señores. Antonio y su
amigo no se apoderaron de cinco mil pe-
setas, sino de cinco papeles sin ningún
valor. En el restaurante es muy posible
que les dieran una comida tan apócrifa
como los billetes, y el Banco se quedó
tranquilamente con el pedazo de papel
después de hacerle un agujero. Si todos
los males fueran así, estamos seguros de
que no bajaría la peseta.

UNOS LUNATICOS

Santander. — Unos salvajes, a los que
a toda costa debe buscar la policía, demos-
traron ayer sus instintos rayando con un
objeto a propósito las lunas de los escapa-
rates de algunos comercios de la calle de
San Francisco.

Dichas lunas han quedado estropeadísi-
mas, con grave perjuicio para aquellos
comerciantes.

Es de esperar que la policía, si es que
existe, haga todo lo posible por evitar que
este hecho vergonzoso quede impune.

(El Cantábrico, de Santander.)

El delito no es tan insignificante como
parece. ¡Llenar las lunas de rayas y ha-
cer desembolsar a los dueños las cantida-
des necesarias para la reparación!... ¡Una
luna llena y una pérdida de cuartos!
Esto es meterse con el Universo, o no
sabemos una palabra de astronomía.



SUCESO-JEROGLIFICO

Málaga. — El guarda particular, nú-
mero 55, detuvo ayer en la calle de Moreno
Mazón, al jovencito Ramón Gómez de los
Ríos, de 19 años.

Este, en unión de otros amiguitos que
se dieron a la fuga, cuando vieron las de
perder, rompieron a pedradas un cristal
de la casa número 13, perteneciente a la
vivienda de doña Concepción de la Puerta
Martínez.

El detenido fué puesto a disposición de
las autoridades judiciales.

(La Unión Mercantil, de Málaga.)

¿No advierten ustedes una desconcer-
tante contradicción en esta noticia? Los
muchachos rompieron un cristal de una
ventana, que era también un cristal de
la Puerta. Sin embargo, el resto del su-
ceso es de una diafanidad meridiana.
Romper cristales es mala sombra y
acaso por eso está tan indignada doña
Concepción. Pero peor suerte da el nú-
mero 13 y ése es el que la Puerta osten-
ta sobre su puerta, para terror de los
transeúntes.

DON JUSTO

CONRAD NAGEL

en GUANTES
DE PIEL, de
la «Warner
Bros»



FRED KOHLER

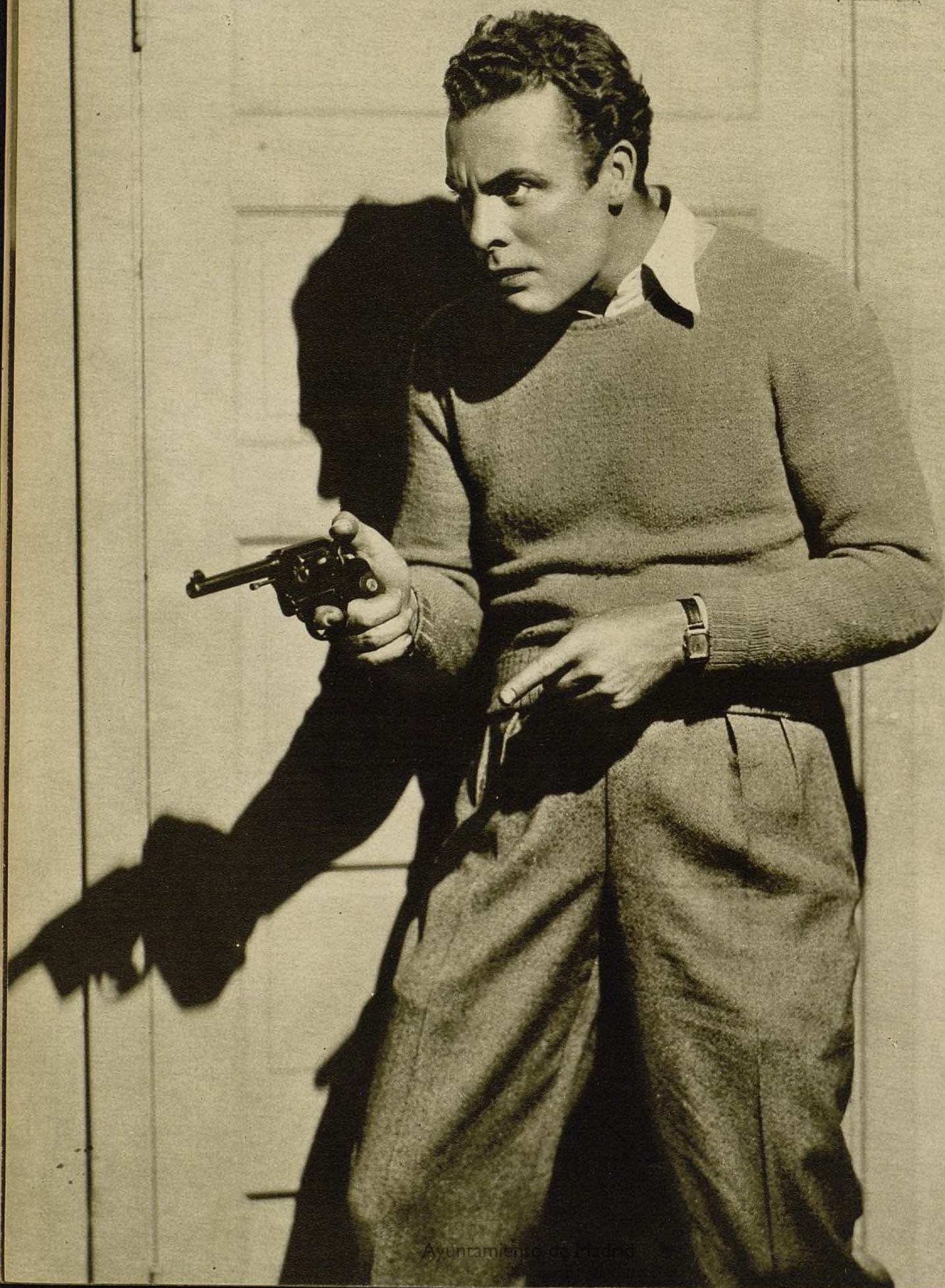
en **CARAS OL-
VIDADAS**, de
la «Para-
mount»



Una escena de PICA-
DILLY, de la «British
International»



Una actitud de
CHARLES MURRAY
de la «Universal»



Ayuntamiento de Madrid

S
tr
co
ig
pa
je
sa
co
la
a

de

che
la
ter
cau
—
atr
int

*EL collar de perlas
de esta historia
era digno del te-
soro de un rey. El
astuto Sing Ling se
interesó por él, y
lo mismo hizo Sam
Wong. Pero cuando
los dos hábiles hijos
del Celeste Imperio
se encontraron en
mortal combate...*

por el Doctor
ROSWELL BAILEY
según su relato a
CARL EASTON WILLIAMS



Por el COLLAR de un CHINO

SIN sombrero y sin chaqueta, el granjero salió de la casa y atravesó la carretera para llamar a un automóvil que se acercaba a toda marcha. Dijo algo gritando mientras pasaba rápidamente por su lado, mas, al parecer, el conductor no se fijó en él. El siguiente automóvil obró de igual modo y tan sólo el quinto aminoró un poco la marcha para permitir al conductor enterarse de lo que decía el granjero; luego meneó aquél la cabeza y continuó su camino. Pasaron diecisiete automóviles más antes de que uno, abierto, que conducía a varios jóvenes, detuviese la marcha, aunque con la mayor indecisión, pues, realmente, no parecía decidido a detenerse.

Aquel pobre hombre estaba desesperado.

— ¡Un médico... un médico! — gritaba, en tanto que el poderoso automóvil se alejaba con rapidez.

Uno de los jóvenes se inclinó hacia adelante para tocar al chofer, y le dijo algo; esta sencilla operación tuvo por resultado la rápida parada del vehículo. Entonces el joven saltó a la carretera y retrocedió, yendo al encuentro del granjero.

— ¿Es usted doctor? — preguntó éste, sin duda receloso a causa de la juventud del bondadoso viajero.

— No, soy reporter.

— ¡Dios mío...! No necesito un reporter, sino un médico.

— Está a punto de llegar uno en un auto que hemos dejado atrás. Es el doctor Roswell Bailey, un gran cirujano. Le haré interrumpir su viaje. ¿Qué ocurre?

— Han pegado un tiro a uno..., pero no necesito ningún reporter.

— Es ya imposible impedir mi presencia, porque el reporter seguirá al doctor. Oye, José — gritó el joven al chofer, atravesando una parte de la distancia que le separaba del coche. — Procura parar el sedán que ocupa el doctor. Es el próximo automóvil. Aquí ocurre algo.

En vista de ello, el chofer del coche de turismo atravesó su vehículo en la carretera, lo cual obligó a detenerse al sedán del doctor. Y en breve, éste, el joven periodista y el granjero se encaminaron hacia la casa.

DOS horas más tarde el doctor dijo al joven, en el momento en que éste colgaba el receptor telefónico:

— Si quiere usted, podrá acompañarme para regresar a Nueva York, pero quizás prefiera quedarse, ¿verdad?

— No tengo ningún interés en quedarme — replicó el reporter. — De todos modos, se lo agradezco. Volveré mañana. Sin embargo, alguien debería quedarse aquí.

— ¿Por qué?

— Pues... — el joven vaciló. — Van a prender al marido. Y aun en el supuesto de que consiga demostrar su inocencia, es seguro que se pasará la noche en el calabozo.

— ¡Oh! No cabe duda de que el italiano mató de un tiro a la pobre mujer y luego se suicidó. Así lo demuestra el examen que he podido realizar. También lo prueba la carta. El ma-

rído es un pobre hombre, aunque no hay duda de que lo tendrán preso hasta mañana.

A todo esto habían salido de nuevo a la carretera y estaban ya junto al sedán.

— Pero no podemos dejar dos cadáveres en la casa durante toda la noche, sin que nadie los guarde — insistió el reporter.

— ¿Por qué no? Ya nada puede hacerles el menor daño.

— Tiene usted razón..., pero eso no se hace nunca. Alguien ha de acompañar a los difuntos.

— Sí, es verdad. Esta es la costumbre sentimental, pero no hay ninguna razón práctica. ¿Quiere usted quedarse... para acompañarles?

— ¿Yo? No me convencerá usted.

— ¡Ah, ya! — exclamó el doctor, riéndose. — Así podría usted adquirir más datos acerca de este crimen, que, según dice, va a constituir un éxito personal para usted. Además, podría dormir tranquilamente.

— ¿Dormir? — preguntó el reporter, muy asombrado.

— ¿Por qué no?

— Muchas gracias, doctor..., pero le agradeceré en extremo...

— Bueno, bueno. Suba usted. Ya cuidarán de mandar a alguien para que se quede aquí. Esto me recuerda — añadió el doctor, mientras ambos se sentaban en la berlina y el chofer ponía en marcha el motor — esto me recuerda un hecho que me ocurrió cuando yo era joven. Y como usted es un reporter, no tengo inconveniente en referirle lo que me sucedió, pues, sin duda, le dará material para escribir una excelente historia.

(A continuación se reproduce el relato que el doctor Bailey hizo al reporter, es decir, a mí mismo):

FUE una de aquellas noches que no se olvidan jamás. El caso me ocurrió en la cabaña solitaria de un explorador minero, situada a grande altura, en las montañas.

Yo era médico auxiliar de la Stony Creek Mining Corporation y aquella noche tuve que hacer un viaje a la montaña, a quince millas de distancia, para curar a un chino que había recibido un balazo. Recuerdo que apenas hube emprendido la marcha empezó a llover y tuve necesidad de ponerme el poncho que llevaban en una de las alforjas.

Pero las circunstancias y complicaciones del asunto eran en extremo interesantes y durante el trayecto me dieron motivos de reflexión. Yo no podía olvidar que el tiro que le pegaron a Sam Wong, el hérido que iba a visitar, estaba relacionado con algo ocurrido aquella misma noche en la población, o sea la desaparición de un hilo de perlas, valorado en doscientos cincuenta mil dólares. Incluso el hecho de que en aquel lugar, olvidado de Dios, existiese un hilo de perlas de tanto valor, era ya algo raro. Un collar como aquel es la última cosa que se esperaría hallar en semejante sitio. Y, en realidad, no estuvo mucho tiempo. Precisamente su desaparición nos tenía a todos preocupados. Verá usted cómo.

En el pueblo había un forastero sospechoso. Creíase que se llamaba Frisco Irish, aunque él sostenía que su nombre era Frank Ingram o algo parecido a eso.

Un chino, llamado Sing Ling, poseía un restaurante y un comedor chino, es decir, que servía según la cocina americana y según la china. Además, se aseguraba que en la parte superior de su edificio había un fumadero de opio.

Si el forastero era realmente Frisco Irish y formaba parte de la gente de bronce de San Francisco, era más que probable que tuviese el vicio de tomar drogas, común entre los hombres

de su calaña, y en tal caso sería natural que buscara a Sing Ling para fumar alguna pipa de opio. Cuando el *sheriff* encontró como muerto a Frisco Irish en una habitación del primer piso del restaurante, el chino confesó que, en efecto, eso era lo que le había propuesto Frisco. También confesó Sing Ling que había cacheado a su cliente, es decir, que le había registrado mientras estaba atontado por la droga, y así descubrió las perlas. Según confesó, tenía la costumbre de hacer eso mismo con todos los clientes, no para robarles cosa alguna, ¡oh, no!, sino por curiosidad. Además, cuando iban armados de revólver, la prudencia le aconsejaba quitar las balas del arma, porque si luego se excitaban, ya nadie corría el menor peligro.

Al encontrar aquellas perlas, Sing Ling las miró entusiasmado y las acercó a la

Sing Ling tuvo la impresión de que alguien introducía la mano a través del cristal roto de la ventana.



luz para contemplarlas por espacio de dos minutos. Mientras lo hacía, le pareció observar que se entreabría ligeramente la puerta y sospechó que alguien le estaba observando. Dejó el collar en la mesita inmediata a la ventana y cruzó la estancia en dirección a la puerta; buscó a la persona que le espiaba, en

el supuesto de que existiera, pero había desaparecido ya. Sing cerró entonces la puerta con llave y reanudó el registro de los bolsillos de su cliente.

Transcurrieron, quizás, cinco minutos durante los cuales el chino, con la mayor tranquilidad y sangre fría, terminó de realizar una investigación final en los bolsillos de Frisco. Se disponía a salir, cuando tuvo la impresión de que alguien introducía la mano a través de la ventana, desprovista, por cierto, de cristal. Asustado, dió una vuelta rápida, quizás demasiado y sin el cuidado debido, porque tuvo la desgracia de tropezar con el candelero, que se hallaba a poca distancia, y apagó la bujía, quedando así la habitación sumida en la obscuridad.

Sing Ling aseguraba que se asombró tanto por lo ocurrido, que perdió varios segundos buscando, a tientas, el collar en la obscuridad, y otros más en sacar un fósforo. Pero al encenderlo, y eso era lo más sorprendente, vió que el

collar había desaparecido.

El chino manifestó, en un inglés defectuoso, que se quedó muy confuso al ocurrir todo aquello. No hay duda de que su relato fué mucho más confuso que la versión que acabo de darle, pero puede tener la certeza de que el resumen de lo dicho es la esencia de su declaración. Parecía también muy raro que Sing Ling hubiese obrado con tan poca precaución. Un collar de doscientos cin-

cuenta mil dólares no se deja en una mesa inmediata a la ventana, dando ocasión

de que una mano atrevida pueda quedarse con él.

Cuando el *sheriff* supo que el forastero sospechoso, o sea Frisco Irish, se había metido en el establecimiento de Sing Ling, se fué presuroso al restaurante, en donde le recibió el chino y le contó la historia ya referida.

Entonces se empezó la investigación. Desde luego, Frisco Irish — sumido entonces en el sueño de la droga — no poseía ya las perlas. Se interrogó a Sing Ling acerca del asunto antes de que nadie pensara en registrar la parte posterior del edificio, para ver si se encontraban huellas de al-

guna cuerda o escalera. Era evidente que, de haberse empleado una u otra, la habrían retirado ya. El suelo era arenoso y, por consiguiente, las huellas de pies o las señales que pudieran dejar los extremos de la escalera eran fáciles de borrar. Se encontró en su sitio una escalera de mano, perteneciente a la Compañía, que siempre se hallaba en la parte posterior del almacén y, naturalmente, era posible que hubiese sido utilizada y vuelta a dejar en su sitio acostumbrado.

El *sheriff* no parecía dispuesto a creer la historia de Sing Ling y le acusó de traición. Le encerró junto con el dormido Frisco Irish, con Charley See — el cocinero — y otros tres o cuatro muchachos chinos que servían en calidad de camareros

y de lavaplatos. Sometieron a un registro a los clientes y luego les ordenaron que abandonaran el establecimiento; por fin empezaron a practicar un registro minucioso en la casa entera, especialmente en la habitación del piso superior. Con respecto a la ventana de los vidrios rotos, se comprobó que faltaban por completo dos de ellos, excepción hecha de unos pocos fragmentos que quedaban en un lado. El *sheriff* se llevó la impresión de que era el mismo Sing Ling quien rompió los cristales, viendo en todo ello un estudiado ardid.

Como en el establecimiento no se encontró la menor huella de las perlas, el *sheriff*, después de encargar los registros sucesivos a sus agentes, se dedicó a interrogar minuciosamente a Sing Ling. Pero no averiguó nada nuevo. Los demás detenidos parecían ignorar en absoluto lo ocurrido.

¿Cuál era, pues, la verdad? ¿Acaso Sing Ling entregó el collar a un cómplice a través de la ventana? ¿O bien lo confió a alguien ajeno a la casa, antes de que el *sheriff* llegase, y entonces inventó la historia de la ventana? Si eso era cierto, ¿a quién entregó las perlas? ¿Quiénes eran sus amigos? Se conocía, desde luego, a Sam Wong, el lavandero, pero éste era un hombre laborioso, de cuya honradez nadie sospechaba. ¿Habría rondado por la casa? Sing Ling aseguró no haberle visto. Por fin, después de insistir mucho acerca del particular, Charley See, el cocinero, dijo que Sam Wong había entrado en la cocina por la puerta trasera, con objeto de entregar un paquete de ropa lavada. Habló un poco con Charley See, asomó la cabeza por el comedor para ver si podía decir algo a Sing Ling y luego se volvió a su casa, situada en el extremo opuesto de la misma manzana en que estaba el restaurante. Todo esto era muy sospechoso si la extraña historia de Sing resultaba cierta. ¿De qué habló Sam Wong? De nada interesante, pues se limitó a decir que iría a la ciudad, con objeto de visitar a su hermano, que estaba enfermo.

Yo intervine en el caso en vista de que el *sheriff* no pudo despertar a Frisco Irish, que había sido fuertemente narcotizado. ¿Acaso Sing Ling cargó la pipa con una dosis de opio mucho mayor, persiguiendo sus propios fines? Sea como fuere, el doctor Beecher y yo prestamos nuestros cuidados a Frisco, que estaba en un calabozo, e incidentalmente nos enteramos de la historia referida por Sing Ling y de los demás detalles del caso que pudo averiguar el *sheriff* durante aquellas primeras horas.

El doctor Alan Beecher ejercía el cargo de médico de la compañía en la Stony Creek Mining Corporation y era mi jefe, por decirlo así. Contaba ya cincuenta y cinco años, y tenía tanto que hacer, según me dijeron los altos empleados de la compañía, que en muchas ocasiones se habrían necesitado dos médicos en lugares distintos. Aun cuando el doctor Beecher era hombre muy competente, parecía empezar a declinar. A veces bebía bastante, jugaba buenas sumas de dinero y hasta cierto punto ya no era hombre digno de confianza. Se me dió a entender que en cuanto expirase su contrato yo podría sustituirle y cobrar un sueldo bastante mayor. De todos modos, aquella colocación me daba los medios de ejercer intensamente mi carrera.

Cuando fui a ocupar mi empleo y conocí al doctor Beecher — pocos meses antes del suceso a que acabo de referirme — comprendí muy bien la razón de su prematuro descenso intelectual. Aquel hombre presentaba síntomas de ataxia locomotriz incipiente, no teniendo, pues, nada de particular que su conducta fuese algo rara. Tales síntomas eran los precursores de la parálisis y de la locura, de la que moriría pocos años después. Su estado empeoraría paulatinamente. El doctor llevó una vida turbulenta en su juventud; había jugado mucho y se aventuró a una serie de cosas impropias de un hombre prudente. Y ahora, en sus años maduros, cuando apenas había pasado lo mejor de su vida, estaba a punto de pagar a un precio muy caro su conducta licenciosa de otro tiempo.

El doctor Beecher y yo estuvimos ocupados en reanimar a Frisco Irish y empleamos una batería eléctrica, vapores de amoníaco, estricnina, respiración artificial, flagelación y café, aunque este último casi sólo sirvió para asfixiarle. Mientras tanto, yo reflexionaba acerca de los extraños detalles de aquel caso. ¿Sería cierta la historia de Sing Ling? Si las perlas atravesaron realmente la ventana, ¿participaría el chino de su venta? Sing Ling hacía protestas de inocencia, y, como estaba encerrado, se demostró que no tenía arte ni parte en lo que luego ocurrió.

Al *sheriff* le interesó mucho el detalle de que Sam Wong hubiese visitado la cocina del restaurante. Por eso me rogó que dejase a Frisco Irish a los cuidados del doctor Beecher y fué al establecimiento de Sam Wong, para ver si éste se hallaba ocupado en su trabajo.

— Usted, mejor que nadie, podrá decirme si demuestra alguna nerviosidad — dijo el *sheriff*. — Prefiero que vaya a verle

usted, doctor, y no uno de mis agentes, porque el chino se pondría en guardia al verle. Vaya usted a reclamar sus camisas o cuellos, o lleve algo sucio para lavar y planchar... lo que quiera. Algo, en fin, que le permita hablar con él. ¡Demonio!

Al proferir esta última exclamación, el *sheriff* hizo castañear dos dedos de su mano derecha; luego se acercó a su escritorio y contempló algunos papeles.

— ¿Qué ocurre? — pregunté.

Me entregó un telegrama y, al mismo tiempo, una circular de la policía, en la que se ofrecía una recompensa por la captura de Frisco Irish, cuya fotografía de frente y de perfil mostraba a un individuo de rostro afeitado, muy parecido al hombre que tratábamos de despertar. El telegrama mencionaba una espléndida suma, ofrecida por el dueño de las perlas robadas, para quien le ayudase a recobrarlas.

— Ahora recuerdo — dijo el *sheriff* — que Sam Wong estuvo aquí a la hora de cenar, para recoger mi ropa sucia.

Conviene explicar que la oficina particular del *sheriff* era una combinación de dormitorio, sala, oficina, archivo, comedor, lavabo y cuarto de baño, es decir, de todo cuanto puede necesitar un hombre que vive en un piso de una sola habitación, que a la vez le sirve de vivienda y de oficina pública. Una cortina tendida ante un rincón de la estancia, a espaldas de su

el lavandero ya no estaba en casa. Ardía dentro una pequeña luz, pero la puerta estaba cerrada. Sam era laborioso y amable, y con gran frecuencia iba a recoger y a entregar la ropa. Era, pues, muy posible que hubiese ido a cualquier casa de la población, pero el *sheriff* se preparó en el acto para perseguirle. Le recordé que Sam Wong podía haber ido a visitar a su hermano enfermo, aunque tal posibilidad no le interesó a mi compañero. En aquella época no había ningún tren que condujera a Stony Creek, de modo que el único medio de transporte era una diligencia que hacía tres viajes por semana. Como el vehículo había partido aquel mediodía, era evidente que Sam Wong no pudo tomarlo para alejarse. El *sheriff* se figuró que el lavandero se habría ido a la montaña y por consiguiente fué allá, en compañía de dos agentes, después de haber enviado a otros para buscarle en distintas direcciones. Luego averiguamos que Sam Wong pidió prestado el caballo de Sing Ling al encargado de la pequeña cuadra que había a espaldas de la casa de comidas. Desde luego, no era ningún caballo de carreras, pero sí un animal ágil y resistente.

Al volver a mi domicilio, que compartía con el doctor Beecher, observé que éste había salido. Hacía ya algún tiempo que solía ausentarse sin indicar a dónde iba, y yo empezaba ya a acostumbrarme a tales excentricidades. Ocupábamos

Es posible que ni yo mismo hablara entonces en serio, pero luego comprendí que no había razón alguna que me impidiese dormir con el chino muerto.

escritorio, formaba un ropero improvisado, donde tenía colgados sus trajes. Y al mencionar la ropa sucia señaló aquel rincón.

— Recuerdo — añadió el *sheriff* — que Sam Wong examinó la ropa y sin darse prisa contó las camisas, los calcetines y lo demás. Y mientras tanto, estaba sobre mi mesa este aviso de la policía.

— Pero Sam Wong no sabe leer inglés — observé.

— ¿Cómo podemos estar seguros de ello? Es posible que haya avisado a Sing Ling, aunque también pudo no hacerlo. Usted, doctor, límitese a ver si está en su casa y obsérvele con el mayor cuidado. Yo le veré a usted más tarde.

Pude llevar alguna ropa sucia. Me pareció que Sam Wong se conducía con la mayor naturalidad, pero siempre resulta difícil adivinar los sentimientos de un chino, si sólo se puede juzgar por la expresión de su rostro. Se mostró afectuoso como siempre y me llamó *señol doctor*, según costumbre.

Yo no tenía prisa. Me entretuve un buen rato haciendo un cigarrillo mientras observaba a Sam Wong. Luego le dije que el pobre Sing Ling se hallaba en un aprieto, pero él se encogió de hombros. Le pregunté si había visto aquella noche a su compatriota y me contestó en sentido negativo. Pero yo le repliqué que Charley See afirmó lo contrario.

— Cholly See está loco — murmuró.

Cuando le pregunté si había llevado ropa lavada y planchada al establecimiento de Sing Ling, contestó, acompañándose con un gesto, que había entregado el paquete a Charley See. Entonces observé una herida en su mano que, desde luego, no parecía un corte reciente, como de quien ha pasado la mano a través de un cristal roto. Contemplé la herida de cerca y le pregunté cómo se la había hecho. Me contestó que era una quemadura y, retirando algo la mano, miró la plancha que tenía delante. Su aspecto, sin embargo, no estaba de acuerdo con tal manifestación. Por eso aumentó mi deseo de examinar de cerca la mano y aprovechar la oportunidad para tomarle el pulso, a fin de convencerme de si estaba excitado.

Pero Sam Wong se negó, encogiéndose de hombros, y de nuevo se entregó a su trabajo. En vista de eso me marché.

Al regresar a la cárcel, el doctor Beecher se había marchado ya, abandonando a Frisco Irish, diciendo que no había más remedio que esperar a que le pasaran los efectos del narcótico. Por mi parte fui a dar cuenta al *sheriff* de mi entrevista con Sam Wong y él me contestó que en breve iría a visitar al chino.

Cuando el brazo de la ley fué conmigo a visitar a Sam Wong,

unas habitaciones en el segundo piso del edificio de las oficinas de la compañía y desde allí se podía observar la calle. Además, como es muy conveniente para un médico tener la oficina y la vivienda en un mismo lugar, Beecher y yo disponíamos de unos pequeños dormitorios y de una sala inmediatas a la de la oficina.

Aquella noche leí unas páginas de un nuevo libro que trataba de cirugía, hojeé los dos periódicos que trajo la diligencia, fumé un cigarrillo y me acosté hacia las diez y media.

ME desperté a eso de las doce y media de la noche al oír la repetida llamada del timbre nocturno, cuyo botón se hallaba en la puerta de la calle. Llamaba Frank Green, uno de los agentes del *sheriff*.

— Siento mucho despertarle a esta hora, doctor. Han pegado un tiro a Sam Wong y se está desangrando... Conviene que se dé usted prisa.

— ¿Sam Wong? — exclamé preparándome apresuradamente. — Me figuraba que se había marchado.

— Así fué, en efecto, pero le encontramos... y hasta oímos el tiro... Esto ocurrió cerca de la cabaña de Dave Henderson.

— ¡Dios mío! ¿Por allí? Y ¿quién le ha agredido?

— No lo sé. Sin duda huyó al advertir nuestra presencia. El *sheriff* anda buscándole. Llevamos al chino a la cabaña de Dave. Con él se ha quedado Jorge el Soñoliento, y yo he venido a toda prisa, en busca de usted.

No prometía ser muy divertida aquella excursión nocturna. Conocía el camino de la montaña, porque poco antes estuve allí, de día, para ver a Dave Henderson, explorador minero, que fué mordido por una serpiente de cascabel. Luego le hice trasladar al pueblo, para cuidarle mejor. Poco a poco se restablecía, porque afortunadamente el reptil no pudo inyectarle todo el veneno de sus colmillos, pues primero mordió a un perro y gracias a eso disminuyó la cantidad de tóxico. Mientras tanto, parecía que la cabaña de Dave fué ocupada por Jorge Jackson, el Soñoliento, cocinero de color, hombre muy manoso.

Frank Green guiaba mis pasos y tanto él como yo corrimos cuanto nos fué posible montaña arriba, a pesar de las dificultades del camino. Empezó a llover y tuvimos que hacer uso de nuestros ponchos. La situación era desagradable. Por fortuna, tenía algo en que ocupar la mente. ¿Por qué habría huido Sam Wong? Indudablemente quiso eludir una entrevista con el *sheriff*, pero ¿por qué le pegaron un tiro? ¿Sería realmente el culpable del robo de las perlas, suponiendo que se hubiese quedado con ellas algún individuo extraño en la casa? ¿Se las llevó

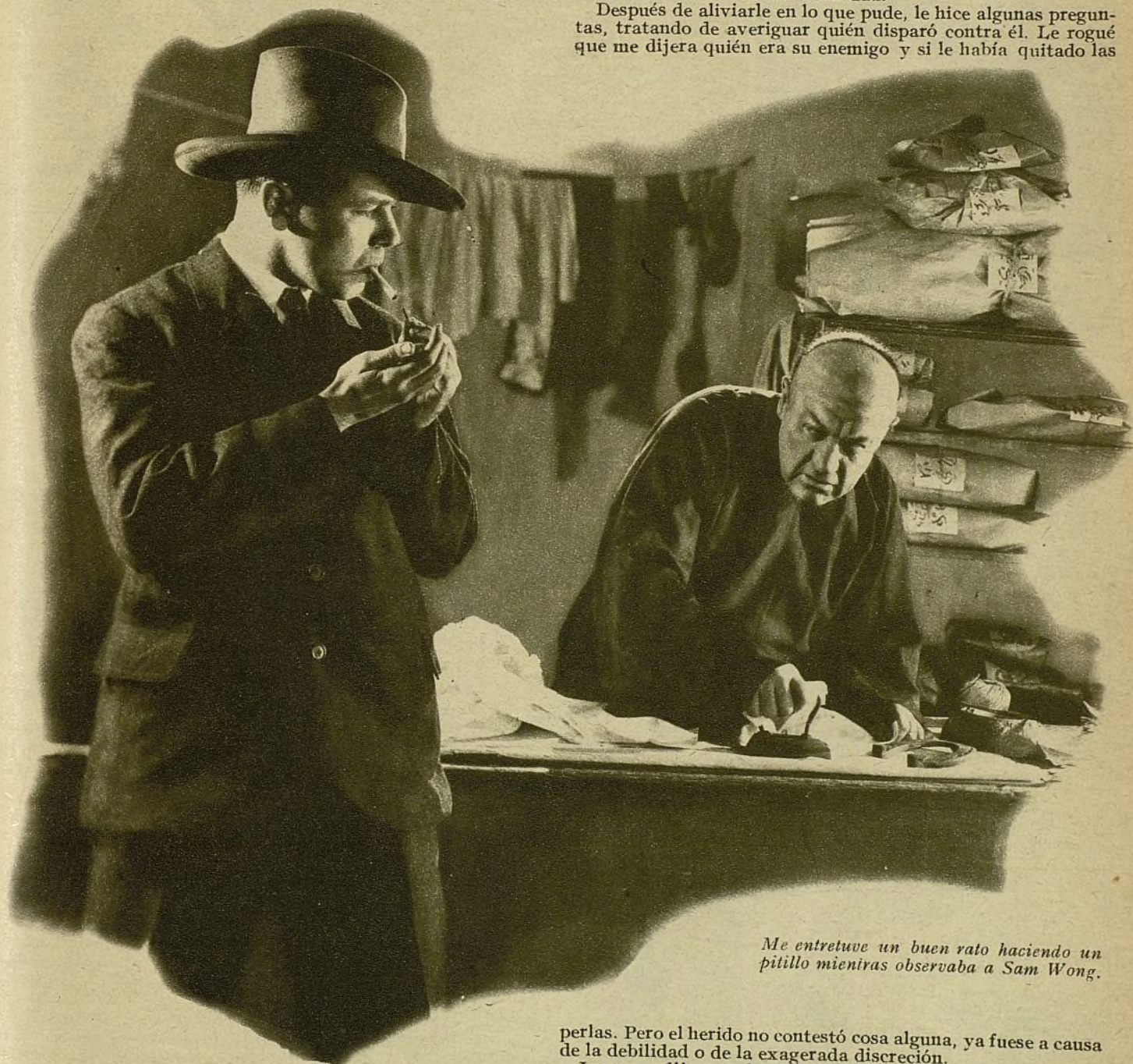
consigo en aquel imprudente viaje a la montaña? ¿Las habría ocultado? ¿No sería posible también que Sing Ling tuviese un escondrijo secreto y seguro contra todas las investigaciones, en el que pudo ocultar las perlas en aquellos momentos de obscuridad? Por el contrario, si Sam Wong tuviese el collar, ¿quién lo habría sabido tan pronto como para seguirle e intentar matarle?

Frank Green, el agente, no penetró en la cabaña; cuando llegamos a ella dijo que me llevaría el caballo a la pequeña cuadra que había a poca distancia y luego saldría a recorrer la montaña para ver si podía encontrar a alguien más o menos relacionado con el que disparó contra Sam Wong y que en

palabra. Moríase desangrado, porque, aunque la bala le dió en el hombro, le rompió una arteria. De haber recibido rápidos cuidados, procurando alguien haber oprimido la arteria con el dedo pulgar, para evitar la hemorragia, podría haberse salvado perfectamente. ¡Si yo hubiese llegado antes! Pero en aquellos momentos la pérdida de sangre le había casi matado.

Operé cuanto antes para llegar a la arteria y ligarla. Para ello Jorge tuvo que ayudarme, aunque apenas hizo otra cosa que sostener la lámpara de petróleo. Di a Sam Wong un poco de cloroformo para que se estuviera quieto, pero no lo bastante para dejarle dormido, pues no me atreví a hacerle respirar demasiado a causa de su debilidad.

Después de aliviarle en lo que pude, le hice algunas preguntas, tratando de averiguar quién disparó contra él. Le rogué que me dijera quién era su enemigo y si le había quitado las



Me entretuve un buen rato haciendo un pitillo mientras observaba a Sam Wong.

último caso se reuniría con el *sheriff* para participar de su investigación. En vista de ello le invité a que tomara mi caballo y dejara descansar el suyo.

Dentro de la cabaña solamente hallé a los dos hombres: al chino, casi muerto a causa de la herida, y a Jorge, el Soñoliento, muerto de miedo y haciendo poco honor a su apodo. El asesinato debió de perpetrarse a un tiro de piedra de la cabaña y el disparo despertó al dormido Jorge de tal manera, que aun no se había repuesto de la impresión. Y luego, la obligación de tener a su cargo un herido que se desangraba, no contribuyó ciertamente a calmarle los nervios.

El pronóstico era gravísimo. Sam Wong estaba ya muriéndose. Abrió débilmente los ojos, pero no pronunció una sola

perlas. Pero el herido no contestó cosa alguna, ya fuese a causa de la debilidad o de la exagerada discreción.

Jorge me dijo que el *sheriff* ya le había preguntado lo mismo cuando le trasladó a la cabaña. Desperté nuevamente al herido y le anuncié que dentro de media hora quizás estaría muerto y, dándole un estimulante, le rogué que me comunicara cuanto supiera. El se limitó a abrir y cerrar los ojos, para demostrarme que estaba convencido de su próxima muerte, pero que no le importaba.

Como no podía hacer nada más, me volví hacia el individuo de color para que me comunicara lo que hubiera averiguado por el *sheriff*, en los momentos en que éste metió al chino en la cabaña. Mas, al parecer, Jorge apenas se había enterado de cosa alguna. Mientras le interrogaba, Sam Wong se quedó dormido, aunque no había de despertarse más de aquel sueño.

(Continúa en la página 77)

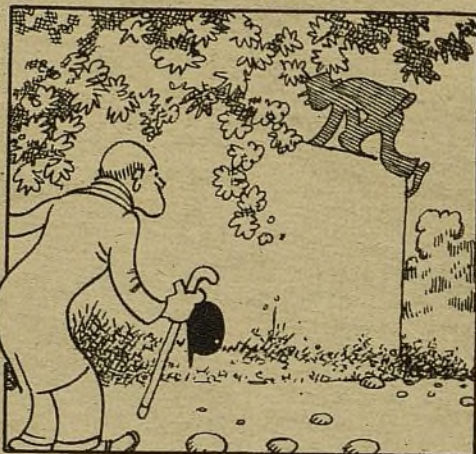
HAZAÑAS DEL DETECTIVE

TIM YESYÉS

V. — Una sombra en la noche, historieta por Moreno



Yesyés, el gran detective, es un hombre tan activo, que si no persigue a un «vivo» por hallarle se desvive.



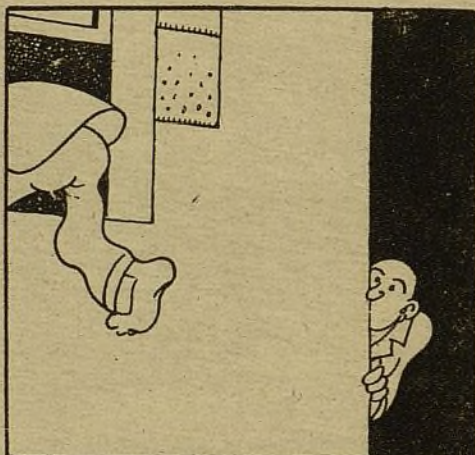
Algo ve que le estremece y que con razón le escama: un hombre que se encarama y presto desaparece.



Creyendo que es un bandido que no persigue un buen fin, salta Yesyés al jardín en pos del desconocido.



El cual, sin vacilación, demostrando que ya es ducho, tras amordazar al chucho se encamina a la mansión.



Salta después la ventana, y Yesyés dice altanero: «¡Por mi fe de caballero que te zurro la badana!»



Y penetra acto seguido en la misma habitación, empuñando un pistólón con el que apunta al bandido.



«¡Por Dios, señor — clama éste. — No me descubra. Le juro...» Y Yesyés, con tono duro, dice: «¡Calla, mala peste!»



Mas, de repente, indignado, el padre se les presenta y ajusta al hijo la cuenta por lo tarde que ha llegado

Y Yesyés lanza un suspiro diciéndose: «Cualquier día pondré una ferretería con las planchas que me tiro.»

EL CAPITÁN DRUMMOND

*Versión cinematográfica de la novela
del mismo título, de Sapper, inter-
pretada por Ronald Colman,
de «Artistas Asociados»*



EL capitán Drummond era uno de esos hombres que no pueden permanecer inactivos. Por algo le había dotado la naturaleza de unos músculos de acero y de una audacia sin límites. Había practicado todos los deportes y en todos se distinguió, especialmente en el boxeo, con el que ganó muchas libras esterlinas. La Guerra europea se le ofreció luego como la más emocionante distracción y, sin proponérselo, adquirió fama de héroe, ascensos y cruces.

Pero terminó la guerra y el capitán Drummond se aburría en su casa de Londres. Las distracciones corrientes no le atraían. Paseos, excursiones, teatros, cines, bailes, juegos de club; todo ello le parecía entretenimientos tan pueriles como la taba o el juego de bolos.

Tuvo una idea y la consecuencia fué que el periódico de más circulación de Inglaterra publicó el siguiente anuncio:

«Oficial retirado, muy aburrido en tiempos de paz, aceptaría cualquier trabajo emocionante, difícil y bien pagado. Inútil hacer ofertas que no reúnan estas condiciones. Apartado, X, 10.»

Al día siguiente recibió un montón de cartas y entre ellas eligió una que decía:

«Si el anuncio que ha publicado usted no es una broma, usted es la persona que necesito. Puedo ofrecerle un trabajo que reúne las condiciones que usted desea. Si mañana, a media noche, acude a la posada de Green-Bay, en la carretera de Londres, donde he dado orden de que le reserven una habitación a nombre de Juan Smith, nos conoceremos y hablaremos sobre el asunto. Florencia Benton.»

Por la tarde, en el club, Drummond puso al corriente de todo a su mejor amigo, un muchacho al que llamaban Polito familiarmente y del que no se sabía que hubiera trabajado jamás.

Le entusiasmó, casi tanto como al capitán, la perspectiva de aquella aventura, y se ofreció a acompañarle, pero Drummond rechazó la oferta con estas palabras:

— No, amigo mío. Quien quiera diversiones que se las busque. Esta me la he buscado yo y quiero gozarla yo solo. Lo único que puedo hacer es acompañarte en el sentimiento por lo mucho que vas a aburrirte mientras me divierto yo.

Al día siguiente, Drummond ordenó a su criado Daniel le preparara la maleta y, diciéndole simplemente que permaneciera fuera de Londres algunas horas, algunos días o algunas semanas, se dirigió al lugar de la cita.

La posada de Green-Bay estaba a algunos kilómetros de la urbe, en pleno campo. Soledad, tinieblas, silencio... No podía haber elegido Florencia un lugar más adecuado para la secreta entrevista.

La nombraba así, familiarmente, en su pensamiento, porque el nombre le gustaba sobremedida y estaba seguro de encontrar tras él una mujer joven, bellísima, misteriosa, y no una solterona histérica, amante de lo novelesco.

Se presentó al posadero como Juan Smith y éste le condujo en seguida a las mejores habitaciones de la casa, haciéndole después esta desconcertante revelación:

— Su esposa, señor, no puede tardar. Aseguré que estaría aquí a las doce en punto.

Cuando el posadero se fué, Drummond pensó con emoción en el papel que le había destinado su dulce desconocida. «Esposo, me ha llamado esposo», se decía, y su mente se deleitaba en la tarea de esbozarla, de adivinarla, cuando la puerta se abrió y apareció Polito.

La presencia del amigo fué para el capitán como un jarro de agua fría.

— ¿A qué vienes aquí, majadero?



Sus puños de boxeador funcionaron como una máquina perfecta.



He querido tener el gusto de entregarle yo mismo a la justicia.

— No he querido dejarte solo en el peligro. Una mujer... una cita a media noche... Daniel y yo hemos decidido no abandonarte en esta aventura que puede terminar con la gran desdicha de un matrimonio impremeditado.

— ¿Pero se lo has contado todo a Daniel?

— El pobre Daniel te ha visto nacer... Tiene por ti una verdadera adoración. De él ha partido la idea de que viniéramos.

— ¿De modo que también él ha venido?... Pues bien, voy a darte un consejo amistoso. Si no regreséis inmediatamente a Londres, os podéis despedir de vuestras respectivas narices.

Polito se resistió aún, pero al ver que Drummond daba un paso hacia él, uno de aquellos pasos en que hacía palanca con una pierna como en sus tiempos de boxeador, se apresuró a rectificar:

— ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Ya nos vamos!

Pero, en vez de irse, lo que hicieron fué alquilar la habitación contigua, con el mayor secreto, y escuchar desde allí la conversación que el capitán tuvo con la dama misteriosa.

HABIA llegado ésta en un potente automóvil que Drummond vió desde la ventana. Paró el coche, bajó una sombra y, segundos después, la puerta de la habitación se abrió y daba paso a una muchacha muy distinta a la que Drummond se había imaginado. No había nada de misterio en aquellos ojos ingenuos, dulces, tranquilos: no era misteriosa aquella tonalidad de rosa y nieve de su piel, ni el cabello rubio y espeso que caía sobre su nuca como ondulante cascada de oro.

Se mostraba muy agitada. Drummond había avanzado hacia ella con las manos tendidas. Desde el primer momento puso una confianza absoluta en aquella joven, de cuya nobleza y virtud no se podía dudar, a juzgar por la elocuente expresión de sus ojos.

— Soy el capitán Drummond, señorita. Puede usted tener la seguridad de que está con un caballero que sabrá servirla y respetarla... Siéntese. Está usted muy intranquila.

— Mi intranquilidad está justificada, capitán. Han venido siguiéndome.

— ¿Quién?

— No hay tiempo que perder. Se lo contaré todo en dos palabras y usted aceptará o rechazará mi ofrecimiento, pues todavía no se ha comprometido a nada. Soy americana. Hace cosa de un mes llegué a Inglaterra con mi tío, Juan Travers... el millonario... el banquero... Hizo amistad con un sujeto llamado Peterson, se enredó con él en no sé qué clase de negocios y desde entonces parece haber perdido el juicio. El mismo Peterson le llevó a la clínica de un amigo suyo, el doctor Lakington, y allí está desde entonces. Mi tío no está hospitalizado, sino secuestrado. Me bastó ver el aspecto de la extraña clínica para comprender que Peterson, Lakington y todos cuantos les rodean, son una banda de malhechores que pretenden despojar a mi tío de su fortuna. Yo he alquilado un «chalet» al lado de la clínica, pero de poco me ha servido, pues no me dejan ver a mi tío. Lakington, el doctor, dice que perjudicaría a su estado nervioso. Sólo he conseguido oírle gritar algunas veces. Ellos dicen que esos gritos son debidos a su excitación, pero yo estoy segura de que son gritos de dolor, de un dolor físico que nada tiene que ver con las enfermedades nerviosas. Usted se preguntará por qué no he dado parte a la policía. Y yo le digo que no lo he hecho por temor de empeorar las cosas. No me dejan ni a sol ni a sombra. Me siguen a todas partes. Peterson tiene una hermana, Irma, que no es tal hermana, sino su amante, y la pareja entra y sale en mi casa como si fuera suya. Con la excusa

de distraerme, pasan el día a mi lado. No puedo hacer nada sin que se enteren. Son de una astucia extraordinaria. Cualquiera diría que adivinan las cosas. Si yo diera parte a la policía, estoy segura de que lo sabrían en el acto y entonces, por ocultarse ellos, ocultarían a mi tío o huirían con él adonde no volvería a verle jamás. Extremarían los procedimientos para apoderarse de su fortuna. Dios sabe lo que harían con él. No, no se puede luchar con ellos con la cara descubierta. Son más astutos aún que perversos y hay que emplear sus mismas armas para defenderse. Sin duda alguna son los bandidos más inteligentes de Inglaterra. Poseen verdaderos tesoros y la policía no tiene la menor noción de sus fechorías. Yo sé que no tardarán en averiguar, si no lo han averiguado ya, que he venido aquí a solicitar su ayuda. Pero a usted no pueden temerle como a la policía. Usted no dará lugar a que extremen los procedimientos. Quiero hacerle una última advertencia. El que se mezcle en



Por fin el ayudante descubrió la presencia de Drummond.

este asunto se juega la vida. El que entra en la clínica de Lakington se expone a no salir. Yo sé que esa guarida es como una poderosa máquina de destrucción. Todo parece estar preparado en ella para el crimen. He terminado; capitán. Ya lo sabe usted todo. No hablaremos del precio. Usted cobrará lo que quiera. Ahora sólo falta que usted diga si acepta el cargo o no.

Drummond había escuchado el relato de la joven sin pestañear. Dos cosas le interesaban extraordinariamente: una, la historia que le refirió Florencia; otra, Florencia misma. En aquel pecho agitado por el terror, en aquellos ojos azules perturbados por ráfagas de inquietud, había un encanto mucho más poderoso que el que Drummond hubiera podido hallar en la presunta dama misteriosa.

Para animarla, sonrió cuando Florencia hubo terminado.

— Lo que usted me ha contado es sumamente interesante. Pero ha sucedido que ya no me importa lo divertido de la aventura. Ahora se trata de un caso de conciencia. No sería yo hombre si no le ofreciera a usted desde este momento mi ayuda incondicional. Ahí va mi mano y regrese tranquila a su casa.

De pronto recorrió la estancia una especie de relámpago. Florencia se volvió con inquietud hacia la ventana.

— Es Lakington — explicó. — Me envía un aviso con el faro de su automóvil.

— Entonces debemos ir en seguida a ver qué quiere.

— No, capitán. Usted ha de quedarse aquí. No olvide lo que le he dicho. Astucia y cautela. Lo contrario sería buscarnos nosotros mismos la derrota. Adiós.

Pero el capitán la detuvo.

— Se le ha olvidado a usted decirme dónde está la clínica de Lakington.

Como estaba tan en despoblado como aquella posada, Florencia se limitó a decirle los caminos que debía seguir hasta hallarla al lado de la carretera.

ACABABA de arrancar el auto de Florencia cuando un visitante pidió permiso para entrar en la habitación de Drummond.

— ¡Adelante!

Y el capitán vio un hombre envuelto en una capa negra y cuyos ojos pinchaban en vez de mirar.



Me parecería usted más amable si dejara de apuntarme con ese chisme.

— Me parece que se le ha olvidado algo a la dama que acaba de salir de aquí — dijo.

— No, doctor. No se le ha olvidado nada.

— Me complace que me conozca usted. La popularidad es muy halagadora. Lo mismo puede usted decir, capitán Drummond.

— Gracias, doctor. Me agrada visitar su clínica. Creo que está montada con arreglo a los adelantos más modernos.

— Cuando usted guste puede darse por allí una vueltecita. Que le vaya bien, capitán.

— Adiós, doctor. Celebro mucho contarme entre sus amigos. Lakington alcanzó a Florencia muy cerca de la clínica.

— Buenas noches, señorita. Me parece que podrá ver a su tío. ¿Quiere que lo intentemos?

— Antes dejaré el coche en casa.

Comprendió que aquella oferta podía ser un lazo, pero la posibilidad de ver a su tío pudo en ella más que su miedo.

Cuando esperaba en el recibimiento de la clínica la respuesta del doctor, aparecieron Irma y Peterson. No la miraban con la hipócrita amabilidad de siempre.

— Desde ahora — dijo Peterson — no verá usted a nadie hasta que hayamos terminado con su tío.

Comprendió Florencia que Lakington acababa de contarles lo ocurrido en la posada de Green-Bay y halló fuerzas para disimular su pánico al responder.

— Entonces confiesan ustedes que mi tío está aquí en calidad de prisionero.

— Puesto que lo sabe usted todo, ha terminado la comedia.

— ¡Son ustedes unos vulgares estafadores!

— Vulgares no. Sabemos hacernos valer. Su tío habrá de pagarnos bien si quiere volver a respirar el aire de la calle... Y ya que reina entre nosotros una franqueza tan encantadora, le voy a dar un consejo: no mezcle usted a la policía en este asunto. Si los infortunios de su tío trascienden al público, cundiría la alarma entre los clientes, y, para los bancos, esa clase de alarmas significan la quiebra, la ruina... Y vaya otro consejo: diga usted a ese soldadito amigo suyo que no se acerque por aquí. Podría sucederle algo desagradable.

En este momento sonó el timbre de la puerta, abrió Irma y apareció Drummond, amable y sonriente, en el umbral.

— Soy el capitán Drummond — dijo a Peterson, que le miraba con una impasibili-



La puerta se abrió y apareció el doctor con un vaso en la mano.

dad aparente. — Un antiguo amigo de la señorita Benton. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido entrar a visitarla para preguntarle por su tío.

— Ciertamente — repuso Peterson con frialdad, — la señorita Benton necesita distracción. Por eso mi hermana y yo le estamos haciendo compañía.

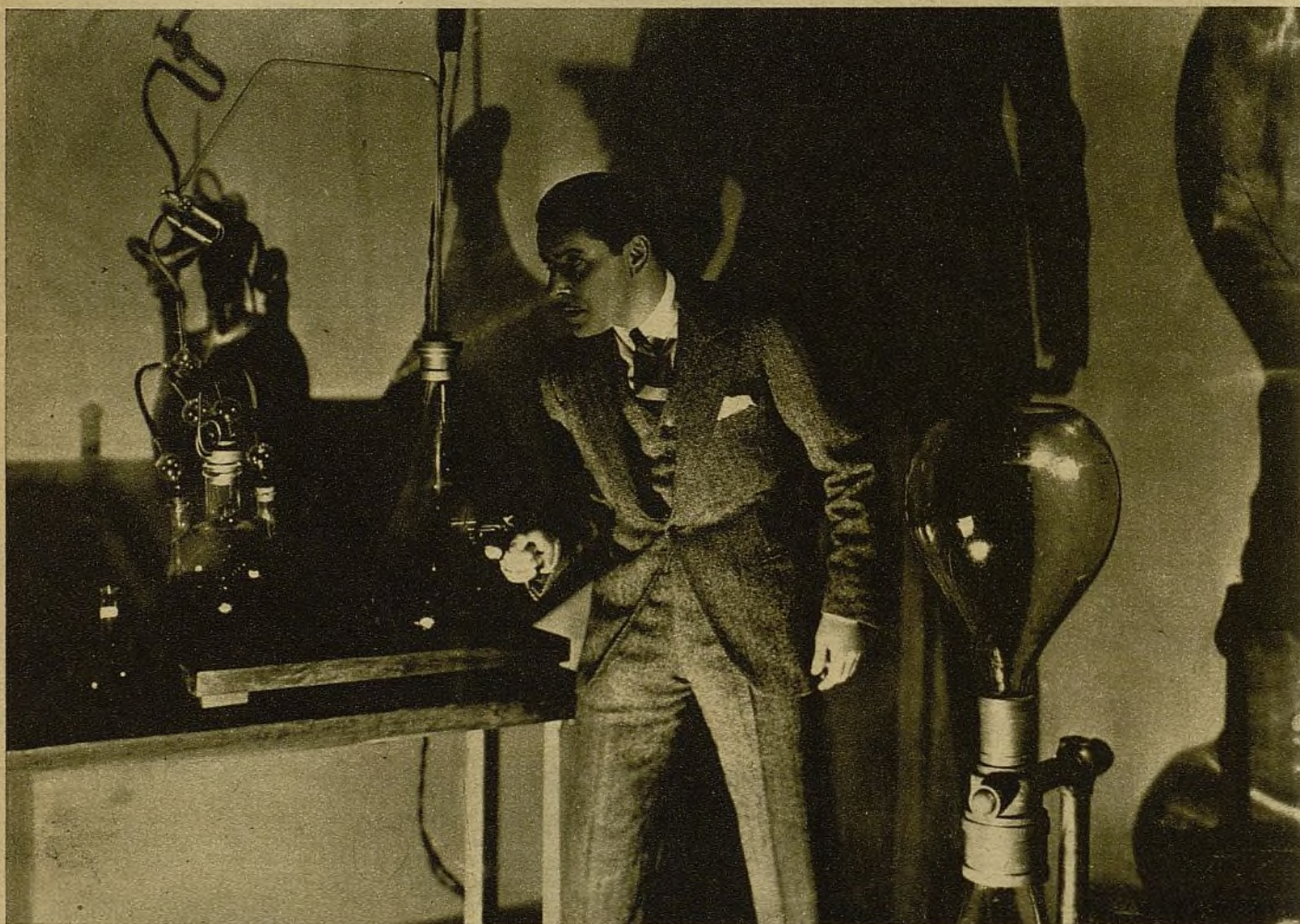
La impasibilidad de Peterson se parecía mucho a la de la pretendida hermana, la cual, en absoluto indiferente a lo que allí estaba sucediendo, iba de un lado a otro, dejando en el ambiente el aroma de su cigarrillo turco. Una simple mirada a sus joyas bastó a Drummond para convencerse de la categoría de la banda.

Pero no por eso desapareció la sonrisa de sus labios.

— Puesto que necesita usted distracción, señorita Benton,

la clínica seguro de encontrarla allí. Estaba decidido a llevarla, presintiendo que los bandidos la habrían hecho prisionera, y por eso entró primero en la clínica en calidad de visitante. Era conveniente explorar el terreno. No olvidaba las recomendaciones de Florencia: «Cautela y astucia».

Se apagaron de pronto todas las luces y un silbido partió de una ventana. Drummond se dió perfecta cuenta de la situación. Aquel silbido iba dirigido a alguien que guardaba el jardín, alguien contra quien era preciso apercibirse. Se hallaba debajo de una de las ventanas del vestíbulo y se dió cuenta de que estaría más seguro dentro de la casa que en el jardín. Le fué sumamente fácil deslizarse en el interior y no pudo reprimir una sonrisa al pensar que los mismos enemigos le facilitaban sus planes, ya que el asalto entraba en ellos.



El capitán Drummond, que, empujado por su audacia, intervino en la peligrosa aventura y recibió, en premio de su victoria, el amor de la hermosa americana.

me ofrezco a llevarla mañana a las carreras. Jugará usted al caballo que yo le diga y verá usted cómo ganamos.

— ¿Le gusta el juego, capitán? — preguntó Peterson con reticencia.

— Pero no el juego en gran escala. Mis apuestas nunca pasan de cinco libras.

— Hace usted muy bien. No se meta nunca en mayores riesgos. Podrían serle fatales.

— Le agradezco mucho el consejo, pues precisamente estos días andaba dándole vueltas al propósito de mezclarme en un juego de mucho peligro.

Se oyó entonces un grito procedente de las habitaciones más profundas de la casa y Florencia replicó con otro.

— ¡Es mi tío! ¡Le están martirizando!

— Calma, señorita Benton — dijo el capitán. — Las curas que duelen son las más eficaces. ¿Verdad, señor Peterson?... Bueno, les dejo a ustedes... Recuerde usted mi invitación, señorita Benton.

Consiguió mantenerse perfectamente impasible hasta llegar al jardín, pero, una vez allí, se crispó furiosamente sus pu-

Al enterarse de que Florencia no estaba en casa, entró en

Una puerta vagamente iluminada le indicó el camino por donde se habían llevado a la señorita Benton y se fué sin vacilar hacia ella. Le pareció oír un ruido en la ventana que acababa de saltar y se acercó a la pared, estrechándose contra ella. Esperó en vano a que se repitiera el ruido y continuó avanzando. La luz provenía de una puerta situada en el fondo de un corredor y se deslizó por él sigilosamente. Otra vez creyó oír un ruido sospechoso a sus espaldas y otra vez se detuvo, pegándose a la pared. Nada. Continuó. Conforme se acercaba a la puerta, iba percibiendo más claramente ciertos rumores que procedían del recinto iluminado. Creyó oír la voz de Florencia y avanzó más de prisa. Se encontró ante una angosta escalera y en este momento vió cómo abajo tres hombres cerraban una puerta tras la que, sin duda, habían dejado a la señorita Benton. Ninguno de aquellos hombres eran Peterson ni Lakington, lo cual hizo suponer a Drummond que se hallaban ocupados en guardar al banquero en aquel momento de peligro.

Retrocedió Drummond para esperar a los hombres en la obscuridad del corredor, pero con tan mala fortuna, que tropezó ruidosamente en una jamba de la puerta.

(Continúa en la página 79)

ENCUENTRO ANGUSTIOSO



**¿Puede hablar una
navaja de afeitar?
Si lo duda usted, lea
esta curiosa historia.**

**por
TOMÁS HYDE**

ES imposible contar las emociones que he llegado a tener en mi vida con motivo de las empresas llevadas a cabo.

Durante veinte años he desempeñado el cargo de agente de policía, ya a pie, ya en motocicleta. En cierta ocasión se me comisionó para descubrir un importante robo de automóviles y luego para perseguir el tráfico de estupefacientes en los Estados Unidos. Durante la guerra fui incluso profesor de aviación. Pero la emoción más intensa y a la vez el susto mayor de mi vida lo sentí cuando el roce de una navaja sobre el suavizador de cuero me reveló el nombre de un individuo a quien fundadamente podía temer en aquel momento.

En 1915 eran tan frecuentes los robos de automóviles, que a casi todos los policías libres de servicio se nos encargó perseguir cuadrillas de ladrones. Como generalmente trabajábamos por parejas, se me asignó como compañero a Adolfo Levy, que tenía la maravillosa cualidad de obtener datos cuando todos los demás habían fracasado en el empeño.

Semanas enteras nos pasamos investigando un caso determinado. Después de hacer un registro en los barrios bajos de la ciudad, estábamos tan desalentados, que teníamos la intención de desistir de nuestra empresa. Mas Levy tuvo providencialmente una confidencia que le ofreció una nueva pista. Gracias a ella conseguimos prender a algunos ladrones, cuya edad oscilaba entre diecinueve y veintitrés años. Ya en nuestras manos, se declararon convictos y confesos, a excepción de uno llamado Luis Harding, jefe de la cuadrilla, no obstante su corta edad, escasamente veintitrés años. Su familia nombró un buen defensor cuando se vió la causa; mas, probada su culpabilidad, fué condenado a cinco años de cárcel.

Todavía se ignoraba el paradero de ocho o diez automóviles robados, aunque existía la convicción de que Luis Harding sabía dónde estaban. Con objeto de encontrarlos, fui a ver al condenado mientras se hallaba en la cárcel de la ciudad, en espera de ser trasladado a la penitenciaría.

(Continúa en la página 82.)

El PROCESO VERONET

por

OCTAVIO LUXEMBURGO

CONCURREN en la realización pavorosa de ciertos crímenes tan ardua y compleja variedad de circunstancias, que con razón se insiste en que la realidad supera en muchos casos a las creaciones más afortunadas de la fantasía.

El hecho que voy a referir, conocido por «El proceso Veronet», es uno de esos casos ejemplares donde el misterio de un crimen adquiere proporciones insospechadas de relato novelesco, y en él se ve cómo la mano de un hombre, al ejecutar una acción, pone, sin querer, en movimiento circunstancias mucho más complicadas y desconcertantes que las que se le ocurrirían a la fogosa imaginación de un Montepin para el desarrollo regular de uno de sus más célebres folletines.

EN la aldea de Kotts (Argelia) vivía un matrimonio belga conocido por el sobrenombre de los «Tezcas», a causa de ser común en el país bautizar con nombres extraños a todos los inmigrantes que llegan de tierras de Occidente.

El matrimonio «Tezcas» habitaba una casita de las inmediaciones de Kotts, enclavada en medio de una huerta, de cuyo producto vivían. No tenían hijos, eran jóvenes y vivían apaciblemente.

Una noche, Backe, el marido, tuvo que subir al poblado para asistir a una reunión de colonos que se celebraba en Kotts periódicamente.

Era invierno. Backe salió de casa a eso de las seis y media. Dejó a su mujer ocupada en los menesteres de la cocina y, simplemente, por una elemental precaución, que tomaba de ordinario, echó la llave por fuera y se la guardó en el bolsillo.

Estuvo en la reunión, la cual se prolongó hasta las diez y media de la noche. Cuando Backe regresaba, pues, a su casa serían aproximadamente las once.

Backe habíase encontrado en el camino con dos personas. Una de ellas era Alesky, una indígena a quien el colono conocía de vista; y la otra un hombre atlético, pobremente vestido y desconocido para Backe.

Cuando llegó a la casa, abrió la puerta con toda naturalidad y penetró directamente en la cocina. Su esposa no estaba. La llamó. No respondió nadie.

La casa constaba únicamente de planta baja, y Backe registró en un momento las cinco habitaciones que constituían la vivienda. Su esposa no apareció en ninguna de ellas.

Bastante alarmado con esta desconcertante circunstancia, salió al huertecillo y gritó varias veces el nombre de su compañera, llamándola. No obtuvo tampoco resultado alguno.

La alarma de Backe aumentó.

Volvió a entrar en la casa. Había encendido una bujía, que el aire húmedo de la noche apagó apenas salió al huerto. La encendió otra vez al penetrar en la vivienda.

Iba caminando por el pasillo con la luz en alto, cuando vio brillar en el suelo unas manchas de sangre. Se detuvo, espantado. La sangre extendíase en una gran mancha en el sitio donde se había detenido y luego continuaba su rastro hasta la puerta.

Backe, siempre con la bujía en alto, habíase quedado inmóvil. El siniestro descubrimiento hizo fulgurar en su mente,

como un relámpago, la idea horrible de la catástrofe: su esposa debía de haber sido asesinada durante su ausencia.

Medio enloquecido por el presentimiento, retrocedió por el pasillo hacia la puerta, siguiendo el rastro de la sangre. Allí se detenían las huellas. La lluvia, cayendo sobre el barro, debía de haber borrado el rastro a la salida de la casa.

No obstante, el colono descubrió a pocos metros del umbral unas pisadas fuertemente impresas en el barro. Estas pisadas estaban marcadas por la bota ancha de un hombre y se dirigían hacia el costado izquierdo de la casa.

Backe siguió atentamente estas huellas. La bujía se le había vuelto a apagar varias veces y tuvo que detenerse otras tantas para encenderla. La desesperación del colono era extrema.

El rastro de estas pisadas se veía interrumpido a trechos, como si la persona que las produjo se hubiese detenido frecuentemente en su marcha. En estos lugares el barro estaba removido. Un observador menos excitado que el colono, hubiese reconocido en estas señales el intento repetido de practicar una fosa en el suelo. Luego, a partir de tales excavaciones, las huellas de las pisadas continuaban siempre en línea recta.

Backe las siguió hasta la pared medianera de la finca, en que se detenían. A la luz intermitente de la bujía, azotada de continuo por el viento, descubrió, unos metros más abajo, que la pared se hallaba derribada, formando sobre el barro un montón informe de escombros.

Habíase detenido a examinar este detalle, cuando vio huir, cerca de la pared derribada, una sombra. Aquella sombra se había deslizado fugazmente desde el mismo montón de escombros hacia la finca inmediata, y fué su huída tan rápida, que el colono no tuvo tiempo de precisar su forma. Mo-

mentos después la descubrió: era el perro de la heredad vecina que le había reconocido y volvía sobre sus pasos.

El animal llegó junto a Backe, saltando; hizo unas cuantas zalamerías al colono y luego, inquieto, avisado, se dirigió otra vez al montón de escombros, aullando de ese modo especial con que los perros quieren expresarnos un sentimiento de horror o de extrañeza. Pero esta voz de alarma no fué interpretada de momento por el colono, el cual continuó inmóvil, mirando estupefacto las vehementes insinuaciones del animal.

Por fin Backe pareció comprender repentinamente el significado de aquellas anhelantes maniobras del perro y se acercó cautelosamente a la pared derribada.

El inteligente animal había empezado a escarbar sobre los escombros, y Backe, en el mismo sitio, comenzó a apartar precipitadamente las piedras, hasta quedar descubierto un hoyo profundo.

La operación habíala verificado a oscuras. Cuando encendió luz estuvo a punto de desplomarse en tierra, fulminado por la tremenda impresión. Bajo los escombros, horriblemente mutilado, había aparecido el cuerpo de su mujer, asesinada.

El obscuro crimen se había producido en unas circunstancias en que el cerebro de Backe, embargado por el horror, fué incapaz de imaginar una sola hipótesis para explicárselo.

No satisfecho con haber logrado la absolución de su patrocinado, el célebre abogado descubrió y entregó a la Justicia al verdadero culpable. Con ello reivindicó plenamente a un inocente y cubrió de prestigio su nombre y su profesión.

La víctima era una mujer humilde y sencilla. No se sabía de una sola persona que la odiase por ningún motivo. No era, tampoco, ni lo suficientemente joven, ni bella, para inspirar uno de esos crímenes contra la honestidad, que de cuando en cuando manchan el origen racional de la especie humana.

Por otra parte, en lo que respecta a las condiciones en que debía de haberse verificado aquel asesinato, el misterio no era menos desconcertante.

Cuando encendió la luz estuvo a punto de desplomarse en tierra, fulminado por la terrible impresión.



Backe había cerrado con llave la puerta de la calle al marcharse, y al regresar la había encontrado exactamente igual que la dejó; ni una señal de violencia, ni el menor detalle de haber sido abierta. ¿Por dónde pudo penetrar el asesino? ¿Cómo había podido trasladar hasta allí a su víctima desde el pasillo de la casa?

Las huellas de la sangre señalaban, como lugar de salida del criminal, la puerta de la calle. Sin embargo, cuando regresó el colono de la reunión, aquella estaba cerrada. ¿Cabía presumir una serenidad tan grande en el asesino, que se hubiese entretenido en cerrar cuidadosamente la puerta de la calle, después de sacar de la casa a su víctima?

El hecho no sería nuevo, ciertamente. Se han conocido asesinos que han llevado su sangre fría hasta los detalles más inauditos. Pero, ¿a qué todo este lujo de precauciones?

La más sutil imaginación se hubiese desorientado.

Backe había quedado inmóvil un momento frente al cadáver de su esposa. Luego, cediendo a ese impulso de amor desesperado que sentimos ante los muertos queridos, lanzó un gémido agudo y se abrazó al cadáver, llorando como un niño.

El perro, como si compartiese el dolor terrible de aquel hombre, empezó a aullar lastimeramente.

PASARON así unos minutos. De pronto se oyeron pasos sobre el césped de la finca inmediata. Eran los colonos vecinos que se habían despertado al escuchar el grito y

acudían explorando los alrededores con una antorcha encendida.

Backe, al verlos, se alzó de repente, transfigurado el rostro, y echó a correr velozmente a campo traviesa.

Los colonos vecinos vieron alzarse y correr a aquel hombre, sin reconocerle. Alarmados, corrieron hacia el montón de escombros y tropezaron con el cadáver. Estos detalles unidos determinaron en sus imaginaciones la hipótesis más racional,

la sospecha que inmediatamente se le hubiese ocurrido a cualquiera: acababa de cometerse un crimen y el asesino, sorprendido, huía. Para ellos, por consiguiente, el asesino fué desde aquel momento el fugitivo, el hombre que acababa de alzarse de junto al cadáver y corría desesperadamente.

Espoleados por este convencimiento se lanzaron tras él, hasta darle alcance, al cabo de dos horas. El infeliz colono, jadeante, habíase detenido junto a un árbol. Los vecinos, al reconocerle, lanzaron una exclamación de asombro. Después llovieron sobre el infortunado los más acerbos improperios.

Backe no respondía.

Los vecinos se aproximaron y vieron de cerca su rostro. Tenía una expresión de anormalidad tan evidente, que los perseguidores reconocieron en el acto la triste situación del desdichado: Backe había perdido la razón.

Puesto a disposición de la Justicia, la ley no pudo condenarle; la irresponsabilidad jurídica, determinada por la pérdida de las facultades mentales, le eximió de la pena. Pero en cambio fué recluido en un manicomio y la inculpación moral del crimen cayó sobre él decididamente. Todas las apariencias le acusaban. Todo el mundo le juzgó culpable. La misma Justicia, convencida de ello, ni siquiera se entretuvo en hacer averiguaciones, porque desde el primer momento también consideró evidente la culpabilidad del alienado.

Por consiguiente, el verdadero criminal quedó protegido por la impunidad que le depararon estas circunstancias.

A los dos años de haber ocurrido el misterioso suceso, los doctores del manicomio donde estaba recluso el colono, declararon a éste curado, y Backe salió del establecimiento en uso de su libertad y de sus facultades.

Pero entonces la justicia planteó una cuestión de legalidad jurídica a tenor de las siguientes consideraciones: ¿Había matado Backe a su esposa estando loco o la había matado en estado de razón y se volvió loco a consecuencia del crimen? En el primer caso, la ley no podía pedir cuentas al presunto asesino, en el segundo, sí.

Muy difícil hubiera sido dilucidar este extremo, si el colono hubiese sido, en efecto, el asesino de su esposa, pues se habría apresurado a afirmar que lo cometió en estado de perturbación mental. Pero como el primer interesado en que se descubriese el misterioso hecho era el propio inculcado, Backe declaró ante sus jueces la verdad, consignando que se volvió loco de horror al encontrarse con el cadáver de su esposa.

Llena de suspicacias, la Justicia aceptó esta última afirmación del colono, pero siguió creyendo que el asesino era él, y que, por lo tanto, *si perdió la razón ante el cadáver*, el crimen lo había cometido en perfecto estado de lucidez. Basada en un principio falso, la consecuencia, como las de todos los sofismas, era lógica. Se imponía, pues, exigirle responsabilidades, y se abrió nuevo proceso con este fin.

Desde las primeras actuaciones, Backe siguió defendiendo su

esta cotejación escrupulosa de medidas del tiempo, que en media hora «era materialmente imposible» matar a una persona, arrastrar su cadáver hasta una distancia de doscientos metros, derribar una pared y sepultar con sus escombros a la víctima. Tal fué la primera conclusión que sentó Veronet en los comienzos de su actuación.

El ánimo de los jueces reaccionó entonces ante tan evidente circunstancia.

Y la opinión pública, tan obcecada hasta entonces en suponer a Backe culpable, también dió en pensar, iluminada por este hecho, que posiblemente el verdadero asesino se ocultaba en las sombras.

Mas, ¿quién podía ser éste? ¿Cómo había cometido el crimen? ¿Por qué lo había cometido?

FORMULADO su primer argumento lógico, Pierre Veronet se trasladó a la casa donde se había consumado el asesinato.

Dos años antes, es decir, al día siguiente de perpetrarse el crimen, esta visita de inspección ocular hubiera ofrecido a Veronet las pruebas completas de la inocencia de su patrocinado. Pero a la sazón, en que habían desaparecido todos los vestigios del misterioso hecho, poca luz podía sacar del viejo caserón abandonado. Las huellas de la sangre habíanse decorado por entero, y en cuanto al rastro de las pisadas extrañas que se dirigían hacia el lugar donde fué ocultada la víctima

Exhalando un grito, la pobre mujer se lanzó velozmente por el pasillo para alcanzar la puerta de la calle. El asesino no le dió tiempo. Cayó sobre ella y le asestó el primer golpe de *bumerang* en la cabeza.

inocencia acaloradamente, pero las pruebas se volvían contra él, aniquilando sus protestas. Las declaraciones de los colonos vecinos, que le habían visto huir de junto el cadáver; la sangre de que estaban cubiertas sus ropas al ser entregado a la justicia, la circunstancia de que sólo él tuviese la llave de la casa y otra multitud de detalles desgraciados por el estilo, comprometían seriamente la causa del infeliz. Y por si era poco aún, la opinión pública, puesta tenazmente en su contra, pesaba, inclemente, sobre la ofuscada razón de los jueces. El proceso amenazaba concluir con una severa sanción en contra del colono.

En estas circunstancias fué cuando surgió la figura más preeminente del proceso, M. Pierre Veronet, abogado en las primicias de su carrera, que se prestó espontáneamente a defender el reo.

M. Pierre Veronet — que tanta celebridad había de alcanzar más tarde en Francia con aquel famoso proceso de los Kannsas — al intervenir en este asunto, vió claramente las enormes posibilidades que se le ofrecían para su prestigio profesional y se consagró a él con un entusiasmo desmedido.

En la primera entrevista que celebró con el inculcado, éste le relató puntualmente todas las circunstancias que mediaron desde su salida de la casa hasta su regreso; el descubrimiento del crimen y el momento en que perdió el equilibrio de sus facultades.

De esta entrevista, Veronet sacó el convencimiento absoluto de que aquel hombre era inocente. Sólo le faltaba demostrarlo.

Para preparar la defensa y puntualizar los extremos en que había de apoyarla, llamó a declarar al proceso a los miembros de la sociedad en cuya reunión estuvo Backe la noche del crimen. Estos declararon que la sesión había terminado a las diez y media en punto, hora que constaba también en el acta, y que Backe partió para su finca algunos minutos después.

En el trayecto que media entre la aldea de Kotts y la casa habitada en aquella época por el colono, un hombre, andando a buen paso, invierte unos veinte minutos. Por consiguiente, el colono llegaría a su domicilio, la noche del crimen, a eso de las once. La hora en que le encontraron los colonos vecinos junto al cadáver de la víctima no pasaría de las once y media, según afirmación procesal de aquéllos. Resultaba, pues, de

inútil es decir que no quedaba nada de él. La inclemencia de dos inviernos lo había borrado todo.

Para Veronet, por consiguiente, el fuerte de la defensa estaba en la relación entre el «tiempo» y el «hecho». El resto de su argumentación, dada la falta de pruebas materiales, se fundaba en apreciaciones de sentido tan lógico, que solamente una concluyente comprobación en contrario las hubiese podido destruir.

SE vió la causa, por fin, a los seis meses de haber salido Backe del manicomio.

La justicia se encontró, durante la vista, ante dos hechos igualmente atendibles que hicieron vacilar su criterio. Uno de ellos era la circunstancia de haber sido hallado Backe junto al cadáver de su esposa la noche del crimen; era la única prueba aparente que resultaba en su contra. El otro detalle era la insuficiencia material del tiempo empleado en la ejecución del crimen. Entre estas dos cuestiones se desarrollaron los debates. Pero Veronet logró demostrar, además de su tesis, el absurdo que suponía culpar de un crimen a un hombre contra el cual no se alzaba la menor circunstancia de carácter inductivo que le señalase como culpable. Y el tribunal tuvo que absolver a Backe «por falta de pruebas». Esta solución, a pesar de significar un éxito, no satisfizo a Veronet.

Absolver a un hombre de un crimen por falta de pruebas es lo mismo que perdonar la vida a cualquiera ante la imposibilidad de matarle. El veredicto, si bien libraba al colono de una condena material, moralmente no le exculpaba del delito. Su inocencia seguiría poniéndose en duda.

Veronet comprendió que su triunfo había sido jurídico, pero no popular. Había que descubrir a los verdaderos autores del asesinato. Ello traería la verdadera vindicación para el colono y le cubriría a él de prestigio profesional.

SE puso desde el mismo día siguiente al del juicio a practicar pesquisas reservadas. Pero no tuvo necesidad de dar un solo paso inútil, pues aquella noche Backe se presentó en su domicilio, dándole cuenta de que echaba de menos, de un mueble, sutilmente fracturado, un cofrecito en el que su esposa guardaba algunas joyas.

Este importante detalle — que había escapado a la justicia y que Backe no pudo comprobar hasta entonces por ser la primera vez que volvía a su domicilio después de la noche del crimen — iluminó el cerebro del abogado. Su descubrimiento ponía notoriamente de relieve que el móvil del crimen había sido el robo, pues la desaparición de las joyas debía de datar de la noche del asesinato, ya que después la casa estuvo cerrada por la justicia los tres años que duraron estos episodios.

Orientado en este sentido, Veronet resolvió visitar cuidadosamente las casas de joyas, en las cuales Backe podría muy bien reconocer las que pertenecieron a su esposa.

En Kotts, aldea eminentemente agrícola, no había joyerías; pero en Beni-Hom — ciudad distante de Kotts unos cinco kilómetros — se sabía que existían varios mercaderes en alhajas.

Veronet y Backe, secretamente, se trasladaron a Beni-Hom. Llegaron por la tarde y, tomadas referencias, visitaron las tres o cuatro casas que comerciaban allí en joyas.

No hallaron nada en ellas.

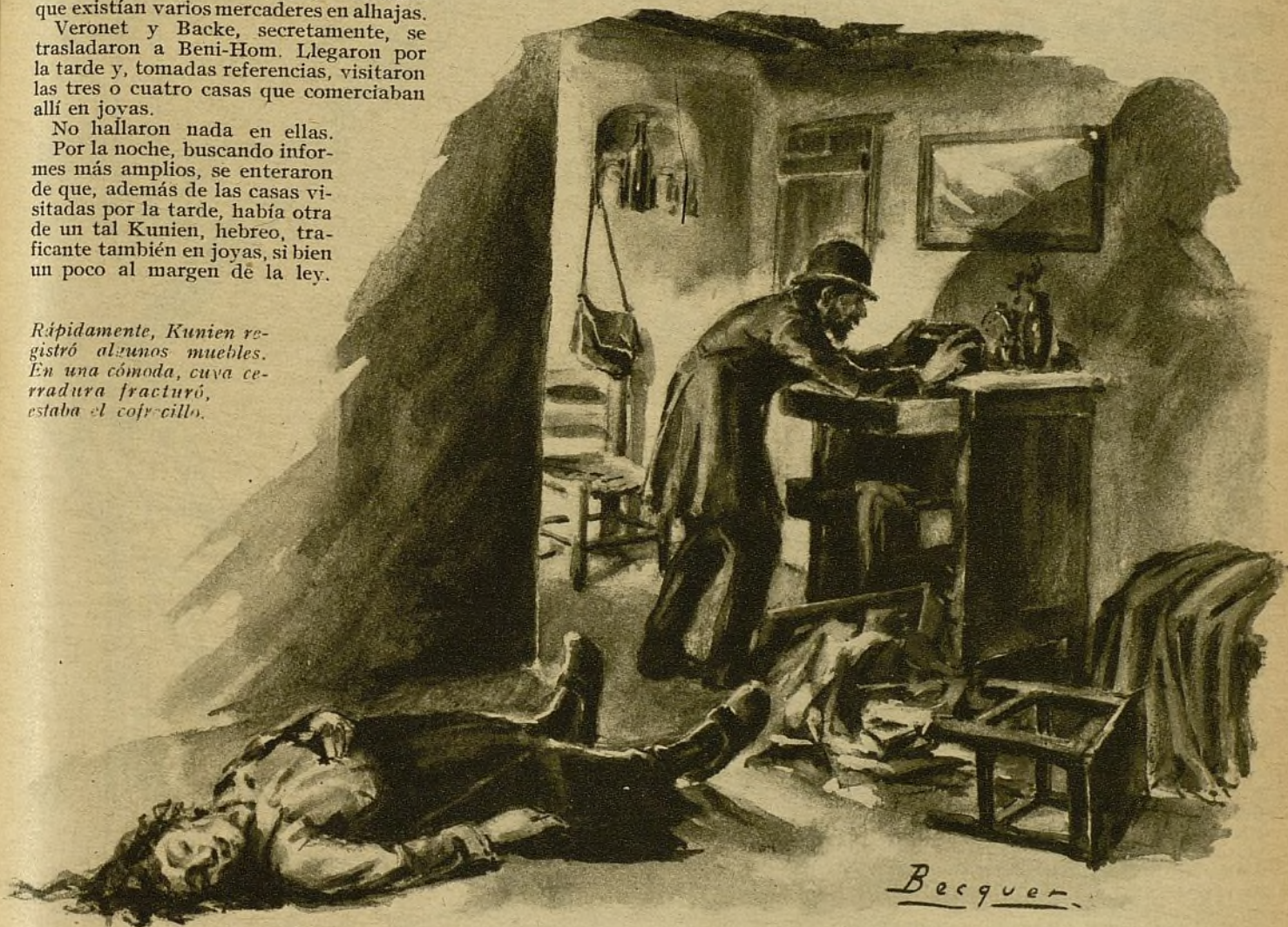
Por la noche, buscando informes más amplios, se enteraron de que, además de las casas visitadas por la tarde, había otra de un tal Kunien, hebreo, traficante también en joyas, si bien un poco al margen de la ley.

Rápidamente, Kunien registró algunos muebles. En una cómoda, cuya cerradura fracturó, estaba el cofrecillo.

rismo ruin que se ejerce tan sórdidamente en Argelia y que todo el mundo respeta como un comercio. Se decía de él que había sido pirata y cuadrillero; se le imputaban ahora hechos horribles que antes no habían tenido autor...

Concretamente, la justicia no hubiera podido pedirle cuentas de nada, pero las gentes estaban convencidas de su perversidad. Y esto influyó para que se creyera firmemente en su participación directa del crimen, a pesar de que las pruebas en su contra eran simplemente deductivas.

TRANSCURRIO un mes en interrogatorios infructuosos. Conducido el hebreo a la casa del crimen, ni declaró



Le visitaron en calidad de compradores. Cuando salieron de la casa del mercader, el colono no había hallado ni una alhaja de las que buscaba, pero en cambio se llevó la convicción absoluta de que acababa de encontrar al asesino de su esposa.

Kunien era el mismo hombre atlético y desconocido que Backe encontró en el camino de Kotts a su casa, la noche que regresaba de la reunión. Le había identificado.

Avisada la policía, Kunien Benedith fué detenido aquella misma noche y trasladado a la mañana siguiente a Kotts.

A pesar de que solamente le acusaba el detalle de haber pasado aquella noche por el camino que conducía a la casa de Backe, Veronet no vaciló en señalarle desde el primer momento como autor indudable del crimen de Kotts.

La opinión pública, por su parte, al conocer la acusación que pesaba sobre el hebreo, no pensó en un nuevo error judicial. Kunien Benedith era hombre de pésimos antecedentes en la comarca, y su conducta, llena de hechos que hasta entonces nadie se había atrevido a divulgar en voz alta, fué pregonada a los cuatro vientos.

El hebreo Kunien no era precisamente un comerciante de alhajas en el honorable sentido del vocablo; era un malhechor y un usurero que se había enriquecido a costa de ese bandole-

nada que le comprometiese ni pasó por ninguno de esos estados psicológicos en que cae con frecuencia el alma del culpable ante la reconstitución alucinante de su obra.

Esto desorientó a la justicia, que perdió ánimos frente a la inmutabilidad del presunto asesino. Si no declaraba, sería imposible condenarle. No había pruebas concretas.

Veronet, en vista de estos resultados, decidió intervenir secretamente en las declaraciones del detenido y fué a verle a la cárcel de Beni-Hom, adonde Kunien había sido devuelto.

En el primer interrogatorio, no obtuvo mayores resultados que los jueces. Kunien, con ese tesón característico de su raza, negaba sistemáticamente. Pero poco a poco Veronet, en sucesivas entrevistas, fué arrancándole la verdad. Llegó un momento en que al abogado únicamente le hacía falta que Kunien se declarase confeso. El había descubierto ya toda la trama.

Por último, un día se supo que el hebreo llamaba por sí mismo a sus jueces y se declaraba culpable. Veronet le había acosado de tal modo a lo largo de sus sutiles interrogatorios, que el detenido, abrumado por su conciencia, llegó a ese momento de claudicación en que sucumben finalmente hasta los temperamentos más firmes.

(Termina en la página 83)

LA HORCA

Sencillo y vulgar, conservando a través de los siglos su trágica silueta, este triste aparato de muerte se ha perpetuado desde épocas remotísimas hasta nuestros días.

PIERDESE el origen de la horca en la antigüedad de los tiempos, pudiendo decirse que no ha existido pueblo alguno que, en forma más o menos rudimentaria, no haya empleado el sistema de ahorcamiento o estrangulación.

Fué el instrumento propio y característico de la justicia de la Edad Media y aplicóse con frecuencia durante la época feudal, aunque únicamente a los plebeyos, pues los hidalgos tenían el privilegio de morir decapitados.

Verdadero signo de la abusiva ley del poderoso, constituyó la horca el principal atributo del poder señorial, determinándose la clase y extensión de este poder por el número de horcas que se poseían, el cual era de dos, cuatro, seis u ocho, según su dueño fuera señor, barón, conde o duque, respectivamente.

Su forma, aunque algo distinta, según los diferentes países, en esencia consistía en un palo vertical a cuyo extremo superior estaba adosado otro en sentido horizontal, sosteniéndose éste, hacia el centro de su parte inferior, por un tercer palo que unía aquellos dos formando un triángulo.

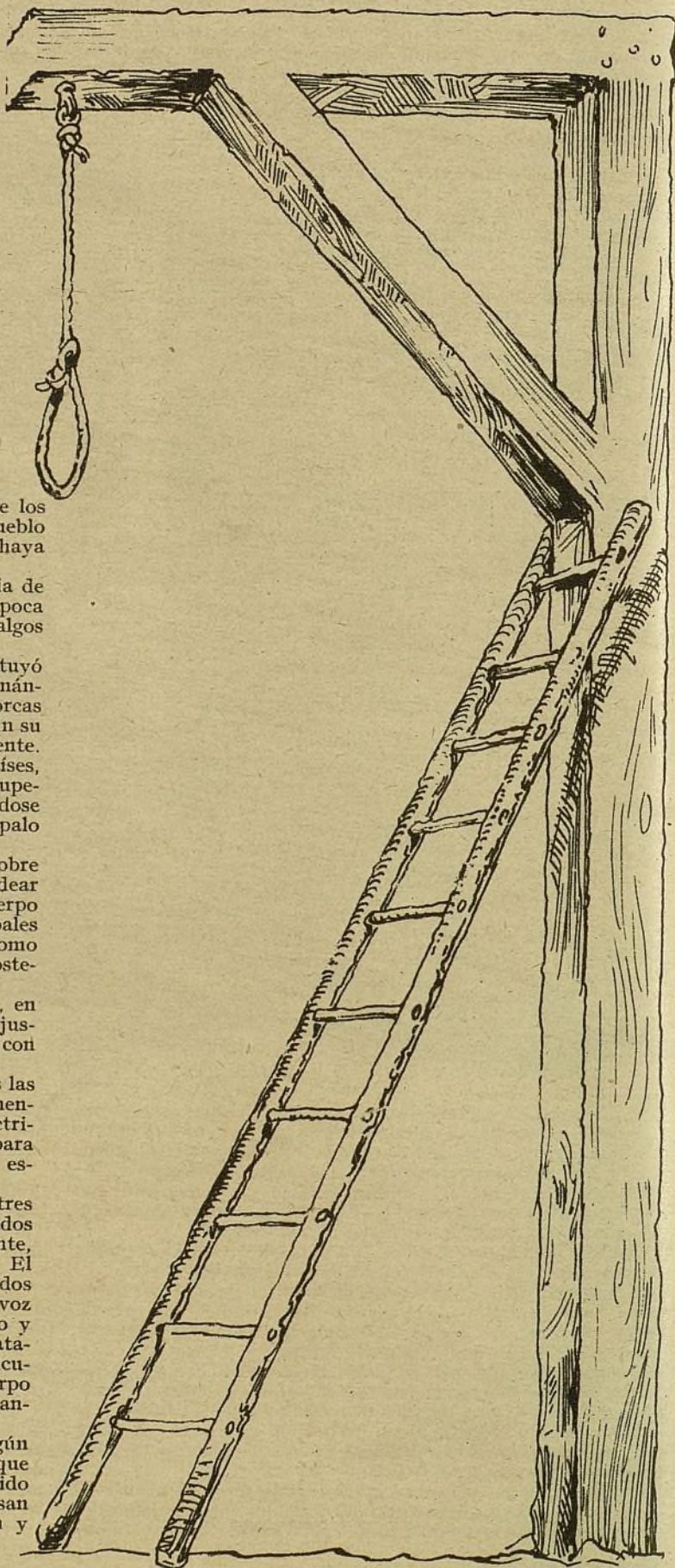
La ejecución se efectuaba haciendo subir al condenado sobre un soporte o una escalera, la cual se retiraba después de rodear el cuello del reo con el nudo corredizo; al quedar el cuerpo suspendido, la presión del cordel sobre los vasos principales del cuello producía la rápida pérdida del conocimiento, como consecuencia de paralizarse la circulación de la sangre, y posteriormente la muerte por asfixia.

Con el fin de acortarle los sufrimientos, era costumbre, en algunos lugares, que el verdugo se colgase de los pies del ajusticiado a fin de aumentar su peso y producir su muerte con más rapidez.

En la actualidad, la horca ha desaparecido de casi todas las naciones y en algunas ha sido substituída por otros instrumentos más modernos, como el garrote en España y la silla eléctrica en Norteamérica. Unicamente Inglaterra la conserva para sus condenados a muerte, que, afortunadamente, son hoy escasísimos.

El patíbulo inglés consiste en una plataforma de dos o tres metros de altura con su correspondiente escalera; en sus lados se hallan fijos dos postes de madera, unidos por un montante, en cuya parte media se encuentra el punto de suspensión. El reo es colocado de pie en el centro de la plataforma sobre dos hojas articuladas, y después de haber leído él mismo en voz alta su sentencia, se le cubre la cabeza con un paño negro y se le coloca el tétrico nudo alrededor del cuello. Inmediatamente, por medio de un resorte adecuado, las dos hojas articuladas se abren hacia abajo, precipitando así al fondo el cuerpo del condenado, el cual, al quedar en suspensión, muere estrangulado.

Casi abolida como instrumento de la ley — pues, según hemos dicho, en Inglaterra apenas se aplica y es de esperar que no tardará en ser derogada, — la fatídica horca ha desaparecido hoy completamente, abatida por nuevas corrientes que basan el derecho penal sobre principios de mayor comprensión y justicia.



Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro...

por MIGUEL DELANEY
Teniente detective



RESUMEN de lo publicado en el número anterior. — El detective Delaney está encargado de descifrar el misterio que rodea la muerte de un joven que ha aparecido asesinado en una casa de huéspedes.

La víctima, llamada Roberto Aarons, se halla tendida en la cama y presenta señales inconfundibles de haber sostenido una lucha terrible con un hombre vigoroso, el cual, después de estrangularle, le ha despojado de cuanto llevaba.

El policía — llamado Ferretti — que intervino en el descubrimiento del crimen, manifiesta a Delaney que oyó cómo uno de los huéspedes decía, refiriéndose al muerto: «Si hubiera dejado en paz a la novia de otro, no le habría sucedido esto».

Entre las personas que se encontraban en la casa al descubrirse el crimen y que han sido detenidas provisionalmente, figura un hombrecillo inquieto y nervioso, llamado Arnold Listy, el cual protesta contra su detención e insiste en que se le interroge inmediatamente, pues tiene que salir para atender a sus ocupaciones.

El detective, sin hacerle caso, continúa sus investigaciones, comprobando que el asesino penetró en la habitación de Aarons por un balcón, el cual comunica con una escalera de escape que da al exterior. Siguiendo por el balcón, Delaney penetra en la habitación vecina, en la que se halla Jorge Myles, joven electricista, quien, contestando a preguntas del detective, confiesa que Aarons le era muy antipático por su carácter informal y burlón, negándose a decir nada más.

Convencido de que no le ha dicho toda la verdad, interroga el detective a la señora Simmons, dueña de la casa, enterándose entonces de que Myles había tenido relaciones con Julia Swayne, una linda mecanógrafa, huésped también de la casa; pero estas relaciones se rompieron porque Aarons cortejaba a la muchacha, habiéndola llevado varias veces al baile y al teatro, lo cual originó una disputa entre los dos jóvenes rivales.

Relacionando todo esto con lo que oyó el agente y teniendo en cuenta el fácil acceso de la habitación de Myles a la de Aarons, el detective sospecha que aquél sea el autor del crimen.

Decidido, sin embargo, a proseguir sus pesquisas hasta aclarar por completo el misterio del crimen, hace llamar a la mecanógrafa, y en aquel momento se presenta Ferretti sujetando al oficioso Listy que quiere a toda costa declarar.

NO quiero ir a la Jefatura — protestó Listy. — Insisto en que quiero declarar...

Comprendiendo que había llegado la hora de aprovechar la cólera de aquel individuo, asintió.

— Muy bien, señor Listy. Voy a permitirle a usted declarar. Siento mucho haberle hecho aguardar. No hay duda de que es usted un buen ciudadano cumplidor de las leyes — y, volviéndome a Regan, le ordené: — Usted, Regan, haga el favor de ir abajo para hacer callar a los demás. Ahora, señor Listy, estoy dispuesto a oírle, pero antes es preciso que se fije usted bien en lo que voy a contar.

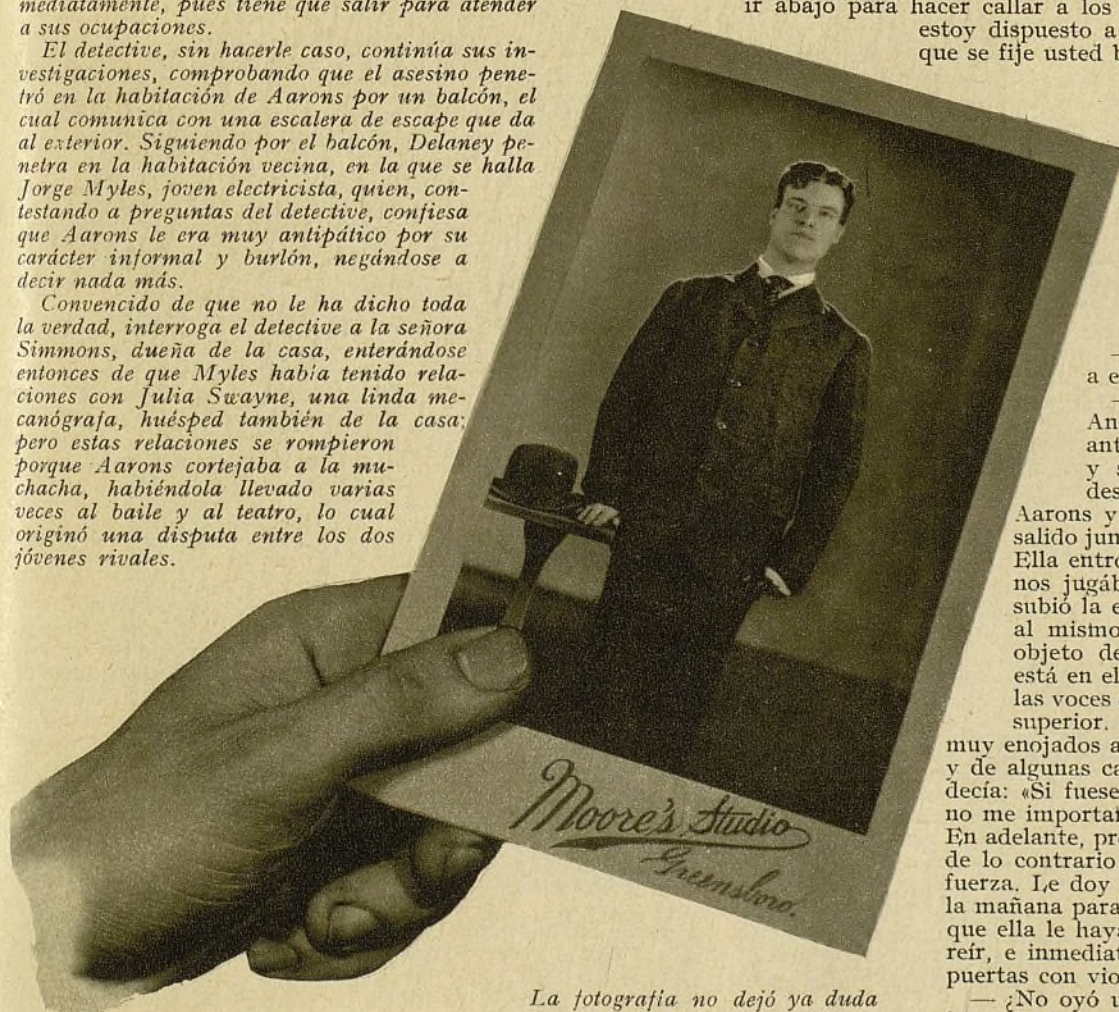
A continuación, con frases rápidas le referí cuanto sabía acerca del conflicto amoroso entre Aarons, Myles y la joven. Mientras hablaba, observé a esta última, que estaba muy sonrojada y luego palidecía intensamente, como si estuviese a punto de echarse a llorar.

— ¿Qué puede usted añadir a esto, señor Listy?

— Algo muy importante. Anoche Myles volvió a casa antes de la hora de costumbre y se metió en su habitación después de enterarse de que Aarons y la señorita Swayne habían salido juntos. Llegaron hacia las once. Ella entró en la sala, en la que algunos jugábamos a los naipes. Aarons subió la escalera para ir a su cuarto, al mismo tiempo que yo subía con objeto de acostarme. Mi habitación está en el tercer piso. Al poco rato oí las voces de Myles y Aarons en el piso superior. Comprendí que disputaban muy enojados acerca de la señorita Swayne y de algunas cartas. Por fin, oí que Myles decía: «Si fuese usted un hombre decente, no me importaría. Pero no es este el caso. En adelante, procure alejarse de ella porque de lo contrario le obligaré a hacerlo a la fuerza. Le doy de plazo hasta mañana por la mañana para que me dé todas las cartas que ella le haya escrito.» Aarons se echó a reír, e inmediatamente se cerraron las dos puertas con violencia.

— ¿No oyó usted ningún ruido durante la noche?

— Nada en absoluto, pues de lo contrario...



La fotografía no dejó ya duda de que Clifford Morris y Alberto Aarons eran la misma persona.

— Gracias. Es usted un excelente ciudadano. Puede salir cuando guste.

Le abrí la puerta después de estrecharle la mano y ordené a Regan que le permitiera salir de la casa. Luego indiqué a la señora Simmons que podía retirarse y me volví para mirar a la joven.

Por lo visto, lo que había oído de labios del señor Listy le infundió el deseo de confesar plenamente; con seguridad estaba dispuesta a declarar para desvanecer las sospechas que yo pudiese tener contra Myles. Habló con la mayor claridad y, al parecer, con el deseo de no ocultar cosa alguna. Después de asegurar que Myles era un perfecto caballero, incapaz de cometer no ya un crimen, sino una acción incorrecta, refirió la historia.

Durante dos años, Myles y ella fueron novios y hablaron con frecuencia de casamiento; pero no llegaron a ser prometidos. Ella se quejaba de la excesiva afición que él tenía al estudio, ya que esto le impedía acompañarla por las noches; esta era la causa de que se viese obligada a quedarse en casa cuando todos los demás compañeros de hospedaje habían salido a divertirse. A veces iba al cinematógrafo o a otra diversión honesta con algunos de los huéspedes, sin que Myles se opusiera

Aarons salía todas las mañanas antes de que yo me levantase. Cuando deseaba salir conmigo por la noche, me dejaba una nota en su tocador. Si yo podía acompañarle escribía la respuesta en la misma nota y la metía en un cajón. Él llegaba a casa antes que yo, leía mi respuesta y, en caso necesario, se vestía. Nunca entré en su habitación más que cuando estuvo ausente. Me dijo que guardaba mis respuestas por lo mucho que me quería. Y añadió que las guardaba en una bolsa clavada detrás del espejo del tocador, porque allí nadie iría a buscarlas. Es posible que continúen en el mismo sitio. No puedo decirle ya nada más, pero le ruego que trate bien a Jorge. Si no fuese tan testarudo, podría justificarse plenamente. Yo tengo la culpa de todo, pero en cambio estoy segura de que Jorge es incapaz de hacer daño a nadie.

Después de enviar a la joven a la planta baja, me encaminé a la habitación de Aarons y, en efecto, encontré las cartas en el escondrijo indicado. Su contenido era el mismo que la joven señaló. Probablemente Myles perdió la cabeza a causa de los celos y se figuró que serían cartas de amor. A pesar de que las circunstancias parecían acusarle, reconocí que muchas de ellas quedarían destruidas por completo. La desaparición del reloj y del dinero y la fuerza extraordinaria del asesino daban a en-

UNA noche robó en una joyería, llevándose todas las piedras preciosas que había en ella, valoradas en cincuenta mil dólares; le sorprendió un policía, le dió el alto y, como no obedeciese, le persiguió a tiros.

ni lo censurase. El y Aarons no se demostraban ninguna simpatía, y el segundo solía dirigir bromas bastante molestas acerca de la afición al estudio de Myles. Después que Aarons hubo salido con ella algunas noches, los dos jóvenes tuvieron una violenta disputa, y Myles exigió a su rival que se abstuviera de volver a salir con la muchacha.

Ella se molestó y, a partir de aquel momento, prefirió salir en compañía de Aarons, creando así la situación descrita por la señora Simmons. Insistió en que no le importaba nada Aarons y aseguró que, si Myles le hubiese pedido disculpa por lo ocurrido, le habría perdonado y hasta hubiese procurado complacerle porque le amaba. Pero ambos se encerraron en la mayor reserva sin querer dar su brazo a torcer, y aquella situación violenta entre los tres volvió a ponerse de manifiesto durante la noche anterior. Añadió que Aarons gastaba liberalmente cuando estaba en fondos, pero cuando no tenía dinero — cosa bastante frecuente — solía pedir dinero prestado a sus compañeros de hospedaje, dándoles en cuenta su reloj, una alhaja de gran valor llena de adornos, teniendo grabada en la tapa de oro la letra «M». Aarons explicó que esta inicial era la de su madre, que se llamaba María. La joven Julia estaba segura de que Aarons llevaba el reloj la noche anterior, pero, en cambio, creía que debía de tener muy poco dinero, pues incluso él le dijo que apenas le quedaba lo suficiente para pagar el hospedaje el siguiente día, y por esta razón se limitaron a ir al cine y volvieron temprano a casa.

En contestación a las preguntas que le hice acerca de las relaciones de Aarons y de si sabía algo referente a su pasado o de dónde procedía, pudo proporcionarme dos indicaciones. Él le rogó repetidas veces que consintiera en ser su esposa, asegurándole que recibiría en breve una herencia y la llevaría a vivir a París. Aunque Julia Swayne se negó siempre, ello no fué causa de que Aarons cesara en sus atenciones. Por lo demás, nunca le dijo cosa alguna acerca de su familia ni de los lugares en que había vivido. Todo lo que la joven sabía era que cada noche iba a Broadway, donde había un quiosco en que vendían periódicos de algunas ciudades de poca importancia en donde compraba el *Star de Greensboro*. Y a las preguntas que ella le hizo le contestó que tenía un buen amigo que vivía allá y que en el periódico podía leer algunas noticias con respecto a él.

Entonces pregunté a la señorita Swayne acerca de las cartas que Myles había mencionado.

— No sé como pudo enterarse de ellas — contestó. — Pero en ninguna había nada comprometedor para mí. El señor

tender la inocencia de Myles. Sin embargo, era preciso hacerle hablar y, si continuaba encerrado en su mutismo, no me quedaría más remedio que prenderle como presunto asesino o cómplice. Y en caso de ser inocente, su detención, al ser publicada por los periódicos, sería causa de que el asesino verdadero olvidase ya sus precauciones.

Fuí al encuentro de Myles, le comuniqué lo que había averiguado y le rogué que me diese una explicación. Él se mostró obstinado y sarcástico y me anunció que si le prendía, buscaría un buen abogado para que le asistiese. Entonces, desesperado ya por su resistencia, ordené a Ferretti que se le llevase a la Jefatura y le presentase al inspector Sullivan.

Luego empecé un registro sistemático de la habitación de Aarons sin pasar por alto el menor detalle, y así encontré varios ejemplares recientes del *Star de Greensboro*, ocultos detrás del baúl. Los examiné con el mayor cuidado con objeto de ver si la víctima había señalado algún párrafo, pero no lo hallé. En cambio, gracias a los títulos de algunas secciones averigué que Greensboro se hallaba a corta distancia de una penitenciaría y que el periódico publicaba una lista diaria de los presos que entraban y salían de ella.

En vista de ello, era natural sospechar si Aarons tenía interés por alguien que estuviese en la cárcel e incluso si él, a su vez, estuvo encerrado en ella. De nuevo examiné su cadáver, especialmente las manos. Entonces observé algo significativo: la palma de la derecha era callosa, lo mismo que las yemas del pulgar y del índice. Reconocí inmediatamente estas señales. Todos los zapateros tienen callosidades semejantes a causa del uso continuado de la lezna. No tendría, pues, nada de extraño que Aarons hubiese trabajado en la zapatería de la prisión, ni que por medio del *Star de Greensboro* vigilara el día en que pusieran en libertad a alguno de sus amigos. ¿No podría ser que el asesino hubiese alcanzado recientemente la libertad? Esta idea concordaba con el hecho de que Aarons no gritó pidiendo auxilio al ver a su asesino, porque tal vez le conocía. ¿Quién sería? ¿El celoso Myles, la joven o algún desconocido?

Dejando por un momento de pensar en el problema, continué el registro. Empleé más de una hora en él y por fin, en vista de que no había nada más para investigar, me dejé caer de rodillas al suelo y empecé a estudiar los bordes de la desgastada alfombra. Todas las tachuelas que la sujetaban al suelo estaban oxidadas y llenas de polvo, pero al llegar cerca del tocador observé que las tachuelas parecían nuevas. Agarré por el borde la alfombra y de un violento tirón la desprendí, apa-

reciendo entonces una especie de trampilla que cubría una cavidad. Metí la mano en el hueco y mis esfuerzos quedaron ampliamente compensados porque encontré un sobre de gran tamaño lleno de billetes de banco que sumaban cerca de diez mil dólares. También había allí una lista de los buques que se dirigían a los puertos franceses.

Antes de que pudiera echar ningún cálculo sobre si aquella importante suma era el resultado de un crimen o la herencia de que Aarons hablara cuando quiso convencer a la joven Swayne de que se casara con él para ir a vivir a París, llegó el médico de la Jefatura. A grandes

— Comuníqueme que se le acusa de haber cometido el asesinato, y enciérrele durante unas horas hasta que yo pueda cambiar impresiones con usted.

— ¿Acaso es el asesino?

— Podría ser, pero no lo creo.

— Vamos a ver. ¿Qué se imagina usted? — preguntó, algo inquieto.

— No puedo comunicárselo por teléfono. Ya hablaremos luego. Sin embargo, tengo motivos más que suficientes para hacer comparecer a ese muchacho ante un tribunal. De modo que no hay necesidad de que se ponga usted nervioso. Es un

Fueron detenidos por no haber pagado la cuenta del hotel.



rasgos le comuniqué lo que sabía acerca del asunto y luego ordené a Regan que retuviera a los huéspedes para ser interrogados más tarde. Entre tanto, me dirigí a un locutorio telefónico, llevando conmigo el dinero, las listas de vapores y un paquete de Stars.

Me puse al habla con el inspector y así me enteré de que tenía detenido a Myles en cumplimiento de mis instrucciones.

caso bastante complicado que conviene tratar debidamente. Por consiguiente, le ruego que cumpla mis instrucciones para no estropear el asunto. Tengo la convicción de que el asesino es otro, pero quiero darle a entender que las sospechas de la policía se concentran en Myles. Usted diga a los periodistas que el asesino es este último y que cometió el crimen por celos. Pero sobre todo no les diga que el muerto fué despojado de todos sus efectos. Mande usted a alguien para tomar las huellas digitales de Aarons y una fotografía de su cadáver para que le

(Continúa en la página 85)

Cómo se defiende la mujer



La mujer inglesa, sobre haber conseguido el voto a los veintiún años, trata ahora de aprender a defenderse en lucha contra el hombre. He aquí cuatro instantáneas de los progresos que hacen las discípulas de una escuela de Londres, progresos como para augurar que dentro de poco habrá desaparecido el sexo débil.

Ayuntamiento de Madrid

LOS LADRONES de NIÑOS

por IRENE POLO



***Al renacer en Barcelona el
eterno miedo a los ladrones
de niños, revive también,
fatídico y enigmático, el
misterio de Enriqueta Martí***

HACE pocos meses, después de una tregua de algunos años, ha reaparecido en Barcelona la terrible obsesión de los ladrones de niños. El primer grito de alarma, agudizado por el misterio y por el terror, ha partido ahora de la barriada de La Font d'En Fargues.

Fué en la calle de Montserrat de Casanova. La tarde de San Juan, dos niñas rubias y menudas jugaban en la acera de su casa, bajo la sombra de un árbol. Eran las tres de la tarde y la calle estaba desierta y silenciosa. De repente, sube un auto. Se para delante de las niñas y salta de él un hombre que se queda mirándolas, mientras fuma un cigarrillo. Las niñas le miran sorprendidas también. Es una facha rara: un tipo alto y grueso, en mangas de camisa, con una gran gorra de visera. La mayor de las pequeñas observa a su hermana, bajito:

— Mira qué bigote tiene ese señor, más feo. Es postizo, como los del teatro...

El hombre se acerca a ellas. Mira intensamente por los alrededores y por el interior de los jardines. Pero no ve al vecino de la casa de enfrente, que, desde detrás de la verja, está contemplando extrañadamente la escena. Ni a su esposa, que acaba de reunírsele. El desconocido avanza resueltamente hacia las niñas. Pero en aquel momento estalla un grito vibrante de mujer:

— ¡Niñas! ¡Vuestra madre os está llamando! ¡Entrad en casa corriendo!

Y, simultáneamente, la señora del inesperado vecino, abre su verja. Instantáneamente, el desconocido monta en el automóvil y parte rápidamente.

ESTO no pasa de ser un suceso trivial. Y su apariencia, un poco anormal, podría, indudablemente, justificarse con la mayor sencillez del mundo. No obstante, los comentarios y los «redondeamientos» del público le prestaron una calidad dramática que llegó a impresionar a todos sus conocedores.

El eco fué esparciéndose, y la inquietud prendió en el ánimo de todos los barceloneses. Cundió la fantasía. Y seguidamente los rumores y las noticias más extraordinarias circularon por la ciudad. Constantemente se hablaba de desapariciones de chiquillos. La situación empezó a hacerse desconcertante y angustiosa.

Hasta que el jefe de la Brigada de Investigación Criminal de Barcelona nos tranquilizó:

— Ninguna denuncia se ha recibido «esta vez» en la Jefatura de Policía señalando la desaparición cierta de una criatura. Ni en el Gobierno civil tampoco. Los padres barceloneses no tienen por qué asustarse. La policía puede asegurar a la ciudad que actualmente no opera en ella ninguna banda ni ningún raptor de niños. El estado de opinión popular que se ha creado estos días no tiene otro motivo que la fantasía del pueblo excitada por un hecho insignificante. Y no es nada más, por consiguiente, que una nueva crisis de miedo, que una nueva epidemia de manía.

No obstante, el sobresalto ha caído como una piedra en el lago de nuestra tranquilidad, y el fondo de nuestros temores y de nuestros recuerdos se ha removido.

LAS crisis de pánico a los ladrones de niños — nos dice ahora un viejo periodista amigo, mientras hablamos del asunto — han existido siempre. La gente parece que ha tenido ese mismo miedo toda la vida. Parece que es algo instintivo. Los animales sufren esta misma angustia, y velan incesantemente sus huevos o sus cachorros. Este miedo a los ladrones de niños se encuentra en los cuentos infantiles más antiguos, donde siempre hay algún ogro, algún lobo o alguna bruja, devoradores o secuestradores de chiquillos.

Hubo una época — la Edad Media — en que los magos creyeron haber encontrado el agua de Juvencia en la sangre de los niños, y fué entonces realmente cuando se inmoló algún inocente a la desesperada sed de vida de un enfermo o de un viejo.

Pero de todos modos, lo cierto es que la gente teme más a los ladrones de niños que a los otros delincuentes. El robo de un niño le da más miedo que cualquier otro crimen. Y de esto procede. Ya sabemos que las personas que tienen miedo a los muertos ven siempre fantasmas y calaveras por todos los rincones.

— ¿Y no será este estado nervioso — replicamos — un resultado de la conmoción sufrida por el golpe de la realidad? No todas las veces en que se ha hablado de ladrones de niños ha sido infundadamente. Enriqueta Martí...

— Otro ataque de alarma.

— ¿...?

— Al menos, yo así lo creo. Mire: en 1912, cuando la detención de esa pobre mujer, yo hacía información para un importante diario de Barcelona. Y tuve que ocuparme del asunto. Esto me permitió, como usted comprenderá, penetrar en su intimidad. Observé todos los detalles, pesé todas las circunstancias, estudié todos los aspectos del caso. Pues bien: acabé sacando la impresión de que la Martí era inocente, y que un concurso incomprensible de hechos sospechosos amontonó sobre su desgraciada cabeza de aventurera y neurasténica, una culpabilidad inverosímil, más aparente que nada...

NO obstante — pensamos por nuestra cuenta, — si Enriqueta Martí Pallarés no hubiera muerto en la cárcel, pocos meses después de su prisión, añadiendo al misterio de su caso el doble misterio de su muerte, lo más seguro es que habría sido condenada.

La acusaba todo, aunque ella no se acusó nunca concretamente.

El primer dedo que se alzó contra ella fué el asunto de la niña de cinco años Teresita Guitart Congost, desaparecida una noche de su casa de la calle de San Vicente y descubierta un mes después en casa de Enriqueta Martí.

¿Qué significaba aquello? ¿No era esto un secuestro declarado? Enriqueta trató de explicar: había hallado en la Ronda de San Antonio a la niña, extraviada y hambrienta, y se la había llevado para recogerla y darle de comer.

Sin embargo, se halló a la nena con la cabeza rapada, vestida con ropas que la desfiguraban y diciéndole que se llamaba «Felicidad».

La Martí, naturalmente, fué encarcelada. De nada le sirvieron sus protestas y sus incongruentes llos de chiflada. El público, dolorido por la zozobra de tanto tiempo y enfurecido contra «la bruja» — como la llamaban sus vecinos — pedía venganza, y la Justicia reclamaba su sentencia.

La policía podía estar satisfecha. Tenía entre sus dedos el cabo del hilo que debía llevar a sacar el ovillo escondido del asunto, y tiró de él valientemente. Saltó una nuda de enredos, historias, infamias y secretos, envuelto todo en polvo y roído de inmundicias. Una nuda que no pudo desenvolverse y que acabó de complicar la muerte repentina y misteriosa, también, de la acusada.

Al ser detenida, Enriqueta Martí Pallarés contaba cuarenta y tres años de edad.

El histerismo que la dominaba y los excesos y violencias de su vida habían minado su cuerpo. Y en él ya no quedaba nada de la espléndida belleza de su juventud. Ahora Enriqueta era una mujer flaca y deprimida, de ojos vagos y desorbitados, que se hundían en unas cóncavas amoratadas. La boca era lacia y cruel. Y el pelo castaño, que debió de ser hermoso, grisaba entre las greñas desaliñadas.

Entonces, Enriqueta vivía sola en su piso de la calle de Poniente, número 29. Hacía seis años que se había separado de su marido, el pintor Juan Pujaló, y su padre, el anciano albañil Pablo Martí, estaba hospitalizado en la Santa Cruz.

Los vecinos declararon que su vida era absurda y dudosa. Enriqueta pedía a veces limosna en las esquinas y a la puerta de las rancherías; y a veces llegaba en coches elegantes, vestida con trajes opulentos.

Era, además, una gran maniática. Se entregaba a prácticas y a supersticiones de lo más extravagante, y las puertas de su casa se hallaron cubiertas de signos y oraciones cabalísticas de curandería y de magia.

El pasado de Enriqueta Martí, refluído a la actualidad por los recuerdos de cuantos la conocieron y por toda especie de indagaciones, era tenebroso.

A los veinte años, Enriqueta llegó a Barcelona, desde San

Feliu del Llobregat, su pueblo, para servir. Era entonces una moza fuerte y de rara hermosura, que no tardó en pasar de sirvienta a cocota.

Desde entonces se sucedieron ininterrumpidamente las aventuras más vergonzosas y las historias más repugnantes. En 1908, se dedica a la corrupción de menores, y en 1909, el matrimonio Castellano-Fuster presenta contra ella la primera denuncia por robo de niños.

Siguen los cargos más escabrosos y las acusaciones más infamantes. Ocho niños desaparecidos pesan sobre ejecutoria de delitos.

Acusa todo el mundo: su padre, su marido, su amante — Salvador Vaqué — su familia, sus amigos, los testigos, los hechos.

No obstante, Enriqueta calla, hosca y aplanada. Y niega tanto como puede.

Pero no le sirve. En todos los pisos donde ella ha habitado, los registros de la policía descubren huellas macabras que proclaman palpablemente una monstruosa culpabilidad: huesos humanos, cabellos infantiles, ropas ensangrentadas, objetos extraños. En el piso de la calle de los Jochs Florals y en el de Picalqués, donde ha vivido anteriormente Enriqueta, los arquitectos hallan restos emparedados tras los tabiques.

Y Enriqueta no explica. Lloro y se desvanece frecuentemente, presa de una viva excitación. Una noche, en la prisión de la calle de Amalia, sufre un ataque. Despa- vorida y delirante, Enriqueta grita entonces:

— *Que piquin les parets i hi trobaran algo! Si surts d'aquesta, em portaran al patíbul i vull que també hi pugin els altres culpables!*

Pero una vez repuesta, Enriqueta vuelve a encerrarse terca, herméticamente, en su silencio extraño. Se queja de que no se le deja reposar y dice que su estado le impide hablar.

Los médicos, entretanto, aseguran que no tiene lesión orgánica alguna...

El caso se complica más y más cada vez. Los cargos contra la detenida aumentan cada día. Surgen y resurgen nuevos personajes del drama. Nuevos cómplices, nuevos testigos. Las investigaciones judiciales se hacen a cada momento más difíciles y laboriosas. Las pistas son infinitas y excesivamente borrosas.

Y pensar que todo podría aclararse, en un momento, con la confesión de esa mujer!

Pero la confesión de esa mujer no debía llegar nunca. Un día, obscuramente, sencillamente, Barcelona se entera de que Enriqueta Martí Pallarés ha muerto en la cárcel, a consecuencia de su cáncer en la matriz.

Y perdido el hilo definitivamente, la lúgubre maraña del ovillo encontrado se olvida en las tinieblas del enigma, eternamente irresuelto.



Enriqueta Martí Pallarés, la secuestradora de niños, cuyo recuerdo es todavía el terror de los que temen las desapariciones de niños.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO PUBLICAREMOS LA SEGUNDA PARTE DE ESTE INTERESANTE ARTÍCULO:

Una entrevista con Teresita Guitart, la que, niña en 1912, fué un tiempo prisionera de la secuestradora Enriqueta Martí.

¿CÓMO SUCEDIÓ?



SEGUNDO CONCURSO DE «GRAN PROYECTOR»

Los dibujos que figuran en esta página forman entre sí una historia. Nosotros los damos desordenados, y la solución del concurso consiste en ordenarlos de modo que coincidan con la solución que, debidamente cerrada en un sobre, ha depositado el dibujante en la Gerencia de la «Sociedad General de Publicaciones, S. A.» El concursante ha de sujetarse a las siguientes bases:

1.^a Para tomar parte en el concurso es preciso recortar los veinticuatro cuadritos de la historia y pegarlos en una hoja de papel en el orden debido para que se vea claramente *cómo sucedió* el caso.

2.^a Al pie de cada dibujo es conveniente poner una breve explicación de lo que representa la escena. No es necesario hacer literatura, sino explicar el asunto con la menor cantidad posible de palabras.

3.^a Cada concursante puede remitir las soluciones que crea conveniente, siempre que difieran entre sí en la colocación de uno o varios cuadros, ya que en ningún caso podrá obtener dos premios un mismo concursante.

4.^a Cada solución debe traer al pie, con toda claridad, el nombre y domicilio del concursante.

5.^a Las soluciones han de estar en nuestro poder antes del 31 de octubre del corriente año, debiendo remitírsenos en sobre cerrado con la indicación de «Para el concurso ¿Cómo sucedió?»

6.^a Se distribuirán por sorteo tres importantes premios entre los tres concursantes cuya solución tenga colocados los cuadros de modo exactamente igual a como están ordenados en la solución que obra en poder de la Gerencia. Los tres premios son:

- 1.º Una lujosa gramola marca «Quillet».
- 2.º Una magnífica bicicleta marca «Quillet».
- 3.º Una enciclopedia «Columbus», obra completamente moderna en cinco grandes tomos.

7.^a Caso de ser más de tres las soluciones exactas que se reciban, se sortearán entre ellas los tres premios ofrecidos.

8.^a No se mantendrá por ningún concepto correspondencia acerca del fallo o incidencias de este concurso.

Almanaque de la Madre de Familia para 1931

Ya ha salido a la venta :-: Pídale antes de que se agote

Precio: 3 pesetas

INTERESANTES NOVEDADES

La felicidad en el matrimonio, ilustrado con fotografías por Román d'Artois. — Maestrita rural, preciosa y sentimental novelita por María Luz Morales. — Gran variedad de labores, recetas de belleza, la vida práctica y confortable, etc. Participación en el número 11013 de la Lotería de Navidad y Gran concurso de Gracia infantil con magníficos premios.

NOTA IMPORTANTE. — Todo comprador por el mero hecho de mandar su voto en el Concurso de Gracia infantil, recibirá completamente gratis una preciosa novela. — De manera que entre este regalo y la participación de la Lotería, le resulta casi gratis el hermoso tomo del Almanaque.

Terminada la presente edición no haremos reimpresiones.

Pídale hoy mismo, si no quiere verse privado de tan amena publicación, a nuestros representantes o a

EL HOGAR Y LA MODA DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21 DUP., MADRID

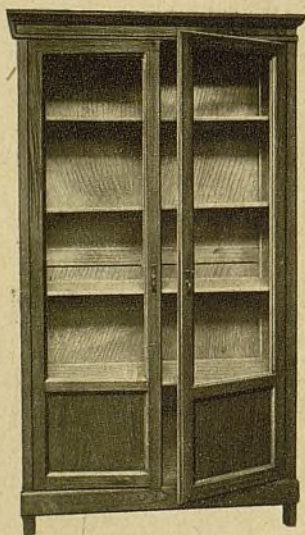
ANTIGUA CASA A. CANALS PONS - FUNDADA EN 1900 NUEVOS TALLERES MECÁNICOS

American

Confort

URGEL, 118, entre Consejo de Ciento y Aragón. Teléfono 31028. BARCELONA

LA MAS ALTA CALIDAD AL MAS BAJO PRECIO



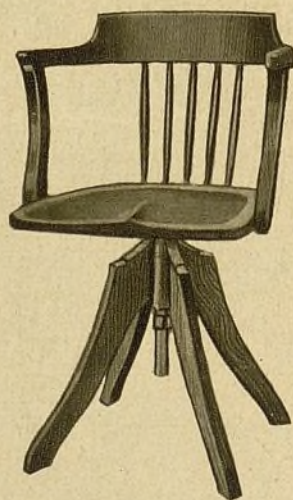
Núm. 218. Librería roble, 2 puertas, con metales y cristales; alto 1,85 metros, ancho un metro, fondo 40 cm. Ptas. 200



Núm. 202 b. Mesa ministro roble, 7 cajones, patas cuadradas; alto 80 centímetros, sobre 130x70 centímetros. Ptas. 160



Núm. 220. Sillón roble, tapizado y forrado con pana o simil piel. Ptas. 150.



Núm. 226. Sillón roble, con asiento giratorio y extensible. Ptas. 80.

Despacho estilo americano, construido en madera de roble, según modelo del presente grabado, Pesetas 550.

INMENSO SURTIDO EN MUEBLES PARA OFICINAS, A PRECIOS SIN COMPETENCIA
INSTALACIONES COMPLETAS DE CASAS COMERCIALES, BANCOS, HOTELES, ETC.

Pida Vd. catálogo de muebles americanos para despachos con DESCUENTOS ESPECIALES PARA LOS SUSCRITORES DE "EL HOGAR Y LA MODA" a

AMERICAN CONFORT, URGEL, 118, entre Consejo de Ciento y Aragón - Teléfono 31028 - BARCELONA

lerme de un brazo. ¿Quién es el encargado de vigilar a Bronson? ¿Acudiste a Johnson?

— Sí, pero tiene otro trabajo.

— No importa. Ponle sobre la pista — dije reflexivamente. — La catástrofe destruyó todas las pruebas, mas tengo el pleno convencimiento de que muy pronto se hablará de los billetes, bien a Bronson, bien a nosotros. Johnson es un tunante, pero también un excelente *detective* que no tiene precio como luchador. ¿En qué se ocupa ahora?

McKnight dejó las cartas sobre la mesa y fué a mirar por la ventana. Su sonrisa era algo forzada cuando recorrió el visillo.

— La verdad, Lollie — dijo, — hace dos días que vigila sin descanso a cierto apoderado de Washington, muy conocido, que se llama Lorenzo Blakeley. En este instante está plantado en la acera de enfrente.

Me costó comprender lo que aquello quería decir.

— ¡Pero es ridículo! — exclamé al fin. — ¿Con qué objeto se me vigila? ¡Llamale, Richey, y dile que si no sale de ahí le voy a pegar un tiro!

— Díselo tú mismo.

McKnight hizo una pausa. Había abierto la ventana y se inclinaba sobre el alféizar.

— Tienes visita — observó. — He visto entrar un hombrecito cojitranco.

— ¡No quiero verle! — dije resueltamente. — Bastante me han fastidiado ya los reporteros.

Escuchamos las voces de la señora Klopton que discutía con el visitante, abajo, en el *hall*, y después oímos crujiir los peldaños de madera de la escalera mientras subía. Traía en la mano un trozo de papel, arrancado, por las trazas, a un libro de notas, sobre el cual había escrito: «Señor Wilson B. Hotchkiss. Desea hablar con el señor Blakeley de un asunto importante.»

— Que suba — dije resignadamente. — Tú, Ricardo, quita de ahí esas cartas. Me parece que es el Rector de la parroquia vecina.

Mas cuando se abrió la puerta, dando paso a un hombrecillo vivaracho, avisado, que se calaba las gafas con nervioso ademán, mi faz debió de expresar el desaliento.

¡Era el *detective amateur* del «Ontario»!

Le estreché la mano sin entusiasmo. Precisamente era el único superviviente de la catástrofe que podía acarrearne un perjuicio, porque no cabía albergar la esperanza de que hubiera olvidado ni una sola de las pruebas condenatorias. Es más, su mano sostenía, en aquel momento, el famoso librito de notas en que estaban escritas.

raba; ella atribuía mis palabras a un estado especial de exaltación mental. Y, finalmente, quedé sumido en profundo sueño. Cuando volví a abrir los ojos serían, sobre poco más o menos, las doce de la noche. Experimenté un alivio indescriptible al comprobar la estabilidad de mi lecho, así como al sentir la presencia de la señora Klopton, porque acababa de pasar, en sueños, por una segunda catástrofe. Mi ama de gobierno aun no se había acostado y leía «Salud y Ciencia», a la luz de la lámpara.

— ¿No dice ese libro que cuando hace calor, como esta noche, deben abrirse las ventanas? — pregunté en cuanto me hice cargo de la situación.

Ella dejó el libro y se acercó al lecho. Si puede decirse que el mal genio de la señora Klopton se aplaca alguna vez, es, sin ningún género de duda, cuando lee «Salud y Ciencia».

— Es que no me gusta abrir los postigos, señor — me explicó, — ni los he abierto desde el día en que usted se marchó de viaje.

Y aunque la insté a que se explicara con más claridad, se negó a hacerlo.

— El doctor ha recomendado que no se le excite — observó. — Aquí tiene usted su taza de té.

— ¡No beberé ni una gota hasta que no se explique usted! — dije con firme acento. — Además, usted sabe muy bien que no tengo nada en la cabeza — así diciendo me había incorporado en el lecho. — Veamos: ¿por qué no abre usted esa ventana?

La señora Klopton confesó al fin.

— Porque pasan cosas extrañas en la casa vecina — dijo. — Si se toma usted el té se lo contaré.

Las cosas extrañas, sin embargo, carecían de importancia y esto me desilusionó. Parece ser que el viernes por la noche, hora en que salí de casa para tomar el tren, se vió ir y venir una luz por la casa contigua, que se hallaba, como queda dicho, desalquilada. Eufemia fué quien la vió primero y llamó inmediatamente a la señora Klopton. Ambas la estuvieron viendo danzar, contentando el aliento, hasta que se extinguió al llegar a la planta baja.

— ¿Por qué no se habrá usted dedicado a escribir historias de aparecidos? — murmuré, mientras ahuecaba la almohada. — Conque la luz «danzaba», ¿eh? ¡Vaya! ¡Vaya!

— Sí, señor — afirmó mi ama de llaves. — Danzaba por toda la casa; tales han sido mis palabras, por más que quiera usted desconcertarme. Después, aun la vimos otra vez.

— ¡Por amor de Dios, señora Klopton! — exclamé. — ¿No sabe usted que los fantasmas son como el rayo, que jamás cae dos veces



seguidas en un mismo sitio? Su historia no vale la pena de que tome ni la mitad del contenido de esta taza.

— Interrogue a Eufemia, si gusta — replicó la señora Klop-ton, con digno continente, — y ella le dirá que habría apenas transcurrido una hora, cuando volvimos a ver luz. Se filtraba por las rendijas de los postigos, sólo que esta vez «comenzó su danza por la planta baja y fué ascendiendo!»

— ¡Por la noche no se deben narrar cuentos de aparecidos! — dijo una voz interrumpiendo nuestra conversación.

McKnight estaba en la puerta del cuarto.

— Señora Klop-ton, me deja usted estupefacto; de verdad lo digo. ¡Y tú, mamarracho, bien puedes alabarte de haberme hecho pasar un mal rato!

La señora Klop-ton puso cara de vinagre, mas dándose cuenta en el acto de que aquel epíteto no iba dirigido a ella, se retiró rezonando y llevándose la taza vacía.

— ¡El pirata está loco por mí! — observó McKnight mientras ella cerraba la puerta.

Giró sobre sus talones y me tendió la mano.

— ¡Por San Jorge! En todo el día no te has apartado de mi pensamiento y ya me aprestaba a encargar una corona cuando he sabido que estabas aquí. Si tuvieras el seso de un mosquito, me hubieras telefonado después de la catástrofe.

— ¡Es que no se me ocurrió! — confesé lleno de remordimientos. — ¡Te doy mi palabra, Richey, de que mi única idea fué salir cuanto antes de aquel infierno. ¡Si tú hubieras presenciado lo que yo...!

McKnight me interrumpió.

— ¡Presenciarlo! — repitió. — ¡Tomal! Si te he andado buscando todo el día entre los escombros! ¡Si vengo empapado de todo género de horrores!... Y a propósito, Lollie; dame algo con que res-taurar mis fuerzas.

Me quitó la llave de la pequeña bodega, que yo tenía escondida, y se hizo lo que él llamaba un *Bernard Shaw*, esto es, un compuesto de aguardiente, agua de Selz y cualquier otro brebaje que le diera fuerza. Ahora que le veía, observé que tenía fatigado el semblante y que parecía preocupado. Me disgustaba tener que notificarle lo que ya esperaba, según deduje por su actitud, pero no había más remedio. Tenía que saberlo en seguida, y, por consiguiente, no vacilé.

— Los documentos han volado, Richey — le dije tan serenamente como pude; mas, a su pesar, se le demudó el semblante.

— Lo suponía — observó. — No obstante, como la señora Klop-ton me dijo por teléfono que habías traído contigo un maletín, esperaba, que... En fin; bien sabe Dios que no hay por qué lamen-



CAPÍTULO XIII

ROSAS MARCHITAS



ESTUVE, metido en casa una semana, gruñéndole al doctor y escribiendo a la señorita West cartas de gratitud que rompía en seguida. McKnight venía a verme a menudo, pero ya no estaba tan contento como el primer día. Más de una vez le sorprendí mirándose como si tuviera algo que decirme; sin embargo, callaba. En aquellos ocho días fué una vez a Baltimore con objeto de visitar a la mujer que estaba allí hospitalizada. Por sus explicaciones reconocí en seguida a la joven que acompañaba en Pittsburg al hombre asesinado. Continuaba sin recobrar el conocimiento y junto a ella se hallaba una anciana tía, caída del cielo, una persona enteca, vestida de negro, que se sentaba con la misma gracia de un buho en un vallado, según opinión de McKnight, y que se enojava toda mientras lloraba con el rostro oculto en el húmedo pañuelo.

Mi amigo vino a verme el último día de mi encierro. Deseaba consultarme un caso cuya vista tendría lugar al día siguiente en el juzgado, y después se quedó jugando conmigo a las cartas.

— Dime: ¿quién ha ganado esta vez el partido de pelota? — le pregunté.

Y él me respondió:

— Hemos sido derrotados, apaleados ignominiosamente, conque si quieres preguntarme algo, que sea una cosa agradable. Y, a propósito: hoy han puesto a Bronson en libertad provisional.

— Celebro no haber salido fiador de él — dije, pesimista, — porque se escapará.

— Nada de eso. No es tonto. ¡Crees que no sabe a estas horas que llevaste los billetes falsificados a Pittsburg? Todos los diarios trajeron la noticia y él sabe que escapaste con vida y un brazo roto de la catástrofe. ¿Qué haremos ahora? Se continúa el proceso y, con todo, hasta un tonto comprendería que no poseemos los billetes. Yo repliqué:

— No juegues tan de prisa. Recuerda que nada más puedo va-

de flores. Sujete la caja, señora Klopton; mi emoción es tan grande, que podría caérseme.

Pero a mí el hecho me inspiraba poquísima curiosidad. Mi cuñada es en extremo etíquetea; todo niño que nace en su familia tiene su correspondiente sonajero de plata; todo enfermo, sus flores.

McKnight sacó de la caja un soberbio ramo de rosas y me lo mostró.

— ¿De quién podrá ser? — preguntó, registrando la caja. — Aquí hay una tarjeta, mas no tiene ningún nombre. ¡Ah, sí! Veamos qué dice.

Tomó con dos dedos la cartulina y leyó con exasperante lentitud:

«Le desea un rápido restablecimiento,

«SU COMPAÑERA EN LA DESGRACIA.»

— ¡Hola! — exclamó. — ¡Qué callado te lo tenías, Lollie!

— Creí que no valía la pena de hablar de ello — repuse fríamente, mas mi corazón palpitaba con tal violencia, que temí que se oyeran sus latidos. ¡Ella no me olvidaba, a pesar de mis temores!

Richey tomó un capullo y se lo prendió al ojal. Su acción me desagradó. Aquellas rosas eran mías, ¡eran «sus» rosas!

Afortunadamente, partió muy pronto, luego de contemplar, sonriéndose, la caja donde habían venido.

Ya en la puerta me dijo en son de mofa:

— ¡Adiós, señor... misógino!

Y se marchó, llevándose, para ir a comer con la señorita West, una de las rosas que ella acababa de regalarme. Me hundi en las almohadas. La partida era suya; a mí no me asistía el derecho de robar las cartas; por consiguiente, tenía que olvidarla, y olvidar, si podía, el collar roto que descansaba debajo de mi cabeza.



tarse. Tú estás aquí, más o menos maltrecho, pero salvo, de todos modos — levantó su vaso. — ¡A tu salud — brindó, — y por que ambos veamos mejores días!

Yo repuse:

— Si me das ese frasco negro que hay ahí, sobre la mesa, y una cuchara, yo también brindaré... con árnica, o lo que eso contenga; Rich..., ¡los billetes desaparecieron antes del descarrilamiento!

Dió media vuelta y se me quedó mirando, embobado, con la bo-tella en la mano.

— ¡Qué dices? — murmuró.

— Digo que me los robaron, aunque incidentalmente, al parecer. En aquel momento entró la señora Klopton, que me traía caldo con huevo. Miró expresivamente el reloj y sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular observó que era hora de que las personas decentes estuvieran en sus casas, durmiendo.

McKnight no puede resistir a la tentación de murmurar de vez en cuando a la espalda de mi ama de llaves y se inclinó y me dijo al oído en voz baja, pero perceptible:

— ¡Es que continúa lo de antes, o que habla de nuevo?

La señora Klopton, que se hallaba ya cerrando la puerta, se detuvo vacilando y por fin se marchó, juzgando sin duda que lo mejor era callar.

— Ahora, desembucha — me ordenó McKnight trayendo una silla, que colocó junto a mi cama; — pero no me hables de la catástrofe, porque conozco todos sus detalles, sino del robo. Ante todo conviene que sepas que quien lo ha cometido es una mujer.

Yo me había levantado penosamente de la cama y me hallaba a punto de verter el caldo por el conducto del lavabo, mas al oír aquello me quedé con el brazo en el aire.

— ¡Una mujer! — repetí, sorprendido. — ¡Qué es lo que te induce a sospecharlo?

— ¡Bien se ve que desconoces el sistema de deducción seguido por los buenos *detectives*! — observó en tono desdenoso. — Ha sido la mujer de la casa contigua; la misma a quien acusabas de robar las cañerías, ¿te acuerdas? Bueno. Adelante con tu cuento.

Le relaté la historia; lo había hecho tantas veces durante el día, que ya me expresaba maquinalmente. Le hablé de la muchacha del cabello cobrizo y de mis sospechas, mas no mencioné a la señorita West ni por casualidad. Mi amigo me escuchó sin interrumpirme; cuando hube concluido, exhaló un hondo suspiro.

— ¡Bueno! — observó. — Esto es algo así como un rompecabezas. Si te es posible probar tu índole apacible e inofensiva como la de un chiquillo, nadie podrá acusarte de un crimen que es bastante

vulgar y harto frecuente, pero los documentos..., ¡varían tanto el aspecto de la cuestión! Desde luego no han ardidido. Tu hombre no estaba en el tren, por consiguiente tampoco podía hallarse en el descarrilamiento. Si no sabía, como tú supones, que se apoderaba de unos papeles importantes, leerá, tal vez, los periódicos y, a menos que sea tonto, habrá comprendido ya el valor que tienen. Lo más seguro es que trate de venderse a Bronson.

— O a nosotros — concluí yo.

Por espacio de unos minutos ambos guardamos silencio. McKnight fumaba un pitillo, y entre tanto contemplaba la fotografía de «Cándida», el *pony* más ligero de siete Estados, que yo tengo instalada sobre la repisa de la chimenea.

— ¿Sabes que al fin no fui a Richmond? — dijo al cabo. Esta observación respondía tan acertadamente a mis pensamientos, que di un salto en la cama. — La señorita West no ha vuelto aún de Seal Harbor.

Viendo que no recibía respuesta, tornó a sumirse en un silencio reflexivo. En el momento mismo en que el reloj daba la una, la señora Kiopton irrumpió en el cuarto y comenzó a hacer sus preparativos para pasar en él la noche. Consistían éstos en colocar sobre un sillón del cuarto ropero un par de confortables almohadones, y a los pies del mismo un banquillo. Iba envuelta en una bata semejante a la media docena que había ido regalándome, cada año, por Navidad, y se había arrollado un velo a la cabeza con objeto de ocultar sabe Dios qué imperfección. Examinó el vaso vacío, se enteró de las últimas noticias relativas al estado del tiempo y con gran ostentación se metió en el tocador, donde por lo visto pensaba permanecer toda la noche.

Callamos otra vez mientras McKnight trazaba sobre el blanco tapete de mi mesa un grosero dibujo del coche-cama. Era, sobre poco más o menos, así:

12	10	8
CORREDOR		
11	9	7

— ¿Supones que él cambió los números de las literas siete y nueve, de modo que tú, al regresar, te metiste equivocadamente en la siete?

— ¿Hablo con el doctor Van Kirk? — preguntó. — ¿Ah, no está? Bueno. ¿Haría el favor de decirme cómo está la paciente a quien operé ayer noche el doctor Williams, de Washington? Bien, me alegro. ¡Ha recobrado ya el conocimiento? ¿Sabe usted cómo se llama, por casualidad? Sí, aguardo.

Hubo una larga pausa y después volví a oír la voz de Richey.

— Diga... Sí. Muchas gracias. Adiós.

Subió los escalones de dos en dos.

— Oye — dijo entrando en mi cuarto como una tromba. — Debe de haber un fondo de verdad en tu teoría: la paciente se llama..., pudiera ser pura coincidencia, pero de todos modos es curioso... se llama Sullivan.

— ¡Qué te decía yo! — exclamé, sentándome en la cama. — Probablemente será hermana del bribón ocupante de la litera número siete; por eso tenía miedo de lo que él pudiera hacer.

— Un día de estos pasará por el hospital. No ha recobrado aún el conocimiento. En tanto, lo único que puedo hacer es llamar a un *detective* para que vigile a cuantos traten de ponerse en contacto con Bronson. Confiamos en que se encontrarán los billetes, mientras se continúa el proceso.

— ¡Maldito brazo! — exclamé, ocasionando con mi energía nervios latidos del miembro enfermo. — ¡Tanto como hay que hacer y yo en la cama, vendado, entablillado, e inútil para todo! ¡Es una vergüenza!

— ¿Acaso no estoy yo aquí para substituirte? — observó mi amigo con dignidad. Después añadió: — Siempre que vayas a quejarte de tu situación, recuerda que podrías hallarte en dos peores. En presidio, o bien en...

Puso los ojos en blanco e hizo ademán de pulsar las cuerdas de un arpa imaginaria.

Pero su alegría me atacaba los nervios y fruncí el ceño. Una vez había tocado por casualidad el bolso de oro, e inmediatamente re-
tiré la mano como si me hubiera quemado los dedos. Por fin Richey reparó en mi mutismo y me dejó para acudir a su cita con Alison. Bajaba, taconeando, la escalera. Entonces volví la espalda a la luz del sol y di rienda suelta a mi dolor. ¿Por qué esfuerzo de sus débiles nervios se mantenía firme la señorita West? ¿Me atrevería yo a entregarme el bolso en las actuales circunstancias? ¿Sabiendo que estaba en mi poder, me odiaría ella? ¿O sería exagerada la importancia que yo daba al collar, y, en este caso, ella me habría ya olvidado?

McKnight no se había marchado todavía. Oí su voz por la escalera, precediéndole, y lancé un gemido.

— Despierta — dijo al entrar, — que aquí te traigo un ramo

una avalancha sobre el níveo campo de la colcha varias monedas, dos o tres pañuelos, un librito de notas, sucio de polvos, y un collar.

Despacio me fui incorporando para examinarlo.

Era uno de esos *bijoux* semi bárbaros que ahora se estilan (1); un *pendantif* de camafeos y eslabones de oro, alternados, suspendido de una cadena fina del mismo metal. El *pendantif* estaba roto; los eslabones habían sido separados violentamente unos de otros, en tres sitios distintos, y los camafeos colgaban de ellos casi desprendidos. Pero lo que me llamó la atención, lo que me fascinaba hasta el punto de no poder separar de ella los ojos, era la cadena, a la que faltaban lo menos tres pulgadas. Algo me decía que el trozo que el *detective amateur* había encontrado pertenecía a aquel collar.

Y allí no había nadie para convencerme de lo absurdo de mi idea, para darme un bofetón y hacerme comprender que las cadenas finas como aquéllas se hacen a toneladas cada año...

Con mi mano válida torné a cerrar el bolso, después de haber colocado en él todo cuanto se había caído, y lo metí otra vez debajo de la almohada. Después me dejé caer sobre ella inundado de un sudor frío. ¿Qué relación tenía Alison West con el crimen? ¿Por qué se había quedado sorprendida cuando vió por vez primera la pitillera de bronce? ¿Qué era lo que la había alarmado en la granja y por qué volvió sola hasta la puerta? ¿Por qué había deseado morir en la catástrofe? Y, por último: ¿Por qué le faltaba a su collar aquel trozo y cómo se había manchado de sangre?

Abajo, mi amigo McKnight continuaba todavía al teléfono divirtiéndose, mientras aguardaba, en exasperar a la señora Klopton.

— ¿Que por qué ha vuelto con un traje gris siendo así que se marchó con el azul? — repetía. — ¡Vaya usted a saber, señora Klopton! Quizás el miedo le hizo cambiar de color. Con las catástrofes sucede lo que con los rayos. En cierta ocasión un amigo mío fué sorprendido por una tormenta mientras jugaba al golf y se tuvo que refugiarse bajo un árbol en unión del chico que le traía la pelota (2). Cayó una centella y una vez ambos recobraron los sentidos se encontraron con que aquélla les había cambiado de vestido. Y como mi amigo era un hombre alto, y el pequeño, bajito y regordete...

La historia de McKnight fué interrumpida por un indignado portazo. Se veía obligado a esperar algún tiempo y ya comenzaba a perder con la espera su sempiterno buen humor cuando llamaron del hospital.

(1) La autora se refiere a una moda atrasada, naturalmente.

(2) Se llama *caddy's* a los pequeños que durante el juego se prestan a traer la pelota siempre que ésta se escape y que también se encargan de los bastoncillos.

— Tal vez... sí.

— Luego, al amanecer, cuando todos dormían, cambió los números de nuevo y abandonó el tren, ¿no es eso?

— No me parece posible otra cosa — dije, ya aburrido.

— ¡Por San Jorge! ¡Vaya una partidita de *bridge* que jugaría ese tío! De haber cambiado los números por la mañana, pocos habrían dudado de ti. Hay que confesar que te dejaba en un brete. Ni un solo jurado del país podría resistir a la prueba de la daga, las manchas de sangre, y la cartera del muerto, que obraba en tu poder.

— ¿Entonces, crees que Sullivan es el asesino?

— ¡Naturalmente! — dijo McKnight con acento confiado; — a no ser que fueras tú mientras dormías. En primer lugar, tenemos las manchas de sangre sobre su almohada y la daga clavada en ella. Después, ¿no tenía, asimismo, en su poder, la cartera de Harrington?

— Pero, ¿por qué se fué sin el dinero? — pregunté. — ¿Y qué tiene que ver con todo este enredo la muchacha del cabello rojo?

— Pregúntaselo al diablo — contestó de mal talante mi amigo.

— Tu imaginación se inflamó, sin duda alguna.

— Pero ¿y aquel trozo de telegrama? Hablaba de la litera inferior número diez que había en el séptimo vagón. Es probable que ella fuera la que lo recibiera y en él se me aludía, Richey.

— ¡Uf! — replicó éste; — ya tengo jaqueca.

Apagaba su cigarrillo aplastando la punta contra la suela de uno de sus zapatos.

— En este instante, sólo estoy seguro de una cosa, y es, que si no llega a ocurrir el descarrilamiento, estarías metido, a estas horas, en una celda de ocho pies de ancho por diez de largo.

— Pero, escucha — insistí, mientras él cogía el sombrero para marcharse. — Sullivan ha huído y lo más probable es que se entienda con Bronson antes que con nosotros. ¿No crees que sería conveniente continuar el proceso? Podría ponerse a Bronson en libertad provisional, espíandole, naturalmente.

— No me gusta el cargo de espía, es poco delicado — repuso mi amigo.

— ¡Harás bien en irte a casa! — dije montando ya en cólera. — ¡Ve, criatura, y métete en la cama, porque estás medio dormido! Y si crees que puede servirte de algo, llévate la corbata roja de Sullivan y así soñarás con ella.

La voz soñolienta de la señora Klopton llegó hasta nosotros, acompañada de un bostezo.

— Se me olvidaba comunicarle — decía, con aquel sospechoso seso que la caracterizaba por la noche — que a mediodía le llamó un caballero por teléfono, señor. Como usted no estaba aún aquí, dije que volviera a llamar porque se hallaba a gran distancia de la capital. Me dejó su nombre. Se llama — aquí bostezó por segunda vez — Sullivan....

Examinó el termómetro; sin mirarme murmuró algo acerca de dieta líquida (precisamente a aquella hora la señora Klopton hervía para mí un trozo de carne) y tras despedirse de nosotros, bajó, canturreando, la escalera.

— ¡Qué hombre! — exclamó mi amigo contemplando con envidia la puerta por donde había salido el doctor. — Carece de nervios y de corazón. Haría un excelente *chauffeur*.

Mas yo no tenía ganas de broma.

— Presiento que el asunto del crimen va a traer cola y que si esto sucede, tu tío se encontrará en un aprieto. Esa mujer puede morir; por consiguiente, es menester que para entonces nos hallemos a su lado con objeto de recibir su confesión. Sabe mucho de cuanto ha sucedido, aun suponiendo que no sea ella quien realizó el crimen. Baja y ponte al teléfono; pide comunicación con el hospital y a ver si puedes averiguar su nombre y si ha recobrado ya el conocimiento.

McKnight me obedeció, protestando.

— Ten en cuenta — observó, sacando el reloj — que a la una he de acudir a una cita con Alison y su mamá, de modo que tengo el tiempo justo. ¡Quisiera que las conocieras, Lollie! La mamá te gustaría mucho.

— ¿Y por qué no la hija? — inquirí, acariciando el bolso oculto bajo la almohada.

— ¡Toma! ¿Pues no te has declarado contrario al poco juicio y a las románticas sensiblerías de las muchachas jóvenes?

— Jamás dije tal cosa.

— ¿No dijiste que sentías mayor satisfacción en hallarte sobre la silla de un caballo que en hablar con ellas? — continuó diciendo mi amigo. — ¿Que se halla más diversión en una partida de polo? ¿Que a su sociedad preferías una jauría decente y una extensa rastrojera, es decir, el verdadero goce de la caza?

— ¡Por amor de Dios, Richey, baja ya al teléfono que me levantas dolor de cabeza! — exclamé descortés.

No sé aún lo que me movió a sacar el bolso dorado y a mirarlo. Con ello obraba tontamente..., impulsiva, o sentimentalmente, si se prefiriere, pero lo saqué mirando al propio tiempo a la puerta, por si venía la señora Klopton, que tiene un ojo certero y camina sin hacer ruido. Nada turbaba el silencio de la casa. McKnight galanteaba abajo a alguna señorita telefonista, sin duda, y la atmósfera se hallaba saturada de un fuerte olor a drogas. ¡La pobre señora Klopton estaba tan entusiasmada con sus cuidados!

Saqué, pues, el bolso de debajo de la almohada y lo contemplé, pero se abrió, diu duda, porque instantáneamente cayeron como

mano tan suave como la de un niño palpó mis vendajes en todas direcciones.

— Esto marcha — dijo. — ¿Ha descansado usted?

— A ratos. Si pudiera incorporarme...

— ¡Ta, ta, ta! Créame: descansen mientras le sea posible. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo! Aquí donde ustedes me ven, aun no me he acostado.

— Tome una copita — insinuó McKnight tendiéndole la botella. Pero el doctor se negó a beber.

— Durante las horas de trabajo no me atrevo ni a llevar la corbata de color champaña — nos explicó. — Y a propósito, señor Blakeley. Ayer por la tarde me llamaron a consulta. Se trata de otra víctima del descarrilamiento. Debajo de la lengua, haga el favor. Esto lo dijo metiéndome el termómetro en la boca.

Con una súbita y terrible precisión, alzóse en mi mente la imagen del *detective* por afición, con su libro de apuntes, su impertinente alegría y su terquedad con respecto a la minuciosa recopilación de detalles.

— ¿Es un hombre bajito, menudo, con el cabello gris? — pregunté.

— ¡Cierre usted la boca! — me ordenó el doctor. Y después contestó en un tono distinto:

— No, es una mujer. Un caso interesantísimo. Van Kirk estaba agobiado de trabajo y me mandó llamar. Al llegar junto a la paciente me encontré con que ésta tenía una fractura en el cráneo, con hemorragia, parálisis de un lado facial, pupilas dilatadas..., en fin, todos los síntomas característicos. Trabajé en ella dos horas.

— ¿Y se salvará? — preguntó McKnight.

Contemplaba al doctor con un terror nuevo en él.

— Cuando la dejé, levantaba un brazo, de modo, que, aun cuando muera, la operación ha sido afortunada.

— ¡Dios mío! — exclamó mi amigo. — ¡Y yo que le creía a usted un simple mortal como nosotros! Permítame que le toque y esto me traerá suerte. ¿Es bonita la paciente?

— Bonita y joven. Posee una espléndida mata de cabellos cobrizos. ¡Lo que lamenté tener que cortársela!

McKnight cruzó conmigo una mirada.

— ¿Sabe usted su nombre, doctor? — preguntó.

— No, pero sé por las enfermeras que su vestido lleva la etiqueta de un sastre de Pittsburg.

— ¡Supongo que aun no habrá recobrado el conocimiento!

— Tal vez mañana lo recobre..., quizás dentro de una semana..., no puedo fijar la fecha — respondió el doctor.

CAPÍTULO XII

EL BOLSO DE ORO



RATÁNDOSE de tema amoroso, siempre que se ha hablado en mi presencia de algún caso de combustión espontánea, que, a semejanza de una mezcla de componentes, como, por ejemplo, la de los polvos Seidlitz, une a dos seres en romántico y efímero éxtasis, no puedo dejar de sonreír. Y, sin embargo, es muy posible que la atracción sea tan poderosa, tan sorprendente la afinidad de sentimientos y de ideas, que entre la primera y segunda entrevista se afirme el lazo de unión, trocándose en algo más profundo. Aunque esto les ocurre, principalmente, a las personas dueñas de un temperamento, el moderno sustituto de la imaginación. Sería conveniente saber si los enamorados principian a quererse cuando están juntos, o, por el contrario, cuando se hallan separados.

No es que yo razonara así en aquella época. Entonces no reconocía mi locura, pero durante las horas de intranquilidad que pasé la primera noche subsiguiente a la rotura de mi brazo, sufriendo lo indecible a causa de mi eterna postura y pasando por un sin fin de torturas a cada movimiento que hacía, Alison West fué objeto constante de mis pensamientos. Un momento en que quedé amorado soñé que tornaba a acariciar sus dedos para consolarla, si bien al despertar me enteré de que acababa de arrancar de manos de la indignada señora Klopton la cucharilla llena de medicina que ella me ofrecía. ¿Qué era lo que me había predicho McKnight acerca del amor?

Esta idea me trajo a Richey a la memoria y me arrancó un gemido. No creo necesario extenderme en consideraciones respecto a la amistad que une a dos jóvenes que han ido juntos al colegio, han reído para hacer en seguida las paces, han discutido sobre política y acerca de sus respectivas creencias, durante años y años; los hombres se harán cargo inmediatamente sin que yo se lo explique y las mujeres no pueden comprenderlo. Sin embargo, gemí. ¡Si al menos no se hubiera tratado de él!

Con todo, había algunas cosas de las que no podía olvidarme: el almuerzo en la granja era una de ellas, y luego la impresión que me produjo verla con el extraño sombrero, la china que se había sacado del zapato, el bolso dorado con su cadena rota... ¡El bolso! ¡Caramba!, aun debía de tenerlo dentro del bolsillo.

Me levanté, no sin trabajo, y registré mi americana. Sí, allí estaba el bolso, henchida la panza, como si encerrara en su interior una fortuna. Torné al lecho, porque entre el esfuerzo hecho y la vista de aquel objeto se me iba la cabeza, y sosteniéndole por la rota cadena le contemplé con deleite. En atención al doctor estaría dos días sin salir de casa, como él había ordenado, y después... podría devolvérselo. ¡Tal era mi deber, y como un objeto tan valioso no podía confiarse al correo, correría a Richmond y allí la vería, aunque sólo fuera una vez. En esto no había deslealtad alguna hacia Richey.

No intenté abrir el bolso; lo metí bajo la almohada, motivo por el cual me opuse después a que se cambiara de funda, con gran consternación de la señora Klopton, y varias veces, durante la mañana, mientras yacía bajo la colcha, semejante a un nívoo campo florecido, deslicé mi mano bajo la almohada y lo toqué reverentemente.

McKnight llegó sobre las once. Oí el zumbido de su automóvil al detenerse junto a la acera, seguido casi inmediatamente por un portazo y por la usual algarazara que promovía siempre que subía la escalera. Luego entró en mi habitación con una botella bajo el brazo (suponía, sin duda, que me habían prohibido beber licores) y una gran caja de cigarrillos en el bolsillo.

— ¡Hola, chico! — exclamó al verme. — ¿Qué tal has descansado? ¡Anteé con la mano bajo la almohada; el bolso estaba bien tapado.

— ¿Quieres una copita, o prefieres aguardar a que le quite el tapón? — continuó diciendo mi amigo señalándome la botella.

Yo respondí:

— No quiero nada, Richey. Pero, la verdad, desearía que no estuvieras tan contento.

McKnight cesó de silbar para contemplarme con los ojos muy abiertos y en seguida replicó en dulce tono:

— Nunca estoy tan triste como cuando canto, Lollie. Mas hoy es pura reacción. Imagínate que ayer lo veía todo muy negro mientras buscaba a mi mejor amigo. Ahora... le tengo delante, quisquilloso como de costumbre. Ayer creí que los billetes habían ardido; hoy me parece que con un poco de suerte saldremos adelante. — Su voz cambió de pronto. — Ayer..., ella estaba en Seal Harbor, hoy... ¡está aquí!

— ¡Aquí, en Washington? — pregunté, del modo más natural que pude.

— Sí; viene a pasar dos semanas en la capital.

«¡Ay! ¡Yo me quería casar, yo me quería casar...»

— comenzó a cantar.

— ¡Cállate, Richey, y no alborotes! ¡Es cierto que estás enamorado de esa muchacha? ¡Enamorado de veras?

«Yo me quería casar...
Pero quiero antes brindar...»

— concluyó él mientras tiraba del sacacorchos.

Después se aproximó, sentándose sobre la cama.

— Ya que deseas arrancarme una confesión — dijo en tono doctoral, — te diré que así lo creo. Mas no sé qué te parecerá. ¡Como aborrezco tanto a las mujeres!

— ¡Qué bobadal! — protesté; — porque he llegado a los treinta años sin hacer el amor a toda...

— Ayer estuve a punto de aplastar una oveja — prosiguió diciendo Rich sin escucharme, — y para no hacerlo, por poco si voy a parar a un abismo. Menos mal que la Providencia vela por los tontos y los enamorados, y... yo soy de estos últimos.

— Eres ambas cosas — dije con acento de disgusto. — ¡Eal, ten sentido común, aun cuando sólo sea un instante, y explícame por qué ese Sullivan me telefonó ayer por la mañana.

— Tal vez no habría descubierto aún los billetes, si es que mantienes todavía tu tesis de que el robo fué accidental con relación al asesinato. Podría ser que quisiera recuperar sus ropas, o darte las gracias por las tuyas. En fin, no sé; por ahora no se me ocurre otra cosa.

En aquel momento entró en el cuarto el doctor.

Creo haber dicho ya que a la vista de un médico se inunda mi alma de un sentimiento de admiración..., en particular si estoy enfermo. El mío es joven y adopta un aire de agitada presunción y buen humor. Miró imperturbable por encima de la botella, señal inequívoca de su claro entendimiento, y en seguida cambió un apretón de manos con McKnight prolongando el saludo hasta que yo hubiese ocultado la caja de cigarrillos bajo el colchón. (El le había puesto el veto al tabaco.) Después vino a sentarse junto al lecho y con

EL CUERPO de SEGURIDAD

Y

La SEGURIDAD del CUERPO

por MANUEL ABRIL



He aquí cómo la Ciencia, puesta generosamente al servicio de la Justicia, ha conseguido inventar algo maravilloso para la seguridad personal de los pacíficos ciudadanos.

Caballeros de industria

Ya puede la humanidad estar tranquila. Nos parece que llega a su fin la curación de un grave mal que estaba en estos tiempos, lejos de mejorar, empeorando. Se trata de ese juego secular de «policías y ladrones» que los chicos practican en broma y los mayores en serio.

Los ladrones iban llegando a una maestría incombustible. La perseverancia se premia; todo el que trabaja y estudia y se afana y persevera consigue lo que

persigue. Los ladrones, por lo tanto, como son de las personas más tenaces, y que más aman su oficio, estaban en estos tiempos ennobleciendo su antigua profesión con todos los adelantos de la ciencia.

¡Ah, si los otros industriales pusieran, en el ejercicio y en el perfeccionamiento de sus respectivas industrias, la atención y el propósito constante de emplear en su labor los últimos adelantos!...

«Caballeros de industria» se les suele llamar a los ladrones. ¡Bien merecen, por cierto, ese nombre! La industria agradecida les concede ese título honorífico, «caballeros» de la clase, porque son, efectivamente, de cuantos se dedican a la industria, los que persisten en ella con más abnegación, sin que les detenga la adversidad, sin que les importe las persecuciones soñadas de sus enemigos implacables, sin asustarse ni encogerse ante penalidades y peligros y sin reparar en gastos para la adquisición de material.

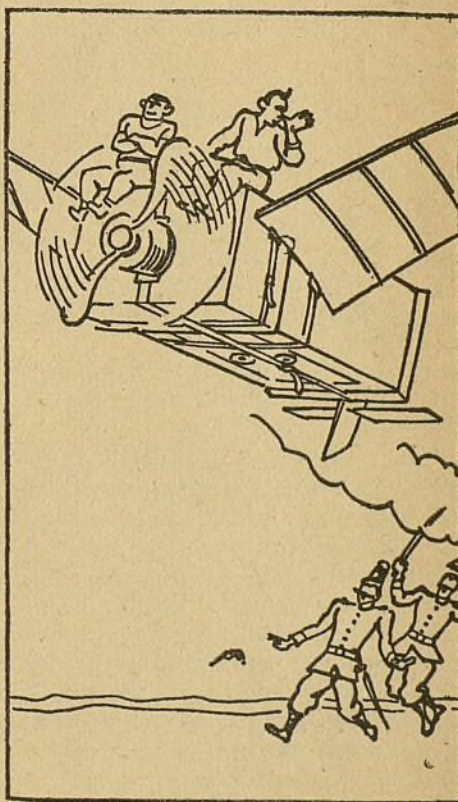
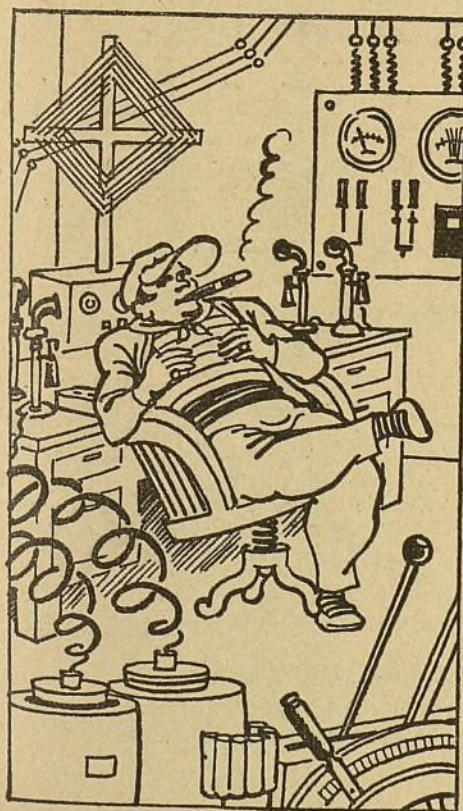
La ciencia al alcance de todos

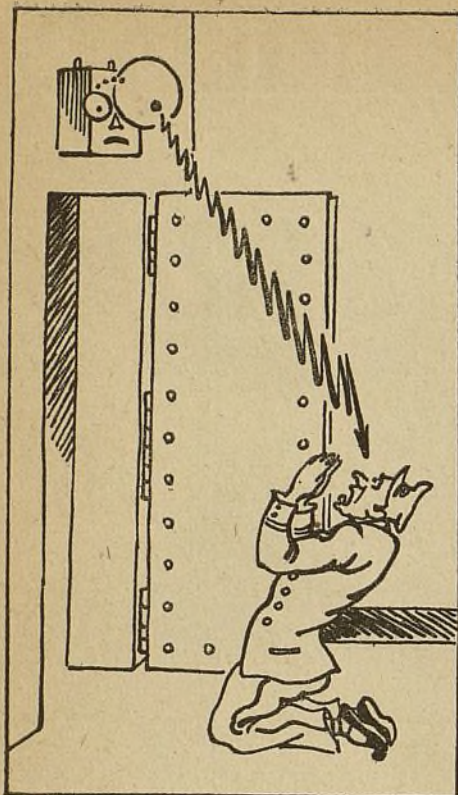
Parece que el año pasado se realizó, en una banca berlinesa, un robo sorprendente. Se trataba, según dicen, de la *Diskonto Gesellschaft*. Los ladrones, sin miedo a nada, ni aun al nombre del Banco, lograron introducirse en él y saquearlo por completo y a placer — placer de ellos — después de haber estado quince días abriendo una galería subterránea profundísima.

Ustedes tengan presente la de precauciones que toman los Bancos, y más siendo de importancia, para que la moneda circulante no circule demasiado y se esté quietecita en las arcas hasta

que el Consejo decida. Un acorazado de guerra no va mejor blindado que un *coffre-fort* y no hay ni un solo agujero ni una sola rendija de las arcas y de las puertas y ventanas de la habitación de las arcas y del edificio todo, que no tenga llaves de seguridad y agentes de seguridad y secretos, y timbres y serenos y encima tabiques de planchas de acero...

Pues todo fué como si no... No hubo *coffre-fort* bastante *fort* ni dejaron incólumes más planchas que las metafóricas. La ciencia al alcance de todos lo





estaba también al de ellos y ya lo dice el refrán: «Si una puerta se cierra, otra se abre.» Abrieron las que les plugo y en un soplo realizaron con los sopletes la operación de «liquidar» — operación muy bancaria — todos los blindajes metálicos, etc., hasta dar «buena cuenta» — sigue el tecnicismo bancario — de las existencias en caja.

La ciencia al alcance de todos no había de hacer excepciones con los caballeros de industria. El robo era científico y la ciencia es un dios — o una diosa — omnipotente.

Las defensas de los organismos

Los organismos bancarios y, en general, propietarios sintieron la necesidad — siguiendo la misma doctrina de la medicina actual — de fortalecer sus defensas. Era necesario llegar de un modo u otro a la invulnerabilidad absoluta del bolsillo.

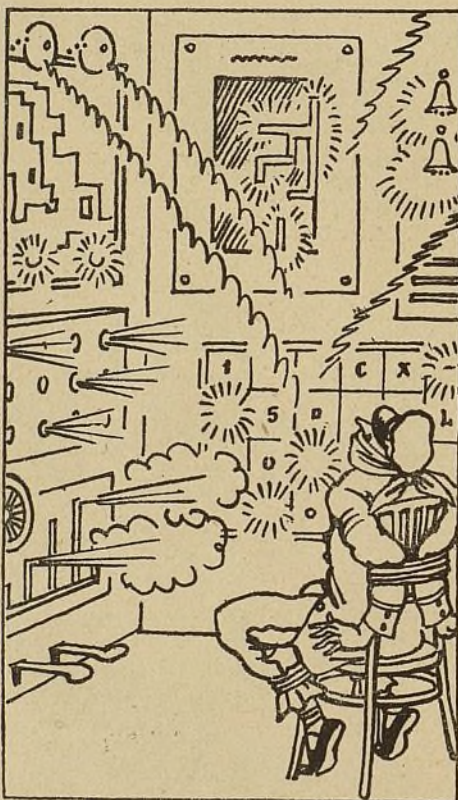
Dicen que ya es cosa hecha. La electricidad lo ha hecho. Vea, si no, el lector cómo.

Un técnico suizo, Samuel Bucher, Jefe del servicio eléctrico de Fleuvier (Neuchâtel), ha encontrado y patentado un sistema eléctrico de seguridad que llega, según parece, a la perfección absoluta. Ni aun teniendo las llaves en la mano, ni aun teniendo a nuestra disposición todas las facilidades, hay manera ni de llegar a tocar a una caja de caudales, sin que al punto sucedan varias cosas: que un timbre se dispare, que una luz se encienda y que allá

en el puesto de vigilancia — donde ocurre todo eso — aparezca al mismo tiempo una ficha indicadora del sitio y de la habitación donde la anomalía se produce.

Lo mismo ocurre después con las rejas de la cárcel donde el malhechor está encerrado: en cuanto se aplique a las cárceles el procedimiento del suizo, no habrá manera de torcer, violentar o comenzar la sierra de un barrote sin que allá en la oficina de vigilancia aparezca la voz de alarma, y la tarjeta indicadora de la celda y hasta de la ventana donde están queriendo aplicar la ley de fugas.

Este sistema sin igual tiene otras varias ventajas: puede ser aplicado, sin modificación de lo existente, a cualquier escaparate y a cualquier arquitectura;



su instalación es invisible e inatacable y funciona en los casos de incendio con la misma seguridad que en los de robo.

La aplicación, pues, a las casas de campo y a toda clase de propiedades similares, ya públicas ya privadas, proporciona al propietario una tranquilidad sin precedentes.

Pero todavía hay más: el vigilante que quiera forzar la instalación en el cuadro de señales, a fin de que los timbres y signos de alarma no funcionen, se verá sorprendido a su vez porque allí en el puesto de policía sonará otro timbrecito delatando lo que ocurre. Y si el vigilante abandonara, porque sí o con intención, su puesto, un timbre horrisono haría temblar los aires allí mismo, re-

clamando su atención, y otro timbre denunciaría, en la Dirección Superior, la lenidad del vigilante.

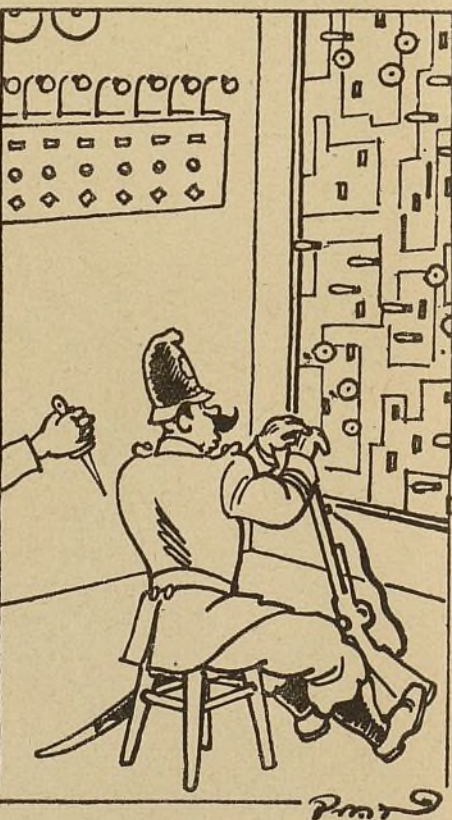
Así que no hay escape y, en cambio, puede haber un ahorro extraordinario de personal vigilante: un hombre, sólo un hombre puede, sin inconveniente y sin esfuerzo, sin moverse de una habitación, saber si ocurre algo en toda una prisión, en toda una fábrica, una finca y, hasta si se quiere, en todo un barrio o una ciudad.

Con un hombre en el cuarto de vigilancia privada para tener a la vista — y al oído — el cuadro de señales; y otro hombre en el puesto de policía para poder echar el ojo a lo que hace el vigilante, ¡ya está todo resuelto y garantizado!

¿Seguridad?

Ahora ya, por lo tanto, se simplifica la cuestión: desde ahora será inútil que empleen los ladrones sus esfuerzos en abrir túneles, en berbiquear cerraduras, en fundir cables y goznes, en aserrar planchas de acero...

Bastará que trabajen hábilmente el cuerpo — o los dos cuerpos — que haya de vigilar en un momento dado el indiscreto cuadro de señales: en vez de socavar el subsuelo que socaven la integridad de los guardianes; y en vez



de abrir galerías subterráneas que abran un agujerito imperceptible en cualquier parte del Cuerpo de Seguridad Insegura...

MANUEL, ABRIL

Cómo Murió el "Solitario Lobo Negro"

(Continuación de la página 9)

tiempo, salí para Nueva York. Creo que mi inesperada marcha me hizo sospechoso a los ojos de Elena, a quien di como disculpa que un tío mío de Irlanda acababa de telegrafiarle su llegada a Nueva York para que saliera a esperarle a la llegada del vapor.

Después de prometer a Elena que haría cuanto pudiese para que mi tío se instalara en California, le dije de nuevo:

— ¿Por qué no me das las señas de la señorita Ana Hamilton, para saludarla en tu nombre?

— Las he perdido — me contestó secamente, — pero en cuanto me vuelva a escribir, te las comunicaré si me telegrafias las tuyas en Nueva York.

Me sorprendió sobremanera que hasta tal extremo se negara Elena a darme las señas de su amiga. Sería, desde luego, comprensible su proceder si hubiese sospechado que yo no era en realidad un novelista como le dije al tiempo de alquilar la habitación; pero puedo asegurar que nunca llegó a saber mi verdadera profesión. Al menos, yo no hice ni dije nada que pudiera descubrirme.

La única razón que, a mi parecer, justificaba su silencio consistía en que Ana era realmente la amante de Skinny. Como esta muchacha era muy lista, probablemente había advertido a Elena que nunca diera su dirección a nadie, para evitar así que también llegara a saberla la policía. Además, no tenía nada de particular que, habiendo sido Elena mujer de mundo, fuese Ana Hamilton una de sus antiguas amistades y compañeras de negocio.

— No, señor — contestó la telefonista. — Aquí únicamente viven los esposos Hamilton.

La confirmación era realmente alentadora. Se aproximaba el final de la caza.

Como tenía una descripción perfecta de Ana, la amante de Skinny, estaba seguro de poder reconocerla en cualquier momento, y, en cuanto a Skinny, también me sentía capaz de descubrirle aun en medio de un tropel de gente.

Pasó la primera tarde en que estuve vigilando la casa sin que tuviese la dicha de verles; pero a la mañana siguiente, a eso de las nueve, vi salir a Freeman. No esperaba verle tan de mañana, pues los ladrones acostumbran a rondar de noche y a dormir de día. Siguió calle Noventa y Cinco arriba, camino de la estación del metro de Broadway.

Como medida de precaución, saqué el revólver de la revólvera y me lo puse en el bolsillo del abrigo. Seguí a Freeman con rapidez, y así que se dirigía a la

ventanilla para sacar billete, me paré delante de él y, aplicándole el revólver al vientre, le intimidé:

— Manos arriba, Skinny. Dése preso, si no quiere tragarse todo el plomo del revólver — y rápidamente le esposé.

— Ese negro nunca había sido compañero mío — replicó, enérgicamente, con esa repugnancia que sienten los norteamericanos contra la raza negra.

— Pues, ¿por qué le mató?

— ¿Me condenarán a morir electrocutado?

— Por la muerte del negro, de ningún modo — le contesté para animarle a que lo contase todo. — Únicamente habrá de responder del robo.

— Pues ahí va. Estaba robando el piso, cuando oí ruido. Me escondí detrás de las cortinas y esperé, pero apenas me había escondido, se abrió una ventana y por ella penetró el negro. Me quedé de momento sin saber qué partido tomar. De pronto, apareció en la habitación una señora y el negro la agarró por el cuello, como si quisiera estrangularla. Saqué entonces el revólver, y le desceñé al negro dos tiros. No pude tolerar que un negro indecente estrangulara a una mujer blanca.

EL HOMBRE QUE PASO A LA CUARTA DIMENSION

De cómo llegó a conseguirlo por medio de una ingeniosa máquina, científicamente construída, lo cuenta en un alucinante alegato que dejó en su celda un periodista condenado a muerte por un crimen que no había cometido.

No deje usted de leer esta maravillosa narración en

GRAN PROYECTOR

correspondiente al próximo mes de noviembre.

SIN dirigirme a ningún hotel, registré mi equipaje en la consigna y tan rápidamente como quiso llevarme un taxi salí en dirección a la calle Noventa y Cinco. Otra vez me encontré con que se trataba de una casa de huéspedes. Desde una cabina de teléfono público del barrio llamé a la casa de huéspedes y pregunté si allí vivía un tal *Hambelton*. Con toda la intención di el nombre equivocado para que la telefonista me rectificara, y, en efecto, así sucedió.

— ¿Dice usted *Hambelton* o *Hamilton*? — me preguntó.

Oyendo el nombre de Hamilton, ya podía dar por seguro que aun vivía allí Ana. Sin embargo, insistí:

— El señor Arturo Hambelton y esposa.

— ¿De qué se trata? — me preguntó, algo sorprendido, pues realmente no esperaba que aun se tratase de lo del dichoso negro.

— Del asunto de Baltimore, del robo de la casa donde usted mató a Louisville Shine. No puede ya negarlo porque hemos encontrado sus huellas digitales en el marco de la puerta.

La gente, movida por la curiosidad, se amontonó a nuestro alrededor, deseosa de saber los motivos por qué se detenía a un ciudadano que nada había cometido en aquellos momentos.

Trasladado a una habitación a propósito de la estación del Metro, le pregunté:

— ¿Quiere usted contarme la historia que motivó la muerte de su compañero el negro?

SKINNY fué conducido poco después a Maryland, donde cumplió tres años de condena, terminados los cuales fué trasladado a California para cumplir en Folsom la condena que le correspondía por su fuga de la cárcel.

Entonces tuvo el director ocasión de saber cómo había conseguido Skinny la famosa escapatoria, en la cual, como él sospechaba, había tomado parte activa su cómplice Ana Hamilton.

Recordando el director que yo le había prometido llevarle preso a Skinny a cambio de los informes que me daba, me escribió felicitándome por mi gestión.

Ana le abandonó, por fin, y Skinny fué muerto mientras robaba en una casa de Chester (Pensilvania) hará cosa de un año.



LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas 5 ptas.

Publicado en la colección
EL ARTE DE LA MÚSICA

en la que también figuran los siguientes títulos:

La religión de la música, por Camilo Maclair. 4 ptas.

Historia de la música moderna, por Camilo Maclair 5 »

Para entender y saborear la música, por Arturo W. Pollitt . . 4 »

Perfiles y recuerdos, por Camilo Saint-Saëns 4 »

Dicen los músicos..., por José M.^a Borrás . . 5 »

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

Los Ladrones de Pisos

(Continuación de la página 14)

del desagüe y, ensanchando la entrada, van a parar a la atarjea de la calle, y de ésta a otra, hasta dar en la alcantarilla general de una gran vía, sin miedo a las rondas que continuamente pululan por ella haciendo servicio. El punto donde empieza su trabajo recibe, en la jerga delincuente, el nombre de valla.

Ya en la alcantarilla, los ladrones llegan hasta el sitio designado y, ensanchando el desagüe de las casas, rompen el muro que los separa de la cueva, cautos y empleando generalmente el trabajo de muchas noches, que siempre interrumpen al despuntar el día, o bien lo efectúan en las horas de más tráfico, para que el ruido de coches, carros y demás vehículos apague los golpes.

Una vez en la cueva, levantan la reja de la tienda, joyería o casa de banca, y penetran dentro, apoderándose de cuanto pueden, sin reparar en verter sangre, y luego desaparecen con el botín por donde llegaron.

Otras veces su trabajo es más complicado. Después de alquilar la tienda, cochera o piso bajo, a los que llevan algunos muebles, barriles o caballerías para evitar las sospechas de los vecinos, han de hacer una verdadera mina directa entre aquellos locales y el establecimiento que esperan robar, depositando las piedras y tierras extraídas en las distintas dependencias del local, excepto las que utilizan para ir reforzando la galería hecha, con el fin de evitar hundimientos, dado lo inestable de las paredes.

Cuando los *ratoneros* o *minadores* tienen hecha la mina, si no existe cueva bajo el establecimiento que van a robar, para saber con exactitud el punto del suelo de la tienda por donde han de perforar para entrar, varios de los ladrones se quedan en la mina y uno de ellos, disfrazado, claro es, como una persona decente, entra en el establecimiento con pretexto de pedir unos informes, si es una casa de banca, o de comprar alguna alhaja, si es una joyería, y en el punto más expedito y sin muebles, con un bastón, da en el suelo algunos golpes como al descuido, señal con que indican a los que están debajo el sitio exacto por donde ha de hacerse la entrada.

Los enemigos mayores de tales ladrones, cuando trabajan por las alcantarillas, aparte de las rondas de empleados, son las enormes ratas que crecen en las mismas, animales voraces que muchas veces atacan a los *minadores*, los cuales tienen que ir provistos de cuchillos y grandes machetes bien afilados, para defenderse de ellas.

También los *alcantarilleros* — siempre temerarios y con valor a prueba — usan otro medio para robar en las joyerías y casas de préstamos. Elegido el establecimiento a desvalijar, se disfrazan de empleados de la ronda subterránea y en plena calle, ante la boca de la alcantarilla más próxima a aquél, se instalan como si fueran a ejecutar sus trabajos. Levantan la losa que cubre la entrada y colocan una escala dentro sujeta a la boca. Llevados a cabo tales preparativos, uno de ellos se queda en aquel sitio guardando la entrada, y los demás se dirigen al establecimiento objeto de su rapiña, donde entran, revólver en mano, y se apoderan rápidamente de cuanto encuentran de valor a su alcance, o bien, sin penetrar

en el establecimiento, rompen con un martillo la luna del escaparate, cogen cuantas alhajas hay en él y con rapidez se dirigen a la boca de la alcantarilla, por la que van desapareciendo uno a uno, revólver en mano, que disparan para amedrentar, si ven que los persiguen, con lo que logran contener a los perseguidores y dar tiempo para evaparse del lugar del suceso recorriendo las alcantarillas, cuyo plano conocen palmo a palmo.

Un caso trágico

A propósito de los *alcantarilleros*, *ratoneros* o *minadores*, voy a referir un caso verídico que tuvo un final un poco trágico.

Varios de esta clase de bandidos se coaligaron para robar una famosa joyería del centro de la ciudad. Pero como no encontraron un punto fácil cercano donde empezar su trabajo, tuvieron que entrar por los desagües de las alcantarillas en las afueras de la población. Para realizar los trabajos subterráneos se cambiaron los trajes, que quedaron a la entrada, entre matorrales, por otros a propósito, compuestos de una gorra, un pantalón viejo de dril, una camiseta y altas botas impermeables. Para llegar al punto designado, anduvieron más de tres kilómetros, respirando una atmósfera mefítica, yendo siempre con los pies metidos en agua, a veces recibiendo sobre sus cuerpos filtraciones de las paredes de las galerías; caminando otras a gatas o arrastrándose, y siempre ojo avizor a los puntos de las luces de las rondas de los empleados.

Por fin, eligieron el punto de partida para la mina a realizar y comenzaron sus trabajos de topes, rompiendo los cimientos de un murallón antiguo; luego, poco a poco y día tras día, siguieron su faena pesada y dura, sin desmayar, con la esperanza de llevar a cabo su criminal objeto.

Así durante tres semanas, continuaron su trabajo, hasta que cierta noche, el *vallador*, o sea el ladrón que guardaba el punto de partida de la mina, dió la señal de peligro. Rápidamente todos los ladrones salieron de la mina a la alcantarilla y vieron con terror que por ambos extremos de ella se acercaban los puntitos de luces de muchas linternas. Bien pronto comprendieron la verdad. La policía llegaba, aleccionada, sin duda, por alguna confidencia. Los ladrones, viéndose perdidos, se atrincheraron tras las piedras que habían arrancado en su trabajo destructor y comenzaron a disparar sus pistolas, a cuyos tiros contestaron con otros los que se aproximaban, que, en efecto, eran agentes de la policía. Pero como éstos venían en distintas direcciones y temieron herirse mutuamente, apagaron sus linternas y se cobijaron en las atarjeas laterales. Pasaron las horas en aquel silencio de muerte, lentamente rasgándose de vez en cuando las tinieblas profundas por los fognazos de los disparos.

Por fin, los policías, guiados por los empleados de las rondas, pudieron llegar casi frente a la mina por medio de una atarjea de una calle estrecha. Surgieron súbitamente, iluminando el sitio de la batalla con sus poderosas linternas eléctricas y amenazando con sus revólveres a los ladrones, medio entumecidos ya

por la tremenda humedad reinante. Todos los criminales, menos dos, se entregaron; pero éstos, validos de la distancia en que se encontraban y amparándose de las sombras, huyeron, perseguidos, sin embargo, por los disparos de la policía, pues el eco delataba sus pasos. Los dos criminales fueron heridos. Uno de ellos cayó para no levantarse más, pero el otro logró guarecerse en un hueco que formaba la confluencia de dos atarjeas, conteniéndose la sangre que a borbotones le salía de la herida. Y desde su escondite vió pasar a los policías persiguiéndole inútilmente, hasta que se perdieron en los recodos lejanos.

Al verse solo, quiso dejar su guarida para escapar, pero no pudo. La pérdida de la sangre le había debilitado en gran manera, teniendo que quedarse a su pesar en aquel sitio, inermes e impotente, presentándosele bien pronto un peligro, aun más terrible que el de la policía, con el que no había contado: las ratas, que

comenzaron a acudir hambrientas, atraídas por el olor de la sangre. Para evitar a mis queridos lectores descripciones un poco descarnadas, sólo he de añadir que al día siguiente fué encontrado el foragido sin vida y medio devorado por los terribles roedores. Su muerte debió de ser espantosa, sin medios para defenderse de la acometida de aquellos voraces animales.

Conclusión

TALES son los tipos más temibles de la fauna criminal. *Espadistas, topistas y alcantarilleros* trabajan incesantemente, llevando la ruina y algunas veces la muerte a los hogares, antes felices y rientes.

Contra sus acechanzas debemos vivir prevenidos, extremando las precauciones. Estos tipos de la delincuencia son los mayores enemigos de nuestra hacienda y de nuestras vidas.

Venganza de Mujer

(Continuación de la página 16)

Mientras el auto se alejaba, pensé que no estaría de más averiguar quién era la compañera con quien tanto se había disgustado la encantadora Ivonne. Como en los escenarios de los teatros todos los secretos relativos al personal de ellos son del dominio público, pensé que cualquiera de las señoritas del conjunto, o de las *girls* de la revista, me pondría al corriente de las famosas diferencias entre Ivonne y la señorita X.

Salí en aquel momento un grupo de señoritas del conjunto. Fingí conocer a una de ellas y le saludé como si fuésemos amigos de muchos años. Ella no me había visto en su vida, pero como yo uso siempre joyas magníficas (pero falsas, detalle que sólo está al alcance de un buen joyero), me dió tan excelente acogida, que media hora después nos hallábamos cenando juntos en la Taverne du Panteon.

La cena me costó algunos francos, menos sin duda de lo que valían las confidencias de la joven artista del Alcázar; puesto que, por ellas, me puse al corriente de todo lo que me interesaba saber, y de un gran número de *potins*, ciertamente menos interesantes, pero no menos divertidos. Lo más sensacional de la última semana en el Alcázar no era, como afirmaban los carteles, la *reprise* de la famosa revista *Les femmes aux nues*, sino una agarrada en pleno ensayo, entre las famosas divettes Ivonne Doriat y Jane Darbi a propósito del reparto de un papel en apariencia, o como pretexto, pero, en el fondo, por cierto galán que la primera había quitado a la segunda, o viceversa. El nombre del afortunado mortal no había saltado en la palestra, y bastante lo sentí yo, que juzgaba era lo más interesante.

Al día siguiente acudí a saludar a Jane Darbi, haciendo, como siempre, predecir mi visita por una de mis tarjetas con la corona ducal. También obtuve excelente acogida por parte de Jane, y una serie inacabable de historias a propósito de su *amiga Ivonne*, que era una mala compañera, que le ponía líos con todos sus amigos, y que le había hecho perder un magnífico partido; pero nada

en concreto, ni la más pequeña alusión al asunto que a mí me interesaba. Podía haber preguntado a esas mujeres si conocían a Marcelo Duamel, mas no lo hice, esperando que alguna de ellas pronunciase ese nombre y refiriese algo relativo al infortunado joven, lo cual sería mucho más espontáneo que hacerlo contestando a preguntas mías. Estas podían ponerlas en guardia, sobre todo siendo, como era, del dominio público que la policía había hecho laboriosas indagaciones acerca de su muerte.

Decidí no precipitarme, y seguir cultivando la amistad de las dos *vedettes* del Alcázar; cosa que, después de todo, no tenía nada de desagradable, pues una y otra dedicaban inacabables atenciones al duque de Prairie.

Pasaron dos o tres semanas, y ya sabía yo tanto de todos los misterios galantes del Alcázar como la más vieja de las *habilleuses*, pero mis indagaciones no habían adelantado gran cosa.

Transcurrió todavía otra semana, y comprendiendo que a aquel paso no lograría ningún resultado positivo, decidí adelantar los acontecimientos y someter a Jane e Ivonne a un estrecho interrogatorio. Primero visité a Ivonne en su domicilio, o mejor dicho, el domicilio de Ivonne, porque, de momento, me interesaba no hallarla en casa. Acudí, pues, allí a una hora en que ya sabía que estaba ausente. Una buena propina me granjeó en el acto la confianza de su doncella, la cual me permitió examinar con calma un paquete de cartas que había olvidadas sobre uno de los muebles del salón de la *vedette*. Me chocó que estuviesen allí, pero, conocido el desorden con que suele vivir la gente de teatro, lo atribuí a un descuido, un descuido providencial, puesto que me permitió leer una carta de Jane Darbi en la que ésta ponía verde a Ivonne, a propósito de cierto M. D. (Marcelo Duamel, de seguro) y en la que, entre otras cosas menos interesantes se decía que *los dos se acordarian de ella*. Me apresuré a colocar la carta entre las otras, dejé el paquete en su sitio, o mejor en el sitio en que no debía estar, y, pretextando tener



GRAN DICCIONARIO CUYÁS INGLÉS - ESPAÑOL SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberto del Castillo Yurriñá

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edición del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel. 25 ptas.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

prisa, me alejé del domicilio de Ivonne. Era ya evidente que Jane Darbi, la firmante de la comprometedor carta, podía ser, si no la autora material, la instigadora del asesinato de Marcelo Duamel.

El interrogatorio a que sometí a Jane Darbi me convenció en seguida de que no me había equivocado en esta suposición. Jane comenzó negando que conociese a Marcelo, para acabar por reconocer que, efectivamente, había tenido con él una estrecha amistad; negó también que jamás hubiese salido con él en auto, para decir luego que lo había hecho en varias ocasiones; asimismo negó que hubiera tenido disgustos con Marcelo, manifestando, al fin, que, en cierta ocasión y a propósito de una infidelidad, habían tenido una disputa, pero que el incidente careció de importancia.

Todas estas contradicciones y, más que ellas, la estudiada reserva con que hablaba de Marcelo, no dejaban lugar a dudas acerca de su culpabilidad más o menos grave. Y así se lo dije al padre de Marcelo Duamel.

— Entonces ¿qué me aconseja usted que haga? — dijo éste, después de haber oído mi relación.

— Presentar una denuncia contra Jane Darbi; el juez la interrogará, y no tardará en descubrirse toda la verdad. Ella misma lo revelará todo.

— ¿Cómo no se lo ha revelado ya a usted? — arguyó.

— Casi nunca los culpables se declaran tales a un detective. Nosotros no tenemos autoridad ni impresionamos tanto como un juez de instrucción. Además, nuestra misión no es la de hacer confesar a los culpables, sino, sencillamente, descubrirlos y ponerlos en manos de la justicia. De lo demás se han de encargar el Juzgado y el Tribunal.

El padre de Marcelo, ni corto ni perezoso, se apresuró a seguir mi consejo, y se abrió un proceso contra Jane Darbi; proceso que, como es natural, hizo mucho más ruido que el descubrimiento del cadáver del joven Marcelo por la popularidad de la *vedette*. Jane Darbi fué procesada, nombrándose un buen abogado para defenderla.

Mi nombre sonó también mucho, y me valió cierta fama, reconociéndose la habilidad con que yo había puesto a la justicia en camino de descubrir un crimen que parecía que iba a quedar impune.

A pesar de que Jane protestaba obstinadamente de su inocencia, y que realmente no se hubiese dado con una prueba evidente de su culpabilidad, yo no dudaba de que, al fin, estrechada por los interrogatorios del juez, acabaría por declararse culpable. Pero no ocurrió así. No sólo Jane Darbi no confesaba, sino que, de la laboriosa instrucción nada resultaba contra ella en concreto. ¿Me habría yo equivocado? ¿Se habría equivocado también el juez, que, al principio, creía como yo en la culpabilidad de Jane?

El juez, al llamarme a declarar, no me ocultó sus dudas.

— Me parece, señor Rocroi — me dijo, — que nos hemos equivocado, lo cual es lamentable para nosotros, que no deberíamos equivocarnos nunca, y, especialmente, en procesos de la naturaleza de éste, que la opinión sigue sin perder detalle.

— Entonces, ¿duda usted de la culpabilidad de Jane Darbi?

— No es lo malo que dude yo, sino que también comienza a dudar todo el mundo.

— En todo caso, no dudo yo — repliqué con viveza.

— Será porque sabe usted algo más de lo que consta en el proceso.

— Sabía, en efecto, lo de la carta amenazadora de Jane Darbi, leída en casa de Ivonne, a cuya carta yo no podía aludir, no sólo porque no era prudente comprometer a la doncella de Ivonne, sino porque temía que, en vista del giro que tomaba el proceso, ya la famosa carta hubiese desaparecido. De ahí que me guardase bien de contestar a la observación del juez. Pero a éste, habituado por su profesión a leer en el rostro de las gentes, no se le escapó que, efectivamente, yo sabía algo más. De ahí que me dijese:

— Creo que debiera usted declarar todo lo que sepa, sin ampararse en el secreto profesional. ¿Cómo se le ocurrió a usted sospechar de Jane Darbi?

— Eso ya consta en el proceso. El anónimo recibido por el padre del interfecto.

— Pero sólo por ese anónimo Jane no hubiese confesado que ella había amenazado a Marcelo Duamel. ¿De qué medio se valió usted para arrancarle esa confesión?...

Me guardé muy bien de decírselo, pero comprendí por qué razón quería saberlo. El juez temía que *ese medio* fuese el que me había inducido a error, y yo comencé a temerlo también. ¡En mala hora me había metido yo en aquel asunto de faldas!

COMO se aproximaba el día señalado para la vista del proceso de Jane Darbi, y ya algunos periódicos habían insinuado que el Jurado la pondría en libertad absoluta, y hablaban de mi fracaso, para evitar que éste se hiciese demasiado patente me fuí a visitar a Ivonne, decidido a obligarla a decir todo lo que supiese del asunto, ya que para mí era indudable que ella era la que más sabía de él. Comencé por decirle que yo no era el duque de Prairie, sino sencillamente el detective Rocroi, y me atajó diciendo:

— Se figura usted que no lo sabía. ¿Olvida usted que los periódicos han publicado su retrato? — Y añadió: — ¿Me quiere usted creer, señor Rocroi? Deje las cosas en el punto que están y no quiera usted enmarañarlas más.

— ¿Cree usted que voy a cruzarme de brazos ante la perspectiva de un fracaso?

— ¡Bah! No es posible que triunfen ustedes en todos los asuntos. Yo también me equivoco a veces al recitar mis papeles, y no veo por qué los detectives no hayan de poder equivocarse también de cuando en cuando...

Y me miró de modo tan irónico, que no pude menos de exclamar:

— ¡Se ha burlado usted de mí, Ivonne!

— ¿Quién le metía a usted a revolver mis papeles?...

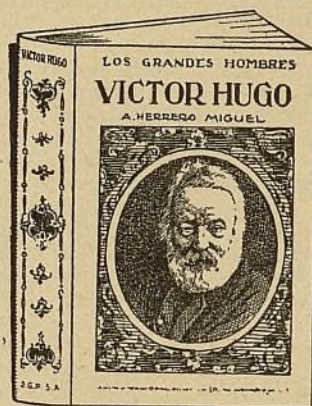
Al oír esta inesperada interpelación, comprendí con la rapidez del rayo todo el juego de aquella peligrosa mujer. Estaba de acuerdo con su doncella; deliberadamente había dejado el paquete de cartas a mi disposición, y la de Jane, la famosa carta de las amenazas, era probablemente falsa, hecha por ella misma para comprometer a su compañera. Lo que yo había supuesto una venganza de Jane era, en realidad, ¡una venganza de Ivonne!

— ¿Sabe usted que esto puede costarle caro — le dije enfurecido al ver que había sido juguete suyo — ¡Más caro de lo que se figura!

Impresionada por mis palabras, se dejó caer en un sillón y con cara asustada

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Victor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Victor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.

En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 4 ptas.
En rústica 3 ptas.

Otros títulos publicados en la
colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

me dijo que me lo revelaría todo. Había querido vengarse de Jane Darbi, que era una mala compañera. Para ello, escribió el anónimo recibido por el padre de Marcelo Duamel y la supuesta carta de Jane amenazando a Marcelo y a Ivonne. Contaba con que yo iría a su casa a practicar un registro y dejó apostadas las cartas a mi alcance, en combinación con la doncella.

— Pues nada ha conseguido usted con eso — le repliqué, — porque Jane será puesta en libertad.

— No me importa. Interinamente la he tenido un mes en la cárcel. Ya estoy vengada.

— Es usted una mujer despreciable y sufrirá las consecuencias de lo que ha hecho... Yo me encargaré de que ocurra así.

La verdad es que, afortunadamente para Ivonne, no lo pagó de ningún modo. Como fácilmente se comprenderá, no me convenía que se hiciese público que una mujer había jugado conmigo hasta aquel punto, y decidí, de momento, esperar la vista de la causa.

Jane Darbi, con todo y sospechase que sabía mucho más de lo que había declarado acerca de la muerte de Marcelo Duamel, y a pesar de algunas declaraciones de testigos que más o menos la comprometían, fué absuelta por falta de una prueba decisiva, gracias, sobre todo, a una defensa habilísima que resonó en las esferas judiciales.

Creo que esa absolución fué justa porque, efectivamente — como ya contestó el Jurado, — Jane Darbi no era culpable de haber asesinado al pobre Marcelo; y sin embargo, durante la vista del proceso, todo el mundo vió claro que ese joven no había muerto precisamente de la manera que se quería hacer suponer, por más que así lo testificaran los forenses en un dictamen tal vez precipitado...

A los pocos días me convencí de que, si bien me equivoqué en lo de creer culpable a Jane Darbi, no me había equivocado en lo de suponer que ella sabía algo más de lo declarado en el proceso.

Ivonne me lo refirió todo, punto por punto, y por esta vez no dudó de que haya dicho la verdad, pues, para sacársela, me valí de una estratagema en que a ella le iba el éxito de su carrera.

Como si le hiciese un favor, la incité a que me lo contase todo a cambio de mi silencio y, por tanto, de romper la denuncia por calumnia que tenía preparada contra ella para presentar a los tribunales. Por la cuenta que le tenía, se brindó a aclararme el misterio, prometiéndome, además, no decir a nadie la verdad de lo ocurrido con la carta falsa y el anónimo.

Jane Darbi — según me contó Ivonne — tenía un protector muy rico y muy celoso. Esto no obstante, se permitía estar a partir un piñón con Marcelo Duamel.

Cierta tarde, una compañera suya, que también tenía un protector adinerado, la invitó a ella y a Marcelo a dar un paseo por las afueras de París para probar un magnífico automóvil que le acababa de regalar su viejo amigo.

Sin novedad hicieron el viaje, y, a media tarde, dejando el coche en un ensanchamiento que ofrecía la carretera, treparon por la montaña hasta encontrar un sitio a propósito para merendar.

Cuando se disponían a regresar, Marcelo, que iba delante, resbaló con una piedra y cayó rodando por la pendiente.

Probablemente hubiera salido del acci-

dente con ligeros rasguños y contusiones de no haber ocurrido la fatal coincidencia de que en el preciso momento en que su cuerpo cayó en la carretera, pasaba a gran velocidad un automóvil, que, sin tiempo de frenar, le pasó por encima. Al darse cuenta del atropello, el conductor del coche no pensó en otra cosa que en desaparecer rápidamente, sin que, debido a la semiobscuridad que reinaba, las muchachas pudieran anotar el número del vehículo.

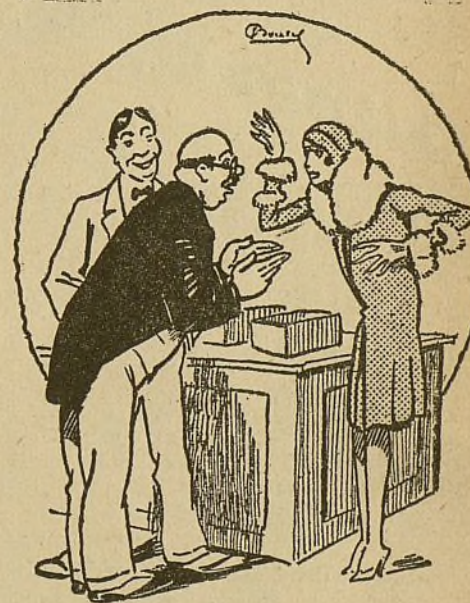
Apenas repuestas de la sorpresa que les produjo la horrible desgracia, las dos amigas cogieron el cuerpo inerte de Marcelo y después de colocarlo sobre la capota de su automóvil se dispusieron a llevarlo al pueblo más cercano.

Pronto se dieron cuenta, sin embargo, de que sus esfuerzos serían inútiles, pues el desgraciado joven había dejado de existir. Entonces, la amiga de Jane cogió a ésta y con hábiles razones le hizo comprender que, de hacerse público lo ocurrido, además de verse ambas envueltas en un probable proceso, perderían a sus protectores; y como ya no era posible devolver la vida a Marcelo, lo mejor era regresar a París dejando abandonado el cadáver.

Convencida Jane por las palabras de su compañera, accedió a lo que le pedía y, después de recorrer unos cuantos kilómetros, abandonaron el cuerpo del joven en la carretera, cerca de la cuneta — donde fué hallado posteriormente — y regresaron a París.

Como nadie absolutamente había presenciado la tragedia, nada se supo de ello, ni nada hubiese llegado a saber yo mismo si Jane Darbi no se lo hubiese contado a su buena amiga Ivonne, sin pensar en que algún día Ivonne podría utilizarlo como una cruel venganza.

CON motivo de este asunto lamentable y — lo confieso — poco brillante para mí, decidí trabajar con otro nombre, el que ahora uso, y desconfiar en absoluto de los anónimos, sobre todo de los anónimos trazados con letra de mujer.



— ¡Sí, señor; me han robado mi bolso!

— ¿Y llevaba mucho en él, señora?

— ¡Todas mis compras! Tres pares de medias, tres combinaciones, un vestido de baile y otro de calle.

Entretena sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos

Libros publicados en lo que va de año

Precio : 1'50 ptas.
volumen corriente

- N.º 227* - Corazones que no se encuentran
- N.º 39 - El secreto de Julia Godoy
- N.º 152 - El alojado
- N.º 80 - Afortunada en amores
- N.º 151 - Las veleidades de Consuelo
- N.º 150 - El ama de llaves
- N.º 112 - La sin nombre
- N.º 226* - Camino difícil
- N.º 103 - La millona
- N.º 148 - Justa y Rufina
- N.º 36 - Yo... no era yo
- N.º 147 - El heredero
- N.º 101 - El Amor y Diana
- N.º 146 - La estatua velada
- N.º 145 - Error

- Berta Ruck
- A. Marín Alcalde
- Berta Ruck
- Berta Ruck
- Carmela Eulate
- Henry Greville
- Concordia Merrel
- Concordia Merrel
- J. F. Muñoz y Pabón
- J. F. Muñoz y Pabón
- Berta Ruck
- Francis H. Burnett
- Concordia Merrel
- M. Maryan
- María Sepúlveda

Los números señalados con * se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

La Misteriosa Desaparición de Teresa Escandell

(Continuación de la página 20)

de los pisos situados a espaldas del edificio. Por consiguiente, la carta debía de haber sido arrojada desde alguno de aquellos pisos.

Preguntamos si todos ellos estaban ocupados por gente obrera, y nos respondieron afirmativamente; mas había uno — el tercer piso — sobre cuyos inquilinos ninguno sabía darnos referencias concretas. Nadie los conocía, sabiéndose, sin embargo que se trataba de hombres solos, a los cuales no se les había visto desde hacía dos o tres días.

Nos hicimos conducir hasta el piso en cuestión. Nuestra primera sorpresa fué la de encontrarnos con la llave de la puerta puesta en la cerradura, lo cual indicaba que sus moradores habían abandonado el piso sin preocuparse de hacer entrega de las llaves al dueño de la casa.

Pasamos.

Constaba de varias habitaciones, todas ellas desamuebladas, y sus ventanas correspondían al solar ya descrito.

Lo primero que hice fué buscar entre ellas alguna que por su altura estuviese en relación con la que Teresa nos describía en su carta. Pasé sucesivamente de una a otra y por fin me pareció encontrar la que buscaba.

Era una pequeña habitación cuadrada y disponía de una sola ventana pequeña situada a bastante altura del suelo, ofreciendo la rara circunstancia de que estaba protegida por una reja, como para impedir que uno pudiera escapar por allí.

Miré a través de ella, colocándome en el centro de la sala, y pude comprobar que se dominaba perfectamente desde allí la torre de ladrillos rojos y la pared recientemente construída, teniendo como fondo parte de la montaña del Tibidabo.

Esto, sin embargo, no me pareció de suma importancia, puesto que desde todas las ventanas que se hallasen en aquel mismo plano debía de verse igualmente todo ello.

Me dediqué entonces a examinar escrupulosamente la habitación. La escasa luz que dejaba entrar la pequeña ventana no era suficiente para mi objeto, que tendía a encontrar alguna huella delatora, y tuve que valerme de una bujía suministrada por una de las vecinas.

Al encenderla, descubrí en un ángulo un montón de papeles sucios, grasientos, que probablemente habían servido para envolver comidas. Por otro lado, la habitación acusaba asimismo ese estado de suciedad peculiar de las estancias donde las funciones de comer y dormir se realizan sin grandes medios. Era, pues, indudable que allí había vivido una persona precariamente.

Removí con el pie aquel montón de basura acumulado en el rincón y vi salir de entre los papeles el volumen de un libro cuyo tamaño me sugirió en seguida el recuerdo de las hojas donde Teresa había escrito al padre su última carta...

Lo recogí rápidamente y no tardé en hallar, en el centro del mismo, unas cuantas páginas arrancadas... Saqué las que yo conservaba, aquellas en que Teresa escribiera su mensaje, y el asunto me pareció llegado a su fin. Eran las mismas que le faltaban al libro. La cárcel, pues, donde los secuestradores habían tenido a Teresa, era aquella habitación.

Mas, ¿qué había ocurrido después? ¿A dónde la habían llevado? ¿Qué les indujo a abandonar aquella casa precisamente en los días que siguieron al envío de la carta denunciadora?

Concretamente lo he ignorado siempre, pero no es difícil sospechar los motivos, sobre todo si se tiene en cuenta que los secuestradores desaparecieron a los pocos días de haber escrito Teresa la segunda carta. Indudablemente, por un medio u otro supieron este incidente y, antes que hallarse descubiertos en su propia casa, prefirieron escapar, llevándose igualmente el cuerpo del delito.

El desconsuelo del infeliz padre de la muchacha no tuvo límites. Cuando por fin creía tener en sus manos a la llorada hija, el destino se la volvía a arrebatar haciendo desaparecer por completo la única pista que en todo este misterio se había presentado.

Ello fué, sin embargo, para mí un motivo más para continuar las investigaciones empezadas y trabajar sin desfallecimiento hasta llegar a deshacer la trama de este misterio.

POCOS días después, cuando mis pesquisas infructuosas no habían producido otro fruto que mi desaliento, leí en el diario que una mujer joven, en traje de baño, había aparecido ahogada en una playa de las proximidades de Barcelona, sin que aun se la hubiese identificado.

El hecho hubiese pasado inadvertido, como tantos otros análogos, si la reciedumbre de los anteriores acontecimientos no me hubiese hecho asociarlo al recuerdo de Teresa.

Con esa última esperanza que se conserva siempre ante la intriga apasionante de todo misterio, salí aquella mañana de casa y me encaminé al depósito judi-

cial. Llevaba en el bolsillo tres retratos de la interesada, conservados aún desde los días de mis primeras gestiones.

El cadáver de la bañista ahogada estaba expuesto para identificación. No se le había practicado todavía la autopsia.

Lo miré... Examiné luego las fotografías, como si me resistiera aún a admitir la trágica realidad de lo que tenía delante... Pero la duda era ya imposible, ni aun sostenida con el esfuerzo del deseo...

Estaba en presencia del cadáver de Teresa Escandell.

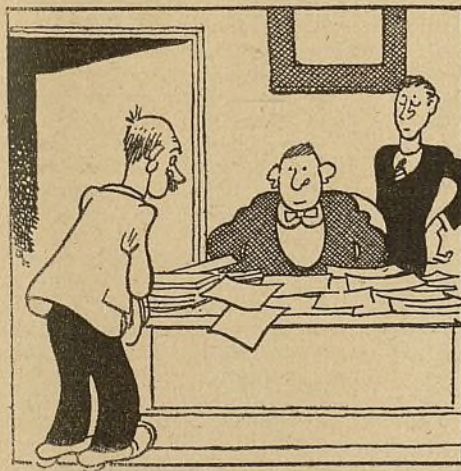
Practicada la autopsia, cuyo resultado aguardé impaciente, se comprobó, con mi asombro, que la joven había perecido, efectivamente, ahogada, sin que presentara su cuerpo la menor señal de haber sido víctima de una agresión.

Ante tal resultado, mi deducción fué la de que los secuestradores, no pudiendo salir de España con ella y conociendo la condena que podía caberles si se descubría el infame rapto, la eliminaron arrojándola al mar de noche, precisamente en traje de baño para inducir a la suposición de que había perecido ahogada en un momento de imprudencia.

SOBRE tal incidente los periódicos se limitaron a publicar una de esas breves noticias que se ven tan a menudo, y todo quedó como si nada hubiese ocurrido.

El asunto empezó por una gacetilla trivial y terminó con otra sin importancia alguna.

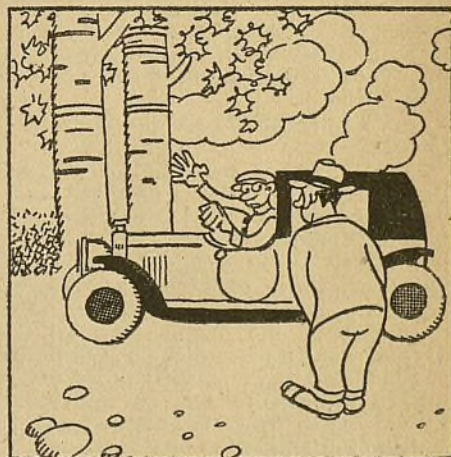
El curioso lector que asiduamente ojea el diario pasó un día la vista, indiferente, por la noticia de que había desaparecido una joven del domicilio paterno, y, unos meses después, volvió a saber que otra joven había aparecido ahogada en una playa; pero, como ocurrirá tan frecuentemente en otros mil casos, nadie supo nada del hondo drama encerrado en ese paréntesis de las gacetillas periodísticas.



El juez. — ¿Es usted el que robó un gramófono en la calle Rosales, 154, 1.ª, 1.ª?

El reo. — Sí, señor juez.

El juez. — Bueno. Le indulto y, además, le felicito. ¡Yo vivo en la calle Rosales, 154, 1.ª, 2.ª!



—Haga el favor de esperar que en seguida vuelvo.

El taxista. — ¡Eso sí que no! Lo mismo me dijo una vez un cliente y se estuvo tres años, dos meses y un día.

Once Campanadas

(Continuación de la página 24)

— No hay inconveniente, señor. Pero no puedo dejar sola la casa.

— No se preocupe usted, ya la guardaré alguien. Tome su sombrero.

Al bajar, me detuve en el zaguán de la escalera para hablar con el portero, que en aquel momento escuchaba de mala gana a una señora que se quejaba amargamente del servicio del ascensor. El pobre hombre ya tenía bastante que pensar en aquel momento para que le molestasen con otra cosa.

Dió a la señora algunas excusas y, al ver que esperábamos, se acercó a mí.

— Durante uno o dos horas no diga usted una sola palabra a los periodistas — le recomendé. — Eso nos dará el tiempo que necesitamos. ¿Se acordará usted?

— Sí, señor — contestó.

— Yo volveré en cuanto pueda, seguramente dentro de una hora.

ENCONTRAMOS a Pedro Muir leyendo en su estudio. Era un muchacho joven y muy agradable, rubio, de treinta a treinta y dos años de edad.

— ¿Qué puedo hacer en su obsequio, señores? — preguntó sonriendo en cuanto su criado nos hubo franqueado el paso.

Llevaba una bata y parecía leer tranquilamente el periódico.

Le mostré mi insignia y le avisé que tuviera cuidado con sus manifestaciones, pues no quería aprovecharme de la ignorancia de aquel joven, que ya estaba en situación bastante comprometida.

— ¿Qué ocurre? ¿Se trata de mi proveedor de licores, o...?

— Ya sabe usted lo que ocurre — interrumpí. — Su tío Marcos Waterman fué asesinado ayer noche.

Se borró la sonrisa de su rostro, como se borra lo escrito en una pizarra. Pareció haber quedado muy sorprendido. Y eso me hizo creer que se trataba de un buen actor.

— ¿Asesinado? — repitió. — ¿Que mi tío Marcos ha muerto? — y me miró incrédulo, como si creyese que me burlaba de él.

— Sí, señor. Muerto — repliqué.

El joven seguía mirándonos uno a otro, como si esperase nuestra declaración de que todo era broma. Billings fingió mirar un cuadro, porque no podía resistir la escena.

— Sí, señor. Muerto — repetí.

— Pero ¿cómo es posible? Si yo le vi ayer noche.

— Ya lo sabemos. ¿A qué hora salió usted?

— No lo sé con exactitud — dijo esforzándose en recordar. — Quizás hacia las once o pocos minutos después. ¿Es muy importante este detalle?

— Pronto lo comprenderá usted, señor Muir. Tengo entendido que disputó usted con su tío. ¿No es así?

— ¿Que yo me disputé con mi tío Marcos? ¿Quién le ha dicho a usted eso? — añadió mirándonos y fijándose sobre todo en Billings.

— A propósito de la taza, señor Muir — dijo el criado en voz baja.

Muir le miró en extremo asombrado.

— ¡Ah, la taza! Sí, ahora recuerdo que tuvimos unas palabras, pero sin importancia alguna. El se negaba a vendermela. Pertenece a la segunda dinastía Ming — y lo dijo como si estas palabras lo explicasen todo.

— Y en vista de eso, decidió usted llevársela. — añadí yo con toda tranquilidad.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— No quiero decir cosa alguna — repliqué acercándome a la chimenea. — Lo único que me interesa saber es si ésta es la taza que pertenecía al señor Waterman.

Y cogí una taza con el asa rota, que estaba sobre el mármol de la chimenea. Reinó absoluto silencio durante unos momentos, y luego Muir dijo:

— Pues sí, señor. Esta es la taza de que anoche hablamos con mi tío.

— Y ¿cómo se halla aquí?

— Sencillamente, porque tiene el asa rota y mi tío me la entregó para que la arreglase. Tengan ustedes en cuenta que para eso no se fiaba de nadie más. Pero, en fin — añadió, sorprendido, ante la expresión de mi mirada, — supongo que no va usted a imaginarse que yo...?

— Temo mucho tener que pensar eso mismo — le dije. — Usted y su tío se pelearon a propósito de la taza. A la mañana siguiente se le encuentra asesinado y, al parecer, murió uno o dos minutos después de las once.

El joven se sobresaltó al oírlo y replicó:

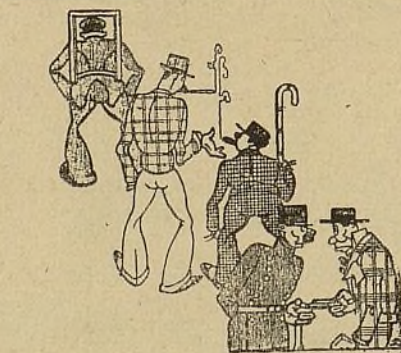
— Es imposible. Yo estaba allí entonces.

— Ya lo sabemos — le interrumpí. — Fué asesinado un poco después de las once y usted ha confesado que estaba con él en aquellos momentos. Además, sobre esta chimenea veo el objeto de la disputa. El asunto no puede estar más claro. No pretenda hacernos creer ahora que, después de disputarse acerca de esa taza, su tío se la confió. Ya conozco bastante a los coleccionistas para saber que eso no es posible.

— ¿Se figura usted que mi tío no tenía confianza en mí? — me dijo con una expresión que me pareció sincera a más no poder, suponiendo que no fuese un actor excelente. — Sepa usted que ha dejado muchas veces esta taza en mi poder, porque no quería confiarla a manos extrañas. ¿Se figura tal vez que la he robado a mi tío?

— Nada de eso, señor Muir. Sino que, para adquirirla, le asesinó usted. Me veo en la triste necesidad de rogarle que me acompañe.

Fué conducido a la Jefatura, y yo recibí la felicitación de mis jefes por la rapidez con que había solucionado aquel asunto.



— Oiga, agente: se me ha perdido mi esposa.

— ¿Qué señas particulares tiene?

— Mal genio y camiseta con franjas amarillas.

FIGURÁBAME haberlo terminado, porque, a primera vista, no faltaba ninguna prueba, sobre todo habiéndose sentado muchos hombres en la silla eléctrica a consecuencia de pruebas menos evidentes. Ya es sabido que, por regla general, el asesinato ha de probarse por las circunstancias que rodean el caso, pues ningún asesino comete el crimen cuando le están observando otras personas.

Como digo, el caso parecía probado a más no poder, y no existía la menor sombra de duda de que el joven sería condenado en cuanto se le juzgase.

Mas, a pesar de todo, yo no estaba satisfecho. No me era posible convencerme de la culpabilidad de aquel muchacho que tenía tan franca expresión e inspiraba más bien lástima que repulsión.

Me decía el corazón que existía algo en aquel crimen que todavía no había logrado averiguar. Entonces recordé varios detalles del caso, entre ellos el de la mujer que se quejaba al portero del servicio del ascensor. Luego pensé en Emilio Warren y en el detalle de que se desesperase a las once en punto. Su declaración parecía convincente y, sin duda, sería creída por cualquier jurado. Además, el encargado nocturno del ascensor, que conocía muy bien a Muir, aseguraba que bajó un poco después de las once. Y, por fin, el mismo acusado confesaba que salió de casa de su tío a dicha hora.

Mas a pesar de todas esas pruebas, yo no estaba convencido aún de la culpabilidad de Pedro Muir.

Comuniqué mis impresiones a Roger, que se echó a reír y me dijo que estaba loco.

— Vale más que se vaya usted a casa a jugar con sus sobrinitas — dijo. — Eso le aclarará las ideas. Está usted cansado y nada más.

SEGUI este consejo, que, de no, el asunto en que entonces me ocupaba habría tenido un fin muy diferente.

Como, en efecto, estaba fatigado, creí que no podría hacer otra cosa mejor que ir a jugar un rato con mis sobrinitas, a quienes quería en extremo.

Al llegar a casa de mi hermana, las encontré dormidas y como ella estaba también muy ocupada, me senté en la sala a fumar reflexionando acerca del asesinato.

A mi pesar volví a recordar las quejas que de aquella señora recibió el portero con respecto al servicio del ascensor. Mi mente se esforzaba en encontrar al culpable del asesinato, porque no creía que fuese Pedro Muir.

Pero no era posible la duda. Emilio Warren fijó, de un modo preciso, el momento en que ocurrió el asesinato. ¡Si fuera posible destruir el valor de esa declaración!

Un poco después las niñas se enteraron de mi llegada y al poco rato acudieron dos de ellas a donde yo estaba. Jugamos unos momentos con sus muñecas, pero luego me pidieron que les leyese un cuento de hadas, cosa muy de su gusto. Tomé, pues, un libro que había en el suelo y mientras lo hojeaba, traté de averiguar sus preferencias.

— Léenos el del Príncipe Encantado, tío — dijo la mayorcita.

Entonces les léí la historia, y, por más que digan los ateos, lo que ocurrió luego me demostró la existencia de Dios. No era casual que aquella historia hubiese ido a parar a mis manos, sino por inexcusable designio del que está por encima de todos, con objeto de salvar la vida

de un inocente, acusado de un crimen horroroso.

Leí el cuento de cabo a rabo y me disponía a empezar el siguiente, cuando se me ocurrió una idea. Guardé un minuto de silencio, con grande asombro de las niñas, que no se lo explicaban, y, de pronto, me puse en pie de un salto y di un grito.

Las niñas se asustaron y mi hermana salió de la cocina reconviniéndome por ello.

— Perdóname, mujer — le supliqué con dignidad. — Estaba leyendo cuentos de hadas para tus niñas, pero eso me ha dado una inspiración.

Y me marché dejándola un poco alarmada. Me volví apresuradamente al piso en que yacía el cadáver del pobre Waterman. La primera persona a quien vi fué al portero.

— Los periodistas no me dejan en paz — me dijo.

Sin hacerle caso, le pedí:

— Me gustaría hablar con la señora que esta mañana le ha dado a usted quejas sobre el servicio del ascensor.

— ¿La señora Evans? — me preguntó muy asombrado. — ¿Para qué quiere usted hablar con ella? Vive en la casa hace ya mucho tiempo.

— Ya lo sé — repliqué. — Pero eso no importa. Haga el favor de telefonar avisando mi visita. ¿Quiere?

Así lo hizo, aunque muy extrañado. La visita que hice a aquella señora dió el maravilloso resultado que ya se verá.

ME encaminé a la casa inmediata y celebré una larga conversación con Emilio Warren, de cuya declaración tanto dependía el esclarecimiento del asunto. En caso de que tuviese razón, yo me habría equivocado por completo y Pedro Muir sería en realidad el asesino. En cambio, de existir algún pequeño error, era muy posible que mis nuevas pesquisas tuviesen un resultado distinto por completo.

La conversación confirmó mi sospecha y me decidí a dar un paso tal vez tan injustificado después de las pruebas logradas, que podía colocarme en una situación difícil.

Volví a la casa inmediata e interpele al portero:

— ¿Qué sabe usted acerca del encargado nocturno del ascensor?

— Muy poca cosa — me contestó, después de un momento de silencio. — Hace dos meses que trabaja en la casa. ¿Por qué?

— Por nada. ¿Dónde está?

— Sin duda durmiendo en su habitación.

— Quisiera verle — dije. — Acompañeme a su cuarto.

Este se hallaba inmediatamente debajo del tejado. El portero me señaló la puerta y me dejó. Yo llamé.

— ¿Quién va? — preguntó una voz.

Entré sin contestar. El muchacho se estaba cosiendo un botón en una prenda de ropa interior. Sobre la cama, cerca de él, había una caja de cigarros llena de varias clases de hilo, agujas y botones.

Al verme se puso en extremo pálido. Con rápido movimiento arrojó la prenda sobre la caja. Al cerrar yo la puerta con llave, palideció más todavía.

— Vamos a ver, Collins. ¿A qué hora tomó usted en el ascensor al señor Muir para llevarle a la planta baja?

— Pues... algunos minutos después de las once. ¿Por qué me lo pregunta?

— añadió muy nervioso.

— Y usted ¿qué hacía a las doce de la noche? — pregunté a mi vez con tranquilidad.

Se sobresaltó tanto, que de un brinco se puso en pie, volcó la caja de hilos y botones y, de un modo frenético, empezó a recogerlo todo.

Algo conocido me llamó la atención y me incliné para recogerlo. Era un botón que había saltado de la caja. Collins me miró mientras lo hacía, al parecer lleno de pánico.

— Pues... pues... estaba al cuidado del ascensor — tartamudeó por fin.

— ¿De veras? — exclamé al mismo tiempo que me fijaba en el botón que sostenía en la mano. — Parece hecho en China. Es un botón muy raro, ¿no le parece?

El no contestó, pero todos los músculos de su cuerpo se quedaron rígidos.

— ¿De dónde ha sacado usted este botón, Collins? — pregunté.

— Pues... el caso es que no lo sé. Me parece que lo he tenido siempre.

— Es curioso — repliqué. — Precisamente he visto sus compañeros. ¿A que no adivina usted dónde, Collins?

— No sé — murmuró con voz apenas perceptible.

— Pues en la bata del difunto Marcos Waterman.

Palideció como un agónico, pues sin duda se dió cuenta de que la cosa tomaba mal cariz para él.

— Es decir, el mismo que ayer fué muerto de una puñalada. Sin duda el criminal agarró uno de los botones durante la lucha y eso no ocurrió un poco después de las once como se ha dicho, sino unos instantes después de las doce.

— ¿Cómo sabe usted eso? — exclamó Collins.

— ¡Bah, no importa! Pero me consta que a las doce estuvo usted más de diez minutos ausente del ascensor. — Y apuntándole de un modo amenazador con el índice añadí: — ¿En dónde estaba usted entonces, Collins?

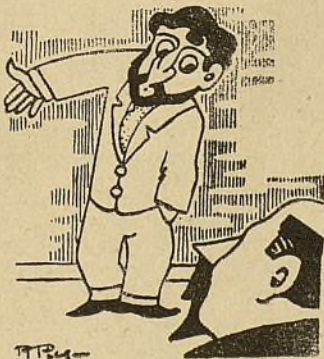
Se quedó como inanimado e incapaz de hablar. Por fin respondió:

— En el lavabo, lavándome las manos.

— ¿De veras? En este caso ¿cómo se explica que volviese con este botón, que es, precisamente, el que falta en la bata de la víctima? Y ya sabe usted que estos botones no son corrientes.

Le dejé que comprendiese su situación y, al cabo de unos momentos, añadí:

— Queda usted detenido, Collins, por asesinato de Marcos Waterman. Vale más que confiese, porque le resultará mejor.



— ¿Y se sabe con seguridad que se ha suicidado?

— Sí; tenía en la mano la factura de la modista de su mujer.

Al oír estas palabras perdió el ánimo y ya no me fué difícil lograr que me relataste lo sucedido.

Sencillamente, conociendo las costumbres del anciano y las obras de arte que poseía, se hizo una llave maestra para abrir la puerta del piso. Le constaba que tanto el criado como el amo estarían dormidos y entró en la casa dispuesto a robar lo que pudiera. Ya se comprenderá que existía una muchacha que le obligaba a hacer continuos gastos.

El caso es que Waterman no estaba dormido y hubo lucha. Collins cogió un puñal de una panoplia e hirió a Waterman, convencido de que éste le había reconocido. Luego, sin embargo, no robó nada porque estaba muy asustado por lo hecho y sólo se preocupó de huir. Una vez en su cuarto, se fijó en que llevaba un botón en la mano, arrancado, durante la lucha, de la bata de su víctima. Maquinalmente lo arrojó a la caja en que guardaba los demás, se lavó las manos, se arregló el traje y volvió al ascensor. Así cometió el crimen.

LAS circunstancias de que me valí para descubrirlo son bastante curiosas. La cosa empezó, desde luego, al oír que la señora Evans se quejaba al portero del servicio del ascensor. Le oí decir que, al volver del teatro, llamó al encargado del ascensor y esperó más de quince minutos; y en vista de que no aparecía subió la escalera a pie, hasta el séptimo piso.

Eso, desde luego, era un indicio muy pobre, pero me empeñé en darle importancia a causa de mi convencimiento de que Pedro Muir no era culpable. También me fijé en la mirada fugitiva de Collins cuando le interrogué.

Pero, en realidad, la cosa no se explicaba aún hasta que el cuento de hadas vino a aclararlo todo.

Este cuento se refería a un príncipe encantado que continuaría en tal situación hasta que el reloj diese las trece. La historia empezaba con las campanadas de un reloj. El príncipe estaba tendido, encantado, en su camastro y levantaba la cabeza y contaba maquinalmente las horas, con la esperanza de oír trece. Como digo, empezó a contar, pero el reloj tan sólo dió doce campanadas y el desgraciado volvía a reposar la cabeza en la almohada, lleno de tristeza.

Si el lector está versado en los cuentos de hadas, ya se imaginará que una noche el reloj dió trece campanadas, pero el príncipe lo ignoró, porque la que dejó de contar fué, precisamente, la que le despertó.

Este detalle me dió la clave del misterio. Volví a casa de la víctima, comprobé la historia de la señora Evans, que regresó a las doce y diez y esperó el ascensor durante quince minutos, y luego me dirigí al domicilio de Emilio Warren y le referí el cuento de hadas.

Convino conmigo en que el asesinato pudo ocurrir a las doce de la noche. Era muy probable que, como el príncipe del cuento, dejara de contar la campanada que le despertó.

Como se comprende, eso cambiaba por completo el asunto. Fué entonces a ver al encargado del ascensor, dispuesto a fingir que sabía más de lo que en realidad conocía.

Y como no me figuraba encontrar el botón chino, eso acabó de facilitar mi acusación.

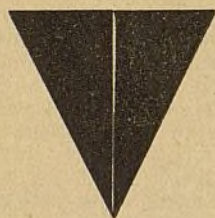
En realidad, el cuento de hadas fué el que aclaró por completo el misterio.

GRAN

PRO-

-YEC-

-TOR



Para mayor comodidad,
cópiese el siguiente cupón

Regala a sus dos mil primeros sus- criptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la interesante **COLECCION AVENTURA**

publicada por

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Calle Provenza, 216

BARCELONA

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón.
Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes.
El solitario. El más feo. El Sheriff.

Sapper

El capitán Drummond.

Frank L. Packard

De ahora en adelante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.



Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas.
Tigre. El Santa Rosa

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco.

Un viaje extraordinario.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción, puede mandarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a vuelta de correo franca de portes, en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por

..... meses a la revista

GRAN PROYECTOR (7'50 ptas.

semestre).

cuyo importe de ptas. remito por giro postal núm.
adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitirse como regalo
la novela

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha



Obras recomenda- bles para la educa- ción de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MU-
CHACHO, por Arturo
Cuyás 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN,
por Arturo Cuyás. 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDU-
CADOS, por el Dr.
Saimbraum 2 »

COMO SE CRIAN SA-
NOS NUESTROS HI-
JOS, por el Dr. Vázquez
Yepes 2'50 »

PARA EDUCAR AL
NIÑO, por el Dr. Elei-
zegui 2'50 »

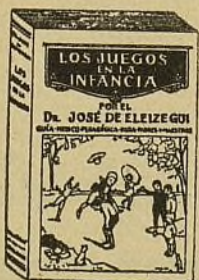
LOS JUEGOS EN LA IN-
FANCIA, por el Dr.
Eleizégui 2'50 »

De venta en todas las librerías de
España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



La Vida de los Obreros Españoles en Francia

(Continuación de la página 27)

todas partes y el consulado no escatimó gestiones. Estas dieron, por fin, resultado hallándosele encerrado en un manicomio de las afueras de París. ¿Su locura? No saber francés. Fué expulsado de Francia. Los tres meses de sufrimiento que pasó aquel hombre no son ni para explicarse. Las consecuencias fueron que no pudo llegar a España, pues falleció en el trayecto.

Sin comentarios.

NATURALMENTE, llevando esta vida, los hospitales se llenan de trabajadores extranjeros, y aun, proporcionalmente, son pocos los españoles que entran en ellos por la repugnancia que sienten siempre a hospitalizarse. (Dicho sea de paso, el Gobierno español tiene establecido en París, en la rue de la Pompe, un hospital con cincuenta camas, el cual no funciona, falto, sin duda, de los recursos necesarios a su sustentación. ¿Para qué lo han fundado, entonces?).

Los periodistas de París, faltos de tema en los días de verano, recurren todos los años a hinchar el perro de la invasión de *metecos*, alarmándose patrióticamente ante el descubrimiento de que en los hospitales de Francia hay un diez por ciento de enfermos extranjeros y claman en su inconsciencia xenófoba por que los países respectivos carguen con las consecuencias de esas quiebras orgánicas.

En estos últimos tiempos, el consulado general de España en París está invitando a la repatriación, pagando, sin requisito alguno, medio billete a los trabajadores españoles que quieran reintegrarse al país natal. Este acuerdo es noble, patriótico y necesario y nos llena de satisfacción. Pero al mismo tiempo se impone, como decíamos, evitar la emigración, creando medios de vida suficientes en España, pues, de lo contrario, se repetirán estos hechos hasta el infinito, en perjuicio de nuestra raza y de nuestra dignidad de españoles.

Por el Collar de un Chino

(Continuación de la página 37)

En efecto, estuve atento y observé que, pocos minutos después, cesaba por completo su respiración. Y la noticia de que el herido se había muerto impresionó extraordinariamente a mi atemorizado compañero.

Me dispuse a limpiar mis instrumentos y luego los guardé en el estuche. Seguía lloviendo con mayor intensidad que antes, de manera que no sentí ninguna prisa por emprender el regreso. Jorge encendió fuego en la chimenea y me senté para calentarme los pies. Mi compañero, que estaba más despierto que en ninguna otra ocasión de su vida, me hizo café, abrió una lata de habas, hirvió un par de huevos y asó un poco de queso, que me sirvió con galleta. Aquel refrigerio, después de mi excursión por la montaña, recibiendo la lluvia, me supo a gloria. Por otra parte, la cabaña estaba caliente y resultaba agradable cobijarse en ella. Iba perdiendo por momentos el deseo de emprender el regreso, sobre todo viendo que el tiempo tendía a empeorar.

HACIA las tres de la madrugada llegaron el *sheriff* y el agente, mojados, cansados y dispuestos a dar rienda suelta a su enojo al enterarse de que el herido había muerto. Yo les di cuenta de lo sucedido y añadí que el muerto no había pronunciado una sola palabra.

El *sheriff* hizo algunas consideraciones acerca del paradero de las perlas. Dijo que en cuanto resonó el tiro acudió con tanta rapidez, que el asesino se vió obligado a abandonar la fuga. Quizás hubiese logrado apoderarse del collar, pero era dudoso. Además, él en persona había registrado a Sam Wong.

Pero ¿tuvo realmente las perlas el chino que acababa de morir?

Mientras hablábamos, entró Frank Green, calado hasta los huesos.

— ¿Hay novedad? — le preguntó el *sheriff*.

— Ninguna, excepto que acabo de en-

contrar al doctor Beecher y a Shifty Joe... En realidad, casi tropecé con ellos.

— Y ¿qué demonio hacen por aquí a estas horas? — preguntó el *sheriff*.

— Es la primera noticia que recibo de que estén por aquí — contesté. — No he visto al doctor desde mucho antes de acostarme esta noche.

— Nada tengo que decir acerca del doctor — exclamó entonces el *sheriff*, — pero, en cambio, no me gusta la presencia de Shifty Joe.

— Me dijeron que Joe ha ido en busca del doctor para que visitara a Pete Galveston — contestó Franck Green. — Parece que tiene la mano herida.

— ¿Qué? — preguntó el *sheriff* poniéndose en pie. — ¿Qué le ha pasado en la mano?

Yo pensé en seguida en los cristales rotos de la ventana, pero Frank añadió:

— El doctor ha hablado de envenenamiento de la sangre.

— Ese Pete se cortó los dedos con el cuchillo al tratar de cerrarlo — explicó Jorge el Soñoliento; — ya hace dos o tres días de eso.

— ¿Estás seguro?

— Por completo. Le vi ayer. Se había puesto barro en la herida.

— No es de extrañar que se le haya infectado — observé — y tenga ahora un envenenamiento de sangre.

— No importa — replicó el *sheriff*. — También podía haberse vuelto a cortar la mano esta noche. Me gustaría, doctor, que fuese usted a examinarle la mano.

— Como pienso pasar aquí la noche — le contesté, — iré a visitarle mañana.

— Es decir, no se moleste — replicó. — Ya hablaré con Beecher de eso. De todos modos — añadió, — resulta curioso que esta noche hayan venido por aquí Beecher y Shifty Joe. ¿Les ha registrado usted, Frank?

— Sí, señor, pues ya comprendí que le gustaría a usted. Al doctor, en cambio, le desagradó, pero yo les cacheé a los dos.

— ¿No ha encontrado nada?
 — Nada que se pareciese a un collar de perlas.
 — ¿Les habló usted del crimen? ¿Les dijo algo?
 — No, señor.
 — ¿Le hablaron ellos? ¿Dijeron algo sospechoso?
 — Nada en absoluto.

El *sheriff* se dispuso a partir. Yo me enteré de cómo estaba el tiempo y Frank me contestó que peor que antes. El *sheriff* ya no quería hacer nada más aquella noche, sino que deseaba volverse cuanto antes a Stony Creek, para acostarse. Yo le dije que, si bien tenía sueño, no quería arrostrar el temporal y prefería quedarme a dormir en la cabaña. Pero en ésta no habían más que tres personas. La cama que ocupaba el cadáver podría albergar a dos, algo estrechos, y el camastro de Jorge el Soñoliento bastaba para uno.

— Mira, Jorge — dijo el *sheriff*, — acuéstate con Sam Wong y deja tu cama al doctor.

El mulato abrió unos ojos como platos y luego, con voz temblorosa, contestó que me cedía con gusto la cama, pero que él no se acostaría en toda la noche.

— ¡Tonterías! — repliqué. — Lo que debes hacer es tenderte en la cama y dormir.

— Pero con el muerto, no — exclamó el pobre diablo, en tanto que los demás nos echábamos a reír.

— En este caso — observó el otro agente, Bob Harrison, — valdría más poner el muerto en la cama de Jorge y ustedes dos podrían acostarse en la cama grande.

— Eso es, doctor — dijo el *sheriff*,

guiñándome el ojo. — No le queda a usted más recurso que dormir con Jorge o con el chino.

Viendo que el mestizo tomaba en serio nuestras palabras, me dirigí a él para preguntarle:

— Vamos a ver, Jorge: ¿te estás quieto cuando duermes o te mueves mucho de un lado a otro?

— No lo sé — contestó, apurado, el pobre muchacho.

Más tarde el *sheriff* me dijo que, por su parte, había resuelto que yo durmiese en la cama de Jorge, aunque éste hubiera de pasarse la noche en vela, pero en aquellos momentos tenía deseo de bromear, como natural relajación después del esfuerzo realizado aquella noche.

— Por mi parte — continuó el *sheriff* — cuando llega la hora de acostarse, poco me importa el color de mi compañero de cama. Ahora que yo preferiría dormir con Sam.

— A mí me es indiferente — contesté, — pero creo que Sam se estará mucho más quieto. No me dará ningún puntapié ni codazo.

— Me parece que tiene usted razón — observó el *sheriff*, rascándose la cabeza.

— Pues si no te ofendes, Jorge — le dije, — me parece que dormiré con Sam y así no habrá necesidad de trasladarle. Limpiaremos la cama, le tenderemos en un extremo, cerca de la pared, y luego me acostaré.

Jorge no se atrevía a creer lo que oía y el mismo *sheriff* se figuraba que yo bromeaba. Es posible que ni yo mismo hablara entonces en serio, pero luego comprendí que no había razón alguna que me impidiese dormir con el muerto.

Empecé, pues, a preparar la cama, mientras el *sheriff* se marchaba con sus dos

agentes dejándome solo con el muerto y el asustado vivo.

No se oía más que el rugido de la tormenta, y el viento y la lluvia chocaban con fuerza contra el techo y las paredes de la cabaña. Aparte de eso, reinaba en ella el mayor silencio. Sam Wong estaba ya quieto para siempre y Jorge apenas respiraba a causa del miedo.

Por un momento vacilé, como si lo que hacía fuese una niñada. Me pregunté si con ello me proponía divertir al *sheriff* o asustar aún más al pobre mulato. Pero al examinar fríamente la cuestión, comprendí que no había ninguna razón de peso que lo impidiera o lo desaconsejara. Y puesto que yo no era supersticioso, no había motivo para dejar de hacerlo.

Recordé los días de mi infancia, cuando con mi hermano, por ganar una apuesta de diez centavos, fuimos a pasar la noche en el cementerio. Tuvimos un poquito de miedo, pero ganamos la apuesta. Luego, durante mi vida de estudiante, dimos una broma pesada a un interno, metiéndole un cadáver en la cama. Una cosa y otra fueron tonterías. Pero, al fin, me dije que, puesto que había anunciado mi intención de dormir en la misma cama que el muerto, no tenía más remedio que hacerlo.

Con grande asombro de Jorge, puse una manta doblada entre Sam y el espacio de lecho que yo necesitaba para dormir. Arreglé la cama y luego me tendí al lado del cadáver, que pocas horas antes fué un excelente lavandero.

— Lo malo es, Jorge — le dije, — que estas compañías no le dan a uno ningún calor en invierno. Son más propias del verano.

Eso era ya demasiado para el pobre muchacho.

Ya ha salido!!!

el primer número del semanario cinematográfico ilustrado

FILMS SELECTOS

la mejor revista de cine editada hasta la fecha

Totalmente editada en huecograbado y a dos colores

Gran cantidad de fotografías. Folletín y album encuadernable

Las mejores firmas literarias colaboran en esta revista

Cómprela usted

30 céntimos

cada sábado

De mala gana se tendió en su propia cama, aunque dejando la lámpara muy bien encendida. Le ordené que la apagase y, aunque al principio se negó, acabó por obedecer en vista de mi insistencia.

— ¡Dios mío, doctor Bailey! — exclamó antes de apagar la luz. — No tiene usted miedo de nada.

— Eso es, Jorge. Pero ten en cuenta que este cadáver, por muy chino que sea, no puede ya molestar a nadie. De los vivos y no de los muertos hay que tener miedo. Y ahora a ver si pasamos la noche tranquila.

Pero a obscuras la situación resultaba mucho más inquietante, hasta el punto de que en mi interior no censuraba demasiado al pobre Jorge por su miedo. Me arrepentía ya de haberle ordenado que apagase la luz y estuve a punto de decirle que la encendiese si quería; mas, por otra parte, aquello iba resultando una verdadera aventura de indecible interés.

En el interior de la cabaña reinaba la obscuridad y el silencio, y fuera se oía aún el fragor de la tormenta. La solitaria cabaña se levantaba en lo alto de la montaña. No había ningún vecino en varias millas a la redonda, exceptuando, tal vez, en aquellos momentos, al asesino o a los asesinos de Sam Wong. ¡Sabe Dios dónde se hallarían! Lo más probable era que no se les viese aquella noche, pues habrían procurado guarecerse del mal tiempo.

Me volví para tenderme de espaldas y procurar dormir. Pero aun seguía percibiendo los mismos olores en la habitación, que conservaba la atmósfera propia de la sala de operaciones, gracias a mis desinfectantes y al tenaz olor del cloroformo que había empleado.

¿Habría tapado mal la botella? ¡Oh, no! Sin duda alguna la tapé debidamente. Por otra parte, era seguro que Sam Wong no exhalaba ningún vaho de cloroformo de su cuerpo, porque ya había cesado de respirar. Y a partir de aquel momento empecé a reflexionar acerca de la muerte, ese misterio tan impenetrable como el de la vida.

Incluso los médicos tienen imaginación, pues son como otra persona cualquiera. Quizás la muerte representa menos para un médico que para las demás personas, las cuales sólo la observan alguna vez durante su vida. Y aun es probable que tenga menos importancia para un enterrador que para un médico, pero tanto para éste como para aquél la muerte es siempre un hecho trascendental, que tiene para ellos el mismo significado que para otra persona cualquiera. Por otra parte, no hay duda de que la costumbre embota la sensibilidad, y muy probablemente un médico es la persona más indicada para hacer una cosa tan absurda como la que yo estaba realizando.

Sin embargo, mi propia imaginación seguía trabajando mientras estaba tendido, a obscuras, al lado del difunto.

Mas ¡estaba realmente muerto mi compañero de cama!

La pregunta que se dirigió el doctor Bailey acerca de si su compañero de cama estaba realmente muerto fué el comienzo de una extraña aventura en aquella solitaria cabaña. La pista que conducía al hilo de perlas había de proporcionarle fuertes emociones antes de llegar al final. ¿Cuál es éste? Léase el número de GRAN PROYECTOR del próximo mes de noviembre, en el cual se refieren los interesantísimos detalles de la memorable noche que pasó el doctor con el cadáver del chino.

El Capitán Drummond

(Continuación de la página 42)

Comprendió en el acto que era conveniente atacar antes de que aquellos hombres, advertidos, pudieran aperebirse y bajó la escalerilla en dos saltos.

Sus puños de boxeador funcionaron como una máquina perfecta y en un abrir y cerrar de ojos aquellos hombres estuvieron completamente k. o.

— ¡Bravo, Drummond!

Volvió la cabeza y vio que era Polito el que había pronunciado tales palabras, desde lo alto de la escalerilla.

— ¿Qué diablos haces aquí?

— Estaba con Daniel en la carretera. He oído un silbido y, presumiendo lo que esto podía significar para ti, me he apresurado a venir en tu ayuda. Por cierto que casi te pego un tiro en el corredor. No sabía que eras tú el que ibas delante.

— No hay tiempo que perder. Detrás de esa puerta está la señorita Benton. Vamos a abrirla.

Se apoderó de la llave que aun tenía en la mano uno de los caídos y abrió la puerta.

Medio desvanecida, la señorita Benton se dejó caer en los brazos del capitán.

— ¡Ánimo, Florencia! Lo primero que hemos de hacer es salir de aquí. Una vez fuera, ya veremos dónde nos ocultamos.

— Una vez fuera — rectificó Polito, — los cuarenta caballos de tu automóvil van a ser pocos para correr.

— ¿Pero has traído mi automóvil?

— Daniel lo está guardando en la carretera.

— ¡Gracias a Dios que me has servido de algo por una vez!

Ganaron la ventana. Se deslizaron por el jardín. Llegaron al auto.

El fresco de la noche había reanimado a Florencia.

— No quiero irme, capitán. No puedo dejar solo a mi tío.

— Eso queda de mi cuenta, señorita. Ustedes espérenme en la posada de Green-Bay.

Dió una orden a Daniel y el auto partió velozmente.

Esperó hasta verlo desaparecer en un recodo de la carretera.

— Ahora — díjose — vamos por el otro.

CUANDO oyeron el ruido que hacía el auto al ponerse en marcha, Lakington, Peterson e Irma, que acompañaban al millonario en las habitaciones



El vecino (al ladrón). — No se asuste usted; soy el vecino de al lado. Sólo vengo a decirle donde tienen el fonoógrafo y los discos.

del otro lado del edificio, se abalaron a la ventana, pudiendo ver tan sólo, por la luz de los faros, que un automóvil se alejaba velozmente.

Llevado de una repentina sospecha, Peterson corrió hacia la habitación en que ya debía estar encerrada la señorita Benton y vio tendidos al pie de la escalerilla a los tres guardianes. Uno de ellos comenzaba a volver en sí y Peterson bajó para ayudarle a levantarse y preguntarle qué había ocurrido.

Mal que bien, pues su cabeza no estaba en aquel momento para rememorar historias, el guardián refirió lo ocurrido y Peterson se volvió hacia lo alto de la escalerilla, donde Irma y Lakington escuchaban.

— No te he dicho, Lakington, que el soldadito no me gustaba?

Lakington crispó los puños.

— ¡Es un imbécil que se está jugando la pelleja!

— Y que hace que nosotros nos la juguemos — intervino Irma. — Lo mejor que podemos hacer es cambiar de aires. Con el soldadito nos ha salido un grano.

— ¿Qué sabéis las mujeres de estas cosas! Cualquier ingrediente de mi laboratorio haría pasar a Drummond a mejor vida en menos de un segundo. Sería el primero que representara un obstáculo para nosotros.

— Ciertamente, el primero — dijo el jefe, — pero Drummond está poniendo en jaque nuestra impunidad. No olvidéis lo que acabo de decir y hagamos lo que quieras. Manda como si fueras el jefe.

— Pues lo que vamos a hacer es traer aquí al millonario y hacerle firmar en seguida.

Se habían levantado ya los tres guardianes y ellos mismos se encargaron de ir por el millonario.

Le introdujeron en la habitación donde Drummond había sacado a la señorita Benton y le sentaron en un sillón que parecía una complicada máquina.

Le desataron. El prisionero no tenía ya fuerzas ni para protestar. El pulgar de su mano derecha sangraba.

Lakington le contemplaba con siniestra sonrisa. Se estremeció el millonario al tropezarse con los penetrantes ojos del doctor.

— Déjale a solas con nosotros, Lakington — ordenó el jefe. — Tú le asustas. ¿No tienes trabajo en el laboratorio? Pues vete. El señor Travers prefiere nuestra compañía a la tuya.

Obedeció Lakington, y Peterson sacó en seguida un papel que mostró al millonario.

— Amigo mío, puede usted estar tranquilo, que no queremos hacerle ningún mal. Ahora bien, para que haya paz entre nosotros, habrá de firmar este papel.

El millonario leyó el documento. Era una carta dirigida a sus corresponsales de Londres ordenando que entregaran una gran cantidad de valores al portador del documento.

Los ojos de Travers se encendieron de ira.

— ¿Más dinero aún? ¡Pues no y no! Ya les he dado bastante! No quiero quedarme en la miseria. Mátenme si quieren, pero no firmaré.

— Piense usted, amigo mío — dijo Peterson con parsimonia, — que no se trata de matar. Ya sabe usted cómo las

gasta Lakington. Es un demonio. Ahora mismo está en su laboratorio preparando un «refresco» que creo que es una maravilla. Le deja a uno imbécil para toda la vida.

— ¡Bandidos! ¡Bandidos! ¡Si no les quemamos a ustedes vivos no hay justicia en la tierra!

Lo que menos podían pensar los bandidos después de la desaparición de la señorita Benton y de la veloz partida del auto es que «el soldadito» rondaba la casa.

Y Drummond, que sabía esto, pudo trabajar libremente.

Iba a entrar por el mismo sitio que antes, pero le llamó la atención un pequeño rectángulo de luz que rompía la negrura de la fachada a ras del suelo.

Se acercó. Cuatro gruesos barrotes formaban una pequeña verja en aquel hueco que servía de ventana a una habitación del subsuelo. Una simple ojeada le bastó para reconocer en el recinto el cuarto en que Florencia estuvo encerrada un instante y después toda su atención se concentró en el millonario y en la fatídica pareja. Advirtió la indignación de Travers cuando Peterson le mostró el papel y oyó la alusión a los preparativos que en aquel momento hacía Lakington en su laboratorio.

Y vio algo más: vio los pulgares ensangrentados del banquero y comprendió en seguida la causa de aquellas heridas. Le habían torturado con las empulgueras para tratar de hacerle firmar el documento. He aquí explicado aquel grito que oyó durante su primera visita a la clínica y otros lamentos semejantes que anteriormente había oído Florencia.

Drummond abandonó en el acto su puesto de observación. A la vista de aquellos pulgares sanguinolentos no podía permanecer inactivo.

Mientras se dirigía a la ventana del vestíbulo se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y empuñó el revólver. El rescate que ahora se proponía realizar era mucho más peligroso que el anterior. Ahora estaba cierto de que tendría que vérselas con Peterson y no con tres simples guardianes.

El vestíbulo seguía a oscuras y la ventana abierta. Se deslizó sin dificultad en el interior de la casa y avanzó por el pasillo.

No se le ocurrió pensar dónde estaría el laboratorio de Lakington y estuvo a punto de pagar cara su irreflexión, pues estaba ya cerca del recinto de la escalera cuando vio al otro lado del corredor una puertecilla abierta y su sombra reflejándose en la pared del fondo de una habitación, también hundida en el subsuelo. Lakington mezclaba ingredientes detrás de un mostrador lleno de frascos y aparatos de laboratorio y otro individuo le ayudaba. Felizmente estaban tan absortos en su tarea, que no repararon en él, pero con tanta obstinación permaneció Drummond en el umbral espiando las manipulaciones de los químicos, que, por fin, el ayudante descubrió la sombra proyectada en la pared y avisó a Lakington.

Entonces retrocedió el capitán para ocultarse, pero era ya demasiado tarde. Oyó un murmullo en el fondo de la habitación y después unos pasos que se aproximaban sigilosamente.

La posición favorecía a Drummond, pero el capitán se dio cuenta de que si hacía demasiado ruido lo habría echado todo a rodar.

Con la arpidez con que su mente acos-

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO
SÉPTIMO
EL VENDEDOR DE FELICIDADES
MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadernado en cartóné, 5 ptas.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 dup. — Madrid

tumbraba a discurrir en los momentos de lucha y de peligro, halló inmediatamente la solución del conflicto que se le había presentado y se guardó el revólver.

Sólo una contra podía tener su plan y era la de que subieran al mismo tiempo los dos hombres que trabajaban en el laboratorio. Pero eso no era probable. Los jefes siempre mandan por delante a alguien para explorar el terreno. Además, los pasos, que se oían cada vez más cerca, denotaban que subía una persona sola.

Se apercibió, estrechándose contra la pared todo cuanto le fué posible y, doblado el cuerpo hacia adelante, tensos todos los músculos, esperó a que apareciera la presa.

Apenas el ayudante asomó por la puertecilla, sintió una mano de hierro en la muñeca con que empuñaba el revólver y otra en la garganta. Inmediatamente se produjo en su cuello un crujido y tan agudo fué el dolor que experimentó, que perdió la noción de las cosas.

Drummond depositó el cuerpo con sumo cuidado a un lado del pasillo y esperó a Lakington, el cual no tardó en aparecer y correr la misma suerte que su camarada.

¡Magnífico! Era una llave que no le había tallado nunca cuando lograba asegurar el cuello de sus rivales en la lucha libre.

Lo demás fué sumamente fácil. Rompió los hilos de la luz para dejar a oscuras la habitación en que estaba Peterson y antes de que éste pudiera darse cuenta de lo que sucedía ya tenía la mano de Drummond en la garganta.

A Irma se conformó con atarle las manos utilizando un trozo de su propio vestido.

Una hora después, entraba en la posada de Green-Bay llevando al millonario casi a cuestas.

FLORENCIA lloraba de alegría. No encontraba palabras para agradecer al capitán lo que había hecho por ella.

— No cante victoria todavía, señorita Benton — dijo el héroe. — La aventura no sería completa si no dejáramos a esos bandidos en manos de la policía.

— No debe hacer eso, capitán. Perjudicaría a mi tío.

— No ha de mezclarse para nada el nombre de su tío en esto. En la clínica hay pruebas a montones de la culpabilidad de esos canallas. Con el laboratorio de Lakington y el cuarto de tortura bastaría. Pero estoy seguro de que hemos de encontrar muchas más pruebas. Su tío y usted se ocultarán en el desván y Daniel les hará compañía cuidándose de llamar por teléfono a la policía cuando yo salga de aquí.

— ¡Es una locura volver ahora a la clínica!

— No volveré, Florencia; me llevarán. No tardará media hora en estar aquí Lakington con media docena de hombres. La llave del cuello inutiliza sólo por un rato. Lakington es lo bastante inteligente para deducir que tenemos establecido nuestro cuartel en esta posada, tan próxima a la clínica. Cuando menos, entrará a preguntar si estamos aquí. De lo que estoy seguro es de que el doctor no quiere dejar escapar la fortuna de su tío... Pero no hay tiempo que perder. Manos a la obra. Tú, Daniel, al desván con el señor Travers y la señorita Florencia. Y ya sabes, un aviso a la policía cuando nos hayan sacado de aquí. Tú, Polito, ponte mi abrigo y mi sombrero, en tanto yo me pongo la ropa del señor Travers y me envuelvo en una manta,

cosa muy propia de un enfermo. ¿Comprendes? Tú vas a ser yo y yo voy a ser el señor Travers. Cuando Lakington suba, tú y yo, es decir, Drummond y Travers saltaremos por esta ventana como si quisiéramos huir. Los que se hayan quedado abajo de guardia nos verán y nos echarán el guante. Nos exponemos a que nos hagan alguna diablura en la clínica, pero la policía no tardará.

— ¿Y quién se va a quedar aquí para recibir a Lakington? — preguntó Florencia.

— Nadie. Todo es preferible a que se quede usted.

— Pues me quedaré.

— Es una gran imprudencia — exclamó Drummond. — Lakington no saldría de aquí sin usted.

— Usted me está enseñando a ser imprudente, capitán.

Drummond quedó un instante pensativo. ¿No significaba aquello que Florencia no quería dejarle solo en el peligro? ¿Y no se deducía de esto que...?

— ¡Ya están ahí! — gritó Polito, que estaba cerca de la ventana.

— Pues manos a la obra — repuso el capitán.

Todo se desarrolló con una rapidez inaudita y todo sucedió conforme Drummond había previsto.

Con una sola diferencia: la de que Polito logró escapar mientras los secuaces de Lakington se llevaban al presunto millonario, envolviéndole la cabeza en la manta para que no pudiera gritar.

La noche era oscura y Polito pudo ver desde un seguro refugio cómo Lakington se asomaba a la ventana para requerir la ayuda de uno de sus hombres y cómo descolgaban entre los dos a Florencia como él y Drummond se habían descolgado.

Después la introdujeron en el auto en que ya estaba el capitán prisionero y el coche partió velozmente.

DRUMMOND estaba seguro de que el peor rato que el doctor pasó en su vida fué aquel en que, ya en la clínica, vió asomar por la manta la cabeza de un hombre que no era el millonario.

Varios brazos cayeron sobre el capitán y le sujetaron fuertemente. Sabían que aquellos puños en libertad representaban una arma más temible aún que las de fuego.

Le ataron fuertemente y le condujeron al laboratorio de Lakington, donde tuvo la triste sorpresa de ver a Florencia desvanecida.

Irma y Peterson estaban ya con ella y la «hermana» del jefe dirigió al capitán una sonrisa de burla.

— Es usted muy valiente, capitán, y en premio le voy a dar un cigarrillo. Estoy segura de que a estas horas Florencia está locamente enamorada de usted y de que le llamará «mi héroe» con el pensamiento.

Le había puesto un cigarrillo en los labios y aplicó a él una cerilla.

El capitán advirtió que Irma llevaba un revólver en la mano y le dijo con ironía:

— Me parecería usted más amable si no me apuntara con ese chisme.

— No llega a tanto mi generosidad. Estamos decididos a que esta vez termine usted de molestarnos para siempre, y especialmente yo, que le temo de verdad.

Lakington interrumpió el diálogo.

— Todos estáis demás aquí. Se nos ha escapado uno que es seguro que volverá y hay que vigilar todas las entradas.

Ataron también a Florencia por si vol-

vía en sí y los dejaron solos en el laboratorio.

El doctor Lakington se fué también, prometiendo a Drummond que volvería en seguida con un «aperitivo» que, por reservarlo para casos muy especiales, tenía oculto en su habitación.

No bien se hubo cerrado la puerta detrás de Lakington, Florencia abrió los ojos y se quedó mirando fijamente al capitán.

— ¿Ve usted cómo ha sido un imprudente? — le reprochó.

— Pero ¿no estaba usted desmayada?

— Aparentaba estarlo, pero de poco me ha servido. De todos modos, me han atado.

El capitán sonrió.

— Ahora mismo voy a demostrarle que he sido más listo aún que usted. El que sabe dejarse atar, se desata fácilmente. Yo sé dejarme atar porque siempre han sido mi debilidad los juegos de fuerza y destreza. Por eso estas cadenas que parecen oprimirme bárbaramente están tan flojas que ellas mismas van a caer al suelo sin que yo las toque. Mire usted.

En efecto, al ponerse en pie, las cadenas resbalaron por su cuerpo dejándole los brazos libres.

— Ahora puedo desatarla a usted y así estaremos iguales los dos.

Florencia no salía de su asombro.

— Ahora espéreme usted aquí — dijo Drummond. — Voy a ver si encuentro a Lakington.

Pero Florencia se cogió fuertemente de su brazo y protestó:

— No me deje usted sola. No se separe de mí.

— Está bien. Véngase conmigo. Así verá usted cómo se aplica la llave de mi predilección.

Comprobaron que todos, menos Peterson y Lakington, estaban ocupados en hacer guardia en el jardín y se fueron derechamente a la habitación del doctor. Florencia conocía bien la casa y pudo indicar el camino.

— Ahora — dijo Drummond cuando llegaron frente a la puerta — usted se pondrá a un lado de la salida y yo a otro. No pierda detalle. Le aseguro que le hará gracia la cara que pondrá Lakington.

Así lo hicieron y Drummond dió unos golpecitos en la puerta, volviendo a retirarse en seguida.

La puerta se abrió y apareció el doctor con un vaso en la mano. Apenas asomó la cabeza, la mano de Drummond hizo presa en el cuello y Florencia pudo ver que, en efecto, Lakington hacía un indescriptible gesto de dolor y caía al suelo de un modo fulminante.

— Ahora condúzcame a las habitaciones de Peterson. Hemos de ahorrar trabajo a la policía.

Estaba el jefe telefoneando cuando vió que el cañón de un revólver le rozaba la nariz.

Por primera vez en su vida, se estremeció al ver que era Drummond el que le amenazaba.

El capitán sonreía.

— Hace usted muy mal, Peterson, en dejar la puerta abierta. De estar cerrada, acaso habría tenido usted tiempo de huir.

Y añadió:

— He querido tener el gusto de entregarle yo mismo a la justicia.

Un rumor de carreras en el jardín anunció la llegada de la policía.

En menos de cinco minutos, la banda entera estaba en manos de los agentes.

Una colección recomendable de obras de **HIGIENE Y GIMNASIA** Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuiis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — **BARCELONA**
LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA»
Valverde, 21 dup. — **MADRID**

ALGO

SEMANARIO ILUSTRADO ENCICLOPÉDICO

**Se publica los sábados
IMPRESO EN HUECOGRABADO**

Próximamente:

**DEFINITIVAS
REFORMAS**

ooo

**AUMENTO
DE PÁGINAS**

ooo

**NUEVOS E
INTERESAN-
TÍSIMOS
FOLLETINES**

ooo

**PÁGINAS EN
COLORES, etc.**

**Será un periódico lleno
de utilidad, amenidad e
interés**

ooo

**No deje de leer los
próximos anuncios**

Desde la ventana, Drummond y Florencia vieron desfilar aquella comitiva que terminaría en los calabozos de la jefatura.

— Me parece que ahora ya nos podemos marchar tranquilos, Florencia — dijo el capitán. — Pero habremos de hacer el camino a pie.

— ¡Qué tonto eres, Drummond! — dijo una voz a la espalda del capitán. — Para algo he traído yo el automóvil.

El capitán se volvió y, al ver a Polito, le dió un cordial abrazo.

— Lo que es esta vez, amigo mío, te has acreditado de oportuno para toda la vida.

Polito se fué a pie y Florencia y el capitán en automóvil.

No sabemos lo que hablarían durante el viaje, pero es lo cierto que dos meses después, el banquero apadrinaba la boda de su sobrina con el capitán Drummond.

Encuentro Angustioso

(Continuación de la página 43)

Cuando Luis Harding entró en la estancia donde yo le esperaba, al verme me increpó de mal humor:

— ¿Qué demonio quiere usted?

A la manifestación de mis deseos respondió con toda clase de insultos y frases groseras diciéndome al fin:

— Por su causa me veo condenado a cinco años de prisión; pero si consigo vivir esos cinco años le juro que al salir aprovecharé la primera ocasión que se me ofrezca para matarle.

Cuando salí de la cárcel aun resonaba en mis oídos la amenaza de Harding.

SIETE años después, en mayo de 1922, mis ocupaciones me llevaron a la ciudad de San Pablo. En la primera mañana de mi estancia en la población entré en una peluquería con objeto de afeitarme y cortar el pelo. Los dependientes estaban sentados en fila, esperando el turno para prestar servicio. De pronto, uno de ellos me saludó:

— Hola, Tomás.

Me senté en el sillón que le correspondía, sin fijarme gran cosa en él, pues en mis ocupaciones eran muchas las personas con quien había tratado y conocían mi nombre. Además, lo cierto es que no me importaba saber quién habría de servirme.

Mientras me cortaba el pelo, empezó a hablarme con familiaridad de cosas antiguas, sin que se me ocurriese pensar cómo las sabía, hasta que, cuando me hizo reclinar sobre el asiento para afeitarme, observé que aquel rostro no me era del todo desconocido, aunque no podía recordar dónde lo había visto.

Sin dejar su frívola conversación, comenzó a afeitarme. Yo contestaba con monosílabos a sus observaciones, pues mi pensamiento no cejaba un momento en la idea de recordar dónde había visto aquellas facciones.

Me había rasurado ya media cara, cuando se entretuvo más particularmente en suavizar la navaja. Al deslizarse sobre la hoja de cuero, el vaivén de la acerada hoja empezó a producir un ruido especial y característico, como si quisiera decir: *Har-ding, Har-ding, Har-ding*.

Estas dos sílabas, onomatopéyicamente pronunciadas por la navaja en su acompasado vaivén, hicieron acudir a mi mente, con la rapidez del relámpago, el recuerdo de Luis Harding y de su amenaza de muerte. Inmediatamente me dí cuenta, con indecible espanto, de que me hallaba a merced de aquel hombre que había jurado matarme, sin que yo tuviera ni el recurso de echar mano de la pistola, que la tenía en el

bolsillo de la chaqueta que me había quitado.

Entretanto, Luis — ajeno al parecer a mis temores — continuaba afilando tranquilamente la navaja, cuyo roce contra la correa, hiriéndome cada vez más los oídos, se adaptaba funestamente a los pensamientos que sobresaltaban mi mente, hasta el punto de parecerme que decía con su acompasado chirrido: *¡Te-ví!, ¡Te-ví!, ¡Te-ví!*

Estuve tentado de saltar del sillón y abalanzarme sobre mi chaqueta para coger la pistola; pero, dudando entre si lo hacía o no lo hacía, me fijé en la pacífica actitud del barbero, que no denotaba ninguna intención homicida, y acabé por quedarme en el sillón para no hacer el ridículo con mi conducta ante los demás parroquianos de la peluquería. Además, de haber querido cumplir en esta ocasión su juramento, podía haberlo hecho ya mucho antes mientras me afeitó parte de la cara. Decididamente, todas estas reflexiones tranquilizaron algo mi ánimo y resolví no moverme, aunque esperando preparado los acontecimientos.

Sin embargo, pronto me arrepentí de esta resolución, pues cuando Luis se acercó de nuevo con la navaja en la mano para acabar de afeitarme, no pude menos de estremecerme interiormente.

Mientras duró la operación — unos minutos que me parecieron siglos — confieso que pasé los momentos más angustiosos de mi vida. A cada instante creía sentir la hoja de acero que se hundía en mi carne, y cuando me la pasó por la barba sentí que materialmente me moría de espanto.

En cuanto terminó, me apresuré a levantarme, y, al salir del establecimiento, le di un dólar de propina, cosa que no había hecho nunca en mi vida. Por lo demás, Luis me cortó el cabello y me afeitó con exquisita perfección.

MÁS tarde volví al establecimiento y tuve una conversación con él, dándonos ya a conocer mutuamente.

Me dijo que la condena que cumplió en la cárcel le resultó beneficiosa, pues se había convertido en hombre de bien. Se casó y tenía ya una niña.

Algún tiempo después comí varias veces con Luis y su familia, pero nunca le recordé la amenaza de muerte que un día me hizo, ni le di cuenta de la terrible revelación que me había hecho su navaja al pasar por el suavizador. Y a menos que lea estas líneas, jamás sabrá que la emoción más angustiosa de mi vida fué la que sentí cuando me habló su navaja de afeitar.

El Proceso Veronet

(Continuación de la página 47)

Y se reveló todo el misterio. Kunien Benedikt había sido el asesino de la esposa de Backe. Mas existía tal complejidad en el desarrollo de los acontecimientos preliminares, que se necesitó todo el genio inductivo de Veronet para asociar las dispersas acciones que habían rodeado el crimen.

He aquí cómo ocurrieron los hechos:

El año anterior, Backe había contraído algunas deudas que tenía que liquidar al recoger las cosechas. Como, debido a una pertinaz sequía, aquellas se perdieron en su mayor parte, el colono, después de un año de penoso trabajo, sólo pudo reunir lo suficiente para atender a sus compromisos, pero quedó sin dinero para las necesidades de su casa y sin medios de adquirir semillas y abonos para la próxima cosecha.

Apurado, acudió de nuevo a sus vecinos, pero éstos, resentidos también por los efectos que la sequía había producido en sus campos, no pudieron ayudarle en aquella ocasión.

La esposa lo supo y, ansiosa de remediar el conflicto del marido, pensó en sus joyas...

Las joyas que guardaba en el cofrecillo la esposa del colono no eran para el ornato de su persona. Constituían un pequeño capital que la infeliz mujer había ido acumulando en valores positivos, poseída de ese espíritu de previsión que en territorios sometidos y fluctuantes, como Argelia, hacen preferir el oro y las piedras preciosas a la moneda, en la que ven los extranjeros un valor inseguro y de fácil depreciación.

Sin decirle nada a su esposo, cogió una mañana el cofrecillo y mientras Backe atendía a sus explotaciones, ella se fué a Beni-Hom, con el propósito de pignorar las alhajas.

Estuvo en casa del mercader Kunien, cuya recomendación se le hizo por asegurarse que el hebreo pagaba mejor que nadie las joyas.

Kunien que, como ya se ha dicho, era, más que comprador, un ave de rapiña, estuvo examinando los valores que llevaba la belga en el cofrecillo. Importaría todo unos seis mil francos. La codicia del usurero fué tentada.

Kunien pudo haber asesinado allí mismo a su víctima, pero pensó, prudentemente, que la desaparición de una mujer que había salido de Kotts a pignorar joyas, haría pensar inmediatamente a la justicia en los joyeros y por consiguiente en él. No le convenía.

Persuadió a la mujer de que él le tomaría las alhajas a buen precio, pero que, hallándose aquel día sin dinero, debía volver al siguiente, en que realizarían la operación.

La esposa del colono le creyó y regresó a Kotts. Confiada, no pudo sospechar que durante el trayecto un hombre la seguía. Este hombre era Kunien.

Kunien había concebido el propósito de asaltarla en el camino; pero los cinco kilómetros de carretera que separan a Beni-Hom de Kotts, de día están constantemente transitados por mercaderes que trafican entre una y otra población. El hebreo, por lo tanto, vió frustrado su plan.

Sin embargo, no desalentó. Cruzó el poblado de Kotts espiando siempre a su víctima y vió la casa en que se introducía ésta.

Durante todo el día merodeó a lo largo de la finca. Llegada la noche, protegido por las sombras, fué acercándose cautelosamente a la casa. Tenía la idea de dar el golpe aun desconociendo si la mujer vivía sola o acompañada; confiaba en su naturaleza de atleta. En esto, oyó abrir la puerta y vió salir a un hombre, que se alejaba por el camino de Kotts. Era Backe. El colono pensaba resolver sus conflictos acudiendo a la reunión.

Apenas le vió Kunien perderse a lo lejos del camino, dió vuelta a la casa y fué a situarse detrás, junto a la tapia que cercaba al huertecillo alledaño. Saltó esta tapia y se encontró ante una puercecilla entreabierta que daba acceso a la cocina, en donde la belga fué sorprendida por la aparición de Kunien, que había penetrado sigilosamente.

La presencia del hebreo, a quien seguramente no reconoció, hizo proferir un grito de espanto a la mujer, lanzándose velozmente por el pasillo para alcanzar la puerta de la calle.

El asesino no le dió tiempo. Cayó sobre ella cuando iba en la mitad del pasillo y le asestó el primer golpe de *bumerang* en la cabeza.

El ataque había sido tan rápido y feroz, que la esposa del colono lanzó un pequeño grito ahogado y cayó de espaldas sobre el pavimento.

Rápidamente, Kunien registró algunos muebles. En una cómoda, cuya cerradura fracturó, estaba el cofrecillo. Kunien se apoderó de él y volvió al lado de su víctima. La mujer respiraba todavía débilmente, desangrándose por la horrible herida abierta en la cabeza. El hebreo, en un raptó de ferocidad incomprensible, descargó un nuevo golpe de *bumerang* en la frente de la moribunda y el hecho quedó consumado. La esposa del colono estaba muerta.

Entonces Kunien, cauto, deseoso de desorientar, poseído de ese afán de ocultar a sus víctimas que acomete a los asesinos, cargó con el cuerpo de la mujer y se dirigió hacia la puerta. Estaba cerrada. Volvió a dejar a la muerta sobre el pavimento y buscó la llave. Estaba colgada en un clavo de la cocina. Abrió, cargó de nuevo con su víctima y antes de alejarse echó la llave cuidadosamente por fuera y marchó a campo traviesa, deteniéndose a intervalos, tanteando un sitio donde abrir una fosa y enterrar el cadáver. Así llegó hasta la pared de la finca próxima. El lugar le pareció propicio. Colocó el cadáver en el suelo y calladamente, en silencio, comenzó a derribar la pared. Las piedras fueron cayendo una a una sobre el cadáver. A la media hora de trabajo, el cuerpo de la muerta estaba completamente sepultado bajo los escombros.

Cuando Backe llegaba aquella noche a su casa no hacía ni veinte minutos que el asesino había acabado su obra, dirigiéndose desde allí a Kotts y desde Kotts a Beni-Hom.

TAL fué la forma en que se desarrolló el misterioso drama.

Juzgado Kunien por el tribunal, fué condenado a veinte años de trabajos forzados. Backe obtuvo la reivindicación pública y legal, y Veronet inició, con la actuación en este célebre sumario, la espléndida carrera de triunfos que más tarde debían asombrar a Francia entera.

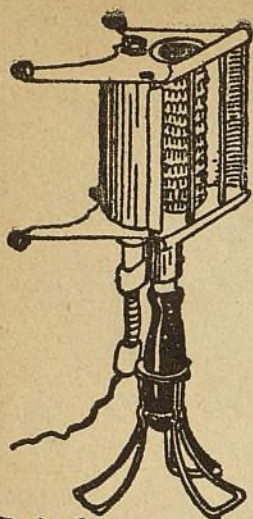
F
I
L
M
S
S
E
L
E
C
T
O
S

SEMANARIO CINEMATOGRAFICO ILUSTRADO



cada
sábado

30
cént.



Estufa

DIXRAM

Aparato eléctrico de varios usos

¡Gran éxito! ¡Más de DOS MIL vendidos en un mes!

Sirve para freír, cocer, asar, tostar, calentar la plancha y las tenacillas, como secador del pelo y como estufa

Consumo de 350 a 400 wats hora (de 25 a 30 céntimos) y alcanza la temperatura útil en 6 a 8 segundos.

PRACTICO :: CÓMODO :: MANEJABLE

Construido para todas las tensiones y corrientes

La resistencia de este aparato es de tal calidad, que no se estropea ni sumergiéndolo completamente en agua fría. Cuando conviene cambiarla, es de construcción tan sencilla, que hasta un niño sabe hacerlo.

Lo servimos para corrientes de 100, 110, 120, 125, 150 y 220 voltios

Si no lo encuentra en su localidad, llene el boletín que va al pie, mándenlo y a vuelta de correo recibirá el aparato del voltaje que desee.

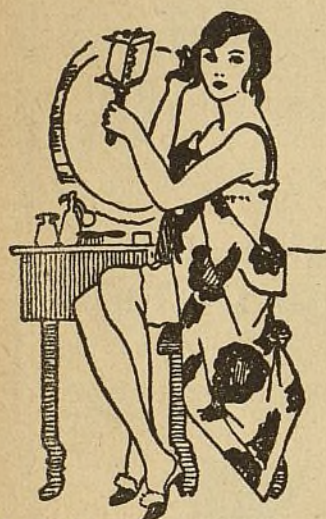
Aparato completo, a punto de funcionar	25 ptas.
Trípode y cordón con enchufes	2 "

En Barcelona se vende en los principales establecimientos del ramo, en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona (Stand n.º 404 bis) y en casa del representante exclusivo para España, Portugal y Norte de África

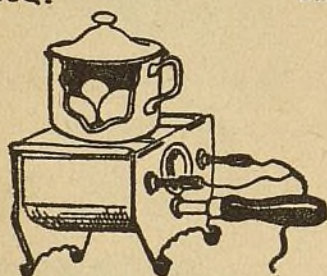
CARLOS F. DE LA REGUERA

Aribau, 130, pral., 2.ª :: Teléfono 72923

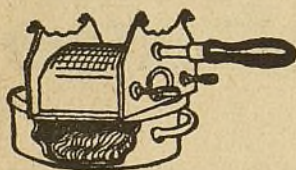
BARCELONA



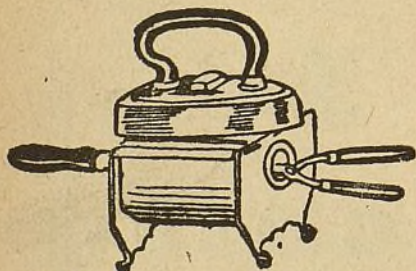
Para secar el pelo



Guisar



Asar



Calentar tenacillas y planchas

BOLETIN a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, Aribau, 130, pral., 2.ª

D.

Calle N.º

Población

Desea recibir aparatos DIXRAM para corriente de voltios, cuyo importe Ptas. envía por giro postal,

Fecha

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo, jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRATADOS EN ESTA OBRA:

PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIES. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.

Un tomo con profusión de fotografías y dibujos 2 pts.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibir la obra en su domicilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la nueva edición de la obra **Modos de defenderse en la calle, sin armas**, por el Dr. Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

Si Hubiese Dejado en Paz a la Novia de Otro...

(Continuación de la página 51)

entreguen todo eso a la mayor brevedad posible. También convendrá que mande usted a otro agente para que tome declaración jurada a todos los huéspedes. Yo pasaré a verle en cuanto pueda.

Inmediatamente me dirigí a la casa en que trabajaba Aarons. Me dijeron que sus comisiones oscilaban entre treinta y cinco y cincuenta dólares por semana. También me indicaron que no tenía ningún saldo deudor porque jamás había pedido anticipo alguno.

Luego el mismo jefe se encargó de telefonar a muchos de los clientes de Aarons y así pudimos averiguar que tampoco les había pedido dinero.

En vista de eso, acabé por convencerme de que los diez mil dólares que encontré escondidos eran el producto de alguna fechoría poco honrosa. En consecuencia, era muy probable que el crimen se hubiese cometido por la posesión de aquel dinero.

MAS tarde el inspector y yo investigamos el caso hasta en sus menores detalles, conviniendo conmigo en todas mis deducciones. Mientras estábamos conferenciando nos fué comunicado el dictamen del médico forense y del perito en huellas digitales. La víctima fué asesinada por un hombre que sólo empleó las manos para cometer el crimen. Sin embargo, al registrar la habitación el bandido lo hizo utilizando unos guantes gruesos, lo cual indicaba que aquel individuo era un criminal experimentado.

Como resultado de nuestra conferencia, el inspector Sullivan convino conmigo en la necesidad de ir a Greensboro con objeto de ver qué noticias podría recoger allí.

Durante mi ausencia, él cuidaría de que los periodistas no averiguasen la verdadera historia y de que Myles continuase incomunicado. En más de una ocasión me he encontrado coartado en mis gestiones debido a las noticias publicadas demasiado prematuramente, no, desde luego, con mala voluntad, sino con el afán de tener al público al corriente de todo lo que pasa y se sospecha.

Me separé del inspector llevando conmigo un retrato de Aarons, sus huellas digitales y algunos ejemplares del *Star de Greensboro*, y a última hora de la tarde tomé el tren que había de conducirme a aquella ciudad. Tenía la certeza de seguir una buena pista y de que en poco más de un día averiguaría en Greensboro todo lo necesario para preparar la trampa al criminal. Proponíame dirigirme a la oficina del *Star* y examinar las fichas correspondientes a varios meses. Sería fácil comprobar si durante los seis últimos libertaron algún individuo en cuyo apellido hubiese la inicial M, o si recientemente habían libertado a alguien procedente de la misma población que el hombre cuyo brazo estaba marcado con una «M».

Sin embargo, una breve reflexión me convenció de que lo más corto sería ir directamente a la penitenciaría. Si allí no encontraba lo que necesitaba, habría llegado la ocasión de hacer un registro entre los datos del periódico con objeto de averiguar la razón de que Aarons lo comprase con tanta regularidad.

EN la cárcel expliqué mi misión a los empleados y les mostré la fotografía de Aarons y sus huellas digitales. Casi inmediatamente me dijeron que, en efecto, podían darme las noticias que necesitaba. Por la fotografía del cadáver creyeron reconocer a un tal Clifford Morris, de Greensboro, si bien la expresión desfigurada del rostro no les permitía asegurar que fuese la misma persona a quien ellos se referían.

De pronto, llegó la aclaración tan deseada. La policía, merced a una persona que no quiso dar a conocer su nombre, pero que al parecer fué en otro tiempo amiga de aquel Morris, proporcionó una fotografía que no dejó ya ninguna duda acerca de que Clifford Morris y Alberto Aarons eran la misma persona.

La fotografía, tan providencialmente obtenida, le mostraba vestido de acuerdo con la moda antigua; estaba en pie, envarado como un huso; tenía la mano apoyada en una mesa, en la que se hallaba también su sombrero. Al pie de la fotografía se leían las siguientes palabras: «Estudio Moore, Greensboro». Además, al día siguiente la policía identificó en sus archivos las huellas digitales de Morris, las cuales eran idénticas a las del muerto presentadas por mí. Eso acabó de desvanecer toda duda, y yo pude comprender la razón de que tanto en el brazo del difunto como en el reloj de oro estuviese grabada la letra «M».

SEGÚN me refirieron, la historia de Morris era la siguiente: En el momento de su muerte tenía veinticinco años. Nació en una hacienda no muy distante y se educó en las escuelas rurales, donde se distinguió como excelente alumno. Antes de los veinte años se dirigió a Greensboro en donde empezó a ganarse la vida en un almacén de pinturas. Luego se convirtió en viajante a la comisión, dedicándose a la venta de pinturas y material de ferretería. Pero tenía una debilidad: las mujeres. Varias veces se vió en situación comprometida por haber raptado a una mujer casada, o por haberse metido a deshacer noviazgos.

Por fin, cuatro años antes, abandonó su trabajo y se dirigió, en compañía de



—¡Nal! ¡Que eres el "as" en eso de robar carteras! ¡Hay que homenajearle! ¡Te daremos un banquetel!

(La Voz)



Ladrón 1.º. — Chico, en estos bancos modernos es estupendo, te dan toda clase de facilidades.

una actriz cómica, a Columbus, donde después de pasar una semana estupenda, fueron detenidos por haber huído sin pagar la cuenta del hotel. Sin embargo, él la satisfizo; su compañera desapareció y a él dejaron de perseguirle judicialmente, hasta que a los pocos días se descubrió que, con objeto de salir del apuro, había cobrado un cheque falsificado por él, imitando la firma de uno de sus clientes.

Fué al juzgado, se reconoció culpable y le impusieron una sentencia leve por ser aquella la primera falta que cometía. En la penitenciaría fué destinado al taller de reparación de calzado y allí aprendió perfectamente el oficio. Este detalle coincidía con mi primera impresión de que aquel hombre había sido zapatero. Pocos meses después, le pusieron en libertad; volvió a Greensboro y alquiló una habitación en una casa de huéspedes situada en un barrio bajo. Allí abrió una pequeña zapatería y ganó bastante dinero. De pronto, anunció que se disponía a ir a vivir a San Francisco y no tardó en desaparecer. No se volvió a tener noticias de él, de modo que mis informes fueron los primeros que recibieron las autoridades de la cárcel acerca de que había ido a vivir a Nueva York y no a la costa occidental.

— Me han proporcionado ustedes unos datos valiosísimos — dije, — pero aun quisiera saber otra cosa. ¿Saben si el joven Morris tenía algún amigo entre sus compañeros de cárcel?

— En general, todo el mundo le demostraba simpatía, pero su amigo íntimo era el individuo que trabajaba a su lado en el taller. Se llamaba Andrés O'Connor, alias «el Rey». Creo que conquistó este título hace muchos años en los muelles de la estación de Chicago, antes de que la policía le prendiese por primera vez.

— ¿Recuerdan ustedes si era hombre muy vigoroso?

— Ya lo creo. ¿Le conocía usted?

— No. Pero a juzgar por lo que observé en Nueva York lo adiviné. Hagan el favor de comunicarme cuanto sepan acerca de él.

Y el oficial de la cárcel continuó relatando así la historia:

— O'Connor tenía bastante más edad que Morris, aunque mentía tanto con respecto a eso, que en realidad ignoro cuántos años tendría. Era un hombre

brutal, fuerte y corpulento como un toro. Tenía muy mal genio y resultaba peligroso contrariarle. Varias veces tuvimos que encerrarle en el calabozo por haber pegado a alguno de sus compañeros. Pero cuando llegó Morris y le pusimos a trabajar en el taller de calzado, cambió de conducta y se portó bastante bien. Estoy seguro de que Morris contribuyó a semejante cambio.

O'Connor era un ladrón muy conocido. Solía dedicarse a las cajas de caudales y a las joyas. Sin embargo, era hombre listo y sólo fué cogido *in fraganti* una vez. Realizó su último robo hace cosa de ocho años, después de haber permanecido tres en Greensboro trabajando como pintor. Una noche robó en una joyería llevándose todas las piedras preciosas que había en ella valoradas en cincuenta mil dólares. Le sorprendió un policía en el momento de salir del sótano, le dió el alto y, como no obedeciese, le persiguió a tiros. O'Connor consiguió escapar y estuvo oculto durante varios días, si bien pudo probarse fácilmente su identidad por los objetos que perdió durante su fuga.

Se comunicó el hecho por toda la comarca y la policía registró todas las casas de préstamos en busca de una piedra determinada, un diamante de color amarillo intenso, de forma oblonga, sumamente valioso. El joyero había adquirido esta piedra en Europa y la guardaba con objeto de montarla en una pulsera destinada a su mujer con ocasión de sus próximas bodas de plata.

Por fin, cuando todo el mundo creía que «el Rey» se hallaría oculto en algún


lugar recóndito de la comarca, se averiguó que estaba escondido en una casa de huéspedes de un barrio de mala fama de Greensboro. La policía sitió la casa en cuestión, entró en ella y se apoderó de O'Connor sin necesidad de luchar. La herida que recibió durante su fuga se había curado ya y con toda seguridad se disponía a huir de nuevo. Se le ofreció condenarle a una pena ligera si indicaba el lugar donde había escondido el botín, pero él, por toda respuesta, se rió de la policía y del mismo tribunal, prefiriendo ser condenado a una pena más severa a cambio de la esperanza de encontrar el producto de su robo — unos cincuenta mil dólares — cuando volviese a gozar de libertad.

— Como se comprende, debieron de registrar su habitación y la casa entera, ¿verdad? — pregunté.

— Desde el sótano al tejado. Pero fué inútil porque no se encontró nada. Hay que tener en cuenta que allí no había muchos rincones apropiados para esconder cosa alguna. Por lo menos, la policía no los encontró. O'Connor ocultó el botín con la mayor habilidad, probablemente la misma noche del robo, en cuanto se vió libre del policía que le perseguía a tiros.

La explicación que me dió el oficial de la penitenciaría no acabó de convenirme. Por el modo de expresarse deduje que la policía de Greensboro no había examinado bien todos los escondrijos. De pronto, se me ocurrió una idea y pregunté:

— ¿Podría usted indicarme la fecha en que O'Connor terminó su condena?



NIDO DE CIGÜEÑAS

DE
S. GONZALEZ ANAYA

LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares).
LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

— Hace un mes aproximadamente.
— Ahora bien; en vista de que O'Connor y Morris eran excelentes amigos, ¿sabe usted si el primero envió al segundo a la misma casa de huéspedes en que le habían prendido a él?

— Me parece que sí. Por lo menos, me consta que Morris se hospedaba en ella en el momento de abandonar Greensboro.

Aunque ya sospechaba esta respuesta, al oír la confirmación me latió con fuerza el corazón. Quise averiguar la razón de que Morris hubiese ido a alojarse precisamente en aquella casa cuando tenía tantas a su disposición, entre ellas las que había ocupado ya y cuyos propietarios hubiesen acogido seguramente con gusto al arrepentido ladrón. Pero no quise dar a entender cuáles eran mis proyectos.

— Le agradeceré que me comunique las señas de esa casa — dije al oficial de la cárcel. — El hecho de que O'Connor le enviase a ella indica muy bien que se trata de un lugar sospechoso. Además, es posible que allí pueda obtener algún dato interesante como, por ejemplo, el de si Morris salió directamente de Greensboro para Nueva York. También cabe en lo posible que O'Connor fuese a alojarse allí en cuanto le pusiesen ustedes en libertad.

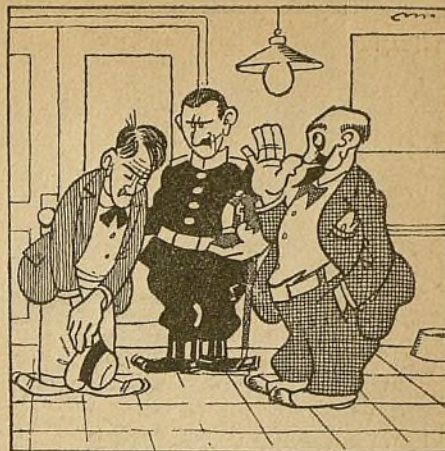
— También puedo contestarle a eso — dijo el oficial. — En efecto, fué allí. Siempre llevamos un registro de los primeros actos de los presos que ponemos en libertad. Como recompensa a su buena conducta, O'Connor salió de la cárcel sin

haber cumplido enteramente su condena. Durante una semana estuvo alojado en la casa de huéspedes en cuestión y luego desapareció, sin que hoy tenga yo idea del lugar a que pudo dirigirse.

DI las gracias al amable oficial y me encaminé rápidamente a la ciudad, persuadido de que seguía una buena pista. De cuando en cuando me llevaba la mano al bolsillo donde se hallaban el retrato y las huellas digitales de O'Connor que acababa de darme el oficial de la cárcel. Y a pesar de lo que éste me dijo, estaba seguro de que la policía de Greensboro no hizo un registro completo de la casa de huéspedes y así quedó aún oculto el botín de O'Connor.

En este supuesto, era fácil deducir lo que había ido ocurriendo. O'Connor, ya en la cárcel, se hizo amigo de Morris y, como éste cumplía antes que él, temiendo por la seguridad de su tesoro, se confió a su amigo para que observara si el escondrijo estaba todavía seguro y le comunicase el resultado. Luego debieron de convenir que Morris guardaría el botín para repartírselo más tarde.

Pero Morris se quedó seguramente con todo y a fin de engañar en su día al confiado O'Connor, anunció que se dirigía a California. Ya en Nueva York, cambió de nombre y trabajó honradamente para no infundir sospechas. Luego, poco a poco, vendió a buen precio los diamantes y ocultó el dinero. Era probable que aun tuviese escondido en algún lugar seguro el diamante amarillo, comprendiendo que sería peligroso intentar su venta



— ¿No le da a usted vergüenza de venir aquí?

— Sí, señor comisario, mucha. Si no hubiera sido por este guardia, no hubiera venido.

puesto que la piedra debía de ser tan conocida por la policía como por los joyeros de la nación.

El itinerario que encontré con el dinero indicaba París como último destino. Y si perdió más tiempo de lo debido en Nueva York debióse sin duda al deseo de llevarse consigo a la joven Swayne, la novia de Jorge Myles.

Por otra parte, O'Connor fué puesto en libertad antes de lo que Morris podía esperar. Debí de sentir una contrariedad enorme al enterarse de semejante hecho. Entonces debí haber emprendido la fuga, pero arriesgó su seguridad en obsequio de la señorita Swayne, y ella fué la causa de su pérdida. El viejo ladrón le sorprendió inesperadamente, presentándose de noche en su cuarto, y sin duda le pidió los diamantes o el dinero. Morris se negaría y O'Connor, enfurecido, le estranguló con sus manos.

Luego registró la habitación, pero, por lo visto, no halló cosa alguna. Volvió a ponerlo todo en el mayor orden posible, quizás con el propósito de emprenderlo en otra ocasión. También era probable que volviese a la casa de huéspedes con objeto de alquilar una habitación y eligiese la que ocupaba Morris. En este caso, yo me apoderaría de él con la mayor facilidad.

Luego se me ocurrió otra idea. El asesino robó no sólo el poco dinero que Morris llevaba en el bolsillo, sino también la cadena y el reloj. Sin duda obró así impulsado por la necesidad, y aun nada tendría de particular que el hecho de haber estrangulado a su amigo se debió a la circunstancia de no tener dinero para haberse comprado una arma. Los escasos efectos que robó le permitirían vivir hasta que le fuese posible hacer un nuevo registro en la habitación de Morris.

Al llegar a esta conclusión me felicité por la precaución de haber dado a entender a los periodistas que el criminal no había robado ningún objeto de valor. O'Connor leería este detalle y comprendería que nadie sospechaba el robo de las joyas ni de ningún objeto valioso. Incluso creí que esta circunstancia le daría el valor necesario para pignorar el reloj.

Al llegar a Greensboro me dirigí a la oficina del *Star*, en donde hice una investigación en el archivo y pude com-

nada de sueños disparatados.

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.


l e a : un disparo al infinito

de otto willy gail


nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella realidad.

precio del libro:
2 pesetas

editorial juventud, s. a.
provenza, 214 barcelona



La mano de Alicia, comedia en tres actos de Martínez Olmedilla; **Evocación**, cuento de Emilia Pardo Bazán; otros varios cuentos, entre ellos dos de nuestro Concurso; un artículo dedicado a **San Francisco de Asís**, con la reproducción a todo color del San Francisco de Zurbarán y otros interesantísimos grabados; **El kronprinz Rodolfo de Austria**, por Mariano Tomás; **El pueblo de los amores de Don Quijote**, por Santiago Camarasa; argumento y fotos de la película **Orquídeas salvajes**.



Estos y otros muchos notabilísimos trabajos se publican
en el número de OCTUBRE de la revista

LECTURAS



COMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRÁCTICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el trato en bodas, bautizos, lutos, invitaciones, comidas de etiqueta, bailes, cambios y ofertas de domicilio, reuniones, correspondencia y, en general, para cuanto se refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje. Las modas. — La habitación. Los criados. — En la calle. En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200 páginas 2 plas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211.—BARCELONA
Valverde, 21 dup.—MADRID

Si no lo encuentra en su localidad, utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de *Cómo debo comportarme en Sociedad*, por la Doctora Fanny, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º —adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

probar que, en la fecha indicada por el oficial, había sido publicada la noticia de la libertad de «el Rey». Sin duda esta noticia preocupó mucho a Morris y me felicité a mí mismo por haber estado tan acertado en mis deducciones.

Entonces me fui a la delegación de policía, les expliqué lo que deseaba y me confirmaron cuanto me dijo el oficial de la prisión. Al decirme que el dueño de la casa de huéspedes en que se alojaron Morris y O'Connor se dedicaba a comprar objetos robados, me ofrecieron la compañía de un agente para que el individuo en cuestión no tuviese reparo en contestar a mis preguntas.



—Su marido ha jurado que si la golpeó a usted fué con el pañuelo de las narices.

—Pero él no ha dicho que se suena con la mano derecha.

Una vez llegados a la casa de huéspedes, mi compañero ordenó al dueño —cuyo aspecto no podía ser más propio de un hombre de escasa honorabilidad— que me atendiese en lo que me interesaba averiguar acerca de la estancia en su casa de Andrés O'Connor.

Al oír tal nombre, se le encendieron de ira los ojos y empezó a maldecirle, expresando su deseo de que la policía le diese su merecido. A nuestras preguntas contestó que ignoraba su paradero y que el motivo de su resentimiento era que, después de haber acogido a aquel tuno que ni siquiera tenía dinero para pagar el billete del ferrocarril, no sólo le pidió varias cantidades prestadas y le dejó a deber el hospedaje, sino que le destruyó los muebles de la habitación.

Tales palabras me impresionaron mucho, según comprenderá el lector, pues ellas significaban que estaba a punto de solucionar completamente aquel caso. Pregunté al dueño de la casa de huéspedes qué había hecho con los muebles rotos y me contestó que los había metido en el sótano, para quemarlos durante el invierno.

Inmediatamente manifesté deseos de verlos y, obligado por mi compañero, el dueño de la casa de huéspedes me acompañó al sótano, que, en efecto, estaba convertido en un cuarto de trastos viejos. Me señaló en un rincón los restos de los muebles y, tomando un trozo de madera, lo examiné y noté algo en él que me hizo sospechar que, en efecto, había seguido una pista segura.

Ordené que me dejaran solo y en cuanto se hubieron alejado el agente de policía y el dueño de la casa me apresuré a reunir los fragmentos de madera que formaban parte del primer trozo que había examinado. Se trataba del estante de un armario y estaba tan destrozado,

que no había un solo fragmento de más de un palmo de largo.

Peró lo que más me interesó fué el hecho de que en otro tiempo alguien había agujereado con un berbiquí aquella plancha de madera y luego tapó los agujeros con masilla y extendió una capa de pintura para que no se notaran los orificios. La razón de esto fué evidente para mí. Sin duda O'Connor fué quien realizó aquella operación con objeto de esconder los diamantes robados. También era probable que hubiese planeado el robo con mucha anterioridad y se dedicara al oficio de pintor para tenerlo todo dispuesto en el momento oportuno sin despertar sospechas. Asimismo observé que más tarde habían quitado la masilla y que la madera estaba partida de modo que el corte atravesaba el centro de los agujeros.

En los trozos de madera había restos de dos clases de masilla, lo cual daba a entender que Morris la había quitado, reemplazándola por otra, una vez se hubo apoderado de los diamantes. Luego volvió a pintar el estante y lo dejó todo como antes. De este modo nadie podía enterarse de lo que había hecho hasta que O'Connor saliera de la cárcel. Es posible que Morris hubiese obrado así por indicación de su amigo; pero, en cambio, no debió de acudir a la cita convenida de antemano para el momento en que O'Connor volviese a gozar de libertad. Morris se dejó llevar de la codicia y se dispuso a desaparecer con el botín.

Con la mayor paciencia y empleando tal vez una hora entera, me entretuve en quitar la masilla que quedaba en los agujeros hasta que tuve la suerte de alcanzar el resultado deseado. En una de aquellas cavidades quedaba aún bastante masilla y, al separarla, encontré en el agujero la piedra de color amarillo de que me habían hablado. Eso explicaba el hecho de que no hubiese sido pignorada ni vendida.

Además, si Morris hubiese tenido más paciencia, habría hallado indudablemente el valioso diamante y quizás se evitara la muerte porque le habrían prendido en cuanto hubiese intentado



—Nosotros queremos una buena niña. ¿Le gustan a usted los niños?

—No me acuerdo. ¡Hace tanto tiempo que no los pruebo!

(Le Rire)

DOS OBRAS ÚLTIMAMENTE PUBLICADAS EN LA COLECCIÓN
LOS GRANDES HOMBRES

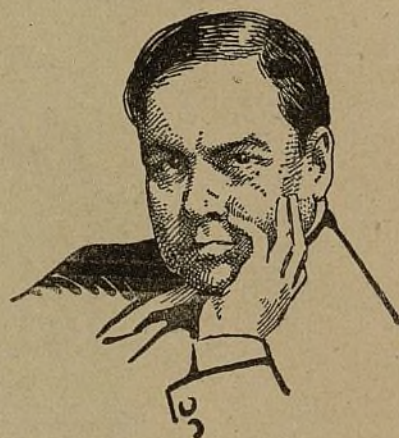


BÉCQUER

POR

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

La vida brevísima del autor de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales, pero sí tiene en cada uno de sus pasos un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.



RUBÉN DARÍO

POR

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta, y presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

UN TOMO CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES

En tela y oro 4 pesetas

En rústica 3 »

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA
SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

EDITORES

Calle de la Diputación, núm. 211. — Barcelona

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA», Valverde, 21 dupl.º — Madrid

desprenderse de él. Igualmente si O'Connor hubiese examinado el escondrijo con mayor atención, habría encontrado la piedra amarilla, privándome a mí de adquirir un indicio tan comprometedor, que había de mandarle al sillón eléctrico.

COMO había logrado bastante más de lo que esperaba, volví con mi compañero a la delegación de policía de Greensboro. Allí les di a todos la mayor sorpresa de su vida mostrándoles el diamante amarillo y explicándoles cómo y dónde lo había encontrado. Luego se depositó la joya en una arca de caudales hasta que fuese necesaria para probar el delito, y aquella misma noche regresé a Nueva York.

Pero no dormí gran cosa en el tren, porque convenía no perder tiempo y por mi parte ya había imaginado el plan que convenía seguir.

Durante la tarde siguiente celebré una conferencia con el inspector Sullivan a quien conté detalladamente mis aventuras. Se alegró mucho al conocerlas y me pidió instrucciones.

— Cuando vengan los periodistas con objeto de recibir noticias convendrá contarles una fábula. Dígales, por ejemplo, que un pariente de la víctima, que se hizo cargo de sus efectos, ha realizado un descubrimiento importantísimo, pues debajo de un trapo que había en un estante del armario descubrió una cajita que contenía un diamante de extraordinario valor. Puede usted indicar también que todos los compañeros de hospedaje de Aarons (pues no conviene pronunciar otro nombre) creen que había comprado aquella piedra con objeto de hacerla montar en una sortija y regalarla a su novia. Yo entre tanto iré a la casa de huéspedes de la señora Simmons para tomar las medidas necesarias e impedir que alguno de sus huéspedes hable con los periodistas.

— Muy bien, Miguel, cumpliré sus instrucciones. Pero ¿qué se propone usted?

Sullivan tenía absoluta confianza en



—¿Cuánto?
—Un real cinco tiros.
—Bien; pues dele cinco tiros a mi suegra.

(La Unión Mercantil)

mí, pero a veces se impacientaba, y era preciso darle toda clase de detalles. Por eso le advertí:

— Tenga en cuenta que ese O'Connor lee con la mayor atención cuanto se publica del crimen. Gracias al cuento del diamante valiosísimo, se imaginará que todavía están en la habitación de Morris los diamantes robados y que él no los encontró a causa de la prisa con que los buscó. Como es natural, sentirá deseo de hacer un nuevo registro del lugar, pero ya en calidad de huésped y no de intruso. Yo iré a mostrar a la señora Simmons una fotografía de O'Connor y le daré instrucciones para que en caso de que se



—¡Alto! ¡La bolsa o la vida!
—Tome, la vida...

presente le dé en seguida la habitación de la víctima y avise cuanto antes a la policía. También convendrá que usted avise a todas las casas de préstamos para que vigilen a todo individuo que vaya a pignorar el reloj en cuestión, pues O'Connor debe de encontrarse nuevamente sin fondos y habrá de empeñarlo para adelantar siquiera el importe del hospedaje de un par de días.

El inspector cumplió lo ofrecido, de manera que en los periódicos se publicó la historia del pariente y del diamante, y yo, por mi parte, di las instrucciones necesarias a la señora Simmons para que nos ayudase.

DE pronto, se apresuraron los acontecimientos cuando menos lo esperábamos.

Yo me hallaba, al tercer día, en el despacho de Sullivan, hacia las ocho de la mañana, cuando tuvimos noticias de lo que ocurría. Un muchacho había pignorado el reloj que andábamos buscando. El prestamista le hizo seguir, pero, cuando le prendieron, resultó que ya había dado la papeleta y el dinero a un hombre cuyas señas coincidían con las de O'Connor, el cual desapareció después de darle un dólar de propina.

En cuanto lo supe, fui a recoger el reloj y luego me presenté en la delegación. El muchacho era completamente inocente y presentó testigos de su honorabilidad, asegurando que sólo aceptó la oferta de un dólar a cambio de ir a empeñar el reloj.

No resultó nada más de aquel hecho, a excepción de que el joven reconoció en el retrato que le presentamos al mismo individuo por cuya cuenta realizó la pignoración.

Telefoné a Sullivan para darle cuenta de lo sucedido y él me comunicó algo en

Una obra que deben conocer todos los padres de familia

LA DELINCUENCIA EN LOS NIÑOS

Causas. Remedios

Obra premiada por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción.

por el doctor

VICTOR MELCIOR Y FARRÉ

El alto valor moral y educativo de esta obra queda manifestamente expresado en el extracto del sumario:

El Aumento de la criminalidad infantil.

Consideraciones acerca del tipo criminal.

La herencia.

Las causas de degeneración.

Casamientos consanguíneos.

El alcoholismo.

Remedios para prevenir la degeneración y la criminalidad.

Medios para combatir la prostitución.

La cristalización de la delincuencia, etc.

Un tomo de 250 páginas

== 2 pesetas ==

De venta en todas las librerías

Si no lo encuentra en su localidad, pídalo a la casa editora, utilizando el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211, BARCELONA

Agradeceré me remitan un ejemplar de la obra **La delincuencia en los niños**, por el Dr. Víctor Melcior, cuyo importe de 2 ptas, adjunto en sellos de correo (certificando la carta) — remito por giro postal n.º

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha

GRAN PROYECTOR

publicará, entre otros interesantísimos trabajos,
en su número de NOVIEMBRE:



**En todos
los quioscos
1'25 ptas.
ejemplar**

Dedos criminales (Curioso estudio sobre las huellas digitales).

Por el collar de un chino (Continuación de las investigaciones de un *sheriff* para hallar un collar de perlas desaparecido).

Teresita Guitart (Una entrevista con la que fué prisionera de la célebre secuestradora de niños Enriqueta Martí).

Las mujeres delincuentes (Cuarta parte de la serie «La Gente del Hampa»).

El hombre que pasó a la cuarta dimensión (Alucinante relato en que un periodista prueba su inocencia en el crimen que se le imputa).

La Santa Hermandad de Caridad y Paz (Interesantísimo reportaje sobre esta venerable institución que asiste a los reos condenados a muerte).

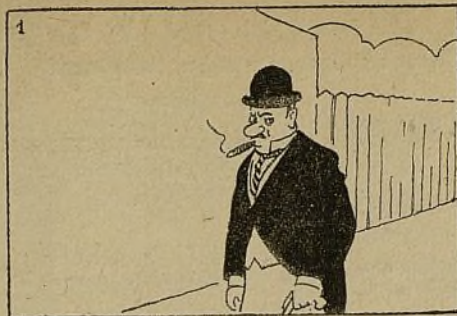
Detective a la fuerza (Un caso español, extraordinariamente curioso, ocurrido en Valencia).

La redada (Novela cinematográfica basada en la película detectivesca del mismo título).

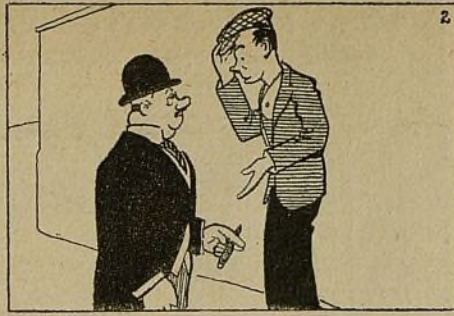


Concurso, novela en folletín encuadernable, fotografías
cinematográficas, historietas, páginas cómicas, etc.

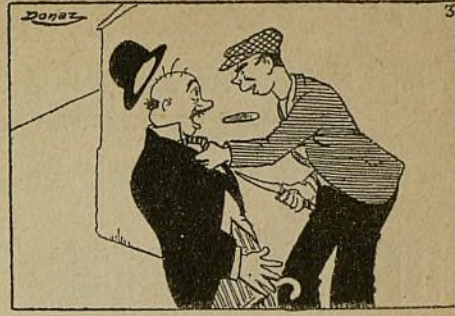
Ayuntamiento de Madrid



—La verdad, que está esto muy solitario...



—¿Me hace usted el favor de decirme si ha visto por aquí algún guardia?
—No, señor; no he visto una alma...



—Muchas gracias. Pues, entonces... Ya está usted soltando ahora mismo todo lo que lleve...

extremo interesante. Un individuo que dió el nombre de Jaime Wilson, pero cuyas señas correspondían también a las de O'Connor, había alquilado la habitación del muerto; pagó el alquiler de una semana y se marchó luego diciendo que iba en busca de su equipaje y que volvería por la noche. Evidentemente, después de alquilar la habitación que le interesaba, se sintió ya seguro y aplazó el registro para la noche, cuando no iría nadie a molestarle y podría trabajar más confiadamente.

A la hora oportuna me dirigía a la casa de huéspedes en un taxi, acompañado por el mismo joven que fué a empeñar el reloj. El pobre muchacho estaba dispuesto a ayudar a la policía y más aun cuando le prometí buscarle trabajo. Ordené parar el vehículo frente al número ciento cuatro de la calle de la Estación, donde vivía Ferretti. Le encontré acostado, pero le obligué a levantarse y, mostrándole el retrato de O'Connor, le di instrucciones para que se vistiera de paisano.

Aunque «el Rey» dijo que hasta la noche no volvería a la casa de huéspedes, yo no me fié y, desde mucho antes, Ferretti, el joven que empeñó el reloj y yo estábamos al acecho en un piso desalquilado que había frente a la casa de huéspedes.

En vista de que al anoecer O'Connor no se había presentado todavía, empecé a impacientarme. Por fin bajamos a la calle y nos situamos, yo en la esquina de la casa y Ferretti y el muchacho en la puerta inmediata a ella. La espera fué muy larga, hasta las nueve, hora en que el muchacho vió que entraba en la casa el mismo individuo que le entregara el reloj.

Mandamos al joven a la delegación y Ferretti y yo penetramos en la casa de huéspedes. La señora Simmons nos abrió la puerta.

Yo llevaba la llave de la habitación de Jorge Myles. Me proponía situar a Ferretti en el balcón para impedir la fuga de O'Connor en tanto que yo penetraría en la estancia. Di a mi compañero cinco minutos de ventaja, pero le ordené que no hiciese cosa alguna hasta que me viese entrar.

Cuando nos separamos oímos perfectamente que alguien andaba dentro de la habitación que días atrás ocupó el desdichado Aarons.

Cinco minutos después me guardé el reloj en el bolsillo y empuñé el revólver. Llamé, y en el acto cesó todo ruido. Traté de hacer girar el pomo de la puerta, pero ésta se hallaba cerrada con llave. Me in-

cliné para observar por el agujero de la cerradura y comprobé que la luz estaba encendida. Volví a llamar, pero ni siquiera me contestó un suspiro.

Retrocedí para tomar impulso y arrojarme contra la puerta. La vieja cerradura no resistió al choque; se abrió la puerta y yo casi entré rodando en la habitación. Al recobrar el equilibrio observé que Ferretti estaba acurrucado junto al balcón apuntando con el revólver a O'Connor. Éste se había inclinado al lado del tocador y empuñaba un pie de cabra en la mano derecha.

Me acerqué sin dejar de apuntarle, pero él, hombre de recursos, me arrojó sin vacilar el instrumento de acero. Se oyó el ruido de vidrios y se apagó la luz. Inmediatamente sentí el choque propio de un elefante. O'Connor se había arrojado sobre mí agitando con fuerza manos

y pies. Sin embargo, logré darle un fuerte culatazo en la cabeza, que le dejó atontado.

—¿Dónde está usted? —gritó Ferretti casi a mi lado.

—Aquí —contesté con toda la fuerza que pude.

Al mismo tiempo me esforzaba en sujetar a O'Connor que con gran vigor procuraba libertarse.

—Cuidado. Se me escapa.

Un momento después vimos una forma oscura que ocultaba en parte el vano de la ventana. Refulgió dos fogonazos y se oyeron otros tantos disparos. Aquella forma oscura pareció doblarse por un momento sobre sí misma; se percibió un gemido y, por fin, un golpe ruidoso contra el suelo.

Saltamos hacia el balcón, tratando de atravesar las sombras y averiguar lo ocurrido. Entonces apareció alguien con una luz, y vimos que no valía la pena de haber sentido ninguna intranquilidad. O'Connor estaba muerto. Una bala le atravesó la columna vertebral, junto a la base del cráneo, y la otra fué a hundirse en el marco de la ventana.

Luego, en cuanto se hubo probado la identidad de O'Connor, ya no cupo duda alguna de que él fué el asesino de Clifford Morris, alias Alberto Aarons.

Luego, mientras con Ferretti regresaba a la Jefatura para dar cuenta al inspector Sullivan del final de nuestra gestión, fui meditando sobre todo lo ocurrido.

Si Albert Aarons, es decir, Clifford Morris, en vez de seguir cortejando a la novia de su compañero de hospedaje hubiese embarcado unos días antes sin ella, es muy posible que aun hoy estuviera corriendo por París, disfrutando del producto del robo de «el Rey». Pero su empeño en querer conquistar a toda costa a la joven Julia le llevó desgraciadamente a una muerte horrorosa.

¿Podrá decirse, en este caso, que fué una imprudencia el no haber dejado en paz a la novia de otro?

Cuando le conté lo sucedido al inspector, convino conmigo en que la Providencia es siempre justa y dispone las cosas de modo que los hombres no tienen más remedio que aceptar las consecuencias que naturalmente deriven de su proceder, cuando éste no sea tan recto como debiera ser.

FALTA decir que el joven Myles demostró ser un buen muchacho, porque, en vez de incomodarse conmigo por haberle encerrado, fué a visitarme a la Jefatura para invitarme a su boda con la señorita Swayne. Yo acepté la invitación y me hice acompañar por Ferretti.

Una obra de amena lectura para el hombre de negocios

Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbi

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211, Barcelona

De venta en todas las librerías de España y América

EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dup.º, Madrid

DICCIONARIO TECNICO DE BOLSILLO EN TRES LENGUAS Español-Alemán-Inglés

por H. OFFINGER

Cuidadosamente revisado y ampliado por competentes especialistas.

Obra utilísima para conocer la equivalencia en cada una de dichas lenguas de las palabras de uso más frecuente en la técnica mecánica, eléctrica, química, física, metalúrgica, industrial, farmacéutica, agrícola, etcétera.

Cada tomo empieza por el idioma que primero se enuncia y da la equivalencia, en forma clara y simplificada, en los dos restantes idiomas.

TOMOS DE QUE CONSTA LA OBRA:

- Tomo I. Alemán-Inglés-Español. (En prensa)
- Tomo II. Inglés-Alemán-Español. . . 7'50 ptas.
- Tomo III. Español-Alemán-Inglés. . . 7'50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

Sociedad General de Publicaciones
Sociedad Anónima
Diputación, 211. BARCELONA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dupl.º MADRID

DICCIONARIOS MANUALES "CUYÁS,"

Redactados por Arturo Cuyás Armengol. Revisados por Antonio Cuyás Armengol y Alberto del Castillo Yurrita



ESPAÑOL - FRANÇAIS
3 ptas.

FRANÇAIS - ESPAÑOL
3 ptas.

Los dos tomos en uno,
5'50 ptas.

INGLÉS - ESPAÑOL
3 ptas.

SPANISH - ENGLISH
3 ptas.

Los dos tomos en uno,
5'50 ptas.

De venta en todas las librerías
de España y América



EDITORES

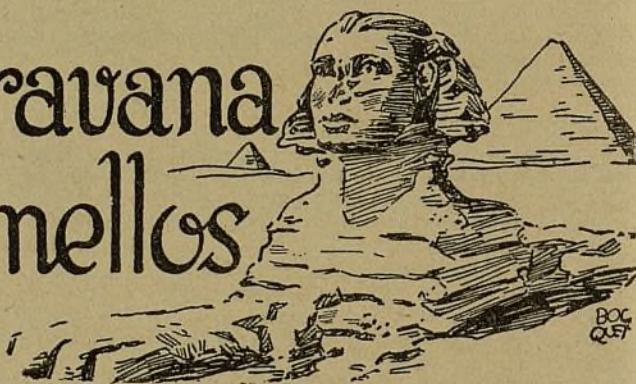
Sociedad General de Publicaciones, S.A.
Calle Diputación, 211.-BARCELONA

LIBRERÍA

EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 21 dup.—MADRID

La caravana sin camellos

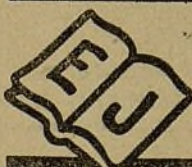
por



**ROLAND
DORGELÈS**

**EDITORIAL
JUVENTUD S.A.**
PROVENZA, 216
BARCELONA

Con un estilo fácil, un lenguaje fluido y un tono desenfadado — que no se complace, ciertamente, en rozar la irreverencia, — Roland Dorgelés ha escrito una obra al mismo tiempo profunda y amable, diáfana y densa. "He descubierto Egipto" — afirma el autor al comenzar su relato, — y así es, en efecto: una nueva versión de Egipto, desde la polifacética liturgia de los Santos Lugares, a la vida difícil de los beduinos del desierto y al problema sionista, — se descubre en este libro a los ojos de Occidente.



UN TOMO CON 16 FOTOGRAFÍAS FUERA DE TEXTO
• OCHO PESETAS •

**EL VIAJE A EGIPTO, TAN SOÑADO POR USTED,
PUEDE REALIZARLO SIN ABANDONAR SU
CASA, LEYENDO "LA CARAVANA SIN CAMELLOS"**

LIBROS DETECTIVESCOS

El coche rojo, por C. A. y A. M. Williamson. — Publicada en la *Colección Obras Maestras*. En tela, 3'50 pesetas. Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

Es una singular novela, dividida en doce capítulos, por lo que hay que suponer que nace, se desarrolla y finaliza en el justo período de un año. Eso es: contiene doce episodios que cada uno dura un mes, y éste va impregnado de los matices que ostenta la naturaleza en los momentos de su desarrollo, así como la intensidad sentimental de sus argumentos armonizan perfectamente con el estado de aquélla en la respectiva estación.

Desde luego, el protagonista capital de la narración no podemos decir que sea realmente un coche rojo, pero sí un detective joven e intrépido, que es su inseparable compañero, y que ejerce la profesión puramente por *sport*, desfilando por las doce aventuras del año con el más entusiasta beneplácito del lector, que, intrigado y lleno de curiosidad, con interés siempre creciente, no se cansa de seguirle — no obstante la velocidad del asombroso coche escarlata — a través de sus misteriosas correrías, que culminan siempre en un sorprendente triunfo profesional.

La gracia y el donaire narrativos de los afortunados autores de «A la caza de un dote» se hacen cumplidamente ostensibles en las páginas de este libro, las que, a pesar de constituir una obra de intriga, de ambiente detectivesco, está tramada con suma elegancia y un exquisito sentido del humor.

¿Quién es ella?, por C. N. y A. M. Williamson. — Publicada en *Novelas Edita*. En tela, 5 pesetas. Edita, S. A., Barcelona.

Todas las raras historias, extrañas aventuras y peregrinos hechos que plasman las novelas, no tienen, generalmente, otra finalidad que dar al lector el bienhechor regalo de un pasajero olvido de sus habituales preocupaciones y cotidianas tareas.

Y esta finalidad, sin ser su única gala, ofrece y consigue con éxito rotundo la gama de sensaciones que fluye de los hechos, diestra y hábilmente hilvanados por la fácil pluma de los Williamson en su *¿Quién es ella?*, puesto que el enigma que plantea el título sigue latente, vivo e interrogante desde el primer momento, y puede decirse, sin temor a la hipérbole, que todos los sucesos, personajes, casos y problemas

éticos que integran la original novela de la famosa autora americana, van también, sin estarlo, encerrados todos en las interrogaciones extraordinarias de su propia extraordinaria fuerza emotiva.

¿Quién es ella? es, pues, a manera de fanal diáfano que muestra la acción, la conciencia, el alma de diversas vidas interesantes — ¿qué vida no lo es? — que se mueven a impulsos de encontrados afanes, de extrañas ansias y complejas psicologías.

Bella novela que embarga el ánimo con curiosidad excepcional, que nace de su propio título, y sigue en pos de los personajes en maravilloso viaje por mares plácidos, cuyas ondas serenas mecen fuertes pasiones y dan a la tragedia perenne de los corazones anhelantes el marco de inmensidad que mide la inmensidad de sus propias inquietudes y zozobras.

El camino de los dioses, por Manuel Ugarte. — Publicada en la *Colección Novelas Hogar*. En cartón, 5 pesetas. Sociedad General de Publicaciones, S. A., Barcelona.

Una realidad (el antagonismo millenario de la civilización de Oriente con la de Occidente), un temor (la guerra inevitable y fatal del Japón y Norteamérica) y una hipótesis científica (la existencia de una poderosa máquina de guerra, de efectos fulminantes y diabólicos, inventada por los japoneses para utilizar en su provecho y en daño de sus enemigos fuerzas misteriosas del espacio).

Estos tres dramáticos elementos han servido para que el fecundo y vario escritor argentino Manuel Ugarte idee y componga una novela emocionante y original, en la que con insuperable maestría ha combinado escenas patéticas y enseñanzas provechosas.

Hay en *El camino de los dioses* algo de la simpática y plácida habilidad con que Julio Verne componía sus admirables novelas de aventuras prodigiosas, y algo también del insuperable ingenio y de la destreza con que Wells vulgariza conocimientos científicos al propio tiempo que sugestión y asombra con las atrevidas creaciones de su fantasía.

Si se quisiera resumir en pocas palabras el juicio favorable que ha de merecer seguramente esta novela, habríamos de elogiar, ante todo y sobre todo, la habilidad con que están imaginados y escritos los innumerables episodios de la obra, en la que no hay una sola página que no sea interesante.

El legajo 113, por Emile Gaboriau. — Publicada en la *Colección Popular Edita*. En rústica, 2 pesetas. Edita, S. A., Barcelona.

La *Colección Popular Edita* ha sido enriquecida con esta magnífica novela de Emile Gaboriau.

En ella nos presenta el autor un robo misterioso, en el que todo induce a culpar a Próspero Bertomy, cajero de la Banca Fauvel, como autor de él, aunque sea inocente.

Toda la novela es un minucioso estudio encaminado a destruir las pruebas que pesan sobre el desgraciado Bertomy, lo que consigue el conocidísimo personaje creado por Gaboriau «Monsieur Lecoq», que después de múltiples e inteligentes investigaciones va desmoronando poco a poco las acusaciones formuladas contra Próspero.

Paralela a esta acción se desarrolla una conmovedora historia de amor y sacrificio, que crea innumerables y emocionantes escenas, hasta que con el triunfo del método deductivo de «Monsieur Lecoq» resplandece al fin la inocencia de Bertomy, dando lugar a un sentimental desenlace.

Vendida, por Frank L. Packard. — Publicada en la *Colección Obras Maestras*. En tela, 3'50 pesetas. Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

La lucha que por el amor de *Claire* (ingenua muchacha dejada por su alcoholizado padre a una honrada familia, pocos días después de nacer) se desarrolla entre un ser vil, repugnante, poseído por los vicios más abyectos, y un hombre noble, sincero, que, por circunstancias de la vida, se desenvuelve en un ambiente algo equívoco, junto con el magnífico retrato psicológico de *Hawkins*, el padre de *Claire*, que se debate entre los atractivos que le ofrece su pasión por el alcohol y el verse obligado por éste a renunciar al cariño de su hija, han proporcionado al gran novelista Frank L. Packard materia para pergeñar una admirable novela en la que se entremezclan escenas de intensa emoción y de conmovedora ternura, con tanta veracidad, que parecen arrancadas de la vida real.

Tanto es así que, una vez empezada, no puede dejarse hasta el desenlace, pues a medida que se avanza en su lectura, crecen el interés y la simpatía por sus maravillosamente trazados personajes, sin que el tedio invada el espíritu del lector un solo instante.

PORCELANA FINA DE BAVIERA

Lujosamente decorada al fuego.



10 ptas.
al mes

¡Señoras!

¡Maridos amantes del hogar!

Ya teneis a vuestro alcance lo que tantas veces habeis pensado adquirir

Sólo por 10 Ptas. al mes

podeis entrar inmediatamente en posesión de la mejor vajilla de porcelana. Calidad superior, blanquísima y transparente. Todas las piezas fileteadas en oro y decoradas según la moda más reciente.

20 meses
de crédito

La composición de la vajilla de 57 PIEZAS es como sigue:

- | | |
|-----------------------------|-----------------------------|
| 24 platos llanos de 24 cms. | 1 fuente ovalada de 33 cms. |
| 12 " soperos de 24 " | 1 " " de 38 cms. |
| 12 " postre de 19 " | 1 ensaladera grande |
| 1 sopera para 12 personas | 2 rabaneras |
| 1 salsera | 1 frutero con pie bajo |
| 1 fuente ovalada de 30 cms. | |

Hemos escogido estos dos modelos únicos por ser del mejor gusto modernos y satisfacer las exigencias de los más inteligentes.

Las vajillas se envían cuidadosamente embaladas

El ferviente deseo de tantas amas de casa puede fácilmente cumplirse debido a las facilidades que concedemos para la adquisición de esta magnífica vajilla. Solamente una casa con la organización y volumen de ventas de la nuestra es capaz de vender un artículo de tan superior calidad por un precio tan bajo.

Se sirven en dos clases de decorado: en el Modelo Núm. 1 predomina el color azul en todos los dibujos y en el Modelo Núm. 2 las flores que lo adornan son de tonos amarillo, rosa y azul.

PRECIOS: 200 Ptas. a plazos de 10 pts. al mes
175 Ptas. al contado

Servimos también Juegos de café, compuestos de 27 piezas, (1 cafetera, 1 lechera, 1 azucarero, 12 tazas y 12 platos) de los mismos dibujos que las vajillas, al precio de 26 Ptas. al contado y 30 ptas. a plazos. Por consiguiente, el precio total de la vajilla y juego de café es de Ptas. 201 al contado y Ptas. 230 a plazos también de 10 Ptas. al mes, excepto el primero que es de Ptas. 20.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A. una vajilla Modelo N.º (con ó sin juego de café) conforme a su descripción, por el precio de ptas. que me comprometo a pagar en Barcelona, por vencimientos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los restantes cada 1.º de mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la prenda se considerará en calidad de depósito en poder del comprador.

AL CONTADO: PTAS.

Nombre y dos apellidos _____
Edad _____
Profesión _____
Dirección del empleo _____
Calle _____
Población _____
Provincia _____
Estación _____
Fecha _____

FIRMA

Móvil de 25 céntimos

Corte y envíe el Boletín de Compra a:

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca 237 bis BARCELONA

G. P. - X-1930

Delegación en Madrid: Churruga, 15, bajos.

El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya



Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . .	0'40 pta.
Por un mes . . .	1'— pta.
Por un semestre. . .	6'— ptas.
Por un año . . .	12'— ptas.

Para suscripciones diríjase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211
BARCELONA

Valverde, 21 dup.
:: **MADRID** ::

BEBIDAS CASERAS



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



POR LA
DOCTORA FANNY



Modos sencillos y prácticos de preparar en casa toda clase de bebidas:
Cocteles : Ponches : Jarabes : Bebidas para enfermos : Aguas minerales
Refrescos : Licores : Amargos : Cordiales : Vinos : Cervezas : Helados, etc.



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



Otras obras de la Doctora Fanny publicadas en la misma colección

LA COCINA CASERA

Un tomo de 222 páginas, 2'50 ptas.

REPOSTERIA Y CONFITERIA :-: :-: CASERAS :-: :-:

Un tomo de 205 páginas, 2'50 ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Calle de la Diputación, 211 - BARCELONA

EDITORES

LIBRERÍA "EL HOGAR Y LA MODA"
Calle de Valverde, 21, duplicado - MADRID